LAS

ENCOMIENDAS DE INDÍJENAS

EN CHILE

888 H
983
a529
v.2

LAS ENCOMIENDAS DE INDÍJENAS EN CHILE

MEMORIA HISTÓRICA
PRESENTADA A LA UNIVERSIDAD DE CHILE
EN CUMPLIMIENTO DEL ARTÍCULO 22 DE LA LEI DE 9 DE ENERO DE 1879

POR

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR,
Decano de la Facultad de Filosofía i Humanidades, e individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia

TOMO SEGUNDO

BANCO CENTRAL DE CHILE
BIBLIOTECA
SANTIAGO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 50
1910

ÍNDICE

CAPÍTULOS.

Pájinas

XIV.—Abusos cometidos contra los indíjenas por los correjidores i administradores.— Cédula del rei i ordenanza de Laso de la Vega que prohiben el servicio obligatorio de los naturales.— Ineficacia de estas disposiciones.— Laso de la Vega pretende compeler a los encomenderos de Santiago para que le acompañen i ausilien en la guerra de Arauco.— Resistencia enérjica de los encomenderos.—La majestad de Felipe IV los ampara 1

XV.—Encomenderos i encomendados.— Fin de los obrajes de paños de Rancagua i de Melipilla. —Obrajes establecidos por los jesuitas a mediados del siglo XVIII. — El taller de tejidos del hospicio de Santiago a principios del siglo XIX.—Don Antonio Ramirez de Laguna, en el siglo XVII, i don Tomas de Azúa, en el siglo XVIII, compran en España los cargos de protectores de indíjenas 33

XVI.—Lista de los encomenderos de Santiago en 1655.—Los poseedores de la encomienda de

Pájinas

Talagante.—Antecedentes de la familia Lisperguer. — Don Pedro Lisperguer, natural de Worms.— Don Pedro Lisperguer i Flores.— Numerosa i distinguida descendencia de don Juan Rodolfo Lisperguer i Solórzano..... 69

XVII.—El mas cruel de los encomenderos del siglo XVII. – Doña Catalina de los Rios i Lisperguer. —Delitos de la Quintrala i procesos seguidos contra ella.—La protejen sus parientes i la salva el gobernador don Francisco de Meneses. —Doña Catalina es una dejenerada..... 121

XVIII.– Los soldados españoles convierten en un gran negocio la esclavitud de los araucanos.— Las campeadas para apresar indíjenas constituyen una de las principales causas de la prolongacion de la guerra.—El gobernador Peredo se declara contrario a la esclavitud; pero los virreyes del Perú i el presidente de Chile don Juan Henriquez la defienden.— El rei prohibe las compras de araucanos a la usanza.—El papa Clemente X obtiene que la reina de España doña Mariana de Austria declare abolida la esclavitud de los indíjenas chilenos.—El jesuita Diego de Rosales es el campeon de la libertad de los mapuches..... 161

XIX.—Despoblacion creciente i ruina de los pueblos de indíjenas.—El rei ordena la fundacion de nuevos pueblos de naturales.—Informes desfavorables del presidente Ibañez, de la Real Audiencia i del Cabildo de Santiago.— Descripcion de la colonia en 1707.— El rei insiste en su proyecto.—Los mapuches no poseen la cultura necesaria para vivir independientes en ciudades o aldeas.—La tasa de 1622 es incorporada en la Recopilacion de Leyes de Indias.— Clasificacion de los encomiendas 195

Pájinas

XX.—Abolicion de las encomiendas en el virreinato del Perú.—Estado de las existentes en el obispado de Santiago en 1759.—Abolicion de los repartimientos de Chiloé.—El rei manda incorporar a la corona todas las encomiendas chilenas.—Consecuencias sociales i políticas de este decreto.—Progresos notables de la capitania jeneral de Chile.—Fusion de la raza indíjena con la raza europea..... 227

APUNTACIONES I DOCUMENTOS.

I. — Repartimientos establecidos por Valdivia; e historia posterior de ellos hasta la abolicion de las encomiendas

Alonso de Monroi..... 3
Doña Ines Suarez..... 4
Rodrigo de Quiroga 14
Francisco de Villagra..... 28
Juan Bautista Pastene..... 31
Rodrigo Gonzalez..... 34
Juan Lobo 41
Francisco de Aguirre..... 41
Pedro Gomez de Don Benito..... 48
Rodrigo de Araya..... 49
Juan Fernandez de Alderete i Jerónimo de Alderete..... 51
Pedro de Villagra..... 56
Juan Jufré..... 57
Gaspar de Villarroel..... 59
Juan Gomez de Almagro..... 60
Gaspar de Vergara..... 62
Alonso de Córdoba..... 69
Gonzalo de los Rios..... 73
Pedro de Miranda 77
Diego Garcia de Cáceres..... 79

Pájinas

Juan de Cuevas 83
Gabriel de la Cruz 86
Bartolomé Flores 86
Salvador de Montoya 94
Juan Godinez 95
Francisco de Riberos 99
Marcos Veas 105
Diego Garcia de Villalon i Francisco Martinez Vegaso 109
Alonso de Escobar 111
Juan Gallego 113
Santiago de Azócar 114
Francisco Martinez 115
Hernando de Huelva 121
Pedro Olmos de Aguilera 124
Andres Hernandez de Córdoba 126
Julian Gutierrez de Altamirano 126
Diego Nieto de Gaete 126
Pedro de Valdivia 127

II.—Carta del gobernador Garcia de Loyola al rei, escrita desde Concepcion, a 12 de enero de 1598, sobre la condicion en que se hallan los indijenas 141

III.—Delitos cometidos por doña Catalina de los Rios i Lisperguer.—Esposicion del oidor Huerta Gutierrez en 1660 159

IV.—Manifiesto apolojético de los daños de la esclavitud del reino de Chile, por el padre Diego de Rosales, de la Compañia de Jesus.—Año 1670. 181

V.—Dictámen del padre Diego de Rosales, de la Compañia de Jesus, sobre la esclavitud de los indijenas chilenos, dirijido a la majestad de Cárlos II, en el año 1672 253

XIV

Abusos cometidos contra los indíjenas por los correjidores i administradores.—Cédula del rei i ordenanza de Laso de la Vega que prohiben el servicio obligatorio de los naturales.—Ineficacia de estas disposiciones.—Laso de la Vega pretende compeler a los encomenderos de Santiago para que le acompañen i ausilien en la guerra de Arauco.—Resistencia enérjica de los encomenderos.—La majestad de Felipe IV los ampara.

El gobierno de don Francisco Laso de la Vega, sucesor de Fernandez de Córdoba, duró nueve años i cuatro meses; i en este largo período hizo, entre otros, los nombramientos que a continuacion se indican.

16 de abril de 1630.—Capitan Pedro Ortiz Palma, correjidor i administrador del obraje de Melipilla.

4 de junio de 1630.—Capitan San Juan de Hermúa (1), protector jeneral de los indíjenas de Santiago i de los guarpes de Cuyo. Sucedió en este cargo al capitan don Alonso Chimeno de Zúñiga.

7 de setiembre de 1632.—Juan de Ugalde, que habia sido alcalde de Santiago i correjidor de Cuyo, correjidor i administrador del obraje de Melipilla.

5 de junio de 1632.—Capitan Pedro Vasquez, teniente de correjidor del puerto de Valparaiso.

23 de junio de 1633.—Capitan Francisco de la Fuente Villalobos, protector jeneral de los indíjenas de Santiago i de los guarpes de Cuyo.

15 de octubre de 1634.—Capitan Juan Sanchez de Abarca, correjidor de Melipilla; i al dia siguiente, administrador del obraje.

1.º de octubre de 1636.—Capitan Miguel de Zamora Ambulodi, correjidor de Melipilla; i dos dias mas tarde, administrador del obraje.

24 de octubre de 1637.—Capitan don Francisco de Eraso, protector jeneral de los indíjenas de Santiago.

14 de noviembre de 1638.—Capitan don Juan de Jijon i Toledo, de la familia del cantor del *Puren Indómito* (2), correjidor de Melipilla; i dos dias mas tarde, administrador del obraje. (3)

(1) Este capitan fué el suegro del licenciado don Juan de la Cerda i Contreras, fundador del mayorazgo Cerda.

(2) Thayer Ojeda, *Familia Alvarez de Toledo en Chile*. Pájinas 38 i 39.

(3) Todos los títulos de correjidores de partidos, adminis-

Pareceria natural suponer que estos empleados, cuya principal funcion consistia en protejer a los indíjenas i en administrarles justicia, contribuyeran al bienestar i progreso de ellos.

Por desgracia, existen testimonios irrefragables de lo contrario.

El fiscal de la Audiencia de Chile, don Pedro Machado de Chaves, en carta escrita al rei con fecha 20 de febrero de 1634, aseguraba que las causas de la despoblacion de las rancherias, o pueblos de indíjenas, eran las siguientes.

«La primera causa, escribia, son los correjidores, que, por tener trato i contrato en sus correjimientos, estancias, viñas, curtidurias i carreterias, i tener crias de ganados i sementeras, ocupan los indios de los pueblos en estas granjerias, i los sacan dellos, con pérdida de sus chácaras i haciendas, las cuales, por no poderlas beneficiar, se les pierden, quedan sin comidas, i se huyen a buscarlas. I, como estos correjidores solo son uno o dos años, en este breve tiempo quieren de un correjimiento mui tenue sacar gruesa cantidad de dinero, i no tresquilar el gana-

---

tradores de pueblos i protectores de indíjenas firmados por Laso de la Vega se encuentran en la *Coleccion de Historiadores de Chile*. Veánse: tomo 30, pájinas 152, 156, 165, 180, 184, 191, 194, 211, 235, 238, 249, 257, 270, 273, 276, 295, 303, 337, 362, 369, 374, 382, 392, 398, 419, 422, 426, 439, 453, 458 i 473; i tomo 31, pájinas 37, 43, 50, 97, 103, 105, 118, 119, 127, 133, 135, 141, 186, 196, 199, 208, 268, 309, 311, 316, 326, 327, 356, 376, i 378.

do, como el buen pastor, sino desollarlo. De algunos años a esta parte ha crecido el exceso, por dar ordinariamente estos oficios a personas que en su jurisdiccion tienen las encomiendas de sus indios, o, por lo ménos, muchos indios de su encomienda acimentados en sus estancias, que ansimesmo tienen dentro de su jurisdiccion, con todas las demas granjerias i tratos arriba referidos, en que ocupan los dichos indios, con grandes injusticias i agravios, sin que los miserables tengan ningun recurso, por ser los mismos dueños que los cometen los corregidores, que los habian de castigar.

«La segunda causa son los administradores, que cada pueblo de indios tiene uno, i ningun pueblo diez indios, i los mas no tienen sino dos o tres viejos reservados i el cacique. Destos pobres miserables saca este administrador la cuarta parte de las sementeras que hacen, viñas que benefician, i ganados que crian, i, porque esta parte crezca, hacen que crezca el trabajo, de suerte que los miserables, o se mueren, o desesperados se huyen...

«La tercera causa de los agravios de los indios, i de la despoblacion de los pueblos, nace de bajar los inviernos los soldados de la guerra a pertrechar a la paz, que es lo mesmo que robar con fuerza pública caballos, indios i indias, a quien hacen grandes agravios, forzándolas, i vendiendo los que son muchachos, como si fueran esclavos.

«En este reino está introducido un desórden notable: que las mujeres dél, particularmente las mas

principales i las de los encomenderos, se sirven de las indias con tanta tirania que por mui livianas ocasiones las desuellan a azotes (1).»

Informaciones semejantes a la que acaba de leerse habian llegado numerosas a la corte de España desde los primeros años de la conquista de nuestro pais, i no podian por cierto producir estrañeza ni al rei ni a sus consejeros de Indias.

En cambio, debieron causar profundo desagrado en el ánimo de estos personajes las repetidas noticias que recibian de Chile, todas ellas autorizadas, puesto que llevaban la firma de los gobernadores, miembros de la Audiencia i obispos, sobre la falta absoluta de cumplimiento con que se mantenia en esta lejana comarca la real cédula de 17 de julio de 1622, aprobatoria de la tasa de Esquilache.

En vano la majestad de Felipe IV, revocando así manifiestamente las reglas jenerales dictadas por sus antecesores contra el servicio personal de los indíjenas, aunque para hacerlo se inspirara en el ejemplo de su padre, el rei Felipe III, que por cédula de 26 de mayo de 1609 habia dado sancion legal a las *mitas* del Perú (2), en vano Felipe IV habia consentido en compensar el pago de los tributos que los naturales debian a los encomenderos por el número correspondiente de dias de trabajo; pues sus súbditos chilenos se habian negado sorda pero

(1) Archivo de Medina.

(2) *Recopilacion de Indias*, libro 6, título 12, lei 19.

tenazmente a obedecer estas benévolas i jenerosas disposiciones.

En el capítulo anterior se ha visto que el Cabildo de Santiago, por acuerdo de 19 de agosto de 1628, habia condescendido con que el oidor Cerda, nombrado por el virrei visitador jeneral de Chile, fuera asentando la tasa en los partidos que visitara; pero lo habia acordado con la seguridad de que «seria imposible allanar tantas dificultades como consigo traia (1).»

I, en efecto, la tasa no habia podido cumplirse ni entónces ni despues, en parte por causa de que algunos de sus artículos eran impracticables, pero principalmente por la resistencia desesperada de los encomenderos.

Para imajinar cuál seria el descontento de los consejeros de Indias, es necesario tener presente que ninguna de las tasas anteriores dictadas en Chile, ni la de Santillan, ni la de Ruiz de Gamboa, ni la de Sotomayor, ni la de Ribera, habian alcanzado la confirmacion del rei; de tal modo que el hecho de no haberlas puesto en práctica sino por corto tiempo, o en una forma parcial, se hallaba mui léjos de ser tan grave como el de haber negado la obediencia a la de Esquilache despues de haber sido aprobada por el soberano.

Estos antecedentes esplican suficientemente la real cédula firmada en Madrid a 14 de abril de

(1) *Historiadores*, tomo 30, pájina 40.

1633, i por la cual se ordenó al presidente Laso de la Vega que «luego que la recibiera tratara de alzar i quitar precisa i inviolablemente el servicio personal, en cualquiera parte i en cualquiera forma que estuviere i se hallare entablado, persuadiendo i dando a entender a los indios i encomenderos que esto les estaba bien i era lo que mas les convenia, i disponiéndolo con la mayor suavidad que fuera posible.»

«Os juntareis, agregaba la cédula, con el obispo, oficiales reales, prelados de las relijiones i otras personas entendidas de esa provincia, i platicareis i conferireis en qué frutos, cosas i especies se puedan tasar i estimar cómodamente los tributos de los dichos indios, que correspondan i equivalgan al interes que justa i lejítimamente les pudiere importar el dicho servicio personal, si no excedieren del uso, exaccion i cobranza de él. I, hecha esta con mutacion, hareis que se reparta a cada indio lo que así ha de dar i pagar en los dichos frutos, dinero i otras especies, haciendo nuevo padron de ellos i de la dicha tasa en la forma que se ha referido, i que tengan entendido los encomenderos que lo que esto montare, i no mas, han de poder pedir, llevar i cobrar de los dichos indios, como se hace en el Perú i en la Nueva España.»

«I esta tasa, terminaba el rei, le habeis de hacer dentro de seis meses como esta cédula recibiéredes, i ponerla luego en ejecucion, salvo si halláredes i se os ofrecieren tan graves e inescusables inconve-

nientes particulares de que acá no se tenga noticia i convenga dármela primero que la comenceis a ejecutar i platicar, porque solo en este caso la podreis suspender i sobreseer, avisándome luego de ello i de las causas i motivos que a ello os hubieren obligado; i, si sucediere causa de vacar alguna encomienda de las así tasadas en servicio personal, suspendereis el proveerla hasta que con efecto esté hecha la tasa, i el que la entrare a gozar de nuevo la reciba con ese cargo i sepa que se ha de contentar con los frutos i especies de ella; i de haberlo así hecho i ejecutado me avisareis en la primera ocasion, i me enviareis el padron i la relacion de los dichos indios i nuevas tasas, con apercibimiento que de cualquier tardanza o omision o disimulacion que en esto hubiere me tendré por deservido, i demas de que se os hará cargo grave de ello en la residencia que se os tomare, i correran por el de vuestra conciencia los daños i menoscabos que por esta causa recibieren los indios, i se cobrará la satisfaccion de los vuestros bienes i haciendas (1).»

En otros términos, la majestad de Felipe IV revocaba lisa i llanamente su cédula de 17 de julio de 1622, libertaba a los indíjenas chilenos de todo servicio personal, i solo les imponia la obligacion de pagar frutos i especies por razon de sus tributos.

Esta resolucion del soberano, que introducia un cambio tan profundo en la organizacion económica

(1) Rosales, *Historia Jeneral*. Tomo 3.º, pájina 114.

i agrícola de este pais, provocó grandes debates tanto en la Real Audiencia como en el Cabildo de Santiago.

Consultado especialmente aquel alto tribunal por Laso de la Vega, se reunió en acuerdo con fecha 7 de marzo de 1634, con asistencia de los señores oidores don Cristóbal de la Cerda i don Jacobe de Adaro i Samartin, i del fiscal don Pedro Machado de Chaves, quien entró a hacer sala en reemplazo de otros dos miembros de la Audiencia que habian fallecido.

El presidente se hallaba entónces en Concepcion.

Machado de Chaves fué de parecer «que, atento a los grandes agravios que reciben los indios, i que la real tasa de 1622 no se observa, si no es en las cosas perjudiciales a los indios, i ella tiene tantas contrariedades que ha sido imposible su ejecucion, porque los indios son mas molestados que ántes que se quitase el servicio personal, que se cumpla i ejecute la real cédula de 14 de abril de 1633, i paguen los indios el tributo en jéneros de la tierra, como su Majestad manda; i que, para que los tercios salgan a hacer sus mitas con mas comodidad, la mitad de los indios de los pueblos se reduzcan a ellos, i la otra mitad queden rejimentados en las estancias de sus encomenderos; i que de los indios que así se reduzcan a los pueblos, se hagan tres tercios, i cada uno sirva cuatro meses solo para las facciones públicas, i si sobraren algunos indios, los reparta el gobernador a personas pobres, como no salgan diez

leguas al rededor del pueblo, i que los otros dos tercios se ocupen en hacer sus sementeras; i ni esta Real Audiencia ni el gobernador puedan dar decretos para sacar ningun indio de dichos tercios, aunque se alegue causa lejítima; i que de los indios que quedan en las estancias, se hagan otros tres tercios, i cada uno sirva a su encomendero cuatro meses i descanse ocho; i los otros dos tercios remuden al otro; i de los indios cojidos en la guerra, que llaman yanaconas, se hagan tres tercios, i, quedándose en las estancias de sus encomenderos, sirvan por tercios cada uno cuatro meses, i se muden los otros, descansando ocho; que a los indios se les dé de jornal dos reales el verano cada dia, i uno i medio el invierno, i a los maestros de oficio, seis el verano, i cuatro el invierno; i a los oficiales, tres i dos; que los indios reservados, aunque hayan estado rejimentados mas de veinte años, sirvan i esten donde quisieren; que los indios sirvan a quien quisieren, i ningun encomendero pueda tomar en su casa mas que tres indios con su voluntad; que quien azotase indio o india, o le quitase el cabello, aunque sea por mui justa causa, sea condenado en quinientos pesos; que los correjidores no traten ni contraten, ni tengan viñas ni estancias ni grandes casas en sus correjimientos, pena de privacion de oficio, i de quinientos pesos, i perdimiento de lo que así tratasen, i de las haciendas que tuviesen; que los administradores no los nombre el gobernador, sino los mismos encomenderos a su riesgo, i den fianzas; que no se

saque oro con los indios, ni se labren minas de cobre, ni se beneficien con ellos, ni se naveguen barcos en Coquimbo con ellos; que, atento a que se les quitan a los habitadores de este reino tantas comodidades para vivir, se manden ejecutar las ordenanzas que el Cabildo de esta ciudad hizo el año de 1630 sobre la reformacion de los trajes, por ser conforme a cédulas i leyes reales (1); que los indios paguen mas tributo a sus encomenderos, conviene a saber: once patacones, los veinte reales para el cura, un patacon para el correjidor i protector, i los siete i medio para el encomendero; los oficiales tributen los veinte reales para el cura i el uno para el correjidor i protector; los maestros, quince patacones, en la misma forma; de todos los cuales i de los demas advertimientos que convienen al bien de este reino, i conservacion i buen tratamiento de los naturales de él, dará a su señoría un discurso con su voto consultivo, en rejistro en que da las razones i fundamentos de su voto.»

Los oidores titulares emitieron dictámenes en apariencia opuestos; pero en realidad iguales el uno al otro.

(1) Estas ordenanzas pueden leerse en el tomo 30 de la coleccion de *Historiadores*, pájinas 289-293; i fueron aprobadas en la sesion celebrada por el Cabildo a 23 de octubre de 1631. Ellas pertenecen a la categoría de las llamadas *leyes suntuarias;* contienen disposiciones mui curiosas sobre el vestido que deben usar las personas de calidad, los indíjenas, los negros i los mulatos; i reglamentan los gastos que pueden hacerse en los bautismos, entierros i bodas.

Adaro i Samartin espresó que, a su juicio, debia respetarse en todo la real cédula, salvo «en cuanto a la absoluta reduccion que se mandaba hacer de los indios a los pueblos i a la paga de los tributos que en dinero, frutos i especies se mandaba hacer, hasta que su Majestad, en vista de los pareceres que se habian dado, i de lo que su señoria, como quien tenia la cosa presente, le propusiese i representase, otra cosa ordenare i mandare, por los grandes i notables inconvenientes que de su absoluta ejecucion se podian seguir, así en la guerra como en la paz, los cuales su Majestad, previniéndolos, mandaba que en caso que los hubiera, se sobreseyera en su ejecucion i cumplimiento, i se le diese cuenta de ellos para proveer lo que mas conviniera en ello.»

En una palabra, este oidor era enemigo de que se aplicaran inmediatamente las órdenes reales.

Don Cristóbal de la Cerda fué de parecer «que se quitara el servicio personal»; pero, al mismo tiempo, espresó «que, atento que la cédula real i las demas despachadas en favor de los indios, el fin principal de ellas era ampararlos en su libertad, i que gozaran de ella, i que, de hacerse las reducciones contra su voluntad, seria impedir su libertad, i asimismo en necesitarlos a que paguen el tributo en frutos de la tierra, queriendo pagar en jornales, era de parecer que los indios que quisieran quedarse en las estancias, chácaras o casas de españoles, se quedaran en ellas, sin necesitarlos a que se reduje-

ran a sus pueblos; i que el tributo lo pudieran pagar en jornales, no queriéndolo pagar en frutos de la tierra, porque de lo contrario se seguirian, demas de frustarse el fin de la dicha cédula real i quitárseles su libertad, los grandes inconvenientes que la esperiencia habia mostrado (1).»

En resúmen, tanto Adaro i Samartin como el oidor Cerda creian conveniente que continuara el órden de cosas establecido; pues, aun cuando el segundo de ellos abogaba por la supresion del servicio obligatorio, esta no era sino una declaracion teórica, sin posibilidad alguna de que fuera llevada a la práctica.

Como se ha leido, otra fué la opinion del fiscal Machado de Chaves; pero, segun se verá mas adelante, no tuvo la fortuna de prevalecer.

Laso de la Vega habria deseado sin duda alguna trasladarse inmediatamente a la capital para obedecer las órdenes del rei, en conformidad a las cuales debia dictar la nueva tasa en el término de seis meses, contados desde el dia en que llegó a sus manos la cédula de 14 de abril del año anterior; pero desgraciadamente no pudo hacerlo.

«Esto acontecia por abril de 1634, escribe el cronista Santiago de Tesillo (2), i en él enfermó el gobernador tan rigurosamente que se trataba ya mas

(1) *Libro de votos de la Audiencia de Santiago de Chile*, citado por Amunátegui en su obra *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.°, pájinas 227–229.

(2) *Guerra de Chile*, pájina 80. *Historiadores*, tomo 5.

de las exequias de su entierro que de remedios para su salud; pero obró Dios con suma misericordia en el remedio de la salud de este capitan, i dióle vida. Miróse patente el prodijio milagroso, segun las causas i los efectos de la enfermedad. Pasó el conflicto de ella los meses de mayo i junio, i era el de agosto su convalencencia. Teníala rigurosa en la Concepcion, por ser el temple opuesto a su natural, i aconsejáronle unos médicos que allí habia, por acertar en algo, mudase temple; i respecto de esto, i de haber tenido aquel año cédulas del rei mui apretadas para que pusiese en libertad los indios pacíficos de aquel reino, por la rigurosa opresion en que los tenian sus encomenderos, fué forzoso bajar a Santiago, i habiéndolo resuelto por agosto, hizo su viaje por mar hasta el puerto de Valparaiso, que es el de la ciudad de Santiago. Entró en ella, i trató de la ejecucion de las cédulas para el alivio de aquellos indios.»

La primera vez que el Cabildo de la capital se ocupó en este grave asunto fué en la sesion de 10 de marzo de 1635.

Despues de discurrir estensamente, los capitulares nombraron una comision compuesta de los alcaldes en ejercicio, de los ex-correjidores don Diego Gonzalez Montero i don Diego Jaraquemada, de los capitanes Juan Ortiz de Urbina i Andres de Fuenzalida, i del licenciado don Gaspar de Lillo, a fin de que estudiaran i propusieran qué peticiones debian dirijirse al gobernador.

En la sesion de 24 de marzo siguiente, el Cabildo acordó que el procurador jeneral de la ciudad, don Juan Rodolfo Lisperguer i Solórzano, manifestara, entre otras cosas, al presidente la conveniencia de que los indíjenas pagaran su tributo, no en frutos i especies, sino en jornales, i de que se les permitiera continuar al lado de los encomenderos, sin obligarles a vivir en sus reducciones (1).»

El procurador Lisperguer cumplió con la mayor prontitud posible el encargo de la corporacion; i el presidente Laso de la Vega pasó su memorial en vista al fiscal de la Real Audiencia.

Puede colejirse fácilmente cuál fué el dictámen de don Pedro Machado de Chaves si se toma en cuenta la opinion manifestada por él sobre este mismo asunto en el seno del tribunal a que pertenecia.

Con fecha 6 de abril, el fiscal nombrado espidió un largo i concienzudo informe, en que examinaba las diversas ordenanzas que se habian dictado en la última época sobre el servicio personal de los naturales.

A juicio de Machado de Chaves, la tasa de Ribera debia considerarse como la mejor.

«En este tiempo, escribe, habia muchos indios en los pueblos, tenian muchísimos ganados, como consta de la visita i numeracion que hizo el señor licenciado Machado siendo fiscal de esta Audiencia (2),

(1) *Historiadores*, tomo 31, pájinas 87 i 90.

(2) Este era don Hernando Machado, padre de don Pedro. Silva i Molina, *Oidores de la Real Audiencia de Santiago de Chile*. Año 1903.

por comision del señor marques de Montes Claros, virrei, el año de trece, en que halló muchos pueblos mui poblados, i algunos con mas de veinte mil ovejas; todo lo cual ha faltado despues que se publicó i mandó ejecutar la dicha real tasa (de 1622), porque, aunque la Real Audiencia ha procurado con todo esfuerzo su ejecucion, ha sido imposible de ejecutarse.»

El fiscal concluia pidiendo que se desechara la solicitud del Cabildo de Santiago, i se pusiera inmediatamente en planta la real cédula de 14 de abril de 1633, que eximia a los indíjenas del servicio obligatorio.

«Digo, empezaba Machado de Chaves, que la debe U.S. cumplir i ejecutar; porque es justificadísima i fundada en lei natural divina i humana, pues ningunas permiten que se sirvan de los hombres libres lo mas de su vida contra su voluntad, sin tener libertad para servir a otras personas, sin aprender oficios, ni descansar en sus casas, ni tener granjerias, sino que todos en este reino sirven todo el año, saliendo de unas faenas en otras; porque mui pocos vecinos hai que no tengan sementeras gruesas de trigo, maiz, cebada, anis, lentejas, garbanzos, papas i otras especies que cojen i cultivan en diferentes tiempos, muchas crias de diferentes ganados, de que sacan gruesas matanzas, sacando de ellas mas de diez i ocho mil quintales de sebo cada año, i gran suma de cordobanes. Cultivan sus viñas, que casi no hai hacienda que no la tenga; obrajes de jarcia

i cáñamo; i tienen curtidurias (van por pangue para este beneficio); tienen carreterias para el trajin de esta hacienda al puerto, i para el abasto de la ciudad de leña. Ocúpanlos tambien en estraer yeso i cal, así para el vino como para el beneficio de los cordobanes, que no pueden curtirlos sin tenerlos en cal. A todas estas granjerias acude un vecino cualquiera de este reino como tenga arriba de doce indios, sucediendo unas ocupaciones a otras; de suerte que todo el año estan ocupados, i sin libertad de poder servir o descansar el tiempo que les sobra despues de haber pagado su tributo en jornales (1).»

Despues de conocer este respetable dictámen, Laso de la Vega promulgó la ordenanza que lleva su nombre, con fecha 16 de abril de 1635 (2).

La nueva tasa constaba de diez i siete artículos, i en ninguna de sus disposiciones se referia a los esclavos apresados en la guerra.

Hé aquí un resúmen de ella.

Todos los indíjenas establecidos tanto en sus propias reducciones como en las propiedades de los españoles serian en adelante tratados como los demas vasallos del rei; pero deberian pagar a sus encomenderos un tributo anual.

Este tributo consistiria en dinero, sebo, ganado mayor o menor, trigo, maiz, anis, lentejas, garbanzos o gallinas; i deberia pagarse en el mes de

(1) Archivo de la Capitania Jeneral.

(2) *Historiadores*, tomo 31, pájina 95.

marzo de cada año, a presencia del protector i del cura, en las encomiendas, i ante el administrador i el cura, en los pueblos.

Para el efecto de la disposicion anterior, los mencionados frutos i especies deberian valuarse por los correjidores.

La ordenanza establecia, sin embargo, que los indíjenas podrian pagar su tributo en jornales, cuando de su propia voluntad así lo prefirieran i declararan ante los correjidores.

Por lo demas, se les permitiria elejir entre sus reducciones i las casas, chacras o haciendas de los españoles.

Segun la real tasa de 17 de julio de 1622, el encomendero estaba obligado, como se recordará, a proporcionar a los indíjenas de su encomienda un pedazo de tierra i los bueyes i utensilios que necesitaran para sus siembras i cosechas.

Laso de la Vega creyó justo que los huilliches i los llamados *yanaconas* pagaran una renta anual por aquellos terrenos i aperos en el caso de que entregaran su tributo en frutos i especies; i la nueva ordenanza fijaba esta renta en la suma de cuatro patacones al año.

Los que pagaran su tributo en jornales i los indíjenas de pueblo o reduccion no deberian pagar esta renta, o terrazgo.

Quedaban tambien autorizados los naturales para alquilar sus servicios; pero deberian preferir a este efecto a sus propios encomenderos durante todo el

tiempo necesario para pagar el tributo i las cantidades que estaban obligados a dar anualmente al doctrinero, correjidor i protector.

Una vez cumplidas estas obligaciones, podrian alquilarse a cualquiera cuya propiedad no distara mas de cuatro leguas del pueblo o hacienda donde se hallaban avecindados.

Laso de la Vega cuidó de establecer no solo el monto del jornal diario que debia darse a cada indíjena sino la forma de pagarlo.

La ordenanza fijaba en dos reales la suma que deberian recibir los naturales por cada dia de trabajo; i disponia que todos los meses, en presencia del correjidor, del cura i del protector, o del escribano, las personas a quienes hubieran alquilado sus servicios deberian darles las dos terceras partes de estos jornales en ropa, i el resto en plata. Cada indíena de trabajo tendria derecho a un patacon mensual; i el sobrante del dinero deberia entregarse al protector, por cuenta de los indíjenas.

La nueva tasa confirmaba ademas las obligaciones impuestas desde antiguo sobre los indíjenas de todo el pais para ciertos servicios públicos, como, verbigracia, rodear vacas i domar potros para la guerra, formar puentes de balsas en los rios, i trasportar correspondencia; i especialmente las obligaciones de los naturales de Melipilla, quienes por el salario correspondiente trabajaban en el obraje de paños de aquella comarca.

Laso de la Vega autorizaba, por último, el em-

pleo de los indíjenas en las minas i fundiciones de oro i cobre de la jurisdiccion de la Serena, siempre que ellos quisieran libremente ocuparse en las mencionadas labores.

En esta ordenanza se leian numerosas prescripciones destinadas a protejer a los naturales contra las crueldades de los encomenderos. Así, prohibia, bajo severas penas, el trabajo de los indíjenas durante la noche, en los domingos i dias de fiesta, i en las curtidurias en época de invierno; i castigaba a los españoles que les despojaban de sus trajes en cambio de alguna recompensa, o les vendian vino, o pagaban sus servicios con bebidas alcohólicas.

La tasa dictada por Laso de la Vega dejaba subsistente la aprobada por el rei en la parte que no era contraria a ella; i, para el cumplimiento de una i otra, ordenaba que los oidores deberian visitar la tierra anualmente (1).

La prolija esposicion que se ha leido manifiesta que la nueva tasa no estaba llamada a modificar la situacion establecida por la real cédula de julio de 1622; pues, aunque reconocia el derecho de los indíjenas para pagar sus tributos en frutos i en especies, la libertad que dejaba a éstos de alquilar sus servicios a los encomenderos por todo el tiempo necesario para el cumplimiento de sus obligaciones, abria ancha puerta al abuso, i de antemano podia asegurarse que la reforma no tendria efecto.

(1) Rosales, *Historia Jeneral*. Tomo 3.º pájinas 115 120.

Por de pronto, el Cabildo de Santiago, el mismo dia de la promulgacion de la tasa, acordó pedir al presidente que no la remitiera a la Península hasta que fuera estudiada por sus miembros; i, en sesion de 19 de abril, resolvió apelar de ella (1).

El Cabildo de Concepcion, por su parte, apeló tambien, fundado en las razones que siguen.

1.ª Las encomiendas del sur eran tan poco numerosas que el pago de los tributos en dinero i en especies no bastaria para el sustento de las familias.

2.ª El trabajo obligatorio de los indíjenas aprovechaba no solo a los civiles sino tambien a los militares de la frontera, que recibian sus provisiones de las haciendas de Concepcion.

3.ª El salario de dos reales al dia, pagadero en plata i en vestidos, era excesivo, e imposible de ejecutar, pues en aquella rejion faltaba la moneda.

4.ª No convenia en manera alguna prohibir la venta de vino a los indíjenas, «porque su mayor honra eran las borracheras, i la paga ordinaria en los casamientos, victorias, mortuorios, venta de sus hijas i compras de mujeres. I si se les quitaban las borracheras, se irian al enemigo; porque todos sus tratos i contratos los tenian reducidos a eso, i por el vino estaban entre españoles.»

5.ª Tampoco convenia dar facilidades a los naturales para que se volvieran a sus pueblos, porque

(1) *Historiadores*, tomo 31, pájinas 94 i 96.

esta seria la ruina de las haciendas de campo, en las cuales cesaria el cultivo por falta de peones.

6.ª Habia imposibilidad material, a causa de las grandes distancias, de que se hallaran presentes en el acto del pago a los indíjenas el correjidor, el cura i el protector.

7.ª La aplicacion estricta de la tasa turbaria la tranquilidad pública, menoscabaria el comercio, i causaria notable disminucion en los quintos reales i en los diezmos eclesiásticos.

8.ª Las libertades i franquezas concedidas a los naturales, en vez de beneficiarlos, les alentarian en sus revueltas, i concluirian por producir la ruina de las ciudades.

9.ª La reduccion de los indíjenas a sus pueblos introduciria en éstos un jérmen continuo de ajitaciones.

10. Los indíjenas se hallaban satisfechos de su actual condicion; pues recibian de sus encomenderos trece pesos al año, pan, vino, carne, ají i sal, eran atendidos en sus enfermedades, i tenian tierras, bueyes, rejas i semillas para sus siembras.

Estas eran por lo demas las causas que habian influido tanto en don Lope de Ulloa i Lémos como en algunos de sus sucesores para no poner en planta la tasa del príncipe de Esquilache.

«Todas estas súplicas hizo el Cabildo de la ciudad de la Concepcion al gobernador, pidiéndole las remitiese a su Majestad para que las mirase con su acostumbrada piedad, i las firmaron todos los capi-

tulares ante Luis de Castañeda, escribano de cabildo. Por lo cual todo se suspendió, i, aunque se ordenó bien, no se ejecutó nada (1).»

El oidor don Pedro Gutierrez de Lugo, algunos años mas tarde, en carta de 19 de marzo de 1639, daba cuenta al rei del resultado de la ordenanza de Laso de la Vega en estos términos:

«Si algunas se guardan, escribia, son con los pobres, que con los ricos i poderosos el servicio personal corre como solia, sirviéndose los mas dellos (que algunos hai temerosos de Dios i de la justicia) de los tristes naturales como, o poco ménos que si fuesen esclavos, tratándolos con rigor lastimoso, sin pagarles el corto precio de su sudor i trabajo, trayéndolos atareados en la carpinteria i carreteria, i, desnaturalizados en provincias estrañas del Tucuman i Rio de la Plata, ciento i doscientas leguas de sus asientos, en sus granjerias i comodidades, trabajándolos en las curtiembres de dia i de noche, i en las minas de cobre que hai en la Serena, cuyo trabajo es intolerable, i en navegar con ellos barcos de aquel puerto a los de Arica i Atacama, i en sacar oro, llevando a lavar la tierra un cuarto i mas de legua a hombros, desde el cerro de Andacollo, distrito de aquella ciudad, donde la cavan. I no solo esta es la causa de que haya hoi tan pocos, pero dello, i de que no sean los que V. M. desea, i los españoles con ellos, las siguientes.

(1) Rosales, *Historia Jeneral*. Tomo 3.º pájinas 121 i 122.

Los mas de los pueblos de los naturales, i casi todos los deste reino, estan hoi despoblados. Dícese que hanse ido dellos por el rigor del soldado i caminante, por la codicia del correjidor i cura, que injustamente se servian de los naturales miserables, i por las molestias i vejaciones del encomendero i administrador, que los maltrataban. La verdad es que los encomenderos de pueblos, permitidos por las justicias, los han ido con traza i mano poderosa, poco a poco, sacando i desnaturalizando, i los tienen reducidos i sitiados i ocupados en sus estancias i chácaras, en sus haciendas i granjerias; privados de sus tierras, que se van repartiendo a los españoles, i los huérfanos, viejos, viudas e impedidos, de sus sementeras i ganados, censos i bienes de las comunidades, de que se aprovechan los protectores i administradores (1).»

De la anterior esposicion puede, en consecuencia, deducirse que la tasa de Laso de la Vega fué tan ineficaz como las de Santillan, Ruiz de Gamboa, Sotomayor, Ribera i Esquilache; i que al fin de su gobierno los indíjenas chilenos eran obligados al trabajo con la misma dureza que en la época de Pedro de Valdivia.

De nada habian servido las cédulas dictadas por el rei, ni las ordenanzas que llevaban las firmas de gobernadores i virreyes.

Las causas naturales fueron mas poderosas que los decretos de la autoridad.

(1) Archivo de Medina.

Por desgracia, los indíjenas de nuestro pais no eran capaces de una labor continua i ordenada si no se les obligaba por la fuerza a ejecutarla.

Ademas de estos conflictos, que tuvieron su orí-jen en la reglamentacion del servicio personal, Laso de la Vega se vió envuelto en graves dificultades con las principales corporaciones del pais a propósito del impulso que dió durante su gobierno a las campañas contra los araucanos.

Así como los naturales se negaban a trabajar en las faenas de la agricultura, los encomenderos se resistian enérjicamente a tomar parte en las funciones de la guerra.

El presidente empleó, sin embargo, la mayor discrecion, i trató de proceder en perfecto acuerdo con la Real Audiencia i el Cabildo de Santiago.

Los oidores, a quienes Laso de la Vega manifestó la necesidad de que los encomenderos prestaran ausilio al gobierno en la ardua empresa de pacificar el territorio araucano, le ofrecieron gustosos todo su concurso.

Con fecha 7 de agosto de 1630, «los dichos señores, unánimes i conformes, dijeron i fueron de parecer que el señor presidente, como tal, era cabeza, i miraria por su autoridad de ella, i, como gobernador de las cosas de la paz i de la corporacion, i como capitan jeneral, era cabeza de la guerra, i que, como quien todo presidia en lo referido, ordenara i dispusiera su señoria con su gran prudencia i gobierno lo que mas conviniera al servicio de su

Majestad i bien de este reino, a que sus mercedes en particular i en jeneral acudirian con todo cuidado, a servir i a ayudar a su señoria en cuanto se ofreciera (1)».

Amparado así por el mas alto tribunal de justicia del pais, el presidente empezó a designar a los encomenderos que debian acompañarle en la próxima espedicion al territorio enemigo; i a conminar con severas penas a los que manifestaban su voluntad de no hacerlo.

Estos apercibimientos produjeron estraordinaria alarma en la ciudad de Santiago; i el Cabildo, donde los encomenderos dominaban en absoluto, tomó la defensa de ellos.

En sesion de 9 de agosto, el procurador jeneral don Valeriano de Ahumada fué comisionado para que representara al gobernador los inconvenientes i peligros que causaria en el centro del pais la participacion de sus principales vecinos i hacendados en la guerra de Arauco.

Los capitulares hacian valer que en toda la jurisdiccion de Santiago solo se contaban «setecientos hombres, viejos i mozos, de catorce años para arriba»; que en la ciudad no habia sino doscientas cincuenta casas, i que el sustento de ella dependia de no mas de setenta u ochenta personas principales;

(1) Acuerdo de la Real Audiencia citado por Amunátegui, en su obra *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.º, pájina 219.

i, por fin, que con tan escasos elementos debia mantenerse el órden público en una vastísima comarca, donde, ademas de la poblacion indíjena, que en su mayor parte era de guerra, puesto que provenia de la frontera, se hallaban reunidos «mas de dos mil quinientos esclavos negros angolas.»

No dejaba ciertamente el Cabildo de recordar el peligro en que estaba la ciudad de ser asaltada por los piratas holandeses; i, por tanto, de que cayera fácilmente en sus manos si quedaba desguarnecida.

La corporacion aceptaba que el presidente obligara a «las personas sueltas» a ir a la guerra, pero nó a los encomenderos, cuya presencia juzgaba indispensable (1).

Laso de la Vega creyó de su deber dirijirse por escrito al Cabildo, i, con fecha 11 de setiembre, le envió un estenso oficio, en que con colores mui vivos representó la necesidad de aumentar el ejército, en vista de las alarmantes noticias que habia recibido de la frontera araucana.

Agregaba el presidente que solo habia conseguido enganchar unos ochenta hombres: i concluia solicitando el apoyo de la corporacion para dar impulso al reclutamiento.

El Cabildo acordó los términos de su respuesta con fecha 16 de setiembre, en forma tan vaga i jeneral que al traves de las palabras se traslucia la

(1) *Historiadores*, tomo 30, pájinas 189 i 190.

resistencia de la corporacion para contribuir a engrosar las filas de los soldados que debian servir en la próxima campaña.

Despues de advertir que hasta ese momento el número de los enganchados llegaba a un centenar, prometia al gobernador que se tomarian las medidas necesarias para apresar a los desertores i reducirlos a la disciplina.

Insistia, sin embargo, en que no era oportuno obligar a «la jente que sustentaba república» a que abandonara la ciudad (1).

Laso de la Vega no se dió por satisfecho con esta respuesta, i a los dos dias remitió al Cabildo una lista de setenta personas principales, vecinos i moradores de Santiago, que tenia apercibidas para que le acompañaran, de las cuales, por deferencia especial, consentia en que se borraran quince.

El Cabildo, en sesion de 18 de setiembre, acordó solicitar que borrara veinte, designadas especialmente por la corporacion.

Laso de la Vega convino en eximirlas; pero, en cambio, agregó otras i exijió que los capitulares firmaran el apercibimiento hecho por él a los cincuenta i siete vecinos que quedaron en lista despues de una nueva revision del Cabildo.

Por este medio, el gobernador trataba, no solo de justificarse ante los encomenderos, sino tambien de ejercer mayor presion en su ánimo.

---

(1) Obra i tomo citados, pájinas 205-210.

El Cabildo en un principio se negó terminantemente a obedecer, fundado en que, a su juicio, debia defender a los vecinos, i en ningun caso impulsarles a que abandonaran las faenas; pero, como Laso de la Vega insistió, la corporacion se dirijió entónces al fiscal de la Real Audiencia, doctor Jacobe de Adaro i Samartin, para que obtuviera del presidente el retiro de su exijencia.

Todos los esfuerzos resultaron estériles. Tanto Adaro i Samartin como el oidor don Gaspar de Narvaez i Valdelomar comunicaron a los capitulares que Laso de la Vega estaba resuelto a no ceder.

El Cabildo, en sesion de 28 de setiembre, resolvió, entretanto, mantenerse en la actitud ya convenida, i nombrar, al mismo tiempo, una comision de su seno para rogar al oidor Narvaez se acercara nuevamente a Laso de la Vega a fin de inducirlo a *acojer el acuerdo anterior*.

El gobernador manifestó en estas circunstancias gran entereza de carácter. Sin doblegarse ante la actitud de los encomenderos, citó al Cabildo a sesion para el dia 8 de octubre, i se presentó él mismo a presidirla.

Laso de la Vega no dirijió la palabra a los capitulares, sino que, con la arrogancia propia de un capitan de Flandes, que en estos momentos ejercia la primera autoridad del pais, dió órden al escribano don Manuel de Toro Mazote para que leyera un oficio dirijido por él a la corporacion, en el cual referia menudamente las últimas incidencias i

terminaba pidiendo la firma de los presentes en el apercibimiento hecho a los encomenderos.

Se hallaban reunidos en sesion los dos alcaldes, Jines de Toro Mazote i el capitan Luis de Contreras: el alguacil mayor, capitan Alonso del Campo Lantadilla; i los rejidores Josefe de Leon Enriquez, el capitan Francisco Rodriguez de Ovalle, Andres Illanes de Quiroga, don Diego de Rivadeneira Villagra, i el capitan don Gaspar Calderon.

Ninguno de ellos se atrevió a negar su firma, i solo dos hicieron las salvedades que siguen:

«El capitan don Francisco Rodriguez de Ovalle dijo: que se firme la dicha memoria en órden a suplicar a su señoria que solo lleve de las personas sueltas, como siempre han conferido.»

«Don Diego de Rivadeneira dijo: que se firme la memoria, suplicando a su señoria que lleve las personas que ménos importan en esta ciudad.»

Todos los demas inclinaron la cabeza, aunque con espresa declaracion de que lo hacian en vista de las necesidades de la guerra i solo por esta vez (1).»

Los encomenderos no se declararon, sin embargo, por vencidos; i consiguieron interesar en su causo al mismo tribunal de la Real Audiencia.

Antes de que Laso de la Vega partiera al sur, esta alta corporacion se presentó en comunidad en la sala de su despacho, con el objeto de disuadirle

(1) *Historiadores*, tomo citado. Pajinas 215, 220, 221, 222, 225, 226, 227 i 228.

de que hiciera la campaña proyectada al interior de Arauco, i, sobre todo, de que llevara consigo a los vecinos de Santiago, que eran los únicos defensores de la ciudad en los casos de rebelion de negros o de indíjenas, i en el de ataque de piratas estranjeros.

El presidente les contestó que, despues de haber meditado mucho sobre el asunto, estaba resuelto a llegar hasta el sitio mismo donde habia sido fundada la Imperial.

A los oidores no les quedó otro recurso que el acostumbrado, esto es, repetir por escrito al presidente, a fin de que quedara testimonio de todo, lo que le habian dicho de palabra (1).

Laso de la Vega se dirijió a Concepcion con las compañías que habia logrado reclutar; i, como se sabe, sus esfuerzos obtuvieron un éxito brillante en la victoria de la Albarrada, que alcanzó en los alrededores de Arauco con fecha 13 de enero de 1631.

Por desgracia, este triunfo, talvez el de mayor importancia que habian obtenido los españoles, no puso fin a la guerra contra los indíjenas.

En la primavera del último año indicado, el presidente volvió a solicitar de los capitulares de Santiago que le ausiliaran con hombres i provisiones para la próxima campaña.

Apoyado por el tribunal de la Real Audiencia, el

(1) *Libro de votos de la Audiencia de Santigo*, citado por Amunátegui, en *Los Precursores de la Independencia de Chile*, tomo 2°, pájinas 220-222.

Cabildo se negó a hacerlo de una manera terminante (1).

Suscitóse entónces una grave cuestion, sobre si era la Audiencia o el gobernador quien debia calificar los casos en que, segun la real cédula de 1597, los vecinos españoles de Chile podian ser obligados a ir a la guerra.

El virrei del Perú, conde de Chinchon, resolvió el litijio en favor de la autoridad del gobernador; pero los capitulares de Santiago apelaron de este decreto, con fecha 17 de diciembre de 1632, ante el rei de España (2).

Como habria sido de suponerlo, sin embargo, la majestad de Felipe IV aprobó la provision del virrei (3).

En cambio, el mismo soberano, por real cédula dada en San Lorenzo a 2 de noviembre de 1638, confirmó la de 1597 en cuanto establecia que se libertara en lo posible a los vecinos i moradores de este reino de la obligacion de acudir a las campañas de Arauco (4).

I, como si esto no fuera bastante, por una nueva cédula de 10 de diciembre de 1642, el rei impartió idénticas instrucciones al marques de Baides, sucesor de Laso de la Vega (5).

(1) *Historiadores*, tomo 30, pájinas 280, 297 i 306.
(2) Obra i tomo citados, pájina 391.
(3) Obra citada, tomo 31, pájina 283.
(4) Obra i tomo citados, pájina 410.
(5) *Historiadores*, tomo 32, pájina 355.

XV

Encomenderos i encomendados.—Fin de los obrajes de paños de Rancagua i de Melipilla.—Obrajes establecidos por los jesuitas a mediados del siglo XVIII —El taller de tejidos del hospicio de Santiago a principios del siglo XIX. —Don Antonio Ramirez de Laguna, en el siglo XVII, i don Tomas de Azúa, en el siglo XVIII, compran en España los cargos de protectores de indíjenas.

Los inmediatos sucesores de Laso de la Vega, el marques de Baides i don Martin de Mujica, los cuales habian recibido nombramiento directo del rei, se esforzaron por llevar a la práctica no solo las disposiciones de la cédula de 17 de julio de 1622, aprobatoria de la tasa de Esquilache, sino tambien las de la ordenanza de Laso de la Vega, que las modificaban.

Los resultados no fueron, sin embargo, satisfactorios, a juzgar por las informaciones que el presidente Mujica envió a la majestad de Felipe IV en oficio de 26 de mayo de 1647.

«En este reino, escribe, ha poco que se quitó el servicio personal de los indios; i, con ordenanzas de cómo habian de ser pagados, i ellos servir i gozar de su libertad natural, que hizo don Francisco Laso, gobernador que fué deste reino, con acuerdo de personas pláticas i desinteresadas, se procuró dejar ménos lesas ambas repúblicas, de españoles e indios, que una sin otra no puede pasar ni conservarse.»

«De todas las poblaciones que habia antiguas de indios, agrega mas adelante, no han quedado sino las ruinas de que en aquel sitio habia pueblo, i en otras seis indios reservados, viejos e impedidos, que hacen comunidad, que son bien pocos i a distancias grandes. I de las tierras de los muertos se ha ido haciendo merced a los soldados que la guerra despidió por su edad, o, pienso, por su aliento. Porque los mas indios estan en las mismas estancias de sus encomenderos, que son o fueron, ya aquerenciados i avecindados, que acá llaman acimentados, i allí tienen tierras i doctrinas. I otros nacieron en ellas. I se han turbado de manera que estan mezclados en todo el distrito los de un pueblo en otro, i de una parcialidad en otra, con los casamientos; i ello de su natural, que no permanecen mucho en un lugar.....»

Don Martin de Mujica, por último, esplicaba de

este modo la despoblacion gradual de indíjenas que se observaba en la colonia.

«Los indios de la tierra de paz, asegura, van en tanta disminucion, o porque el vino los consume, a ello son notablemente dados; o porque su propio vicio los acaba, porque tienen a tres i cuatro mujeres, sin que baste la dilijencia ni el castigo a detenerlos; o porque, con tratarse tan mal i andar siempre retirados en la Cordillera i tierras frias, huyendo de trabajar, o porque ellos mismos embriagados se matan bárbaramente; i por otras muchas causas que los apestan, porque se curan con yerbas i otros brevajes. En fin, señor, los que hoi hai no bastan a cultivar los campos i a la guarda del ganado i cria de caballos, labor de jarcia i sacada de cobre; de que este reino sustenta al Perú de sebo, cordobanes, jarcia, legumbres i mulas, que son los jéneros principales de su comercio, i sin algunos, como es el sebo i cordobanes, no pudiera pasar Lima i mucha parte de su distrito, porque no tienen otra de donde sacarse para 20,000 quintales de sebo, que se gastan *cada año en aquel reino* i tiene de saca esta provincia (1).»

Este cuadro, trazado nada ménos que por la pluma del presidente de Chile, da tristísima idea del comercio de esportacion de nuestro pais, i justifica de sobra el dictado con que bautizó al siglo XVII

(1) Biblioteca Nacional. Archivo Vicuña Mackenna.

el mas pintoresco de nuestros historiadores: el siglo del sebo (1).

Por lo demas, la estraordinaria disminucion de los naturales, que con tanta viveza hacia notar don Martin de Mujica, fué por muchos años el principal argumento que se aducia para pedir al rei no derogara la cédula de 1608, por la cual habia condenado a la esclavitud a los indíjenas cojidos en la guerra.

En los gobiernos del marques de Baides, Mujica, Figueroa i Córdoba, i Acuña i Cabrera se dictaron numerosos decretos de nombramientos de correjidores para los partidos; pero en el mismo período solo se elijió un reducido número de administradores de pueblos, sin duda alguna por haberlos suprimido la tasa de Esquilache.

Hé aquí las únicas designaciones de esta clase que aparecen en las actas del Cabildo de Santiago.

Marques de Baides.—16 de noviembre de 1639. Capitan Nicolas de Zuloaga, administrador de Aculeo.

Don Martin de Mujica.—23 de noviembre de 1646. Alférez Ambrosio de Espinosa, administrador de Aculeo.—25 de noviembre. Don Fernando de Zúñiga i Arrista, administrador de Malloa—14 de noviembre de 1647. Pedro Pinto Rabelo, administrador de Rapel—24 de octubre del mismo año. Ca-

(1) Vicuña Mackenna, *Historia de Valparaiso.* Volúmen I, pájina 257.

pitan Juan Alvarez Berrio, administrador de Chada i Aculeo (1).

Despues de esta fecha, los presidentes continuaron nombrando, cuando era necesario, administradores de pueblos, pero en corto número.

Durante los mencionados gobiernos se nombraron diversos tenientes de correjidores para Valparaiso (2) i los correjidores i administradores del obraje de Melipilla que siguen:

---

(1) *Historiadores*, tomo 32, pájina 27; tomo 33, pájinas 154, 155, 240 i 282.

(2) El puerto de Valparaiso estuvo administrado por tenientes del correjidor de Quillota hasta que el presidente Garro, por decreto de 19 de setiembre de 1682, constituyó a Valparaiso en correjimiento independiente. Desde esta fecha, sus gobernantes fueron elejidos directamente por el rei, i gozaron un sueldo de 3,000 pesos anuales.

El primer correjidor de esta categoría que aparece en las actas del Cabildo de Santiago, correspondientes al mes de marzo de 1690, llamado tambien gobernador de las armas del puerto de Valparaiso, es el teniente jeneral de la caballeria don Francisco de Carrera, hijo de don Ignacio de Carrera Iturgóyen; pero, ántes de esta fecha, se sabe que habia ejercido el mismo cargo don Pedro de Amasa, designado en 30 de abril de 1685 (*Mayorazgos i Títulos de Castilla*, tomo 3.º, pájina 143). Es posible que Carrera hubiera sido nombrado correjidor en dos ocasiones, en 1682 i en 1688; pero faltan datos para asegurarlo. (Véase *Historia de Valparaiso* de Vicuña Mackenna).

Por real cédula de 3 de junio de 1696 fué nombrado gobernador de Valparaiso don Miguel Antonio Gomez de Silva i Martinez de Prado, quien desempeñó estas funciones hasta el año 1700 (*Observacion Historica* de D. Abraham de Silva i Molina. Santiago, 1897). En 1701 gobernaba el mismo puer-

Marques de Baides.—11 de julio de 1640. Capitan Mateo Hurtado.—10 de octubre de 1641. Capitan José Hurtado.—19 de diciembre de 1643. Capitan don Francisco de Eraso.—21 de abril de 1645. Teniente Josefe Rodriguez de San Pedro.

Don Martin de Mujica.—4 de noviembre de 1647. Capitan don Jerónimo Chirinos i Loaiza.—14 de febrero de 1649. Juan de Villanueva Villoldo.

Don Alonso de Figueroa i Córdoba.—27 de abril de 1650. Capitan don Cristóbal de la Barrera.

Don Antonio de Acuña i Cabrera—25 de agosto de 1651. Capitan don Juan de Arce.—3 de octubre de 1652. Capitan Jerónimo Chirinos i Loaiza (1).

Ha de advertirse que el último nombramiento espreso de administrador del obraje de Melipilla fué el del capitan Arce, i que en el decreto dictado a favor del capitan Chirinos para nada se menciona aquella fábrica; de lo cual se deduce que habia dejado de existir.

Tal suposicion adquiere mayor evidencia cuando se lee el nombramiento del sucesor de Chirinos, firmado por el presidente Porter Casanate, en el mes de setiembre de 1656.

En esta fecha, el capitan Diego Jil Negrete fué designado para desempeñar los cargos de correji-

---

to don Matias Vasquez de Acuña; i a 11 de setiembre de 1706 fué elejido correjidor don Tomas Ruiz de Azúa.

(1) *Historiadores*, tomo 31, pajina 421; tomo 32, pájinas 40, 73, 139, 169 i 328; tomo 33, pájinas 85, 153, 236, 313 i 396; tomo 34, pajinas 24, 157, 273 i 494; tomo 35, pájina 52.

dor del partido de Melipilla i administrador del pueblo del mismo nombre.

En el segundo de los indicados nombramientos se inserta una solicitud de Jil Negrete, en la cual pide al gobernador «se sirva de hacerle merced del correjimiento de Melipilla i administracion del dicho pueblo, i *de los indios que habian sido pertenecientes al obraje de su Majestad* (1).»

Puede, por tanto, fijarse la fecha de clausura del obraje de paños, fundado por Ribera a principios del siglo XVII, en el año de 1651, o sea, a mediados del mismo siglo.

Así tambien parece indicarlo la Audiencia de Chile a la reina madre, doña Mariana de Austria, quien entónces tenia la direccion de todos los asuntos de la monarquia.

"Señora. En esta Real Audiencia se recibió la cédula de 22 de febrero de 1680 años, en que jeneralmente manda V. M. que los virreyes de las provincias del Perú i los presidentes, audiencias, gobernadores i correjidores informen qué obrajes i otros injenios hai en ellas, i con qué licencias estan fundados, i que se demuelan los que no la hubieren obtenido de V. M., prohibiéndoles el darlas para en lo de adelante. I lo que se nos ofrece informar a V. M. en esta razon es que en estas provincias de Chile no hai obrajes de la calidad que contiene la cédula citada, porque, aunque ahora muchos años se fundó

(1) *Historiadores*, tomo 35, pájina 223.

un obraje de paños, fresadas i jergas i cordellates, de cuenta de V. M., para el socorro de los soldados del ejército, segun hemos sido informados, i para este efecto se aplicaron ciertos indios que estaban reducidos en el pueblo de Melipilla, doce leguas desta ciudad, no se pudo mantener, porque faltaron los indios, i por otros accidentes que ha muchos años estinguieron por el todo este obraje. I otro que se fundó en la estancia de Rancagua, catorce leguas desta ciudad, donde se labraban fresasadas i jergas por los indios del repartimiento i encomienda del maestre de campo don Alonso de Soto i Córdoba, de cuenta de su encomendero(1), tambien se ha estinguido, i ha muchos años que no se labra en él. I para obrajes ni para otros ministerios no se permite en estas provincias que haya indios de mita, ni que sirvan contra su voluntad, despues que por la cédula de V. M. del año 1633 se mandó quitar el servicio personal, que ejecutó don Francisco Laso de la Vega, siendo gobernador deste reino, haciendo las ordenanzas que hoi se guardan para el gobierno de los indios i tasa de tributos. I, aunque en estas provincias hai los obrajes que llaman de jarcia i curtidurias, en que se labra el cáñamo i cueros de ganado cabrio, que son frutos de la tierra, i en las curtidurias, si se trabaja de hibierno, suelen padecer los indios mucha incomodidad, por estar dentro del agua en lo ríjido i des-

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 71 i 72.

templado de tiempo frio, pero, como está prevenido que no se obligue a los indios al trabajo contra su voluntad, i no hai la precision del repartimiento de mitas que se practica en otras partes del Perú, habiendo de ser voluntario este trabajo, no recibe agravio el indio que a él se aplica. I, cuando en esto hai exceso, i, contra lo dispuesto por las ordenanzas, se pretende por los encomenderos, i dueños de las estancias donde los indios estan acimentados, obligarles con violencia a que trabajen en este u en otro ministerio, se procede por esta Audiencia al castigo i remedio con especial cuidado. I a este intento está ordenado i dispuesto que cada tres años por su turno salga uno de los oidores della a visitar la tierra (1), porque, si la miseria de los indios no les hubiere dado lugar a ocurrir a esta Audiencia para pedir su desagravio i que se alce la fuerza que padecen, el juez de oficio se informe en la misma parte donde se recibe el agravio i lo remedie, i para esto conviene que haya el número necesario de oidores, para que, quedando por lo ménos dos para el espediente ordinario de la Audiencia, pueda salir el que fuese nombrado por su turno a la visita de la tierra.

(1) Por real cédula de 13 de abril de 1641, se habia ordenado que en adelante no se hicieran visitas anuales a los territorios de indijenas, como estaba dispuesto, ni se practicaran dos visitas seguidas a un mismo distrito, i solo se decretaran cuando pareciera conveniente a los presidentes i oidores de las audiencias. *Historiadores*, tomo 33, pájinas 133 i 134.

"Guarde Dios la católica i real persona de V. M., como la cristiandad ha menester.

«Santiago de Chile, i mayo 14 de 1681.—*D. Juan Henriquez.—Dr. D. Juan de la Peña Salazar.—Licenciado don Diego Portales* (1).»

Numerosas reales cédulas desde la época de Felipe II prohibian se hiciera trabajar a los indíjenas americanos en obrajes de paño, lana, seda o algodon, i en injenios i trapiches de azúcar, en los cuales solo se autorizaba el empleo de trabajadores negros o de otra nacionalidad distinta de la americana.

Al mismo tiempo, los reyes de España habian permitido los obrajes de indíjenas «sin mezcla, compañia ni participacion de españoles (2).»

Ultimamente, sin embargo, se habia hecho escepcion de los muchachos indíjenas que voluntariamente sirvieran en obrajes de españoles (3).

Estas disposiciones, en apariencia destinadas a protejer a los naturales del Nuevo Mundo, en realidad habian sido dictadas para beneficiar a dueños de las fábricas de tejidos españolas i flamencas.

Como se ha visto, tales prohibiciones no habian recibido obediencia en la colonia chilena; i, segun declaran los oidores en la nota que se ha leido, los obrajes de Melipilla i de Rancagua, que fueron los de mayor importancia, solo dejaron de funcionar cuando perdieron a sus trabajadores, o por otras

(1) Archivo de Medina.

(2) *Leyes de Indias*, libro 6, titulo 13, lei 8.

(3) Libro 6, titulo 13, lei 10.

causas que no decian relacion con las órdenes del rei.

No hai necesidad de repetirlo para que se recuerde que la primera mitad del siglo XVII fué estraordinariamente calamitosa en este pais. Las sublevaciones de Arauco, que destruyeron las ciudades del sur; las invasiones de los piratas holandeses, los cuales introdujeron justificada alarma en todo el territorio; i, por fin, los terremotos, como el del 13 de mayo de 1647, que resultó un cataclismo en la capital, constituian poderosos motivos para producir la decadencia i el aniquilamiento en todas las esferas de la actividad social.

I, si a esto se agrega, no puede decirse la falta de proteccion, la hostilidad de la corona, se esplica perfectamente por qué cesaron esos obrajes que, con el ausilio de los brazos mapuches, habia establecido i mantenido la pujanza de los guerreros españoles.

Mui distinto habria sido el resultado si el rei hubiera dado aliento a la fabricacion de paños, no solo con su amplia licencia para tejerlos por medio de obreros indíjenas, sino tambien, de un modo mas eficaz, con el envio a Chile, por cuenta de la corona, de maestros europeos i de máquinas especiales.

Necesitóse del entusiasmo de los relijiosos de la Compañia de Jesus para que, a mediados del siglo XVIII, volvieran a fundarse estos obrajes.

El padre Cárlos Haymhaussen, natural de Baviera, trajo en 1748 una colonia de artesanos e

industriales alemanes, que permitió a aquella órden organizar diversos talleres, en que se ejecutaron algunas obras artísticas de mérito (1).

«Los hijos de la Compañia, escribe uno de sus apolojistas, habian ido mas allá de lo dicho; necesitaban vestirse, i habian planteado talleres de paños i tejidos. En Mendoza i Bucalemo los tenian de paño burdo; pero en la Calera ya lo trabajaban fino i bien abatanado; este batan quizá fuese el único de Chile. El colejio de Chillan habia encargado ya a Europa la maquinaria necesaria para plantificar una fábrica de paños como la de Calera.

«Carvallo, autor contemporáneo, dice que tenian tambien los padres una fábrica de vidrio.

«..... Pero no eran estériles los conocimientos de ellos, ni quedaban absolutamente encerrados en tan estrecho círculo. Los jesuitas tenian por necesidad que enseñar lo que sabian a los hijos del pais que mostraran alguna aficion i aptitud para las obras que ellos hacian: tenian que servirse para oficios secundarios de lo que en el pais hubiera, i así íbanse disponiendo poco a poco los ayudantes para maestros.

«Cuando ya estaba próximo a madurar tan apetecido fruto, la órden del señor don Cárlos III (1767) de estrañarlos a todos de América, cortó por completo la esperanza de tener en muchos años artesa-

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 6, pájina 254.

nos i artistas entendidos en las cosas propias de su profesion i gusto (1).»

A los relijiosos de la Compañia de Jesus les toca, pues, la honra de haber sido en la época colonial los mejores maestros de la juventud, los cronistas de mas alto vuelo, los autores de las gramáticas indíjenas mas eruditas, misioneros abnegados, esploradores atrevidos del territorio, agricultores e industriales progresistas.

La espulsion de 1767 interrumpió en Chile cerca de cuarenta años la fábrica de buenos tejidos, i durante toda esta época solo funcionaron los telares pertenecientes a los mapuches.

«En las haciendas de campo, escribia don Manuel de Salas al ministro de hacienda en España don Diego de Gardoqui, a principios de 1796, se hila i se teje bayeta ordinaria en mui poca cantidad, para el uso de las que las hacen, i en que, empleando el tiempo que no tienen a qué dedicar, no miran el costo; hilando en rueca, i tejiendo en unos malos telares, gastan tiempo i trabajo, que no les puede producir el sustento. Sin embargo, no teniendo otro recurso la provincia de Chillan, a 125 leguas de la capital, fabrica de este modo como cien mil varas de ella, que vende a mercaderes en cambio de efec-

(1) P. Ricardo Cappa, de la Compañia de Jesus. *Estudios críticos acerca de la dominacion española en América.* — Parte cuarta. — Pintura, escultura, música i grabados. Madrid, 1895. Pájinas 179 i 180.

tos, i éstos aquí (Santiago), al precio, si es azul, de tres reales, i, si es blanca, de uno i medio.»

«Hoi se hacen, agrega, unos pellones ordinarios para cubrir el suelo de las viviendas en invierno; de que han empezado a llevar a los lugares frios del Perú. Su ancho es de una vara, i vale a medio peso; unidas estas fajas del largo de la sala, hacen el mismo efecto de una alfombra o tapiz. Igualmente se fabrican algunos sombreros, botas i ponchos (1).»

Este estado de cosas duró hasta el año de 1804, en que llegó a Chile un suizo llamado Santiago Heytz, quien, con la ayuda de don Manuel de Salas, estableció una fábrica de lienzos en el Hospicio de la capital; fábrica que adquirió un desarrollo mucho mayor despues de la victoria de los patriotas en Maipo, i se trasformó en obraje de paños (2).»

Con estas últimas noticias se completa la historia de la fabricacion de tejidos durante la época colonial.

Como ya se ha dicho, los reyes habian prohibido, con el pretesto de protejerlos, que se empleara a los indíjenas en los obrajes de paños; i entretanto habian incurrido en una manifiesta contradiccion

(1) Miguel Cruchaga, *La Organizacion Económica de Chile*, Santiago, 1878. Tomo 1.°, pájinas 283 i 284.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 7, páj. 376; i Abel Rosales, *La Cañadilla de Santiago*, parte tercera, capítulo IX.

cuando habian autorizado el trabajo de los naturales, inclusive los de *mita*, aun contra su voluntad, en las diversas clases de minas, comprendidas las de azogue, en todas aquellas colonias americanas donde esta clase de labores producia verdadero beneficio para la corona (1).

Así se esplica, que el soberano de España no tuviera inconveniente para aceptar la prohibicion establecida por la tasa de Esquilache, de que se ocupara a los mapuches de encomienda en el trabajo de los lavaderos; puesto que el mencionado trabajo no daba una utilidad apreciable.

El marques de Baides, en 31 de octubre de 1639, nombró protector jeneral de los naturales de Santiago a don Bartolomé Maldonado (2), hijo del primer secretario que tuvo la Real Audiencia cuando fué restablecida en 1609 (3); i en 30 de julio de 1641, designó para el mismo cargo al sarjento mayor Francisco Basaure, natural de Guipúzcoa, quien se habia distinguido en las campañas de Arauco (4).

En seguida, ejerció las funciones de protector don Antonio Ramirez de Laguna, el cual compró este empleo en España por la suma de 4,300 pesos.

Ramirez de Laguna habia nacido en Madrid, i se

(1) *Leyes de Indias*, libro 6, título 15.

(2) *Historiadores*, tomo 31, pájina 403.

(3) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*

(4) *Historiadores*, tomo 32, pájina 127. Consúltese tambien el *Diccionario* de Medina.

habia recibido de abogado en Lima, donde habia desempeñado, como suplente, la cátedra de Decreto i en propiedad la de Dijesto Viejo.

Mas tarde el conde de Chinchon le habia nombrado protector de los indíjenas de Huancavélica i fiscal de hacienda de la misma ciudad (1).

Ramirez de Laguna fué recibido al ejercicio de la protectoria, en Santiago de Chile, con fecha 26 de mayo de 1642 (2); i desde el primer momento hizo valer su autoridad i reclamó el salario que le fijaba la real tasa (3).

No muchas facilidades consiguió en nuestro pais el nuevo protector; pues por de pronto no pudo encontrar quien le afianzara sin cantidad limitada, i hubo de presentarse a la Real Audiencia a fin de que este tribunal redujera el monto de la garantia.

En 28 de abril de 1644, la Audiencia señaló para este efecto la cantidad de 9,000 patacones.

A pesar de esta concesion, Ramirez de Laguna no pudo presentar fiador por toda la suma, i se vió obligado a dividirla entre varias personas. Desgraciadamente, algunas de éstas fueron rechazadas por el Cabildo de Santiago, i una de ellas por la Real Audiencia, i el protector tuvo necesidad de buscarles reemplazantes (4).

La mala voluntad que le profesaban los enco-

(1) *Diccionario* de Medina.

(2) Medina da una fecha equivocada.

(3) *Historiadores*, tomo 32, pájinas 246 – 250.

(4) *Historiadores*, tomo 32, pájinas 351, 353, 358, 360 i 361.

menderos, i probablemente los correjidores de los partidos, a quienes Ramirez de Laguna habia apremiado para que rindieran fianzas de buen desempeño de sus cargos, estalló en el gobierno del sucesor de Baides, don Martin de Mujica, quien le suspendió de la protectoria, i acusó al rei, en carta de 17 de mayo de 1647.

«El dicho protector, aseguraba en el mencionado documento este virtuoso presidente, trataba i contrataba con la hacienda de los indios, remitiendo frutos i jéneros de este reino al Perú, i de lo procedido trayendo gruesas memorias de ropa, que se vendian por su cuenta en la ciudad de Santiago, en la de Coquimbo, provincias de Cuyo, Chiloé i otras partes de la jurisdiccion de esta Audiencia. Desnaturalizaba i sacaba de sus pueblos muchos indios, i los rancheaba i ponia contra su voluntad en partes cómodas para que le sembraren cáñamo, labrasen jarcias, i le hicieren sementeras de trigo, lentejas, ají, porotos, garbanzos, anis i todo jénero de legumbres, que se navegan para el Perú, Chiloé i Valdivia, de que remitia muchas cantidades a todas partes, teniendo considerables ganancias en lo referido. A todos los indios oficiales de zapatero los recojia i juntaba por su cuenta, para que le hiciesen gruesa cargazon de zapatos, de que ha hecho envios a Potosí i otras partes, obligando a dichos indios a este trabajo con violencia i rigor, sin dejarles libertad para que pudiesen quejarse ni pedir su paga. En los pueblos, comunidades de los indios, hacian que

labrasen carretas para venderlas, i otras cosas de madera, en que tenia particular aprovechamiento. En las dichas comunidades i tierras de los indios ponia i apacentaba ganados en cantidad gruesa, comprados a trueque de ropa, o que recibia por pago de las deudas i corridas de censos de los indios, i en dichas tierras los engordaba, obligándoles que los guardasen, e hiciesen las matanzas, i beneficiasen el sebo i corambre, sin que los dichos indios tuviesen libertad para quejarse de los agravios que les hacian. De las dichas comunidades sacaba los ganados de los indios i hacia ventas i matanzas, todo para sí, sin que los indios tuviesen utilidad alguna de lo que era suyo. Tenia curtidurias, donde curtia el corambre de sus matanzas i las de otros particulares, por paga; para lo cual sacaba los indios curtidores de los pueblos i estancias donde estaban acimentados (1).»

Bien pudiera ser que Ramirez de Laguna fuera mas audaz i desmoralizado que otros protectores de la misma categoria: pero no cabe lugar a duda de que no fué el único culpable, i de que, si la autoridad pudo castigarle con dureza, ello se debió a la inquina que despertó entre los señores feudales de Chile, talvez por la manera como habia adquirido el empleo, arrebatándolo a los criollos del pais, talvez por sus condiciones personales de carácter, talvez por ambas causas al mismo tiempo.

---

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 4.°, pájina 420.

Lo cierto es que el virrei del Perú conde de Salvatierra le repuso en sus funciones en el año 1649 (1).

Entretanto, la majestad de Felipe IV, por real cédula de 28 de agosto de 1648, impresionado con las representaciones del presidente Mujica contra la conducta del protector de los indíjenas de Chile, comunicó a los virreyes del Perú i de Nueva Granada que habia resuelto se proveyeran en lo sucesivo tales cargos en la misma forma que ántes, es decir, por las autoridades locales, i que a los que servian entónces estos empleos se les devolvieran las sumas de dinero que habian pagado en España a fin de conseguirlos, bien entendido que el desembolso debia hacerse con recursos estraordinarios i nó a costa del real tesoro.

El virrei del Perú contestó a vuelta de correo que le era imposible cumplir esta órden, por cuanto la hacienda del virreinato no disponia de los capitales necesarios para pagar las indemnizaciones debidas.

El rei insistió, con advertencia de que, si no habia otro medio, se tomaran los fondos de la real caja; pero el conde de Salvatierra hizo presente, en carta de 14 de agosto de 1652, que la cantidad de dinero a que debian subir estos pagos era considerable, i que, por tanto, creia oportuno esperar nueva resolucion.

Como habria sido de calcularlo, tan luego como pudo el virrei del Perú comunicó al presidente de

(1) *Diccionario* de Medina, pájina 723.

Chile la real cédula de 28 de agosto de 1648, i la noticia fué inmediatamente trasmitida al protector Ramirez de Laguna.

Este personaje, que no pecaba de lerdo, se apresuró a ejecutar un acto que puede ser interpretado de diversos modos, pero que sin duda redundaria en honor suyo si no diera lugar a la sospecha de que estaba destinado a producir un efecto contrario del que alcanzó.

Con fecha 3 de junio de 1652, escribió a la corte declarando que no solo acataba la real órden que le eximia de continuar en el cargo de protector sino que «suplicaba le diesen licencia para no recibir los cuatro mil i trescientos pesos con que habia servido por su oficio.»

La esplicacion mas honrosa para Ramirez de Laguna seria la de que se sintió herido en su amor propio, i dignamente rechazó toda indemnizacion.

La esplicacion mas ofensiva para él seria la de que su inescrupulosa conducta le habia enriquecido bastante i no necesitaba resarcimiento de perjuicios.

Puede aun imajinarse otra hipótesis, i es la mas probable.

Quizas el doctor Ramirez de Laguna creyó que el rei, en vista de tanta jenerosidad, iba a cambiar de opinion, i le dejaria en su puesto.

Debe tenerse presente que don Martin de Mujica, su acusador, habia dejado de pertenecer al mundo de los vivos hacia algunos años.

Pero, si el protector de los indíjenas de Chile se

halagó con la ilusion de recuperar su prestijio en la corte, se equivocó grandemente; pues, en despacho de 20 de mayo de 1654, fueron admitidas su donacion i su renuncia.

Profunda i dolorosa sorpresa debió de causar en el ánimo de Ramirez de Laguna esta resolucion del rei, tanto mas cuanto que habia continuado ejerciendo sus funciones de protector.

La carta que sigue dirijida a Felipe IV suministra elocuente prueba de que queria hacerse grato a los ojos del soberano de España.

«Señor. Por cédula despachada a 26 de mayo de 608 años tiene V. M. declarados por esclavos todos los indios que fueren cojidos en la guerra de este reino, los varones de diez años i medio i las mujeres de diez, atento a haber profanado los templos i ser enemigos de la fe, i las demas razones que contiene dicha cédula. I luego dice que, si volvieren en algun tiempo al gremio de la iglesia, se les admita la paz i no se les haga guerra. En esta conformidad, el gobernador don Antonio de Acuña i Cabrera efectuó la paz jeneral en el asiento de Tolten, donde se hallaron siete toquis jenerales, cien caciques i mas de seis mil indios de lanza.

«Habiendo desde que gobernó este reino el marques de Baides tratádose de estas paces, cesó la guerra i malocas que se hacian, i no se cautivaron los indios. Los pasos estaban seguros i se caminaba por tierra de guerra sin escolta ni otra prevencion.

«En este estado inventó la codicia otra guerra

mas perniciosa para estos pobres i miserables indios, haciendo como esclavos vendiesen sus hijos, deudos i parientes, i los caciques los muchachos huérfanos, en esta manera.

«Es costumbre entre estos indios el comprar las mujeres con quien se casan, por ser permitido entre ellos la pluralidad de mujeres; de tal manera que el que mas tiene ése es mas rico, porque siembran, guardan el ganado, sirve cada una lo que un criado o esclavo; i, como entre nosotros se dotan las hijas, hermanas i parientas para casarlas con sus maridos, estos indios dotan las mujeres con quien se casan, pagando a sus padres, hermanos, deudos i parientes lo que ellos habian de recibir con ellas en dote, al reves de lo que usamos nosotros. Estas ventas las hacen los padres, hermanos i parientes mas cercanos, porque todos participan del precio, i se llaman ventas *a la usanza*, i a trueque de caballos, armas, vestidos i otras cosas, regulando cada mujer por tantas pagas, conforme la hermosura, i cada paga doce pesos de a ocho reales.

«A esta similitud, habiendo padecido alguna hambre estos indios, los cabos de los fuertes, lenguas, capitanes de indios amigos, los soldados que asistian con ellos, indios de paz, les persuadieron vendiesen sus hijos, hermanos i parientes en empeño, *a su usanza*, en que vinieron con la codicia de hacerse de caballos, armas, vestidos i otras cosas, dejando esclavos con este jénero de empeños los que V. M. tiene declarados por libres, por tantas i tan

repetidas cédulas, corriendo estas ventas con solo la certificacion de los cabos de los fuertes de Boroa, Tolten i otros.

«I, habiendo llegado a mi noticia este fraude, aunque con no bastante certeza, hice pedimento pidiendo su libertad, en el ínterin que, reconocidas las cédulas que hacen en su favor, lo hice en el escrito que está en la causa; i fué bastante a que esta Audiencia proveyese el auto en que se declaró todos estos indios e indias por libres, como vasallos de V. M. Se prohibió este trato, como lo verá V.M. por los autos que remito, para que mande lo que fuere servido.

"Guarde Dios la católica i real persona de V.M., como la cristiandad ha menester.

"Santiago de Chile, i junio treinta de seiscientos cincuenta i dos años.—«*D. Antonio Ramirez de Laguna* (1).»

Siete años mas tarde, en la sesion celebrada por el Cabildo de Santiago a 6 de mayo de 1659, se dió cuenta del nombramiento hecho por el almirante Porter Casanate, gobernador de Chile, de protector de los indíjenas en la persona del licenciado don Juan del Pozo i Silva, de acuerdo con la real cédula firmada en el Pardo a 1.° de febrero de 1657 (2).

El elejido era un caballero chileno, hijo del anda-

(1) Archivo de Medina.

(2) *Historiadores*, tomo 35, pájinas 453-458.

luz don Juan Nuñez del Pozo i Silva i de doña Ana Félix del Peso (1), quien habia desempeñado en dos ocasiones el cargo de auditor jeneral del ejército i por espacio de veinte años la profesion de abogado (2).

El mismo presidente, con fecha 20 de julio de 1661, designó como protector de los naturales de Santiago, para que sucediera a Pozo i Silva, al capitan don Francisco de Eraso, el cual, segun se ha leido, habia ya ejercido este empleo en 1637 por nombramiento de Laso de la Vega (3).

A 14 dias del mes de diciembre de 1663, se comunicó al Cabildo de Santiago que el presidente don Anjel de Peredo habia reelejido en el mencionado oficio a don Antonio Ramirez de Laguna; pero la corporacion se negó a admitirlo al ejercicio de sus funciones (4).

Don Francisco de Meneses nombró en su lugar, con fecha 10 de julio de 1664, al capitan don Pedro de Ugalde i Lopez de Uriona (5); i, cuatro años mas tarde, designó para el mismo puesto al capitan don Francisco de Eraso, probablemente hijo del protector de 1661 (6).

---

(1) Thayer Ojeda, *Familia Alvarez de Toledo.* Pájina 58, nota 2.

(2) *Historiadores*, tomo 35, pájina 456.

(3) *Historiadores*, tomo 36, pájina 115.

(4) Obra i tomo citados, pájina 224.

(5) Obra i tomo citados, pájina 382.

(6) *Historiadores*, tomo 37, pájina 229.

Este es el último nombramiento de esta clase que aparece en las actas del Cabildo de Santiago.

A mediados del siglo XVIII, don Tomas de Azúa e Iturgóyen alcanzó en España la gracia de ser nombrado directamente por el rei, como lo habia sido Ramirez de Laguna en el siglo anterior, fiscal protector de los naturales de Chile.

Aunque chileno de nacimiento, don Tomas de Azúa se habia educado en Lima, donde obtuvo el grado de licenciado en sagrados cánones i leyes.

En el año 1727 se recibió de abogado ante la Real Audiencia de Chile i ejerció por varios años su profesion en este pais.

Don Tomas empezó a desempeñar la protectoria en el año de 1746.

Al año siguiente don Domingo Ortiz de Rozas le nombró rector de la Universidad de San Felipe.

No fueron estos los únicos empleos i distinciones con que fué honrado el benemérito criollo chileno. En su viaje a la Península habia obtenido la cruz de Santiago, i, cuando ya se hallaba en Chile, en el año 1751, el virrei del Perú Manso de Velasco le designó para que continuara los comentarios de las *Leyes de Indias* que habia dejado inconclusos el oidor don Juan del Corral Calvo de la Torre.

Azúa e Iturgóyen murió a fines de 1757, de edad de 56 años (1).

(1) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*. Tomo 3.º, capítulo décimo sesto.

Al poco tiempo de haber tomado posesion de la protectoria, i cuando ya estaba bien impuesto de los deberes de su cargo, don Tomas dirijió a la majestad de Fernando VI el interesante oficio que sigue, en el cual se hallan datos completos sobre los bienes que poseian i servidumbre a que estaban sujetos los naturales de nuestro pais.

«Santiago, marzo 20 de 1748.

«Señor:

«Siendo obligacion del protector fiscal de los indios formar relacion de su estado para que, informado V. M., delibere lo que sea de su real servicio, he suspendido la de mi cargo el tiempo de cerca de dos años que ha que tomé posesion de mi plaza con el deseo de que el propio ejercicio me facilitase hacerla exacta. Pero, no siendo comprensible el asumpto en corto espacio, lo espresaré a V. M. segun lo concibo, mientras el celo por el cumplimiento de mi obligacion me instruye de mas circunstanciada noticia.

«La proteccion de los indios en este reino se reduce a defenderlos en tres clases de sus bienes: el caudal o censos de sus comunidades; las tierras de sus pueblos; i su libertad, reduciendo a lo justo el servicio personal. El caudal comun se compone de diferentes cantidades pertenecientes a sus respectivos pueblos, impuestas anual rédito en las cajas i fundos de los vecinos. El fin de estas imposiciones

era en su oríjen, segun varios documentos, subvenir las necesidades de los indios en la vejez, enfermedad i horfandad, segun la lei 14, título 4.°, libro 6 de Indias. Con el motivo de que las obvenciones de los curas no bastaban a sus alimentos, principalmente en la campaña, desde el tiempo que gobernó esta iglesia el doctor don frai Gaspar de Villarroel, se empezó a suplir su congrua con este caudal; i, precediendo informe del doctor don Juan de la Peña Salazar, decano de esta Real Audiencia, i juez privativo de censos, por despacho de Madrid de 5 de diciembre de 1675, se sirve V. M. destinar este producto a enterar dicha congrua, que, por antigua concordia del capitan jeneral del reino i prelado, se asignó de cuatrocientos pesos a cada cura. En esta virtud, el año de 1680, por auto proveido por don frai Bernardo de Carrasco, obispo de esta iglesia, i del mismo don Juan de la Peña, se distribuyó dicho caudal entre los curas, segun sus obvenciones faltaban de los cuatrocientos pesos asignados a su congrua.

«Sin embargo de esta distribucion de censos, corria la cobranza por direccion de oficiales reales, segun la lei 12, título 4, libro 6 de Indias; los que las enteraban a los curas segun la asignacion de sus hijuelas, hasta el año de 1710, que, siendo obispo de esta iglesia el doctor D. Luis Francisco Romero, i decano de la Audiencia el licenciado D. Juan del Corral, jueces privativos de censos, por auto proveido en 23 de marzo, se hizo cesion a cada cura

de la porcion de sus hijuelas, creyendo que la intervencion de los interesados hiciese mas efectiva la cobranza, con obligacion de ocurrir al juzgado i protector en caso de resistencia a la paga, o litijio. Pero, no habiendo correspondido este medio a las esperanzas, pues los curas estan en descubierto de mucha parte de sus hijuelas, por sus distancias a los fondos afectos i escasez de jueces en los distritos, que todo dificulta la convencion a la paga, a mi instancia, por el actual prelado doctor don Juan Gonzalez Melgarejo i licenciado don Martin de Recabárren, oidor decano de la Real Audiencia, jueces privativos de censos de indios, se ha mandado presentar los curas razon de la cobranza de sus hijuelas, i, con lo que van dando, se pone cobro a lo insoluto. Por la continua aplicacion de los ministros del juzgado se preparan los medios para reducir la cobranza de los dichos censos a su antiguo estilo i citada lei.

«Este es el órden con que se ha administrado dicho caudal. Su valor es el siguiente: cien mil pesos de principales corrientes; mas de ciento cincuenta mil en litijio; e innumerable lo perdido, parte por postergado en sentencia de acreedores, i parte por ignorado. El principal corriente se recauda segun he espresado; el litijioso consta de mas de ciento i cincuenta procesos principiados i ninguno fenecido, porque desde la última provision de la plaza de protector por V. M. en el doctor don Antonio Ramirez de Laguna, hasta el presente, en que

pasaron mas de cincuenta años, se ha servido por abogados de la Real Andiencia, por servicios, i, como no tuvieran salario que compensase su trabajo, lo han dedicado a particulares negocios, con notable detrimento de los indios. Por la misma razon, i la de no correr los oficiales reales, desde el año de diez, con la cobranza de censos, son mui considerables las pérdidas, porque, no habiendo ministro que con particular destino conserve la memoria de los censos, ha sido fácil a las partes deudoras, con el silencio o custodia de los instrumentos, imposibilitar la accion de los indios.

«El celo del actual prelado i decano, segun mis instancias, con la frecuencia de juzgados, se dedica especialmente al espediente de los negocios que penden, con manifiestas ventajas del caudal comun. I yo tengo particular cuidado en inquirir los censos no cobrados, de que he puesto corrientes algunos, i espero dar razon de su aumento en la continuacion de mis informes.

«En la ciudad de la Serena, cien leguas distante de esta capital, hai igualmente censos de comunidad de indios; los cuales, por las razones espresadas, i por su distancia al juzgado, se hallan aun en peor situacion que esta. He nombrado un solicitador en dicha ciudad, quien queda en informarme de su estado, para que yo solicite su conserva i promocion. Pero lo que particularmente contrae mi atencion es inquirir el oríjen i fondos de estos principales; porque, habiendo sido tan proficuos que en menos de

un siglo produjeron cuatrocientos mil pesos, no pueden haberse estinguido, que nada redituen al presente. Esta noticia no ministran papeles o instrumentos de indios, porque no hai rejistro de ello, en el desgreño con que se ha procedido en lo pasado. Las escrituras de imposicion solo dicen la cantidad, i el pueblo a quien pertenecen, pero nó de quien procedan i en la antigüedad, del reino tampoco he podido encontrarla, siendo cierto que en él no se ha observado la lei 21, título 4, libro 6 de Indias, que prescribe fondos para la comunidad. Yo, sin embargo del concurso de negocios, me aplico incesantemente a descubrir dicho oríjen, de que informaré a V. M., porque su alta comprension delibere los medios de su subsistencia.

«La segunda clase de bienes son las tierras de los pueblos. Cada cacique tiene diez cuadras; el indio tributario, cinco; las viudas, tres; i veinte i cuatro, la comunidad de diez indios, para sus ganados (1). En la fundacion del reino se dejaron a los indios las mismas tierras que poseian, segun sus propios repartimientos; i las que abandonaron los fujitivos o rebeldes se adjudicaron a españoles, que hoi poseen confinantes a los indios. I, al mismo tiempo, los capitanes jenerales que han tenido esta facultad, distribuyeron las que vacaron por muerte de indios, por haber en ellos sucedido el real patrimonio, segun la lei 30, título 1.°, libro 6 de Indias.

(1) Véase tomo I de esta obra, pájina 311.

Los españoles que con estos títulos poseen tierras en las vecindades de los indios se introducen en sus tierras, con el pretesto de confusion de linderos, o de que son mas de las que poseen las tierras vacantes, por ser ménos los indios existentes. Estrechados los indios, ocurren a la Audiencia para ser amparados en sus tierras, o para que se estiendan sus términos, segun el aumento de los pueblos. En este punto se les ha hecho siempre justicia por la Real Audiencia; pero, como el vencimiento de una causa no sea ejecutoria contra todos, son repetidos los recursos de esta calidad, con que, divertido el protector, es necesario particular desvelo para el espediente de las causas primeras.

«El último término de la defensa de los indios es su libertad. En la fundacion del reino se hicieron encomendables a los beneméritos de él los indios moradores de la distancia desde Copiapó, deslinde con el Perú, por la parte del norte, hasta las riberas del Biobio, término de lo poblado de españoles, por el sur. I los demas, desde Biobio hasta la plaza de Valdivia, se incorporaron a la corona; i son los mismos espresados en la lei 5, título 16, libro 6 de Indias. Los cuales, mandando este reino el actual virrei del Perú, por acuerdo de real hacienda, se libertaron de pagar tributo a la corona, aunque vivian en tierras españolas, a fin de que esta gracia les fuese incentiva de dejar el barbarismo, i poblarse en tierras conquistadas; habiendo precedido órden de V. M. para este arbitrio, inserto en los autos del

asumpto. Por el mismo acuerdo se libertaron de tributo a la corona los indios yanaconas. Llamá ronse así en el principio de la conquista los indios que, huyendo de la tirania de los suyos, hallaron asilo en las haciendas españolas, por lo que quedaron adictos al terreno. Dándose por razon del acuerdo ser corto el interes que reportaba la real hacienda, siendo grande la ocasion que daba de delinquir la comision de su cobranza. De suerte que el ramo de tributos se estinguió al mismo paso que esta providencia facilitó se poblase de indios el reino, en beneficio de la labor del campo i pública quietud.

«Los indios encomendables de la primera especie, o porque, mezclados con españoles i negros, han hecho otra nacion no encomendable, o por la facilidad de transportarse a la otra banda de Biobio, se ha minorado en tales términos que hai encomienda de dos i tres indios; i por esto no apreciables por los vecinos. Las pocas encomiendas de aprecio no tributan a sus encomenderos un servicio personal por mitas, segun las leyes 19, 20 i 21, título 16, libro 6 de Indias, sino que los encomenderos les dan aperos i el tiempo necesario para sus sementeras, i el resto del año, a escepcion de las fiestas, sirven los indios dicho encomendero, en haciendas inmediatas a sus pueblos, dándoseles cada semana alimentos diarios, i al cabo del año treinta i un pesos, i medio para sus vestuarios, siendo de cuenta del encomendero la doctrina i compensacion de tributo. Los correjidores en sus visitas anuales recono-

cen estas cuentas, i yo tengo pedido avisen de sus resultas a la Real Audiencia. La equidad respectiva a los indios de esta práctica hace persuadir haberse formado una particular ordenanza para este reino, en conformidad de la lei 27 del mismo título i libro; pero, como procedo sin rejistro ni compilacion de estas materias, refiero a V. M. el hecho mientras el manejo de los negocios me da mas puntual conocimiento de mis derechos.

«La provincia de Chiloé i sus islas son las mas pobladas de indios, los cuales no satisfacen los tributos a sus encomenderos por mitas de la tercera parte, segun las espresadas leyes, ni esta tercera parte contribuye por las dos partes, segun la lei 24, título 16, libro 6 de Indias. En la antigüedad todos los indios de una encomienda servian a su encomendero los seis meses del año, en compensa del tributo. El año pasado de 1716, gobernando este reino el marques de Casa Concha, publicó una ordenanza que redujo los seis meses a tres; i, por auto acordado de esta Real Audiencia, se mandó cumplir dicha ordenanza, sobre que tienen pendiente súplica los vecinos de Chiloé. Este es el gobierno de los indios en lo presente, que he espuesto a V. M. para que la suprema comprension delibere lo que sea de su real servicio. Reducir el personal de los indios a la moderacion de la lei, obligar al encomendero a lo que debe a los indios; defenderlos en sus causas civiles i criminales, con el amparo de sus tierras, defensa i aumento del caudal co-

mun, es la obligacion del protector. I, aunque a este fin hai protectores en cada partido, por no ser letrados, ni ser posible hallarlos de la indiferencia necesaria, hago las defensas en la primera instancia, i las sigo hasta fenecidas en la Audiencia Real, en cumplimiento de mi obligacion i desempeño de la real confianza.

«Nuestro Señor guarde la católica real persona de V. M. los muchos años que la cristiandad ha menester.—Santiago i marzo veinte de mil setecientos cuarenta i ocho.—*Tomas de Azúa* (1).»

Despues del fallecimiento de Azúa e Iturgóyen, los gobernadores reasumieron su facultad de elijir al protector de los mapuches, hasta que, por real cédula de 11 de marzo de 1781, se resolvió que el nombramiento de jueces o protectores partidarios de indíjenas correspondia privativamente a los fiscales criminales de las audiencias de los respectivos distritos, i nó a sus presidentes, o gobernadores

Segun la citada disposicion, los protectores no debian gozar salario alguno por razon de sus empleos (2).

En 1787 desempeñaba las funciones de protector jeneral de los indíjenas chilenos el fiscal de la Real Audiencia doctor don Joaquin Perez de Uriondo i

---

(1) Archivo de Medina.

(2) *El Moralista Filalético Americano*, por Matraya i Ricci. Tomo 1.°, pájina 375.

Marticorena (1); i en 1808, el doctor don Juan José del Campo Lantadilla, fiscal tambien de la Real Audiencia, i, como su antecesor don Tomas de Azúa, rector de la Universidad de San Felipe (2).

(1) *Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 3.°, pájina 324

(2) Torres Saldamando, *Los títulos de Castilla en las familias de Chile.* Tomo 1.°, pájinas 346-349.

XVI

Lista de los encomenderos de Santiago en 1655.—Los poseedores de la encomienda de Talagante.—Antecedentes de la familia Lisperguer.—Don Pedro Lisperguer, natural de Worms.—Don Pedro Lisperguer i Flores.—Numerosa i distinguida descendencia de don Juan Rodolfo Lisperguer i Solórzano.

Don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baides, era un capitan noble del ejército de Flandes, que vino a Chile con la resolucion de poner fin a las revueltas de Arauco i de asentar sobre estos campos de una manera definitiva la soberania española.

Desgraciadamente no encontró en nuestro pais ni los recursos necesarios, a pesar del situado, ni el ejército suficiente para contener i reprimir a los indíjenas.

El marques, sin embargo, realizó en la primavera de 1639, que fué el año de su llegada, una audaz campaña hasta las orillas del Cautin, en pleno territorio enemigo.

A la inversa de lo que se habia imajinado, el gobernador solo pudo comprobar inclinaciones pacíficas en las tribus que hasta hacia pocos años habian hecho guerra encarnizada a los tercios españoles.

Las informaciones de sus capitanes, francamente adversas a la aceptacion de estas promesas de paz i de amistad, retrajeron entónces a Lopez de Zúñiga de celebrar alianzas con los araucanos, que se presentaban humildes i sumisos; i en la primavera de 1640 proyectó contra ellos una nueva espedicion de guerra.

Antes de emprenderla, sin embargo, creyó prudente reunir el mayor número posible de soldados, para inspirar respeto a los caciques; i, con tal fin, desde la ciudad de Concepcion, donde se hallaba envió instrucciones al correjidor de Santiago, don Valeriano de Ahumada, para que alistara a los encomenderos de mas de cinco indíjenas, i quintara a los demas vecinos de su jurisdiccion.

De este auto del gobernador se comunicó noticia al Cabildo de la capital en sesion de 24 de setiembre; i los capitulares alarmados convocaron a cabildo abierto para el dia siguiente.

Celebróse la reunion con gran solemnidad, i con asistencia de una docena de los mas respetables

vecinos i encomenderos, amen de los alcaldes i rejidores en ejercicio.

Despues de oir al alcalde don Francisco Rodriguez de Ovalle, los asistentes resolvieron nombrar dos procuradores: al ex-correjidor de Santiago don Diego Gonzalez Montero, quien debia dirijirse a Concepcion ante el mismo presidente, para que apelara del auto dictado por él; i al capitan Miguel de Zamora, cuyas funciones debian consistir en reclamar, si ello fuera necesario, ante el tribunal de la Real Audiencia.

La mision de Gonzalez Montero fracasó por completo; pues el marques de Baides insistió en su anterior apercibimiento a los encomenderos i vecinos de la capital, i, con fecha 6 de octubre, espidió un nuevo auto en el mismo sentido, que debia promulgarse no solo en Santiago sino tambien en los demas correjimientos.

En este segundo decreto el gobernador establecia algunas escepciones.

Despues de poner perfectamente en claro el imprescindible deber en que se hallaban tanto los encomenderos de pueblos de indíjenas, o sea, de encomiendas territoriales (1), como los que tenian encomiendas de mas de cinco yanaconas, de acudir con armas i caballos al real servicio, declaró exentos a los ministros i empleados de la Real Audiencia, a los que desempeñaban la profesion de abo-

(1) Véase el tomo 1.º de esta obra, pájina 174.

gado, i a los alcaldes, rejidores i empleados de los cabildos.

Ademas esceptuó del servicio militar a los mercaderes i oficiales de tiendas, a los capitanes i oficiales de caballeria e infanteria, a los padres de familia que no fueran encomenderos, i a los hijos únicos de viuda.

En sesion de 5 de noviembre, el Cabildo de Santiago resolvió dar aviso al capitan Zamora para que iniciara sus jestiones ante la Real Audiencia (1).

Felizmente para los habitantes de la capital no llegó el caso de que el gobernador hiciera efectivos sus apremios; porque, como es notorio, a principios del año siguiente ajustó con los indíjenas rebeldes las célebres paces que llevan su nombre, i por las cuales se comprometieron los araucanos a devolver los cautivos españoles i a permitir en sus tierras la predicacion del Evanjelio (2).

Antes de terminar su gobierno, el marques de Baides se vió obligado, sin embargo, a hacer un nuevo apercibimiento a los vecinos i encomenderos de todos los partidos a fin de que le acompañaran al territorio araucano.

Con motivo de la espedicion holandesa de Enrique Brouwer a las costas de Chile, el marques de Mancera, virrei del Perú, concibió el proyecto de fortificar el puerto de Valdivia, i a este efecto man-

(1) *Historiadores*, tomo 32, pájinas 59-68.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 4.°, pájina 364.

dó una poderosa flota, con mil ochocientos hombres de guerra i numerosos artesanos para los trabajos de construccion, al mando de su propio hijo don Antonio Sebastian de Toledo i Leiva; i, al mismo tiempo, juzgó oportuno que el gobernador de nuestro pais hiciera una espedicion armada al traves de los campos de Arauco, no solo para dominarlos por completo sino tambien para dejar establecida la comunicacion terrestre de la plaza de Valdivia con las ciudades del norte (1).

Inmediatamente que el marques de Baides recibió estas instrucciones del virrei, con fecha 29 de noviembre de 1644 espidió el decreto a que ántes se ha hecho referencia, el cual se leyó en el Cabildo de Santiago en la sesion de 9 de diciembre.

La corporacion no pudo negarse a ausiliar al gobernador en el reclutamiento de soldados, i al dia siguiente, con el apoyo de los miembros de la Real Audiencia, juntó hasta el número de cuarenta individuos.

Ademas consiguió una suscricion del comercio de la ciudad para proveer de armas i caballos a los soldados (2).

A principios del mes de enero el marques de Baides, a la cabeza de los soldados de linea, de los encomenderos que se habian puesto bajo el real estandarte, i de los individuos reclutados en los diver-

(1) Barros Arana, obra i tomo citados. Pájina 396.
(2) *Historiadores*, tomo 32, pájinas 406-412.

sos correjimientos, se puso en marcha desde Concepcion, i en el plazo de un mes llegó hasta las riberas del Tolten (1).

El sucesor de Lopez de Zúñiga en el gobierno, don Martin de Mujica, juzgó tambien necesario, cuando empezaba a ejercer sus funciones, pedir a la ciudad de Santiago soldados i recursos.

Desde su llegada a Chile habia aceptado, sin embargo, las proposiciones pacíficas de los araucanos, i habia ordenado que se suspendieran los actos de hostilidad contra ellos.

En este estado de ánimo hizo su entrada solemne en Santiago a mediados de setiembre de 1646.

El nuevo presidente no ordenó el reclutamiento de un gran número de soldados; pero estimó que los milicianos de la capital debian suministrar algun refuerzo de hombres, con el objeto de aumentar las tropas que debian escoltarle en la celebracion de los nuevos tratados con los indíjenas.

Don Martin de Mujica solo exijió diez soldados de cada una de las compañías del número i veinte de la compañía del gobernador.

Desgraciadamente, despues de notificada la órden, tuvo noticia de que muchos de los apercibidos se escusaban u ocultaban, para no ir a la frontera.

Mujica dictó entónces, con fecha 13 de noviembre, un auto por el cual mandó que los soldados debian presentarse en sus cuarteles dentro de ter-

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 4.°, pájina 397.

cero dia, i comisionó al Cabildo para que pidiera a los encomenderos i vecinos de la ciudad las armas i elementos indispensables en toda campaña.

La corporacion amparó a los soldados i trató de justificar su resistencia (1).

Segun parece, el gobernador no insistió en sus disposiciones, i hubo de dirijirse a Concepcion sin los recursos que habia pedido.

A pesar de este fracaso, la historia refiere que el presidente Mujica reunió un gran parlamento de indíjenas i celebró con ellos solemne tratado de paz en el mismo sitio donde se habian concertado las paces de Baides.

El gobernador Acuña i Cabrera hizo nuevos apercibimientos en la capital a fin de conseguir hombres i dinero, en el verano de 1653; pero el desprestijio en que cayó con motivo de la conducta atropellada i codiciosa de sus cuñados, don Juan i don José de Salazar, a quienes habia confiado altos cargos en el ejército, fué parte para que los encomenderos i vecinos de Santiago, con la proteccion del Cabildo, se resistieran a obedecerle (2).

Necesitóse que estallara el levantamiento jeneral de los indíjenas en 1655, i que, como consecuencia inevitable, fuera depuesto por el vecindario de Concepcion el mismo presidente, i, mas aun, que corriera peligro de perderse toda la poblacion española

(1) *Historiadores*, tomo 33, pájinas 149-153.
(2) *Historiadores*, tomo 34, pájinas 301, 306 i 314.

de la colonia, para que los habitantes de la capital, encomenderos o simples moradores, consintieran en tomar las armas i acudir a la guerra.

Por lo demas, nunca en casos de peligro estremo los vecinos de Santiago dejaron de ausiliar a los gobernadores, o con gruesas sumas de dinero, o con respetables fuerzas militares.

Así pudieron comprobarlo el almirante Portier Casamate, i el presidente Cano de Aponte, en circunstancias difíciles para este reino.

Habiendo sido repuesto en el mando don Antonio de Acuña i Cabrera por acuerdo de la Real Audiencia, i habiéndose trasladado a Santiago en el mes de mayo, se ocupó en formar un nuevo ejército, con el propósito de marchar al sur cuando llegara la época oportuna, a pesar de que el virrei del Perú le había ordenado se dirijiera inmediatamente a Lima.

El Cabildo de Santiago no presentó contra este apercibimiento del gobernador otra objecion que la que se refería a las personas mismas de los capitulares, quienes, a su juicio, no estaban obligados ni a ir a la guerra, ni a dar escudero, o reemplazo (1).

Acuña i Cabrera salió de la capital a mediados del mes de octubre, i se encaminó directamente a Concepcion, donde el 1.° de enero de 16556 hubo de entregar su puesto al almirante Portier Casamate, nombrado gobernador interino de Chile por el virrei conde de Alba de Liste.

(1) *Historiadores*, tomo 3.°, pájinas 84, 94, 97 i 100.

En el espediente que se habia formado en Santiago con motivo del apercibimiento ordenado por el gobernador, se leia este cuadro de los principales encomenderos de la capital.

«*Lista de los vecinos feudatarios de esta ciudad i que tienen de diez indios para arriba.* Son como se sigue:

«El jeneral (1) don Diego Gonzalez Montero, de edad de 66 años.

«El maestre de campo (2) don Cristóbal Fernandez Pizarro, de 54 años. Tiene tres hijos capitanes, que son, don Cristóbal, don Francisco i don Jerónimo Pizarro.

«El jeneral Bernardo de Amasa, de mas de 50 años. Tiene un hijo rejidor, don Pedro de Amasa.

«El capitan don Martin de Santander, de edad de 46 años. Tiene dos hijos, don Juan i don Diego: el uno de 20 años i el otro de 17 años.

«El capitan don Manuel de Carvajal, de edad de 70 años. Tiene tres hijos, don Alonso, el capitan don Melchor i don Antonio de Carvajal, i el menor de 22 años.

«El capitan don Juan Roco de Carvajal, de edad de 60 años. Tiene un hijo, el capitan don Diego Roco, de edad de 28 años.

(1) Se daba este dictado a los que habian sido correjidores.

(2) Se llamaba así a los que habian sido alcaldes ordinarios. Por lo demas, en el ejército español de Chile existia tambien el cargo de maestre de campo jeneral.

«El capitan Diego Troncoso, de edad de 60 años.

«El capitan don Juan de Valenzuela, de mas de 60 años. Tiene un hijo, el teniente don Alonso de Valenzuela, de edad de 30 años.

«El jeneral don Tomas Calderon, de 48 años. Tiene tres hijos, don Juan, don Pedro i don Gaspar, que el menor será de 18 años.

«El capitan don Martin de Zavala, de 35 años, soltero. Tiene dos hermanos: don Sebastian, de 22 años; i otro ordenante, de mas de 18.

«El capitan Juan Muñoz del Tejo, de 34 años. Tiene dos hermanos, que el menor es de 20 años: Francisco i Juan Muñoz.

«El capitan don Francisco de Mena, de 40 años. Tiene un hijo de mas de 20 años.

«Don Antonio de Puebla i Rojas, de edad de 36 años. Tiene tres hermanos, don Bartolomé, don Francisco i don Juan, el menor de 20 años.

«El capitan don Diego de Rivadeneira, de 60 años i enfermo.

«El capitan don Juan del Castillo, de 50 años.

«El capitan don Juan de Vera, vecino feudatario del Perú, de mas de 60 años. Tiene dos hermanos, don Diego i don Bernardino; de 35 años el menor.

«El capitan Diego Lopez Torres, encomendero por cabeza de su mujer; es de edad de 35 años.

«El capitan don Antonio de Escobar, de 48 años. Tiene dos hijos: don Alonso, de edad de 20 años, i otro de 16.

«El capitan Valentin de Córdoba, de edad de 46

años. Tiene un hijo, don Gonzalo de Córdoba, de 20 años.

«El capitan Alonso de Toro, de edad de 50 años. Tiene dos hijos; el menor de 18 años.

«El capitan Lorenzo Nuñez, de edad de 80 años i enfermo. Tiene un hijo, el capitan don Francisco Nuñez, asimismo encomendero.

«El capitan Lorenzo Suarez, de edad de 60 años.

«El capitan Lázaro de Aránguiz, de edad de 50 años i enfermo. Tiene dos hijos, i el menor de 17 años.

«El capitan Sebastian Sanchez Chaparro, de edad de 45 años.

«El maestre de campo don Gaspar de la Barrera, de edad de 35 años. Tiene un hermano, don Francisco, de edad de 22 años.

«Don Nicolas de Maluenda, de 35 años.

«Don Juan de Fuenzalida i Mendoza, de edad de 36 años. Tiene dos hermanos, don Cristóbal i don Francisco; el menor de 25 años.

«El capitan don Francisco de Avendaño, de edad de 50 años.

«Don Antonio de Ovalle, de edad de 30 años. Tiene dos hermanos, el capitan don Alonso i don Francisco, el menor de 22 años.

«El capitan don Antonio Chacon, de edad de 44 años, enfermo.

«El capitan don Francisco de Salinas, de edad de 60 años. Tiene un hijo de edad de 20 años.

«El maestre de campo don Cristóbal Sagredo,

edad de 60 años. Tiene un hijo: don Antonio Sagredo, de 30 años.

«El capitan don Francisco de Castañeda, de edad de 50 años. Tiene dos hijos, el menor de 20 años.

«El capitan don Antonio de Zárate, de edad de 40 años.

«El capitan Juan Alvarez Berrio, de edad de 60 años.

«Don Tomas de Contreras, de edad de 40 años. Tiene un hermano, el capitan don Raimundo Contreras, de 38 años.

«El capitan don Juan de Ureta, de 40 años.

«El maestre de campo jeneral (1) Miguel Gomez de Silva, de edad de 60 años. Tiene dos hijos: alguacil mayor, i capitan don Alonso de Silva; el menor de 26 años.

«El jeneral don Luis de las Cuevas i Morales, de edad de 42 años.

«El capitan don Pedro Ugalde, de edad de 36 años. Tiene un hermano, don Diego de Ugalde, de edad de 28 años.

«El capitan don Andres de Illanes, de 26 años.

«El capitan don Alonso de Soto i Córdoba, de 28 años.

«Don Matias de Toro, de edad 30 años. Tiene un hermano, don Luis, de edad de 24 años.

---

(1) Este era título militar. Su hijo mayor se llamaba tambien Miguel i fué alguacil mayor de la Real Audiencia. Consúltese a Silva i Molina, *Observacion Histórica*, páj. 13.

«El capitan don Francisco de Eraso, de edad de 50 años. Tiene un hijo, el capitan don Domingo Eraso, de 20 años.

«El capitan don Estéban Cid Maldonado, de 50 años.

«El capitan Andres Guerrero de Neira, de edad de 50 años. Tiene un hijo, don Ramon, de 22 años.

«El maestre de campo don Francisco Bravo de Saravia, de edad de 30 años.

«El jeneral don Pedro Cortes de Monroi, de edad de 40 años. Tiene un hermano, el capitan don Francisco Cortes, rejidor, de edad de 34 años.

«El capitan don Juan Velasquez de Covarrúbias, de 40 años.

«El capitan don Jorje Zapata de Mayorga, de 38 años.

«Don Teodoro de Araya, de 30 años.

«Don Francisco de Zárate, vecino por cabeza de su mujer, de 34 años.

«Don José de Guzman, de edad de 34 años. Tiene dos hermanos, don Florian i don Nicolas Ramirez, i el menor de 24 años.

«El jeneral don Martin Ruiz de Gamboa, de 40 años. Tiene un hijo, el capitan don Andres de Gamboa, de edad de 22.

«Don Juan de Ulloa, de edad de 25 años.

«Francisco Farias, de edad de 60 años, enfermo. Tiene un hijo, Antonio Farias, de 25 años.

«El capitan don Luis Jofré de Loaiza, 30 años.

«El capitan don Felipe Jiron, de edad de 30 años.

«El capitan Diego Gomez Paredes, de edad de 36 años.

«El capitan don Pedro Ibacache, de edad de 50 años. Tiene dos hijos, don Andres i don Jerónimo; el menor, de 22 años.

«El capitan don Antonio Martinez de Vergara, de 30 años. Tiene un hermano, don Bernardino, de 26 años.

«Don Felipe de Arce, de edad de 36 años. Tiene dos hermanos, don Rodrigo i don Juan; el menor, de 20 años.

«El maestre de campo don Jerónimo Flores, de 45 años.

«El capitan don Juan de Carvajal, de edad de 30 años.

«El capitan Juan de Acevedo, de edad de 40 años.

«El capitan don Jerónimo Bahamonde, de 50 años.

«El capitan Pedro de Elguea, de edad de 35 años. Tiene dos vecindades.

«Don Ignacio de Silva i Bohorquez, de edad de 30 años.

«El capitan Pedro de Leon, de edad de 40 años.

«El maestre de campo don José de Morales, de edad de 40 años. Tiene un hermano, don Pedro de Morales, de edad de 30 años.

«El capitan Diego Hernandez de Herrera, vecino, de edad de 55 años.

«El capitan don Francisco Peraza, de edad de 50 años. Tiene un hijo, el capitan don Sebastian de Espinosa i Peraza.

«El capitan don Juan Pasten, de 50 años.

«El capitan don Pedro Recalde, de 30 años.

«El capitan don Juan Gutierrez, de edad de 40 años.

«El capitan don Antonio de Torres, de edad de 50 años. Tiene a don Juan de Torres, su hijo, alférez. Vino en la guerra.

«Don Cristóbal de Ahumada, de edad de 25 años.

«El capitan don Juan de Zúñiga i Arista, de edad de 50 años. Tiene dos hijos; el menor de 24 años.

«Don Antonio Barrios (1), de edad de 25 años.

«El sarjento mayor don Fernando Tello de Guzman, de 30 años.

«Don Juan de Astorga, de 20 años.

«Pedro de Ahumada, de 40 años.

«El capitan don Juan de Fuenzalida Guzman, de edad de 50 años.

«El capitan Diego de Soloaga, de edad de 36 años.

---

(1) Debe ser don Antonio Barros de Alderete, hijo de Juan de Barros Araya, nieto de Juan de Barros Alderete i bisnieto del gallego Juan de Barros. *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 54 i 55. Algunas de estas noticias jenealójicas me han sido dadas por don Joaquin Santa Cruz.

«El capitan don Juan Sanchez Abarca, de 36 años.

«El capitan Antonio Mendez, de 90 años.

«Francisco Martinez de Argomedo, de edad de 40 años.

«El maestre de campo don Juan Rodolfo Lisperguer, de edad de 40 años. Tiene un hijo, el capitan don Pedro, de edad de 20 años.

«El maestre de campo don Juan de Aguero, de 50 años.

«El capitan Alonso Alvarez Berrio, de 50 años.

«El maestre de campo don Antonio Jara, de 28 años.

«El capitan don Alvaro Hurtado de Mendoza, de 74 años.

«El maestre de campo don Francisco Briseño, de 35 años.

«El maestre de campo don Gaspar de Ahumada, de 30 años.

«Don Pedro de Salinas, de edad de 36 años.

«El maestre de campo don Jerónimo Pasten, de edad de 50 años.

«Don Jacinto de la Vega, de edad de 18 años.

«El maestre de campo don Diego de Rojas, de edad de 50 años.

«El maestre de campo Juan de Cisternas, de edad de 70 años.

«El maestre de campo don Fernando de Aguirre, de edad de 60 años.

«El capitan don Juan Bravo de Morales, de edad de 20.

«El capitan don Pedro de Olivares, de 40 años.

«Viudas que gozan de feudos:

«Doña Antonia de Navia i Aguilera (1).

«Doña Catalina de los Rios (2).

«Doña Beatriz de la Barrera (3).

«Doña Luisa de Celada (4).» (5).

La enumeracion anterior no solo ofrece la lista completa de los principales encomenderos sino tambien de las mas encumbradas familias de Santiago a mediados del siglo XVII.

Entre éstas, una de las principales, i de las mas dignas de estudio, es la de Lisperguer.

La historia cronolójica de esta familia nos lleva desde los primeros dias de la conquista hasta mediados del siglo XVIII.

Los Lisperguer, por lo demas, se sucedieron de padres a hijos en la importante encomienda de Talagante.

La monografia de este apellido forma, pues, un

(1) Viuda de don Fernando de Irarrázaval i Zárate; encomendera de Rapel i Pacoa; i madre de don Antonio Alfonso de Irarrázaval, correjidor de Santiago en 1650.

(2) Viuda de don Alonso Compofrio de Carvajal, encomendera de la Ligua, Putaendo i Codegua.

(3) Viuda de Jines de Lillo.

(4) Viuda del licenciado don Andres de Toro Mazote.

(5) Este documento se halla en el volúmen 1,723 del archivo de la Real Audiencia.

capítulo de la historia jeneral de las encomiendas.

Los oríjenes de los que fueron mas tarde vecinos ricos i poderosos de Santiago encierran una mezcla tal de razas diferentes que no pueden ménos de llamar la atencion no solo del investigador erudito sino tambien del sociólogo.

A continuacion podrá leerse una lijera reseña de los fundadores de la familia.

Bartolomé Blumenthal, o Flores, como le designaban sus compañeros, era natural de Nuremberg, i llegó a Chile con Pedro de Valdivia (1).

Mui pronto quedó tullido, i hubo de consagrarse a la industria i a la agricultura.

El conquistador de nuestro pais le habia concedido dos encomiendas: Talagante i Putagan.

En la primera de ellas, que estaba cercana a Santiago, estableció Flores su residencia i fundó su hogar (2).

Segun parece, la comarca de Talagante habia sido elejida por los incas del Perú para una de las colonias de *mitimaes* que enviaron a Chile con el objeto de asentar su dominacion.

El cacique que allí encontráron los españoles, i que fué bautizado con el nombre de Bartolomé, se hacia llamar señor de Ilave (3); circunstancia que

(1) Thayer Ojeda, *Los Conquistadores de Chile*. Tomo 1.°, pájina 125.

(2) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 86,

(3) Vicuña Mackenna, *La Quintrala*. Pájina 24.

permite sospechar fuera de nacionalidad peruana (1).

Al poco tiempo, Blumenthal entró en relaciones amorosas con la hija del cacique, i procreó en ésta a doña Águeda Flores, destinada a ser una rica heredera.

Nada tuvo, pues, de estraño que esta mestiza fuera solicitada en matrimonio por uno de los militares mas distinguidos del ejército que trajo Hurtado de Mendoza en 1557.

El novio era don Pedro Lisperguer de Wurtemberg, aleman como Blumenthal i natural de la ciudad de Worms.

Lisperguer habia combatido constantemente en las campañas de Arauco, bajo los gobiernos de Hurtado de Mendoza, Francisco i Pedro de Villagra i Rodrigo de Quiroga; i en recompensa de sus servicios habia obtenido el nombramiento de capitan (2), i dos repartimientos de indíjenas: uno al sur del Maule, i otro de puelches, o patagones septentrionales (3).

En el año de 1566 habia sido elejido rejidor del Cabildo de Santiago; pero no habia podido entrar en el ejercicio de sus funciones, a causa de estar sometido a juicio por el provisor del obispado, has-

(1) Don Joaquin Santa Cruz me ha hecho notar que Ilave, como Ñuñoa i Lampa, es un nombre jeográfico del Perú, que pertenece al departamento de Puno.

(2) *Historiadores*, tomo 23, pájinas 23 31.

(3) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 89 i 90.

ta fines del año, en que cumplió la sentencia dictada contra él.

La culpa cometida consistia en haber afirmado que «Nuestra Señora no habia parido por el vaso natural sino por el ombligo (1).»

Probablemente, mas o ménos, en esta época celebró su enlace con doña Águeda Flores.

La vida pública del capitan Lisperguer tuvo siempre lucimiento; pero no llegó a los primeros cargos, ni del ejército, ni del gobierno civil, talvez a causa de sus frecuentes viajes al virreinato, a donde le llevaban sus negocios i la inclinacion, mui natural en un europeo, de buscar centro mas adelantado i culto que la colonia chilena.

El capitan Lisperguer no dirijió como jefe ninguna campaña militar, ni fué nunca nombrado correjidor de Santiago.

En cambio, en 1572 desempeñó las funciones de alcalde ordinario, en 1576 la de juez en comision para perseguir i castigar a los indíjenas hechiceros, en 1580 las de procurador i mayordomo de la ciudad, i las de rejidor en 1574, 1581, 1583, 1585 i 1588.

En 1583 i en 1585 fué ademas designado por el Cabildo como fiel ejecutor.

En dos ocasiones se dirijió al virreinato con encargos de importancia de los capitulares de Santia-

(1) *Historiadores*, tomo 17, pájinas 122 i 124. Consúltese tambien a Medina, *La Inquisicion en Chile*. Tomo 1.º, pájinas 132-134.

go, en el año 1583, cuando fué enviado por el presidente Sotomayor a pedir ausilios de hombres i dinero, i en el año 1590, en que le acompañó el capitan Pedro Ordoñez Delgadillo (1).

No fueron éstos los primeros viajes que hizo al Perú el capitan Lisperguer; pues, segun es mui sabido, en 1557 partió de Chile con la delicada comision de entregar al marques de Cañete a Villagra i a Aguirre, presos por órden del gobernador Hurtado de Mendoza.

El viaje de 1590 no fué tampoco el último de los realizados por él.

En el año 1595 se hallaba todavía en la ciudad de los Reyes, donde su antiguo jefe, el virrei don Garcia, le habia nombrado mayordomo (2); i existen fundadas presunciones de que no pensaba en regresar a Chile, por lo cual su mujer resolvió ir en persona a buscarle (3).

Los últimos tiempos de su residencia en esta colonia fueron de suma contrariedad para el hidalgo aleman.

Su familia, que habia cultivado mui buenas rela-

---

(1) Los datos apuntados sobre los empleos i comisiones de Lisperguer han sido tomados de las actas del Cabildo de Santiago. Véanse los tomos correspondientes de la coleccion de *Historiadores*.

(2) Archivo de Escribanos, volúmen 5, a fojas 438. Poder de Juana Tellez, viuda de Gonzalez Lizana, otorgado en 3 de setiembre de 1590.

(3) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*. Pájina 225.

ciones de amistad con el gobernador Alonso de Ribera, rompió con él en 1603, i se vió perseguida i hostilizada con encarnizamiento.

Su mujer, doña Agueda, i algunos de sus hijos fueron llevados a la cárcel pública; su primojénito, quien felizmente logró huir, fué sentenciado a muerte; dos de sus hijas se vieron obligadas a refujiarse en los conventos, para escapar a la ira del terrible gobernador (1).

La condenacion de toda una familia en masa, de parte de otro majistrado habria constituido una mancha indeleble; pero no tenia en este caso igual trascendencia, conocido el carácter atrabiliario de Ribera.

Sea de ello lo que fuere, el patriarca de la tribu, don Pedro Lisperguer (2), que ya contaba mas de setenta años, quiso verse libre de la autoridad del gobernador, i buscó un medio seguro de que no le pudiera obligar a ir a la guerra.

Con tal objeto, en sesion de 30 de marzo de 1604, presentó al Cabildo de Santiago título de corona, o sea, de tonsura, i un nombramiento de acólito, da-

(1) Thayer Ojeda, *Los conquistadores de Chile*. Tomo 1.°, pájinas 14 i 15. El poder de Gonzalo de los Rios que cita este autor, i de donde han sido estractadas las noticias que se dan en el testo, no es de 1605, como se lee en la obra de Thayer, sino de 1603, segun puede comprobarse en el orijinal.

(2) El apellido paterno de este personaje era, segun parece, Wurtemberg, o *Bitambergue*, como se llamaron algunos de sus descendientes.

dos por el obispo don frai Juan Perez de Espinosa.

Segun la relacion del acta, el capitan Lisperguer se revistió en esta ocasion con el hábito de fraile agustino, para manifestar así su voluntad de ingresar en la órden; pero todo no era mas que una tramoya, a fin de quedar exento del servicio personal que como *feudatario* debia al rei, pues inmediatamente dejó el hábito.

«I esto, agregan los capitulares, se manifiesta bien en traer, como trae, hábito corto de lego, con mangas i calzones de seda, i andando en caballos a la jineta, i pasando la carrera con pretal de cascabeles.»

La corporacion resolvió, en consecuencia, no reconocer por válidos ni el título ni el nombramiento mencionados (1).

Segun se cree, don Pedro Lisperguer falleció fuera de Chile.

De su matrimonio con la señora Flores tuvo los hijos que siguen:

1.° Juan Rodulfo, uno de los mas valerosos capitanes de la guerra de Arauco, quien murió ahogado despues de la derrota de Palo Seco, cerca del fuerte de Boroa (2). Falleció soltero; pero dejó un hijo natural, el capitan don Juan Flores Lisperguer,

---

(1) *Historiadores*, tomo 21, pájina 104.

(2) Errázuriz, *Continuacion de los Seis Años de la Historia de Chile*. Tomo 1.°, capítulo XI.

enjendrado en doña Sabina de Miranda i Rueda (1). Este capitan sirvió por muchos años en las campañas contra los indíjenas, i fué declarado benemérito del reino por la Real Audiencia de Chile. Con fecha 14 de febrero de 1626, el presidente Fernandez de Córdoba le nombró correjidor i administrador del obraje de Melipilla. Murió al año siguiente, cuando aun no cumplia los cuarenta de edad (2).

Don Juan Flores Lisperguer fué a su vez padre de otro hijo natural, llamado Pedro, que hubo en señora principal i soltera (3), i que dió a criar en 1616 a doña Leonor Rodriguez. Esta señora conservó el niño a su lado hasta que tuvo noticia de la muerte del padre, i entónces le confió a doña Magdalena Lisperguer i Flores, su tia abuela.

Este nieto del héroe de Boroa sintió vocacion para la vida relijiosa, e ingresó en 1638 en la órden de San Agustin, en la cual llegó a los mas elevados

(1) Poder para testar de doña Sabina de Miranda i Rueda, ante Velez, en 30 de julio de 1652.

(2) *Historiadores*, tomo 28, pájinas 356, 357, 358 i 476. Debo estas noticias a mi amigo don Tomas Thayer Ojeda.

(3) Este hecho se halla comprobado por declaraciones de doña Leonor Rodriguez i de doña Magdalena Lisperguer, prestadas en el año de 1638. Doña Sabina de Miranda i Rueda, en su poder para testar, ya citado, de 1652, declara, sin embargo, que su nieto Pedro era hijo lejítimo del capitan don Juan Flores Lisperguer i de doña Anjela de Sierra Ronquillo, difuntos ambos en esa fecha. Como no existen motivos para dudar de la veracidad de la señora Miranda i Rueda, es de creer que haya habido lejitimacion por matrimonio posterior.

cargos. En 1656 fué elejido prior de Santiago, i en 1662 prior provincial. Desempeñó ademas las funciones de lector de filosofia, rejente de estudios i catedrático de prima (1).

2.° Doña Maria, casada con el jeneral don Juan de Cárdenas i Añasco. No tuvieron hijos. Esta señora i su hermana doña Catalina fueron acusadas del delito de haber pretendido envenenar al gobernador Ribera.

3.° Bartolomé, estudiante chileno en Lima, gracias a una beca que le fué concedida por el virrei don Garcia Hurtado de Mendoza, en el real colejio de San Felipe i San Márcos, en 1592. Murió tres años mas tarde en la espedicion realizada por Alvaro de Mendaña a las islas de Salomon (2).

4.° Doña Catalina, mujer de Gonzalo de los Rios, tres veces correjidor de Santiago.

5.° Doña Magdalena, casada con el jeneral don Pedro Ordoñez Delgadillo. Sin sucesion (3).

6.° Pedro, de quien se hablará mas adelante.

7.° Fadrique.

8.° Mauricio, el cual murió de una estocada que

(1) *Historia de los agustinos en Chile*, por el padre Victor Maturana. Santiago, 1904. Tomo 1.°, capítulo 50, i pájina 834. En esta obra pueden leerse las declaraciones de las señoras Rodriguez i Lisperguer a que se ha hecho referencia.

(2) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*. Tomo 3.°, pájinas 227 i 228.

(3) El testamento de esta señora puede leerse en la obra de Vicuña Mackenna titulada *Los Lisperguer i la Quintrala*. Valparaiso, 1877. Pájina 230.

le dió en Quillota, en 1602, Juan de Molina, hijo del correjidor de Santiago Jerónimo de Molina (1).

El mas distinguido de los hijos de doña Agueda Flores, i el que con mayor altivez llevó el apellido de Lisperguer fué el bautizado con el nombre de su padre.

Por su carácter orgulloso, por su valor personal, por sus servicios abnegados en favor de la colonia, i hasta por sus arranques i atropellos, don Pedro Lisperguer i Flores presenta en su vida pública i privada muchos rasgos de semejanza con uno de los próceres de nuestra independencia, don José Miguel Carrera (2).

Desgraciadamente, a Lisperguer le tocó nacer en una época oscura i abatida, en que los esfuerzos individuales, aunque a veces llegaron al heroismo no recibieron justa recompensa de parte de los beneficiados.

Los triunfos i las glorias de don Pedro Lisperguer i Flores solo sirvieron para acrecentar el acerbo de prestijio social de la familia a que perteneció.

---

(1) Carta de Alonso de Ribera al rei de 5 de febrero de 1603, citada i comentada por Errázuriz en sus *Seis Años de la Historia de Chile*. Puede consultarse la mencionada carta en la Biblioteca Nacional, archivo Vicuña Mackenna.

(2) Por estraña coincidencia, don José Miguel desciende de los Cuevas, que a principios del siglo XVII formaban el bando contrario al de los Lisperguer, en la existencia ajitada i tumultuosa que llevaban en aquel tiempo los vecinos de la ciudad de Santiago.

Don Pedro se incorporó en el ejército como soldado en el primer gobierno de Alonso de Ribera, i alcanzó a tomar parte en algunas campañas contra los indíjenas; pero su carrera militar se interrumpió mui pronto, a consecuencia de la persecucion que, con razon o sin ella, emprendió Ribera contra él i sus hermanos.

En el gobierno siguiente, de Alonso Garcia Ramon, continuó sus servicios, primero como capitan de infanteria, i despues como capitan de caballos lijeros lanzas (1).

El presidente nombrado le elijió mas tarde lugarteniente de capitan jeneral de las costas del Mar del Sur; i en tal carácter le envió al Perú para que pidiera ausilio al nuevo virrei, marques de Montesclaros, «de que se consiguieron muchos i aventajados, así en la gratificacion de rentas i oficios, que dió su Excelencia a muchas personas beneméritas de esta tierra, como en el copioso situado i socorro de jente de guerra que vino aquel año en tres compañías de infanteria, de que su Excelencia le nombró por cabo i gobernador dellas (2).»

Este socorro llegó a Chile, segun lo refiere el padre Rosales, a fines de mayo de 1609, «con mucha ropa i plata, i ochenta soldados (3)».

La reposicion de Alonso de Ribera en el gobier-

(1) Errázuriz. *Continuacion de los Seis años de la Historia de Chile.* Tomo 1.°, pájina 88.

(2) *Historiadores,* tomo 28, pájinas 74 i 75.

(3) Rosales, *Historia Jeneral.* Tomo 2.°, pájina 482.

no de nuestro pais no fué impedimento para que Lisperguer continuara en el servicio público.

Ya sea que el apoyo del virrei hubiera influido en el ánimo de todos, ya sea que los delitos imputados a la familia Lisperguer en 1603 no tuvieran gravedad alguna, lo cierto es que en esta fecha se habia acrecentado el prestijio político de don Pedro (1).

En sesion de 3 de enero de 1613, el Cabildo de Santiago le elijió procurador síndico jeneral i mayordomo de la ciudad, por ocho votos contra cuatro, que obtuvo don Melchor Fernandez de la Serna; i con fecha 1.° de marzo le dió permiso por el tiempo que fuera necesario, para que se dirijiera al sur a efecto de celebrar una conferencia con el gobernador sobre los graves asuntos que preocupaban entónces a los principales personajes de la colonia.

Como se recuerda, hacia poco tiempo que habian sido asesinados en el territorio araucano los jesuitas Aranda, Vechi i Montalvan; i los cabildos de las tres grandes ciudades del pais se preparaban para representar al rei la necesidad de poner fin a la guerra defensiva.

De los términos del acta de la sesion de 1.° de

---

(1) Como una prueba de que estaban olvidados los mutuos cargos que se habian hecho Ribera i los Lisperguer, basta saber que este mismo gobernador, con fecha 1.° de marzo de 1614, nombró correjidor de Santiago a Gonzalo de los Rios, casado con doña Catalina Lisperguer. (*Historiadores*, tomo 25, pájina 20).

marzo se desprende que el Cabildo de la capital habia resuelto enviar a España con plenos poderes a don Pedro Lisperguer; pero, como fué designado con igual objeto el guardian del convento de San Francisco de Santiago, frai Pedro de Sosa, i el gobernador Ribera elijió para que acompañara a éste hasta la corte al coronel Pedro Cortes, la corporacion no insistió en el viaje de Lisperguer (1).

Este era entónces uno de los mas ricos encomenderos del pais; pues habia acumulado en su mano los repartimientos de su padre i de su abuelo, o sean, los de Talagante, Putagan, Cauquenes i Puelches (2), i gozaba ademas de las rentas que los virreyes del Perú le habian concedido en las encomiendas de Chuquiavo i de Tacna (3).

El año de 1614 debia ser mui ajitado i de grandes consecuencias para él.

---

(1) *Historiadores*, tomo 24, pájinas 366, 385 i 386. Consúltese tambien a Barros Arana. *Historia Jeneral*, tomo 4.°, pájina 78.

(2) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 91.

(3) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 92. Véase tambien *El correjimiento de Arica*, por D. Vicente Dagnino. Pájina 199.

La merced obtenida por don Pedro Lisperguer i Flores en la encomienda de Chuchiavo le habia sido otorgada, segun parece, por el marques de Cañete don Garcia Hurtado de Mendoza; i habia sido causa de un litijio, entablado contra don Pedro ante la Real Audiencia de Lima por el capitan Francisco Peña, vecino de Santiago de Chile, quien sostenia haber renunciado a la antedicha renta, de quinientos pesos

En los primeros meses, la pasion le hizo escalar la casa del oidor don Pedro Alvarez de Solórzano para robar a su hija doña Florencia, con la cual tenia el propósito de contraer matrimonio.

A fin de llegar a este resultado, necesitó proceder así; pues el padre de la niña no habria dado jamas su consentimiento para el matrimonio, ya que estaba prohibido a los oidores, so pena de perder sus empleos, el permitir que sus hijos se casaran en el distrito de su jurisdicion.

De todo lo cual puede fundadamente presumirse que entre el galan i el futuro suegro hubo colusion, preparada desde mucho tiempo atras; i los hechos que se realizaron mas tarde lo pusieron de manifiesto.

El oidor se apresuró a entablar querella contra el raptor de su hija, quien fué tomado preso; pero inmediatamente este último apeló a la autoridad eclesiástica, espresó su voluntad de contraer matrimonio, i le dejaron libre.

---

de plata al año, concedida a él por el virrei del Perú en recompensa de sus servicios, como dote para una de sus hijas, con la cual habia prometido casarse Lisperguer. (Thayer Ojeda, *Los conquistadores de Chile*. Tomo 1.°, pájina 13). Por su parte, don Pedro, en un poder enviado a su padre, residente entónces en Lima, con fecha 30 de marzo de 1595, para que lo representara en el juicio como curador i defensor, por cuanto él era menor de 25 años, negó los hechos, i sostuvo que la merced le habia sido concedida en consideracion a su persona. Archivo de Escribanos, volúmen 9, a fojas 1244.

Don Pedro Lisperguer i Flores burló de este modo las mas terminantes órdenes del rei; i el nieto de doña Elvira de Talagante, como era llamada por los españoles la hija del cacique, llegó a ser yerno de un oidor.

Don Pedro Alvarez de Solórzano tuvo que sufrir en cambio grandes amarguras por su complicidad.

A mediados del mismo año de 1614 se verificó en la plaza principal de Santiago una riña armada, entre el licenciado don Andres Jimenez de Mendoza, ex-correjidor, quien provocó la pendencia con sus deudos i amigos, i don Pedro Lisperguer con los suyos, por rivalidades de campanario.

Por felicidad, no hubo muertes, pero sí heridas graves.

Siguióse juicio ante la Real Audiencia, i el tribunal, en el mes de enero de 1615, condenó al doctor Mendoza i a sus principales secuaces con fuertes multas i destierro de la ciudad (1).

Jimenez de Mendoza no esperó que se dictara la sentencia, talvez porque calculaba que no seria suyo el triunfo, para vengarse de Lisperguer; i, a 14 de octubre del año anterior, se presentó al mismo tribunal acusando al oidor Alvarez de Solórzano de haber quebrantado las reales disposiciones en el matrimonio de su hija, i pidiendo que se le castigara con la suspension del cargo.

(1) Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*. Tomo 1.°, pajina 165. Archivo de la Real Audiencia, volúmen 479.

La Real Audiencia reconoció la existencia del delito i suspendió al oidor.

Alvarez de Solórzano comprendió no le quedaba otro recurso que impetrar gracia de la majestad de Felipe III; i salió de Chile en direccion a Panamá, con el proyecto de llegar a los pies del trono.

Para dicha suya, se encontró en Portobelo con el príncipe de Esquilache, quien venia a gobernar el virreinato del Perú, i estaba autorizado por el rei para hacer justicia en este negocio.

Se dirijieron juntos a Lima; i, despues de estudiar los antecedentes, el príncipe resolvió restablecer a Solórzano en su plaza de oidor (1), en el desempeño de la cual debia permanecer algunos años mas (2).

Despues de su brillante matrimonio, don Pedro Lisperguer continuó ascendiendo en la carrera pública.

En 1618, segun se recordará, fué enviado por el Cabildo de Santiago para que defendiera en el virreinato la necesidad del servicio obligatorio de los indíjenas; i, aun cuando no obtuvo del príncipe de Esquilache todo lo que pedia, su dictámen fué atendido, i sin duda alguna influyó en la redaccion definitiva de la tasa que dictó el virrei en 1620 (3).

---

(1) Amunátegui; *Los precursores de la independencia de Chile*. Tomo 1.°, pájs. 129-137.

(2) Silva i Molina, *Oidores de la Real Audiencia durante el siglo XVII*. Pájina 22.

(3) Tomo 1.° de esta obra, pájinas 397, 398, 399, 410 i 411.

A fines de este último año, Lisperguer se hallaba de regreso en la capital de Chile.

Con fecha 19 de enero de 1621, el presidente interino don Cristóbal de la Cerda le nombró director de la obra del tajamar, que se estaba construyendo para precaver a la ciudad de las inundaciones del Mapocho: con ámplias facultades, tanto para recojer las suscriciones con que los vecinos debian contribuir, como para vijilar a los trabajadores indíjenas, e imponer multas i castigos a todo el que los apartara de la faena (1).

Este tajamar debia ser de piedra, i habia sido iniciado por el mismo don Cristóbal de la Cerda.

A causa de las avenidas del año anterior, las monjas agustinas se habian visto obligadas a alojarse en la Catedral, i las clarisas en San Francisco, hasta que pasó el peligro, i pudieron establecerse de nuevo en sus conventos.

Lisperguer fué un verdadero precursor de don Luis Manuel de Zañartu, i procedió con tal actividad i enerjia que pudo dar remate a la obra en poco mas de seis meses, no sin haber gastado por cierto muchos pesos de su propia hacienda, ni sin haber ocupado por muchos dias a sus criados i esclavos (2).

Como una recompensa a sus desvelos, el presidente Cerda nombró a don Pedro en 30 de setiem-

(1) *Historiadores*, tomo 25, pájina 453.

(2) Obra i tomo citados, pájina 509.

bre correjidor de Santiago i lugarteniente de capitan jeneral, con recomendacion de que emprendiera i terminara lo mas pronto posible el edificio del Cabildo i Cárcel, destruido por las mencionadas avenidas del Mapocho, i algunas otras obras públicas de gran necesidad (1).

Estos nombramientos fueron confirmados por Osores de Ulloa, sucesor del presidente Cerda: el de correjidor de Santiago en 3 de diciembre de 1621 (2), i el de lugarteniente de capitan jeneral en 10 de enero de 1622 (3).

No largo tiempo, sin embargo, permaneció en tan elevados cargos don Pedro Lisperguer i Flores; pues, en la sesion de 8 de octubre celebrada por el Cabildo, tanto él como los alcaldes don Gonzalo de los Rios, su cuñado, i el licenciado Andres de Toro Mazote hicieron dejacion irrevocable de sus oficios, por causa del desconocimiento que la Real Audiencia hizo entónces de la facultad de que siempre habian gozado las justicias ordinarias para establecer «asientos de indios, españoles i mulatos i mestizos (4)», i en vista de la conveniencia que habia en dejar completa libertad, sin asomos de intervencion, en la prueba de testigos que debia presentarse sobre los procedimientos que

(1) Obra i tomo citados, pájinas 507-514.

(2) Obra i tomo citados, pájina 530.

(3) *Historiadores*, tomo 28, pájina 74.

(4) *Asentar*. «Anticuado. Poner o colocar a uno en servicio de otro». Diccionario de la Real Academia.

ellos habian empleado en el desempeño de sus funciones, para los efectos de la apelacion que tenian interpuesta ante el Consejo de Indias (1).

En vano la corporacion se negó a admitirles su renuncia, i les requirió una, dos, tres i mas veces para que no abandonaran sus empleos.

«Los dichos señores correjidor i alcaldes, por no las querer recibir ninguno de los capitulares, arrimaron las dichas varas.»

El auto que habia producido esta tempestad habia sido dictado por la Real Audiencia dos dias ántes, en los términos que siguen.

«Asimismo se votó la causa del correjidor i alcaldes de esta ciudad con el señor fiscal, sobre si ante ellos se pueden asentar i hacer asientos.

«El señor doctor Narvaez i Valdelomar fué de parecer que a las justicias ordinarias no se les quite la primera instancia en esto.

«Los demas señores (2) lo fueron que se confirme el auto que en esta razon está proveido; i que, siendo necesario, de nuevo se manda i se prové que las justicias ordinarias no hagan asientos ante sí de indios ni de indias en manera alguna, i que este auto se publique en esta ciudad, i que se hagan ante el señor presidente o cualquiera de los señores oidores, pena de cien pesos. i que sean ningunos

(1) *Historiadores*, tomo 28, pájinas 77 i 78.

(2) Doctor don Cristóbal de la Cerda, el licenciado Hernando Machado i el doctor Jacobe de Adaro.

los asientos, i que se informe a su Majestad, como lo manda por su cédula real.

«Hicieron sentencia (1).»

Tan luego como los oidores tuvieron conocimiento de lo ocurrido en el Cabildo, consideraron que la dejacion de sus empleos hecha por el correjidor i los alcaldes era un desacato contra el tribunal; mandaron tomar presos a los culpables, primero en las casas del Cabildo, i despues en las del coronel Miguel de Silva; i ordenaron que se les instruyera el correspondiente proceso.

Los reos debian quedar incomunicados i con guardias.

Se puede suponer cuál seria la ajitacion del vecindario de Santiago en los primeros momentos.

Todos los amigos i parientes de los presos querian verles i conversar con ellos.

El gobernador dió instrucciones al alguacil mayor de la ciudad para que no permitiera entrar curiosos en la sala donde estaban custodiados los reos sino en grupos de seis personas, a lo mas.

La incomunicacion ordenada por la Real Audiencia puso término a esta romeria.

El tribunal manifestó en tan críticas circunstancias estraordinaria enerjia, tanto mas de admirar cuanto que se trataba de algunos de los personajes mas ricos i encumbrados de la colonia.

---

(1) *Libro de votos de la Audiencia de Santiago de Chile*, acuerdo de 6 de octubre de 1622.

En vano el presidente Osores de Ulloa hizo jestiones repetidas i personales para que la Audiencia le permitiera avocarse el conocimiento de la causa; e inútilmente alegó el fuero militar de que gozaba don Pedro Lisperguer, quien a su cargo de correjidor agregaba el de lugarteniente de capitan jeneral.

Los oidores, por su parte, respondieron que el fuero solo habia sido concedido por el rei a los militares que tenian sueldo, i de ningun modo al mencionado funcionario.

El proceso siguió, pues, por todos sus trámites ordinarios, si bien es cierto que a medida que trascurrian los dias los oidores iban suavizando el tratamiento dado a los reos.

Así, con fecha 7 de noviembre, el tribunal accedió a una peticion suya para que les quitaran las guardias.

Entretanto la Real Audiencia habia dictado un auto por el cual ordenaba al Cabildo procediera a elejir nuevos alcaldes, mientras duraba el proceso seguido contra los antiguos; i, aunque al principio se negó la corporacion a hacerlo, hubo de someterse despues de una segunda notificacion del tribunal.

Los alcaldes nombrados en esta ocasion, que lo fueron el capitan don Francisco de Eraso i el depositario jeneral Jines de Toro Mazote, ofrecieron a su vez resistencia para aceptar: pero fueron obligados a ello, tanto por la Real Audiencia, ante la

cual apelaron, como por sus compañeros del Cabildo (1).

La sentencia de vista dictada por el tribunal en el juicio de don Pedro Lisperguer, don Gonzalo de los Rios i el licenciado Toro Mazote consta del acta que va a leerse.

«24 de noviembre de 1622.

«Juéves veinte i cuatro del dicho, se juntaron en acuerdo los señores presidente i oidores: el señor don Pedro Osores, doctor don Cristóbal de la Cerda, el licenciado Hernando Machado, doctor Gaspar de Narvaez i Valdelomar, i doctor Jacobe de Adaro.

«En este acuerdo se votó la causa criminal del señor fiscal contra los jenerales don Pedro Lisperguer i don Gonzalo de los Rios i el licenciado Toro, sobre los desacatos que cometieron contra esta Real Audiencia i señores presidente i oidores de ella.

«El señor doctor Valdelomar fué de parecer que sean compellidos a tomar las varas de correjidor i de alcaldes, que de hecho las dejaron; i que la prision que han tenido les sirva de pena.

«Los demas señores lo fueron de que sean privados de las dichas varas i oficios de correjidor i alcaldes; i que, pasado este año, en los dos años venideros, i siguiente de veinte i tres, i veinte i cuatro, no puedan ser jueces, ni hacer oficio de

(1) *Historiadores*, tomo 28, pájinas 79 82.

juez, ni administrar justicia, i que para este efecto los inhabilitan por todo el dicho tiempo de los dichos dos años; i que al dicho don Pedro Lisperguer le condenan en seiscientos patacones, i a los dichos don Gonzalo de los Rios i el licenciado Toro en otros seiscientos patacones, por mitad, a cada uno en trescientos, i la una i la otra pena se aplique mitad para la cámara real i la otra mitad para gastos de estrados.

«Hicieron sentencia (1)».

En la revista de la misma causa, verificada a 16 de enero de 1623, se rebajaron considerablemente las penas pecuniarias: la impuesta a Lisperguer fué reducida a trescientos patacones; i la de los ex-alcaldes, a ciento cincuenta cada una. «Aplicada la mitad de todo, agregaba la sentencia, para la cámara de su Majestad; i la otra mitad, mitad para los estrados, i la otra mitad para las obras i gastos de las casas reales. I lo que se aplica a los estrados se divida entre el capellan, secretario i el solicitador del real fisco, Diego Lopez de Quintanilla, por iguales partes, i se les dé libranza para ello. I que los condenan en todos los salarios de las guardas i costas; i que la privacion se entienda ser i sea de todos i cualesquier oficios de justicia por los dichos dos años (2).»

(1) *Libro de votos de la Audiencia de Santiago de Chile,* acuerdo de 24 de noviembre de 1622.

(2) En este acuerdo no tomó parte el presidente Osores de Ulloa, quien se habia dirijido al sur. *Libro de votos de la Audiencia.*

Hicieron sentencia don Cristóbal de la Cerda, el licenciado don Hernando Machado i el doctor Jacobe de Adaro i Samartin.

Mal de su grado, el presidente Osores de Ulloa tuvo que acatar la resolucion, i, con fecha 4 de febrero, nombró al maestre de campo don Florian Jiron correjidor de Santiago, en reemplazo de don Pedro Lisperguer (1).

En compensacion de este triunfo, la Real Audiencia sufrió una gran derrota en España.

Por real cédula de 4 de marzo de 1628, la majestad de Felipe IV ordenó al presidente de Chile que en adelante los asientos de indios continuaran haciéndose, como siempre habia sucedido, por el correjidor i los alcaldes ordinarios, de acuerdo con la tasa de Esquilache: pues los asientos no eran, segun malamente lo entendia la Audiencia, «casos de corte», sino «meramente contratos entre partes (2).»

Esta cédula fué leida en el Cabildo de Santiago en sesion de 25 de junio de 1629; cuando aun pertenecian a la Audiencia los oidores Cerda i Machado, i el fiscal Adaro (3), pero cuando, por desgracia, ya habia muerto don Pedro Lisperguer.

Este no permaneció, sin embargo, por mucho tiempo bajo la pena de suspension de todo empleo de justicia a que habia sido condenado; pues desde setiembre de 1623, esto es, ocho meses despues de

(1) *Historiadores*, tomo 28, pájina 122.

(2) *Historiadores*, tomo 30, pájinas 106-108.

(3) Silva i Molina, *Los oidores del siglo XVII.*

la sentencia de revista, el tribunal le permitió tomar a su cargo la direccion de las obras públicas, casas del Cabildo, puente del Maipo i fuente de la ciudad, que le habia vuelto a confiar a principios del año el gobernador Osores de Ulloa (1).

Hai testimonio en las actas capitulares de los esfuerzos gastados por Lisperguer para llevar a buen término las indicadas obras; con lo cual justificó sobradamente la gracia que se le habia hecho (2).

La Audiencia misma se vió obligada a reconocer la competencia i prestijio de este personaje cuando a mediados de 1624 le nombró cabo i gobernador de las fuerzas militares de Santiago, en ausencia del correjidor Jiron, quien se habia dirijido apresuradamente a Valparaiso para defender este puerto contra los ataques de la escuadra holandesa que entónces se hallaba en el Pacífico (3).

Don Pedro Lisperguer i Flores ejerció, por último, el cargo de alcalde ordinario del Cabildo de Santiago en el año de 1625.

Contra lo que han afirmado todos sus biógrafos, murió en esta ciudad, a 18 de febrero del año siguiente, segun testimonio autorizado (4).

En vísperas de partir al Perú, en 1618, don Pedro otorgó su testamento en el puerto de Valparaiso; i,

---

(1) *Historiadores*, tomo 28, pájinas 158-167.
(2) Obra i tomo citados, pájinas 183, 194 i 210.
(3) Obra i tomo citados, pájinas 191-194.
(4) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 421.

entre otras, consignó en él las cláusulas que siguen:

«I asímismo es mi voluntad que, si Dios dispusiere de mí, se dé el quinto de mis bienes al convento de San Agustin; i de la cantidad que fuere, i del valor de los cimientos que hice de la iglesia, i del valor de los ladrillos que los padres tienen rescebidos para la obra, de todo se imponga una capellania en el dicho convento, para mi alma i por las de mis padres, agüelos, i hermanos, i mis descendientes, i indios de mi encomienda.

«I a mi madre es mi voluntad le quede administracion de mis (bienes) i los que le tocare de haciendas; i le ruego mande a los mayordomos le lleven la cuenta luego de todos los bienes que tengo, muebles i raices, así de los Cauquenes i la estancia que en ellos tengo, como en la hacienda de Peñaflor, i ganados de la Estancia de la Mar. I de la hacienda que llevo conmigo haré mencion para que conste la que fuere.

«I declaro que cuando me casé con doña Florencia de Velasco tenia cuatro esclavos, que me costaron dos mill patacones; i valian los arreos de mi persona, joyas i plata labrada diez mill patacones; i estaban pagadas las heredades de Cauquenes i de Peñaflor, i la viña de Peñaflor comenzaba a dar frutos, i tenia todos los feudos que hoi tengo, así en el Perú como en este reino; i los ganados que Juan Gonzalez dijere, como mayordomo que los tuvo a su cargo, i las manadas de yeguas de Mendo-

cilla; i los edificios de Peñaflor estaban hechos, salvo la casa de vivienda principal, i la caballeriza con sus sobrados i torres.

«I declaro que la dicha doña Florencia de Velasco no trujo dote, ni hacienda, ni cosa de valor que llegase a veinte pesos.

«I declaro por mis hijos naturales a don Nicolas Lisperguer i a doña Catalina Flores.

«I la dispusicion de todo es mi voluntad quede a la de mi madre, que cristianamente declarará lo que a cada parte les perteneciere. I, si el caudal de las ganancias no llegare a que doña Florencia de Velasco tenga para dote de monja, es mi voluntad que primero i ante todas cosas se le dé la cantidad que hubiere menester para la dote de monja, año de noviciado i vestuario, si quisiere serlo. I si nó, no haya mas parte de la que por derecho le tocare.»

Razon tuvo don Pedro Lisperguer en depositar toda su confianza en el cariño que le profesaba su madre; porque, como es notorio, su mujer, en vez de quedar viuda, para cuidar de sus hijos i nietos, o entrar a un convento, para rogar a Dios por su marido, contrajo segundas nupcias con el capitan don Antonio de Torres Segarra, como respetuosamente ella le nombra en sus últimas disposiciones (1).

«I, para cumplir i pagar este mi testamento, dis-

(1) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*. Pájina 234.

puso don Pedro en el suyo, dejo por mis albaceas al padre frai Bartolomé de Montoro, de la órden de San Agustin, i a doña Águeda Flores, mi madre, i al contador Antonio de Azócar, i al dotor don Juan de la Fuente Loarte.

«I cumplido i pagado este mi testamento, en el remanente dellos (de los bienes) dejo por mis universales herederos a don Juan Rodolfo i a doña Josefa de Velasco, mis hijos i de la dicha doña Florencia de Velasco, mi lejítima mujer (1).»

Despues de su regreso a Chile, Lisperguer tuvo cuatro hijas mas: doña Maria, doña Águeda, doña Petronila i doña Florencia.

La única de ellas que contrajo matrimonio fué doña Petronila, mujer de don Juan Alfonso Velasquez de Covarrúbias; de cuyo enlace desciende la actual familia santiaguina de este apellido.

Las demas hijas, con escepcion de doña Florencia, abrazaron la vida relijiosa, inclusive doña Catalina, ántes nombrada. Esta última, doña Maria i doña Águeda fueron monjas clarisas; i doña Josefa, monja agustina.

El apellido de Lisperguer se perpetuó en la casa de don Juan Rodolfo (2) Lisperguer i Solórzano.

(1) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 421. De fojas 2 a 5. A continuacion del testamento, el albacea don Antonio de Azócar se presenta pidiendo se haga inventario de los bienes, por haber muerto don Pedro Lisperguer en ese mismo dia, 18 de febrero de 1626.

(2) Es digno de observarse que este personaje se firmaba *Juan Rodolfo*; i que sus contemporáneos le llamaban de ordinario así, i nó *Rodulfo*, como a su tio.

Así como don Pedro Lisperguer i Flores fué el tipo perfecto del caballero feudatario del primer tercio del siglo XVII, valeroso i atrevido, que arriesgaba fácilmente su vida i su posicion por susceptibilidades de amor propio, pero que, al mismo tiempo, era capaz de sacrificarse en aras del bien público i de los intereses de su familia, don Juan Rodolfo lo era del hidalgo de buena sociedad, amable i cortes, bien quisto de oidores i presidentes, de capitulares i soldados, con grandes entronques de parentesco i padre de numerosos hijos, empeñado en hacer simpático el apellido que llevaba, de igual manera que su padre trabajó siempre por que fuera temido.

Despues de una larga existencia, de mas de ochenta años, don Juan Rodolfo tuvo la satisfaccion de que su sangre, por los matrimonios de sus hijos, se infiltrara en las principales ramas del árbol nobiliario de nuestro pais (1); a tal punto que en el siglo XVIII casi no habia familia distinguida, ni en el norte ni en el valle del Mapocho, que no estuviera ligada a los Lisperguer por consanguinidad o afinidad, en linea recta o trasversal.

La hoja de servicios militares prestados por este hijo i nieto de capitanes fué mas bien de aparato que de realidad; i, aun cuando aun no habia llegado la época de que los jóvenes ricos solicitaran con ahinco los despachos de capitan solo para llevar la es-

(1) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*, pájina 192.

pada al cinto, i nó para ensangrentarla en los combates, puesto que en los dias (1) en que don Juan Rodolfo recibió tal distincion la guerra de Arauco conservaba toda su fuerza, a este Lisperguer le tocó sobresalir en otras esferas que la de la milicia, i no seria inexacto aseverar que él inició la práctica de que debia pertenecer al ejército quien se preciara de noble casta.

A los diez i siete años fué nombrado por Laso de la Vega capitan de una de las compañías de infantes de la ciudad de Santiago (2); con fecha 7 de noviembre de 1634, el mismo gobernador le elevó a capitan de caballos lanzas, tambien de la capital; i, por último, el marques de Baides, en 21 de setiembre de 1642, le elijió maestre de campo, con jurisdiccion sobre todos los capitanes, oficiales i soldados, tanto de infanteria como de caballeria, del correjimiento (3).

Su hermano bastardo don Nicolas fué incorporado en el ejército, mas o ménos, en la misma época, i durante algunos años recibió iguales distinciones

---

(1) En el año anterior los tercios españoles habian alcanzado la victoria de la Albarrada.

(2) Estas compañias, destinadas a resguardar la capital i sus contornos, rara vez tenian que combatir, i podian compararse a los batallones de la guardia cívica, en la cual los vecinos de Santiago veian lucir sus pantalones blancos i sus pintorescos morriones el dia domingo, al traves de las avenidas de la Alameda, en el siglo pasado.

(3) *Historiadores*, tomo 30, pájina 358; tomo 31, pájina 59; tomo 32, pájina 214.

que don Juan Rodolfo: hecho característico que manifiesta el prestijio de la familia.

En 1.° de noviembre de 1634, Laso de la Vega le designó capitan de infantería de la ciudad de Santiago, i a 20 de setiembre de 1644 el marques de Baides le confió el cargo de maestre de campo, que acababa de desempeñar su hermano don Juan Rodolfo.

Don Nicolas perteneció como rejidor al Cabildo de 1635.

Posteriormente se dirijió al virreinato, donde estableció su residencia. El Cabildo de Santiago le nombró su representante en Lima en dos ocasiones: en 1650 i en 1656 (1).

La actuacion de don Juan Rodolfo Lisperguer en el gobierno civil fué brillante.

Desempeñó las funciones de alcalde en el Cabildo de Santiago durante el año de 1642; i en este período fué designado dos veces como teniente de correjidor, en reemplazo de don Bernardo de Amasa.

Habia ejercido ademas los cargos de alférez real, alcalde de la Santa Hermandad i procurador jeneral de la ciudad.

En 14 de noviembre de 1648, el presidente don Martin de Mujica le nombró correjidor en propiedad de Santiago; pero él renunció este elevado empleo un año mas tarde.

---

(1) *Historiadores*, tomo 31, pájinas 59 i 69; tomo 32, pájina 385; tomo 34, pájina 29; i tomo 35, pájina 154.

Con motivo de la sublevacion de los indíjenas en 1655, el Cabildo de la capital le designó su procudor ante el virrei del Perú, con el objeto de que se dirijiera inmediatamente a Lima a dar cuenta de la triste situacion en que se hallaba esta colonia.

Para honra de Lisperguer, es justo recordar que los capitulares le ofrecieron cuatro mil pesos de plata para los gastos del viaje, i que él aceptó la comision pero se negó a admitir el dinero. «Aunque, dijo, no se hallaba sobrado, por las muchas obligaciones de su familia, espondria, como esponia, su persona, vida i hacienda para el servicio de su Majestad, i de esta república i reino, como uno de los hijos principales de ella.»

Este lenguaje, que en circunstancias ordinarias habria pecado de petulancia, en la solemne hora en que lo usó Lisperguer ante el Cabildo, aterrado por las malas noticias que dia a dia llegaban de Arauco, debió despertar en los miembros de la corporacion entusiasta agradecimiento.

Un año entero duró la ausencia de don Juan Rodolfo: pero fué bien empleado, pues volvió en compañia del nuevo presidente, don Pedro Porter Casanate, i de un lucido refuerzo de soldados españoles.

El virrei conde de Alba de Liste agració a Lisperguer con el título de almirante, i le nombró cabo i gobernador de los cuatrocientos hombres que vinieron entónces.

Don Juan Rodolfo volvió a ser alcalde de Santiago en el año 1670; i al año siguiente, por último,

fué elejido procurador jeneral de la ciudad (1).

Este personaje no llegó a tener una gran fortuna como su padre, a causa de su numerosa descendencia; i, al contrario, padeció de necesidades al final de su vida.

Por de pronto, solo entró en posesion de las encomiendas chilenas que habian pertenecido a don Pedro en el año 1636, i cuando el número de los indíjenas estaba ya mui reducido (2).

En cambio, conservó hasta sus últimos años la gran hacienda de Peñaflor, donde trabajaban los restos de los naturales encomendados a su padre i a sus abuelos (3); pero desgraciadamente se vió obligado a desprenderse de ella, por los gravámenes que tenia, en 1691.

Sacada a remate público, fué adquirida por uno de sus hijos (4).

Don Juan Rodolfo contrajo tres matrimonios.

Cuando solo contaba diez i ocho años de edad, casó con doña Maria de la Torre i Machado de Chaves.

---

(1) *Historiadores*, tomo 32, pájinas 157 i 197; tomo 33, pájinas 317 i 437; tomo 35, pájinas 16, 150, 181 i 464; tomo 38, pájinas 7 i 154.

(2) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 93. Desde la muerte de su padre habia heredado las rentas que este percibia por la encomienda de Tacna. Véase Dagnino, *El Correjimiento de Arica*. Pájinas 201 i 202.

(3) Codicilo de don Juan Rodolfo Lisperguer, ante Gaspar Valdes, otorgado en 7 de octubre de 1696.

(4) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 326.

Esta señora era hija del capitan don Pedro de la Torre, natural de Toledo; nieta del oidor don Hernando Machado, muerto ya en esta fecha; i sobrina del fiscal de la Audiencia de Chile don Pedro Machado de Chaves (1).

En segundas nupcias casó con doña Catalina Lorenza de Irarrázaval, nieta del jentil-hombre de este apellido que llegó a Chile con el primer Lisperguer, en el séquito de Hurtado de Mendoza.

Por último, en 1670, a los cincuenta i cinco años, celebró su tercer matrimonio en la Serena (2) con doña Ines de Aguirre i Cortes, la cual descendia en linea recta del conquistador Francisco de Aguirre, compañero de Pedro de Valdivia.

Del primero de estos enlaces nacieron dos mujeres, que profesaron en el monasterio de agustinas de la Limpia Concepcion, i dos hombres: don Fernando, sin sucesion; i don Pedro, el primojénito, de quien hubo descendencia lejítima hasta mediados del siglo XVIII (3).

El segundo matrimonio es el mas fecundo. Doña Catalina de Irarrázaval fué madre de dos varones: don Juan Rodulfo, que empezó su vida pública como

---

(1) Relacion de los méritos i calidad de D. Josef Ignacio Garcia de Huidobro i Morandé. Madrid, i mayo veinte de mil setecientos setenta i ocho.

(2) *Historiadores*, tomo 38, pájina 82.

(3) Thayer Ojeda, *Los Conquistadores de Chile*. Tomo 1.°, pájinas 19 i 20.

capitan de infantería del batallon de Santiago, nombrado por el presidente Meneses (1), amigo entusiasta de su familia, i murió consagrado al sacerdocio; i don José Fadrique, tambien capitan, rejidor del Cabildo en 1672, casado con doña Catalina de Soto i Córdoba (2).

De las hijas de la señora Irarrázaval, cuatro profesaron, como sus hermanas de padre, en el monasterio de agustinas, dos murieron sin contraer matrimonio, i cuatro casaron con personas de alta situacion social: doña Ana, con el capitan Antonio Garces de Marcilla; doña Catalina, con el maestre de campo jeneral don Pedro de Amasa; doña Ines, con el capitan don Diego Fernandez Gallardo; i doña Micaela, con el capitan don Francisco de Aguirre i Cortes, hermano de la tercera mujer de don Juan Rodolfo.

Este, por último, tuvo seis hijos de la señora Aguirre: tres hombres i tres mujeres. De los primeros, don Fernando fijó su residencia en el Perú, i los otros dos abrazaron el estado relijioso. De las mujeres, doña María casó en primeras nupcias con el capitan Gregorio de Baños i Escudero, i en segundas con don Millan Lopez Martinez, alcalde de Santiago en 1719; doña Isabel contrajo asimismo dos matrimonios, con don José de Pastene i Aven-

(1) *Historiadores*, tomo 37, pájina 139.

(2) Cuatro hijos nacidos de este enlace murieron sin sucesion. Thayer Ojeda, obra citada, pájina 18.

daño, i en seguida con don Antonio Marin de Poveda; i doña Agustina profesó en el monasterio del Cármen.

En resúmen, don Juan Rodolfo Lisperguer i Solórzano enjendró en sus tres mujeres veintidos hijos (1).

Algunas de sus hijas dejaron a su vez numerosa descendencia, i llegaron a ser troncos de respetables familias.

Mui digna de recordarse, verbigracia, es doña Catalina Lisperguer, casada con Pedro de Amasa, i madre de doña Catalina de Iturgóyen, cuya virtuosa i santa vida mereció ser narrada por un canónigo de la Catedral de la ciudad de los Reyes.

La señora de Iturgóyen i Lisperguer, que contrajo matrimonio con don Matias José Vasquez de Acuña, hijo segundo del primer conde de la Vega del Ren, i mas tarde heredero del condado, residió en el virreinato de Perú por el resto de su vida (2).

El prestijio de sus hermosas cualidades llegó, como era de suponerlo, hasta su pais natal; pero, por desgracia, no alcanzó a borrar la mala fama de la *Quintrala*.

---

(1) El testamento otorgado por don Juan Rodolfo en 1694, algunos años ántes de su muerte, ha sido publicado por Vicuña Mackenna en su interesante libro sobre *Los Lisperguer i la Quintrala*. Edicion de 1877. Pájinas 245 i 246.

(2) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*. Tomo 3.º, pájinas 145 i 146.

XVII

El mas cruel de los encomenderos del siglo XVII.— Doña Catalina de los Rios i Lisperguer. — Delitos de la Quintrala i procesos seguidos contra ella.—La protejen sus parientes i la salva el gobernador don Francisco de Meneses— Doña Cataliaa es una dejenerada.

Entre los encomenderos de 1655, cuyos nombres se han leido en el capítulo anterior, figuraba uno que causaba horror a sus contemporáneos, i que, gracias al poder de evocacion de ilustre escritor moderno, ha vuelto a sembrar el espanto en los hogares de la capital, despues de mas de dos siglos que terminó su vida i fué sepultada con el hábito de San Agustin la que mereció en el mundo el triste apodo de *Quintrala*.

Doña Catalina de los Rios i Lisperguer perteneció a la tercera jeneracion nacida en la colonia, i

en sus venas corria sangre alemana e indíjena, por sus abuelos maternos, i sangre española, por sus abuelos paternos.

La señora de los Rios, producto híbrido de razas i nacionalidades diversas, fué la dama mas estraña e interesante de la sociedad de Santiago en aquella época de pavorosas leyendas i de terribles calamidades.

Digna es, pues, de ser estudiada con detenimiento, para buscar por todos los medios posibles la esplicacion del carácter i de las estravagancias que distinguen al mas cruel encomendero del siglo XVII.

Doña Catalina de los Rios, segun se sabe, era hija de don Gonzalo de los Rios i Encio, i de doña Catalina Lisperguer i Flores; i vino al mundo en los primeros años del siglo mencionado.

Pocas noticias se conservan de su juventud, i aun éstas se hallan envueltas con consejas de dudosa autenticidad.

A oscurecer los albores de su vida contribuyó ciertamente la criminal conducta observada por ella desde su edad núbil hasta la vejez.

El anciano obispo de Santiago don Francisco de Salcedo asegura que «esta doña Catalina mató a su padre con veneno que le dió en un pollo, estando enfermo (1)»; pero la verdad es que no se ha comprobado hasta la fecha tan horrible delito.

Habiendo quedado huérfana de padre i madre,

(1) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*. Pájina 264.

dona Catalina fué puesta bajo la guarda de su respetable abuela, doña Agueda Flores, quien la cuidó cariñosamente, i se esforzó por conseguir que ocupara en la sociedad el lugar que le correspondia.

Por desgracia, esta jóven habia nacido mal inclinada, i en la época en que las pasiones brotan con fuerza del corazon femenino cometió uno de esos crímenes que en nuestros dias habrian perdido para siempre a cualquiera mujer, pero que entónces pudo ser neutralizado i disfrazado con el poderoso ausilio del oro.

En una mañana de otoño de 1624, los escasos transeuntes de la calle del Rei, hoi del Estado, encontraron en las vecindades del templo de San Agustin el cadáver ensangrentado de un caballero de San Juan, don Enrique Enriquez de Guzman, el cual probablemente habia llegado de Lima con el presidente Osores de Ulloa.

El sitio se hallaba en el centro de la ciudad; i el occiso pertenecia a una familia ilustre.

El delito era de aquellos que exijian el severo i pronto castigo de los culpables.

La Real Audiencia empezó a ocuparse con actividad en esclarecer los hechos, i despues de las primeras averiguaciones logró apresar a uno de los cómplices, que respondia al nombre de Juan Pacheco Lisperguer (1).

(1) Este individuo debia ser hijo bastardo; pero hasta ahora no se ha descubierto su filiacion.

Conocieron en este asunto los oidores don Hernando Machado, el doctor don Gaspar de Narvaez i Valdelomar i don Rodrigo de Carvajal i Mendoza, i el fiscal doctor don Jacobe de Adaro i Samartin.

El rumor público señalaba con precision cual habia sido el autor principal del crímen, i los oidores fueron adquiriendo poco a poco igual certidumbre.

Se trataba de una persona que por sus relaciones de familia ejercia influencia considerable en la colonia.

Esta circunstancia retardó la marcha del proceso.

No todos los hombres poseen igual entereza de ánimo para afrontar las dificultades, ni todos los jueces aplican las leyes con un mismo criterio a los humildes i a los poderosos.

Don Pedro Lisperguer i Flores, «tio i hermano de los reos», segun se lee en el *libro de votos* del tribunal, se apresuró a entregar a la justicia a un negro, llamado Ventura, quien confesó haber dado de palos en la cabeza al caballero Henriquez.

Esta conducta de don Pedro Lisperguer le honra sobremanera; tanto mas cuanto que debian haber llegado a su noticia las fuertes presunciones que existian contra una de sus sobrinas.

El caso es que las declaraciones tomadas a diversos testigos movieron al tribunal a dictar mandamiento de prision contra doña Agueda Flores,

contra su hija Magdalena Lisperguer i contra su nieta Catalina de los Rios.

Los oidores trabajaban sin descanso, de dia i de noche.

Santiago era en esta época una poblacion pequeña; las familias pudientes que la habitaban se conocian las unas a las otras; i la Real Andiencia disponia de medios eficaces para averiguar la verdad de todo lo que pasaba.

La trájica escena que se habia verificado en la calle del Rei, durante una triste noche de mayo, mui pronto pudo ser reconstituida por los oidores hasta en sus menores detalles.

Gracias a la declaracion de dos esclavas de doña Catalina de los Rios, Ana i Polonia, los miembros del tribunal supieron que esta señora habia dado una cita nocturna al caballero de San Juan; que habia ordenado en seguida que le mataran; i que ella habia presenciado el crímen asomada a una ventana.

La casa en que esto sucedia era de propiedad de doña Catalina, i se hallaba situada en el costado oriente de la calle del Rei, en la esquina formada por esta calle i la moderna de Agustinas, al norte de la actual plazuela de San Agustin.

Segun otras declaraciones, los hechos habian ocurrido de este modo. Doña Catalina habia mandado llamar a Enriquez de Guzman con una criada indíjena llamada Isabel; i él habia acudido en el acto, en compañia de un mozo que le servia, el

cual se habia quedado, por órden de su amo, en el patio.

Momentos despues, un negro, esclavo de doña Catalina, habia comunicado al sirviente que don Enrique le mandaba retirarse, pues él iba a permanecer en la casa.

A su vez, la criada Isabel confesó que ella habia ido a buscar a Enriquez de Guzman, por encargo de don Juan Pacheco Lisperguer.

Este negó el hecho: pues declaró que no habia sido él sino la propia doña Catalina quien habia dado cita al caballero de San Juan.

Por supuesto, no todos estos datos se obtuvieron merced a la habilidad de las interrogaciones o al candor de los testigos.

Segun las crueles prácticas que entónces estaban autorizadas por la lei, hubo tambien necesidad de aplicar el tormento.

La sustanciacion del proceso duró nueve largos meses, al fin de los cuales no quedó duda a los oidores de que el asesino de don Enrique Enriquez de Guzman era doña Catalina de los Rios, la cual habia ejecutado el crímen por medio de sus esclavos, i se habia complacido, al mismo tiempo, en presenciarlo desde una de las ventanas de su casa.

En la sentencia de vista, sin embargo, doña Catalina solo fué condenada a pagar la cantidad de seis mil pesos.

Doña Magdalena Lisperguer, su tia, resultó condenada en quinientos pesos; i doña Agueda Flores,

la digna anciana que no tuvo otra culpa sino amparar hasta en la cárcel a la nieta criminal, fué tambien condenada en la suma de dos mil pesos.

A la criada Isabel, que habia llevado el mensaje de su ama, ordenaron los oidores que le aplicaran doscientos azotes.

Pero contra quien se ensañó el tribunal fué contra don Juan Pacheco Lisperguer, al cual condenó a ser degollado en la principal plaza de la ciudad.

Por mas que se estudian los antecedentes, no se descubre la razon que tuvieron los oidores para imponer solamente una multa al asesino, o sea, a doña Catalina de los Rios, i, a la inversa, para condenar a muerte al cómplice, o sea, a Pacheco Lisperguer.

La esplicacion de esta injusticia debe buscarse en otra parte.

«A ella la penaron en pena pecuniaria solamente, asegura el obispo Salcedo, por haberle valido el favor don Blas Torres Altamirano, oidor de Lima, que está casado con su hermana, i como cuñado suyo la favoreció con los oidores de esta Audiencia (1).»

Esta parcialidad manifiesta de los ministros del mas alto tribunal de justicia que habia en la colonia se descubrió mucho mas a las claras en la segunda instancia.

Con el pretesto de que los presos de esta causa

(1) Vicuña Mackena, *Los Lisperguer*. Pájina 264.

no podian continuar en el edificio de la Audiencia por motivos de moralidad, pues algunas de las mujeres, criadas de doña Catalina o de sus parientes, habian sido empreñadas en la prision, los oidores resolvieron que todos, hombres i mujeres, fueran trasladados a la cárcel pública.

El resultado de semejante medida, que habria sido de preverse, fué la fuga de Pacheco Lisperguer, el condenado a muerte, el cual no pudo ser aprehendido de nuevo sino despues de activas diligencias en el convento de Santo Domingo.

Por último, en la sentencia de revista, dictada a 12 de marzo de 1626, casi dos años despues de cometido el delito, la pena pecuniaria impuesta a doña Catalina de los Rios fué rebajada de seis a cuatro mil pesos.

Hicieron sentencia el doctor don Gaspar de Narvaez i Valdelomar i el licenciado don Rodrigo de Carvajal i Mendoza.

Don Hernando Machado dió siempre su voto, en primera i en segunda instancia, en el sentido de que doña Catalina fuera condenada a muerte (1).

Si entonces hubiera sido respetada la palabra de este hombre de bien, si sus colegas del tribunal hubieran seguido su opinion ¡cuántos delitos habrian evitado a la colonia!

---

(1) Todo este proceso ha sido dado a conocer estensamente por don Miguel Luis Amunátegui en su libro *El Terremoto del 13 de Mayo de 1647*. Santiago, 1882. Pájinas 38-78.

En cambio, con la imposicion de una simple pena pecuniaria los oidores Narvaez i Carvajal concedieron patente de inmunidad a la fiera que por cerca de cuarenta años debia continuar infatigable haciendo numerosas víctimas, para saciar, a la vista de su tormento i dolores, de sus carnes destrozadas i de la sangre de sus heridas, los apetitos libidinosos que la atormentaban.

El estudio sereno que hoi puede hacerse de los delitos cometidos por esta mujer, i de la manera como procedia para martirizar, de preferencia, a las personas de su servidumbre, que estaban constantemente a su lado, i con cuyos jemidos i sollozos ella gozaba dominada por un éxtasis infernal, permite dar diagnóstico exacto de la enfermedad que padecia.

Sin duda alguna, doña Catalina de los Rios era una víctima del sadismo (1), i, por tanto, irresponsable.

Esta apreciacion, que es completamente segura,

(1) La diferencia que puede notarse entre los procedimientos, siempre brutales i groseros, de doña Catalina i la lujuria refinada que distingue al marques de Sade, tanto en su conducta personal como en los actos de los héroes de sus novelas, se esplica con facilidad por las diferencias de época i lugar. El marques nació a mediados del siglo XVIII i en Francia; la señora de los Rios habia venido al mundo en la mas apartada de las colonias españolas de América a principios del siglo anterior. Consúltese la obra titulada *Le marquis de Sade et son temps*, por el doctor Eujenio Duehren. Traduccion francesa del doctor A. Weber – Riga. Paris, 1901.

gracias al adelanto de la ciencia moderna, no justifica, sin embargo, a los majistrados que dejaron en libertad a la poderosa dama del siglo XVII; pues, si hoi los médicos habrian prescrito su aislamiento de la sociedad, en vista del espantoso mal que la aquejaba, los jueces de aquel tiempo, que la condenaron amenudo como si hubiera sido responsable de sus actos, debieron, o bien, someterla a un réjimen estricto de reclusion perpetua, o bien, condenarla al último suplicio.

El asesinato del caballero de San Juan no fué probablemente un hecho aislado en la época juvenil de doña Catalina, sino el último eslabon, i el de mas peso, de una larga cadena de actos criminosos.

En su amor de abuela, doña Agueda Flores creyó que el remedio mas eficaz para curar a su nieta era el matrimonio; i seis meses, mas o ménos, despues de la condenacion que se ha leido consiguió desposarla con un criollo chileno de ilustre prosapia: don Alonso Campofrio i Carvajal, viudo de una señora de la Serena (1).

Evidentemente, la riqueza de la novia fué el iman irresistible que atrajo a don Alonso; porque todas las circunstancias conocidas debian de haberlo alejado de ella con horror.

Doña Catalina de los Rios, fuera de sus joyas i esclavos, poseia tres propiedades raices de gran precio: la casa de la calle del Rei, una inmensa

(1) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial.*

hacienda en la Ligua, i la chacra de Tobalaba, en los alrededores de Santiago.

Ademas, cuando ya era mujer de Campofrio i Carvajal, consiguió que, a la muerte de su hermana mayor, doña Agueda de los Rios, casada con el oidor de Lima Torres Altamirano, las encomiendas pertenecientes a su padre don Gonzalo le fueran concedidas a su marido don Alonso (1).

De este matrimonio un solo hijo tuvo doña Catalina; pero no llegó a la mayor edad, pues murió de los nueve a los diez años (2).

Es natural suponer que su nuevo estado obligó a la señora de los Rios a observar mayor recato que ántes; i, ya sea que esta fuera la verdad, ya sea que durante la época indicada evitara ella el escándalo, por respeto o por miedo a su marido, no fué entónces acusada ante la justicia sino por un delito de diversa índole que el cometido contra el caballero de San Juan.

Por desgracia, así como para referir los hechos principales de la vida de los dos Pedros Lisperguer i de los que llevaron el nombre de Juan Rodolfo basta consultar los archivos administrativos i públicos, para conocer las hazañas de doña Catalina no puede prescindirse del archivo secreto de la Real Audiencia.

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 74.

(2) Testamento de doña Catalina de los Rios, otorgado ante Velez en 15 de enero de 1665. Véase Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer i la Quintrala*, pájina 241.

En el mes de febrero de 1633, el oidor don Cristóbal de la Cerda dió cuenta al tribunal de que el capitan don Juan Venegas (1) se habia querellado criminalmente contra doña Catalina de los Rios por tentativa de asesinato ejecutada en la persona de su hijo el licenciado don Luis Venegas, cura de la Ligua.

En circunstancias de que este sacerdote volvia a su parroquia despues de haber administrado la estremaunción a un indíjena, recibió en el camino tales golpes que cayó al suelo, sin conocimiento, i allí le dejaron los agresores por muerto.

Por felicidad, las heridas no fueron graves, i el cura Venegas pudo levantarse i reanudar sus funciones sagradas.

Aunque existian graves presunciones de que la mano de doña Catalina de los Rios habia dirijido este sacrílego ataque, no fué sin embargo, posible comprobarlo; i, por mas que el obispo Salcedo pretendió conocer en la causa, por tratarse de conato de homicidio contra un cura, a fin de proceder con toda dilijencia en la investigacion del asunto, la Real Audiencia no consintió en ello i retuvo el proceso.

Don Alonso Campofrio i Carvajal, como era lójico, salió a la defensa de su mujer en todo (2).

Mucho se ha discutido sobre cuáles fueron los mó-

(1) Este caballero era hermano de padre i madre del cantor del *Puren Indómito*, don Fernando Alvarez de Toledo. Thayer Ojeda, *Familia Alvarez de Toledo*, pájina 37.

(2) *El terremoto del 13 de Mayo de 1647*. Pájina 81-93

viles que indujeron a cometer este delito, i personas respetables se han inclinado a creer que la verdadera causa se hallaba en la enemistad de los padres agustinos, quienes tenian entónces (1) un conventillo en Longotoma, con el obispo Salcedo, que pretendia suprimirlo, i, por tanto, con el cura Venegas, representante de la autoridad del obispo.

La intervencion de doña Catalina en este lance habria consistido en estimular a un primo suyo, don Nicolas Escobar i Villarroel de los Rios, relijioso agustino, para que atropellara i apaleara al párroco de la Ligua (2).

En todo caso, pues, en el delito mencionado no influyeron las aberraciones eróticas de la mujer de don Alonso Campofrio.

Durante el último periodo de su vida, este caballero ocupó alta situacion en la capital; pues ejerció las funciones de alcalde ordinario en el Cabildo de 1643.

Despues de la muerte de don Alonso no hubo respeto humano que sujetara a doña Catalina; i el torrente de sus delitos corrió sin cesar ensangrentado, sin que nadie pudiera contenerlo.

La encomendera de la Ligua variaba constantemente los suplicios i trataba de alargar el martirio de sus criados i esclavos, para aumentar al mismo tiempo el placer de sus sentidos.

---

(1) *Los Agustinos en Chile*, por el padre Maturana Tomo 1.°, pájinas, 163 i 300.

(2) *Los Lisperguer i la Quintrala*, pájina 263.

A fin de satisfacer ampliamente sus lúbricos deseos, doña Catalina, sobre todo en los últimos años, no cuidaba de que sus indíjenas de encomienda, ni sus esclavos, ni los criados libres de su servidumbre anduvieran vestidos, i, por el contrario, preferia que trabajaran casi desnudos, o «en cueros», segun la espresion comunmente usada entónces.

«Los muchachos i muchachas, especialmente los pastores, estaban totalmente desnudos: ellas, con unas mantas viejas, ceñidas i cortas, sin otra ropa; ellos, con algunos trapos, que muchos no pasaban del ombligo para abajo, o cubiertos de pellejos de ovejas.»

«I los que servian en su casa,aunque fuesen de mas de catorce años, no traian calzones, sino unas camisetas ceñidas, que llegaban a la rodilla (1).»

Para disponer con mayor libertad tanto de los hombres como de las mujeres, i evitar que los maridos defendieran a sus esposas, casaba amenudo a los indíjenas libres con esclavos de su pertenencia, o bien, a los hombres mapuches con mujeres de otras encomiendas. I de este último modo le era fácil mantener separados a los cónyujes, hasta por muchos años.

A veces algunos indíjenas se resistian a obedecer las órdenes de su ama en esta materia, i entónces

(1) Estos datos i los que van a leerse en seguida pueden encontrarse en el documento III que se publica en la seccion *Apuntaciones i Documentos*.

ella les obligaba a respetar su voluntad por medio de bárbaros procedimientos.

«A Lucia, india, siendo de la encomienda del jeneral Bernardo de Amasa, la tuvo encerrada en su aposento dos semanas; i le echaba un indio de noche para obligarla a casarse con él, i por medio de esta dilijencia i de otras amenazas lo consiguió.»

El obispo Salcedo asegura en una de sus cartas al rei que el cura de la Ligua don Luis Venegas se atrajo la malquerencia de doña Catalina «porque no casaba indias ajenas con sus indios (1)».

Al proceder así, este párroco, que conocia demasiado a la encomendera del lugar, trataba de poner obstáculos a sus manejos indebidos, ya que para ella no rejian ni las órdenes de los presidentes de Chile, ni las reales cédulas.

La tasa de 1622 establecia terminantemente que «la india que entre año se casara con indio de otra familia cumpliera el año donde estaba hasta la primera visita, i allí fuera a dormir su marido; i, acabado el año, donde ambos quisieran estar, allí sirvieran sin violencia alguna (2).»

Para doña Catalina esta era letra muerta; así como lo eran aquellas otras disposiciones de la misma tasa que prohibian el que se obligara a los indíjenas a trabajar en los dias domingos i demas festivos.

---

(1) Maturana, *Los Agustinos en Chile*. Tomo 1.°, pajina 308.

(2) Artículo 63. Gay, tomo 2.° de *Documentos*, pájina 342.

Por otra parte, la enseñanza de la doctrina cristiana i las prácticas relijiosas se hallaban completamente descuidadas en esta encomienda. Solo se decian misas en la capilla del Injenio, donde estaba el centro principal de la hacienda; pero aun allí dejaban de celebrarse hasta por mas de seis meses. Los pastores en su mayoria no sabian rezar; i todos los indíjenas pasaban sin confesion por tres i cuatro años seguidos. En 1660, un gran número de muchachos de diez i ocho i veinte años no se habian confesado nunca; i así todos los que morian en medio de los atroces suplicios a que les sometia su ama no recibian sacramentos de ninguna clase.

«I se habria remediado parte destos males, escribia un majistrado cuya palabra es digna de fe, si los relijiosos misioneros de la Compañia de Jesus hubieran entrado en esta estancia; pero jamas entraban, aunque llegaban cerca, ni se atrevian, ni la dicha doña Catalina lo permitia.»

De igual modo como apartaba a los maridos de sus mujeres, lo hacia con los hijos respecto de sus padres; i hubo caso en que un niño de corta edad se perdió en los montes, donde pastoreaba el ganado cabrio, sin que volviera a saberse de él.

Durante el principal proceso que de oficio inició contra ella la Real Audiencia, se comprobó que «doña Catalina castigaba todos los dias, i dos i tres veces, de muchos años atras, toda la jente de su servicio, grandes i pequeños, indias solteras i casadas, desnudándolas en cueros, atándolas en palos o

en escaleras, colgadas de las manos en alto, o de los pies la cabeza abajo, o atadas las manos tendidos en el suelo, hasta llenarlos de sangre i degollarlos, por mano de Julian i Lorenzo, negros. Juan, Ignacio, Agustin, Jordanillo, indios, i otros. I, despues de azotados en la forma dicha, los hacia lavar con agua fria todos los cuerpos, i otras veces con sal, ají i orines. Sobre estos azotes los volvia azotar i lavar, que este ejercicio era continuo de dia i de noche; i muchas veces acontecia azotar un mismo dia tres i cuatro veces a una misma persona, con que se multiplicaban las llagas de sus cuerpos.

«El instrumento para azotarlos solia ser un látigo o varas de membrillo, i tal vez ortigas, como habia sucedido a Rufina, negra, i a Pascual, mulato, entrándolos despues en agua fria, por que fuera mayor el dolor; o con ramas verdes de espino, como habia sucedido a Pablo Yavan, Julian, negro, i a otras personas.

«Dábanles asimismo entre dia muchos palos, varazos, coces i golpes, i con piedras en la cara i cabeza. Despues de azotados los solian quemar con brea, velas ardiendo, con miel, con tizones encendidos. I tal vez los habia hecho pasar por las llamas del fuego muchas veces, teniéndolos cuatro personas de piés i manos. I, habiendo azotado en una ocasion a la mulata Herrera, colgada, los piés en alto, le habia hecho entrar la cabeza en una olla

con brasas i ají; i habia estado en notorio peligro de ahogarse.

«Solia quemallas las bocas con leche, con huevos, con brasas encendidas, metiéndolas dentro i cerrándoles los labios. Castigaba los ojos echándoles ají en ellos, pellizcándolos i azotándolos con ortigas.»

El resultado, de estos tormentos, cuando la feroz encomendera se ensañaba con alguno de sus infelices servidores, era la muerte, pero no la muerte tranquila, sino una agonia atroz, desapiadada, infernal.

Entretanto, el verdugo, o mas bien, la dejenerada, que presidia i ordenaba estos suplicios se sentia satisfecha si veia espirar despues de atroces sufrimientos al objeto inocente de sus furores carnales.

«La jente del servicio de la dicha doña Catalina andaba continuamente con grillos, cormas (1) i mazas, i de noche no tenian ni se les habia conocido mas cama que el cepo; porque en él habian dormido siempre todos los que la servian, así los aprisionados como los que no estaban, si habia algunos,

(1) En la copia del archivo de Medina, de la cual se ha tomado el documento número III publicado al final de esta obra, se lee *cornias*; pero evidentemente este es un error. Segun el diccionario de la RealAcadenia, *corma* es una «especie de prision compuesta de dos pedazos de madera, que se acomoda al pié del hombre o del animal para impedir que ande libremente».

i por la mañana salian del cepo a diferentes faenas, habiendo dormido desnudos i sin abrigo, i muchas veces por su gusto los hacia azotar a todos ántes que dieran principio al trabajo cotidiano, i este jénero de castigo, de prisiones i cepo, corria igualmente con los esclavos i esclavas, con los indios i indias, solteras i casadas, con los muchachos i chinos de tierna edad, de seis a siete años.

«Con prisiones i acostados, solian dormir desnudos en cueros en los cepos, i así en cueros solian andar entre dia, sirviendo, sin que se libraran de esta indecencia ni aun las indias casadas, a vista de sus propios maridos i de los que no lo eran. I en los muchachos era ordinario asistirle en cueros, o hilando, quitándole las moscas, o en otro ministerio. I, cuando pasaba de una parte a otra de su estancia, distante cuatro o seis leguas, como al valle de San Lorenzo o a Longotoma, llevaba la jente de su servicio con los grillos i cormas que tenian, i un cepo en una carreta, donde los recojia todos de noche para dormir. I donde quiera que se hallase los azotaba i castigaba todos los dias de la misma forma que cuando estaba de asiento en el Injenio.

«Castigábalos asimismo quitándoles la comida i el sustento ordinario tres, cuatro i mas dias; i les veian las bocas para reconocer si habian comido, i los azotaban por ello, i a quien de lástima los socorria, no permitiendo lo hicieran ni aun sus padres.»

Doña Catalina veia impasible morir uno tras otro a sus servidores mas abnegados, a causa de

los malos tratamientos que ella les imponia, sin que pensara en cambiar de conducta. Antes, por el contrario, despues de cada muerte parecia que estremaba sus crueldades.

He aquí algunos ejemplos que demuestran la verdad de las anteriores afirmaciones.

«Un cholillo libre nombrado Alonso, de ocho años, poco mas o ménos, nieto de Pablo. Servia de quitar las moscas en la carreta, entre dia, a la dicha doña Catalina, porque vivia siempre en ella, i algunas noches de quitarle los zancudos. I, en esta ocupacion, lo tenia de ordinario con una corma, i parado todo el dia i parte de la noche; i por cualquier descuido leve lo hacia azotar en cueros, i muchas veces hasta que corria sangre de su cuerpo, i luego lo lavaban en la acequia con agua fria, i así lavado en cueros volvia a quitar las moscas. Dábale de ordinario muchos varazos, i con el palo del plumero, por la cabeza i por todo el cuerpo; i las noches que no le quitaba los zancudos dormia en el cepo con los demas, desnudo. Quitábale la comida dos i tres dias, i le azotaba de nuevo si comia algo, i, por haberse ido a un rancho a buscar qué comer, aunque estaba mui flaco i maltratado de los azotes, lo hizo azotar de nuevo, por mano de Garcia Auca, en la sementera de trigo donde asistia la dicha doña Catalina. I, andando en el suelo desmayado, lo mandó meter en el cepo, donde lo hallaron en el dia siguiente muerto, sin haberse confesado; i de allí lo llevaron a la capilla del Injenio, donde estuvo

sin enterrar ocho dias, i los gusanos que salian del cuerpo llenaron el suelo de ella.»

«Francisco, indio viejo, de hasta sesenta años. Habia estado huido, i lo habia llevado Asensio Caso (1), con prisiones i castigado. I la dicha doña Catalina le habia hecho poner una mesa con una cadena, habiéndolo azotado con mucho rigor; i en la matanza le daba tarea de los capados, que habia de desollar. I, como, por su edad i por su impedimento de la mesa i cadena, no la podia ajustar, lo hacia azotar de ordinario, i que le diesen de palos, con lo cual enfermó de un dolor en las espaldas. I lo mas, aunque se quejaba, decia la dicha doña Catalina que era embuste; i le hacia continuar las faenas, i que lo castigaran por ellas, hasta que, diciendo que el dolor se le habia subido a los pechos, i no podia resollar, lo retiraran de la dicha matanza. I se murió, algunos dicen sin confesion, i todos que sin quitalle la cadena i mesa hasta despues de muerto. El cuerpo deste difunto estuvo por enterrar una semana, lleno de gusanos no solo el suelo de la capilla, pero fuera de ella».

«Julian, indio auca, bolillero, con una maza i cadena continuamente. Dormia, como los demas, en el cepo. Azotábalo con gran rigor, hasta desollarlo; lavábalo con agua fria, i con ají, orines i sal; an-

(1) Este era el mayordomo de confianza de doña Catalina. En *el libro de votos* de la Real Audiencia su apellido es *Raso*. Vicuña Mackenna le llama *Eraso*. En la copia de Medina aparece *Caso*, como en el testo.

daba en cueros muchos dias, o con un saco de jerga. I, porque se presumió habia hurtado un poco de ají, le hizo entrar cantidad dél por la via trasera; i se continuaron de tal forma los castigos que, consumido i lleno de llagas, murió sin confesion, i sin que le quitaran la cadena i maza hasta despues de muerto.»

«La negrita Catana, de ocho a nueve años, hija de una negra deste mismo nombre que sirve al maestre de campo don Jerónimo Altamirano en la ciudad de Santiago; la cual sobre la costura estaba consumida de azotes, varillazos i palos, i de los demas castigos referidos. I en una ocasion mandó la dicha doña Catalina, en el valle de la Ligua, la atasen por la cintura i por entre las piernas, que le cojiese el vientre i muslos estopa de lino, i le pegasen fuego; i así se hizo, i se abrasó toda, de tal modo que estuvo para morir. I, habiéndola entregado a la india Elena que la curase, gastó así dos meses en librarla deste peligro; pero, habiendo mejorado, continuó los castigos la dicha doña Catalina, de azotes, prisiones i los demas referidos, hasta que la negrita murió sin confesion.»

«Maria, mestiza, servia a la dicha doña Catalina en la cocina i otros ministerios, i estando apartada de su marido Agustin, i sin cohabitar con él muchos años. I, porque en una ocasion, habiendo huéspedes, no mató unas gallinas, estando en la matanza, i la dicha mestiza preñada de ocho meses, la hizo desnudar en cueros, i atar en alto por las manos en

un peral; i, viéndola el marido, i todos los indios e indias, le dieron tantos azotes por todas las partes de su cuerpo que corria sangre dél hasta los piés, i, lavada con orines i sal, le puso una corma en ambos. I deste castigo se le murió la criatura en el cuerpo; i, como estaba impedida con dicha corma, no la podia abortar, hasta que, a instancia de Elena, india pastora, se la mandó quitar, i echó la criatura muerta. I al segundo dia le mandó poner la corma como ántes, i la tuvo largo tiempo.»

«Constanza, india libre. Habiéndola casado con Diego, indio, se servia de ella en el valle de la Ligua, i la azotaba de ordinario sobre no ser tan puntual como quisiera la dicha doña Catalina, en daria de vestir, en el aseo de la mesa, i en pintalle la sal del salero. Dormia, como todas, continuamente en el cepo; andaba desnuda, i muchas veces con corma, i tan lleno el cuerpo de llagas i heridas que se le crió una postema en la ingle, donde le hizo entrar un huso a Maria, mestiza; i de dicha postema, i continuarse sobre este achaque los azotes, desnudez, falta de sustento i prisiones, habiéndola entregado a Francisca, su madre, para que la curase, murió, como las demas, sin confesion.»

Todas las muertes mencionadas ocurrieron en la estancia de la Ligua, mui léjos de la capital en valles ocultos, donde los cerros de la cordillera de la costa servian de cómplices, i desde donde los ayes de las víctimas no llegaban a Santiago, porque se iban apagando en los yermos del camino.

No faltaron casos, sin embargo, en que la lasciva encomendera perdia toda prudencia, i ultimaba a sus criados a pocos metros del sitio donde hacian justicia los oidores, en la casa de la calle del Rei.

En prueba de ello, léase el horroroso cuadro que sigue:

«Juana, mulata libre, hacia tiempo de ocho o nueve años servia en la ciudad de Santiago a la dicha doña Catalina de panadera. I, como si hubiese sido esclava, andaba llena de llagas i heridas de los azotes i palos que le hacian dar. I, porque en cierta ocasion no sacó el pan a su gusto, le hizo meter la cabeza en el horno a un indio Ignacio, al tiempo que sacaban el pan dél. En otra, por la misma causa, hizo abrir unos panes, al salir del horno hirviendo, i se los puso en la cara, con que se la abrasó toda; i que le quebrasen en la cabeza las ollas de comida que estaban sobre el fuego, con lo cual se le desolló todo el rostro, i se le abrasó parte del cuerpo. I finalmente, azotándola sobre estos castigos, murió sin confesion; i, para llevarla a enterrar, la abrieron la cara i cabeza, porque no la viesen abrasada.»

Naturalmente, a cualquiera que lee tales atrocidades se ocurre esta pregunta. ¿Cómo era posible que la justicia no conociera, o no sospechara, la ejecucion de tales crímenes, i no hubiera intervenido desde los primeros tiempos por impedirlos?

La respuesta, sin embargo, habria sido fácil.

Como se ha visto, la mayor parte de los asesina-

tos habian sido cometidos a larga distancia de la capital; i es probable que por muchos años solo llegaran hasta los oidores pálidas imájenes de los sangrientos delitos que a diario manchaban los campos de la Ligua.

Por lo demas, la culpable era una dama tan poderosa i temida que no podia ser enjuiciada sin que hubiera de antemano plena prueba en contra suya.

Debe recordarse que ella tenia relaciones de prima hermana con don Juan Rodolfo Lisperguer, uno de los principales personajes de la colonia, casado entónces con doña Catalina Lorenza de Irarrázaval, tambien de encumbrada alcurnia i con parientes de grande influjo.

A su vez, don Juan Rodolfo recibia del oidor don Alonso de Solórzano i Velasco apoyo formidable, como que ambos bajaban del mismo tronco, puesto que sus madres eran hermanas (1).

El oidor Solórzano llamaba prima a doña Catalina de los Rios, segun una relacion de la época (2).

Doña Catalina vivia en su casa de la calle del Rei con estraordinario lujo i abundancia; i a su alrededor jiraban todos sus parientes i sobrinos, que esperaban heredarla.

Entre otros, los hijos de su prima doña Catalina

(1) Silva i Molina, *Los oidores en el siglo XVII.* Pájinas 22 i 48.

(2) Biblioteca Nacional, fondo antiguo, volúmen 119, pájina 64.

Lisperguer iban diariamente a comer con ella, cuando salian de la escuela.

Pero su sobrino preferido habia sido siempre don Jerónimo Altamirano, hijo de su hermana doña Agueda i del oidor de Lima don Blas de Torres Altamirano. A este pariente la señora de los Rios proporcionaba dinero a manos llenas, i daba el tratamiento de hijo.

A algunas de sus sobrinas doña Catalina obsequió la dote necesaria para que pudieran contraer matrimonio.

Ella gozaba, por otra parte, de raro prestijio en el cercano convento de San Agustin. «Por los deudos que tenia, i porque la esperaban heredar, no habian escusado fineza los relijiosos por ella en los mayores encuentros con los gobernadores i oidores (1).»

Se comprende, pues, que dama tan opulenta i tan cruel fuera amada por los unos, aborrecida por los otros i respetada de todos.

Doña Catalina era una gran señora cuando estaba en sociedad, rodeada de sus amigos i parientes; i solo se metamorfoseaba en fiera cuando llegaba la hora de satisfacer su lujuria.

Los delitos, sin embargo, fueron acumulándose unos a otros, i llegaron a formar montaña.

Las olas empujaron a las olas, i su rumoroso estruendo se oyó en la capital.

En 1659, «sobre la limpia de una gran sementera

(1) Relacion citada.

de maiz, doña Catalina azotó todas las indias presentes, algunos de sus maridos i los que no lo eran.»

Este monstruoso vapuleo resonó en las calles de Santiago.

La Real Audiencia creyó que habia llegado el momento de poner fin a la verdadera danza infernal que la encomendera de la Ligua hacia bailar a sus indíjenas, a sus esclavos, a sus criados de toda especie; i, con fecha 17 de enero de 1660, se reunió en la sala de sus acuerdos para tomar una determinacion.

Componian en esta época el tribunal el doctor don Nicolas Polanco de Santillana, el licenciado don Pedro de Azaña, el doctor don Juan de Huerta Gutierrez i el doctor don Alonso de Solórzano i Velasco.

Asistió ademas al acuerdo indicado el fiscal don Manuel Muñoz de Cuéllar.

Despues de maduro exámen de los graves rumores que habian ido acentuándose sobre la sevicia empleada por doña Catalina de los Rios i su mayordomo Asensio Raso contra los indíjenas i esclavos de la hacienda de la Ligua, resolvió el tribunal mandar al receptor Francisco Millan para que averigüara en el sitio mismo lo que hubiera de verdad en tales acusaciones.

El receptor Millan recibió amplias facultades para hacer salir de la hacienda a doña Catalina i a su sobrino Altamirano, si así lo estimaba necesario, a efecto de esclarecer completamente los hechos; i, en

caso de que la señora de los Rios no pudiera alejarse, por justa causa, de su propiedad, fué autorizado para sacar a los indíjenas, esclavos o libres, que debieran prestar declaracion en el juicio.

El único de los oidores que dictaminó de una manera contraria a este acuerdo fué don Alonso de Solórzano.

En su sentir, como no habia denuncio en forma (1), ni se habia levantado sumario, la única resolucion que procedia era encargar al correjidor de Quillota, el capitan don Pedro de Amasa, la visita correspondiente a los pueblos indíjenas de la Ligua, a fin de que averigüara lo que habia de cierto en las murmuraciones públicas (2).

Nada hubo de estraño en esta conducta de quien se llamaba primo de doña Catalina, i lo era en realidad de don Juan Rodolfo Lisperguer; pues don Alonso servia como verdadero ajente fiscal i procurador de causas de toda la familia (3).

Tales i tan graves fueron los delitos i flajelaciones comprobados por el receptor Millan que la Real Audiencia, con fecha 18 de abril (4), nombró a uno de los oidores, el doctor don Juan de Huerta Gutie-

---

(1) La verdad era, sin embargo, que habian denunciado a doña Catalina el esclavo Lorenzo Cordoban i algunos indíjenas de su encomienda. (Archivo de Medina).

(2) *Los precursores de la independencia de Chile.* Tomo 2.º, pájinas 358 361.

(3) Biblioteca Nacional, tomo 119, ya citado, pájina 66.

(4) Archivo de Medina.

rrez, para que se trasladara a la hacienda de doña Catalina de los Rios (1), tramitara el proceso i lo sentenciara en primera instancia.

El oidor Huerta procedió con suma actividad, i ántes de dos meses pudo presentar el resultado de sus investigaciones (2).

A mas de los frecuentes, crueles e injustificados castigos impuestos por doña Catalina a los criados, esclavos e indíjenas de su encomienda; fuera de las infracciones ejecutadas por ella contra la tasa establecida por el rei, Huerta Gutierrez comprobó de un modo fehaciente el espantable número de treinta i nueve asesinatos que se debian a la sevicia de aquella señora.

Cinco de estas muertes habian ocurrido ántes del terremoto del 13 de mayo de 1647; i, por tanto, podia calcularse que doña Catalina habia ejercitado impunemente su crueldad en un largo período de *quince años*.

La abrumadora elocuencia de estos hechos constituye el mas poderoso de los argumentos contra la organizacion que se habia dado en Chile al sistema de las encomiendas; i justifica la conducta dictatorial empleada, un siglo mas tarde, para abolirlas, por don Ambrosio O'Higgins, el ilustre projenitor del héroe de Rancagua.

---

(1) *Libro de votos de la Audiencia de Chile.* Consúltese el acuerdo de 22 abril de 1660.

(2) Este documento puede leerse en la seccion de *Apuntaciones i Documentos*, bajo el número III.

Cuando por espacio de quince años una mujer,—por rica e influyente que fuera, al fin i al cabo una mujer,—habia podido martirizar i asesinar a sus indíjenas i esclavos sin que ninguna autoridad tuviera influencia bastante para castigarla, hai derecho de afirmar que el réjimen de servidumbre establecido en esta colonia se hallaba viciado en sus bases fundamentales.

Al leer la informacion del oidor Huerta Gutierrez sus colegas de tribunal debieron sentirse abrumados bajo el peso de la responsabilidad que les cabia.

¡Cómo! ¡A unas cuantas jornadas de Santiago centenares de seres humanos sufrian, sin razon alguna, suplicios horrorosos, nada mas que por el capricho, o mas propiamente, para satisfacer los vicios de su encomendera, i ellos, los representantes del rei, los majistrados de la justicia, por indolencia criminal, por no haber cumplido la sagrada obligacion que les imponian las reales cédulas de visitar las tierras i los pueblos indíjenas de su distrito, habian permanecido ignorantes de esta verdadera hecatombe, de hombres, mujeres i niños!

En las tablas funerarias formadas por el oidor Huerta, i que aun hoi, despues de dos siglos i medio,—¡doscientos cincuenta años!—no pueden leerse sin que se crispen los nervios, figuran, como se ha visto, una docena de niños, de los cuales uno fué arrancado a azotes de las entrañas de su madre, i los demas cayeron ensangrentados en medio de atroces espasmos de dolor.

Honra en estremo al doctor Huerta Gutierrez este documento firmado por él, en que constan con desnuda verdad los crímenes de doña Catalina de los Rios,—documento precioso que permite a la historia tramitar i sentenciar de nuevo el juicio, para eterno ludibrio de los oidores que no supieron o no quisieron cumplir con su deber;—pero mayor gloria habria sido para aquel majistrado si, despreciando su conveniencia personal, hubiera sentenciado él mismo la causa.

Por desgracia, no sucedió así.

Con motivo del nombramiento del oidor don Nicolas Polanco de Santillana para el empleo de fiscal de la Audiencia de Lima, se suscitó en la de Santiago de Chile la cuestion de cuál era el decano del tribunal.

El doctor Huerta asumió de hecho el cargo; pero le disputó esta precedencia don Pedro de Azaña, i el asunto fué llevado ante el virrei del Perú, para que lo resolviera.

Mientras tanto, Huerta Gutierrez, que tenia plena conciencia en la justicia de su causa, como que el conde de Alba de Liste hubo de reconocerlo, determinó dirijirse personalmente al virreinato, i abandonó a fines del año su asiento en el tribunal, sin que hubiera consideracion alguna capaz de disuadirlo.

Aprovechóse de su ausencia el oidor Solórzano Velasco, i pidió en el acuerdo de diez i seis de diciembre que la Audiencia se avocara el conocimien-

to del proceso contra doña Catalina de los Rios, ya que se habia alejado el juez en comision.

Felizmente aun quedaban fuerzas al achacoso don Pedro de Azaña para defender los fueros de la justicia, se opuso con enerjia a la proposicion de su colega, i manifestó la conveniencia de que se nombrara un nuevo juez de primera instancia.

En discordia de votos, puesto que no habia otros oidores en el tribunal, se remitió la resolucion del incidente al doctor don Antonio Ramirez de Laguna, quien habia desempeñado, como se recuerda, las funciones de protector fiscal de los indíjenas (1).

A este último tocó sentenciar la causa, i, con fecha 18 de junio de 1661, condenó a doña Catalina a abandonar su estancia de la Ligua, de la cual debia alejarse veinte leguas en contorno, a pagar la cantidad de once mil pesos en plata, i a entregar mil ovejas i doscientos carneros (2).

Esta sentencia manifiesta en el majistrado que la dictó notable entereza de ánimo; pero, sin que por ello se amengüe su mérito, debe tenerse presente que Ramirez de Laguna pretendia entónces volver a ocupar la protectoria de los indíjenas, i necesitaba dar pruebas de espíritu justiciero.

Doña Catalina, segun era de preverlo, apeló en el acto ante la Audiencia.

El oidor Solórzano i Velasco, a su vez, se escusó

(1) *Libro de votos de la Audiencia de Chile.*
(2) Archivo de Medina.

de seguir conociendo en este proceso, por sus relaciones de amistad i parentesco con la familia de Lisperguer; i. con fecha 12 de diciembre, el tribunal admitió la escusa (1).

Ya era tiempo. La honra misma del tribunal así lo exijia.

En el año 1664 don Alonso pasó a fundar la Audiencia de Buenos Aires (2), no sin que alcanzara a ver iniciado un nuevo juicio criminal contra *su prima* doña Catalina.

Esta señora era incorrejible.

Cuando en 1660 le ordenaron los representantes de la justicia que saliera de su estancia de la Ligua, i se trasladara a Santiago, consiguió permiso para traer consigo a tres esclavas negras, a fin de que la sirvieran en el camino.

El viaje se hacia en carreta i duraba muchos dias.

«Doña Catalina vestia en estas ocasiones una capa de picoton doble con vueltas de rasillo de Italia, guarnecida de seda azul i plata; calzaba guantes de cordoban de Ciudad Real; i adornaba su cabeza con un sombrero negro de Sevilla. Usaba tambien antojos de camino (3).»

Las tres esclavas que entónces la acompañaron tenian en sus cuerpos señales evidentes de las repetidas flajelaciones de que habian sido víctimas;

(1) *Libro de votos de la Audiencia de Chile.*

(2) Silva i Molina, *Los oidores del siglo XVII.* Pájina 49.

(3) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer.* Pájina 109.

pero la mas llagada i enferma era la que respondia al nombre de Mariana.

Esta infeliz mujer sufria de dos úlceras graves, en una de las caderas i en una de las piernas; su sayo de cordellate estaba cubierto de pus; i de su cuerpo se desprendia un olor insoportable.

Se creyó que doña Catalina, bajo el peso de las acusaciones que llovian sobre ella, no trataria mal a las tres esclavas.

Aun el juez mas perspicaz habria imajinado lo mismo.

¡Profunda equivocacion! Doña Catalina encarnaba al demonio de la lujuria.

«A los cinco dias de su viaje, constó por informacion que a todas tres negras las azotaban, apaleaban i daban muchos golpes, dos i tres veces, entre dia i noche; i que las hacia lavar en agua fria, en tiempo tan riguroso de hielo como era aquél.»

Corria entónces el mes de junio.

«I a quien mas aflijia con estos castigos era a la dicha negra Mariana, porque la ocupaba en lavar ropa. I la tenian a pié de dia i de noche, i a golpe i palos la hacia servir, como si tuviese entera salud.»

Despues de esto, ya no fué posible dejar a las esclavas en poder de su ama.

Por desgracia, la negra Mariana estaba sin remedio, i, ántes de llegar a Santiago, murió a los seis o siete dias.

Al dictar su sentencia, un año mas tarde, el doctor Ramirez de Laguna tomó sin duda en cuenta

este nuevo crímen, cometido por doña Catalina con circunstancias agravantes.

Interpuesta la apelacion, ella pudo, sin embargo, descansar tranquila, sin preocuparse de los oidores, por espacio de tres años, gracias al cambio de personas que esperimentó en esta época el tribunal.

Don Pedro de Azaña falleció en 24 de setiembre de 1661.

El doctor Huerta Gutierrez, que se hallaba de regreso en Chile en 1662, volvió a partir al virreinato algun tiempo despues.

Solórzano Velasco, como está ya dicho, se habia escusado de conocer en el juicio.

Dos nuevos oidores ingresaron en 1662: el doctor don Gaspar de Cuba i Arce, a 10 de mayo; i don Manuel Muñoz de Cuéllar, el cual por mas de doce años habia servido la plaza de fiscal, con fecha 25 de noviembre.

Por último, a mediados de 1664 prestó el juramento de estilo don Juan de la Peña Salazar, natural de Castilla la Vieja i doctor de la Universidad de Alcalá (1).

Ademas de esta trasformacion completa de la Real Audiencia, doña Catalina aprovechó el indulto otorgado por la majestad de Felipe IV con motivo del nacimiento del príncipe heredero, que en pocos años mas debia ser reconocido con el nombre de Cárlos II.

---

(1) Silva i Molina, *Los oidores del siglo XVII.*

Como se sabe, este desgraciado monarca nació en 1661; pero la noticia oficial no llegó a Chile sino en 1663.

Inmediatamente el abogado de la señora de los Rios pidió al tribunal el perdon de su patrocinada.

Antes, sin embargo, de que se resolviera esta incidencia, doña Catalina, que entónces residia en su chacra de Tobalaba, siguiendo los feroces impulsos de su naturaleza, mató a azotes a una esclava llamada Micaela, de propiedad del capitan don Francisco de Figueroa.

Los pormenores de este asesinato fueron, mas o ménos, iguales a los que se han leido anteriormente, esto es, a los que produjeron la muerte de los treinta i nueve indíjenas i esclavos de la hacienda de la Ligua.

A principios del mes de julio de 1664, la esclava Micaela fué azotada crudelísimamente por órden de su ama, que presenciaba el suplicio, i en seguida bañada en una acequia cercana, donde exhaló el último aliento (1).

Consumado el crímen, doña Catalina ordenó que enterraran en el acto a la víctima en una capilla próxima a la chacra perteneciente a don Fernando Bravo de Naveda; pero no consiguió sepultar, al mismo tiempo, las murmuraciones i comentarios de los vecinos del lugar.

(1) Don Benjamin Vicuña Mackenna ha referido este último crímen de la *Quintrala* en un folleto publicado en Santiago, en 1884, por la imprenta Victoria.

Luego llegó a noticia de los nuevos oidores el rumor público sobre el delito perpetrado a sangre fria en las cercanias de Santiago; i se apresuraron a comisionar al doctor Peña para que levantara la correspondiente informacion.

En poco tiempo averiguó este majistrado la verdad de lo ocurrido, i ordenó la prision de doña Catalina.

El juicio se inició con fecha 18 de julio.

Por primera providencia, el tribunal decretó el embargo de los bienes de la reo, para que respondieran de las responsabilidades pecuniarias que a ella tocaban.

En este estado del proceso, intervino en favor de doña Catalina nada ménos que el presidente del reino, don Francisco de Meneses, quien dictó un auto por el cual dispuso «que, dando la dicha doña Catalina Flores fianzas de la seguridad de su persona, i de lo juzgado i sentenciado, se le desembargaran los bienes, i se entendiera la prision dentro de cuatro leguas de contorno de la ciudad de Santiago, en el ínterin que hubiera copia de jueces en la Audiencia (1)».

El auto del gobernador fué pronunciado en 13 dias del mes de diciembre.

En el juicio de residencia de Meneses, se le dirijieron graves inculpaciones por tal motivo; i, segun el cargo 133, fué acusado de haber recibido, en

(1) Archivo de Medina.

pago de su intervencion en este proceso, 800 quintales de sebo, que doña Catalina debió entregar en el plazo de un mes, por conducto del capitan Manuel Gomez, alguacil mayor del Santo Oficio, al confidente del gobernador, o sea, a don Melchor de Cárdenas.

A su vez, este último, que ejercia las funciones de alguacil mayor de las Cajas Reales de Santiago, fué obsequiado por doña Catalina con una cadena de oro, un tintero, una salbadera i una caja de plata (1).

Los 800 quintales de sebo no fueron la única recompensa que la rica encomendera de la Ligua se creyó obligada a hacer al codicioso presidente; pues, en carta de 9 de agosto de 1665, los oidores Muñoz, Cuba i Arce, i Peña aseguraron al rei que tambien le habia regalado siete mil cabras i una cadena de oro (2).

Si don Francisco de Meneses no hubiera incurrido en otros delitos, bastaria este cohecho para juzgarle i condenarle.

La muerte, ese juez inflexible que pesa con una misma balanza a todos los seres humanos, libró a la colonia de la presencia de doña Catalina de los Rios a mediados de enero de 1665; pero su proceso no pudo terminar durante todo el gobierno de Meneses.

---

(1) Archivo de Medina.
(2) Archivo de Medina.

Por fin, tan luego como salió del poder este inescrupuloso mandatario, los oidores nombrados dieron su sentencia con fecha 24 de diciembre de 1668; i en ella «declararon que, respecto del indulto por el nacimiento del señor rei don Cárlos Segundo, de que se valió la dicha doña Catalina Flores, despues de la sentencia del juez comisario, i de la muerte que sobrevino a la susodicha pendiente la apelacion de dicha sentencia, fenecieron el nuevo juicio, que se debia hacer segun el mérito de la causa i aumento de penas; i, haciendo justicia, así lo declararon; i confirmaron la sentencia dada en 18 de junio de 1661 por el doctor don Antonio Ramirez de Laguna (1).»

Esta condenacion llegó tarde por haber sido dictada despues del fallecimiento de doña Catalina; pero en todo caso no habria sido digno de la justicia que no se hubieran confirmado las penas impuestas por el doctor Ramirez de Laguna.

Lo único que calma la amargura del espíritu al considerar que tan funesta mujer muriera en su casa i en su cama, rodeada del boato que acostumbraba, es la conviccion que da la ciencia de que era una víctima ella misma del mal a que ha dado nombre el marques de Sade; enfermedad horrible con que algunos desgraciados nacen, i cuyas manifestaciones esternas, en su forma mas espantosa, son inevitables.

(1) Archivo de Medina.

El destripador de Lóndres i los amantes de cadáveres, tan comunes en las viejas naciones, son variedades igualmente atroces del mismo mal.

Ahora bien, ¿de quién habia heredado la señora de los Rios su lujuria i sus tendencias homicidas?

Nó por cierto de sus padres, que se amoldaban a un tipo normal para la época, i que vivieron siempre bien quistos en la colonia.

Nó tampoco de sus abuelos Lisperguer, los cuales pudieron estremar a veces su arrogancia, pero nunca se convirtieron en zapadores de la virtud social.

¡Quién sabe si a doña Catalina de los Rios le tocó en suerte recojer en sus fibras, por no raro atavismo, los vicios de su abuela paterna, doña María de Encio, aquella a quien un obispo de Santiago acusaba de haber sido manceba de Pedro de Valdivia, i fué enjuiciada i condenada por la Inquisicion de Lima, como perjura, hechicera, descreida i azotadora de indíjenas!

¡Quién sabe!

Los documentos históricos no arrojan mas allá otra luz. Apesar de todo, sin embargo, la Quintrala es un personaje digno de la leyenda, porque atrae i fascina con sus reflejos infernales; digno de la historia, porque alumbra con intenso foco el sistema de las encomiendas, la organizacion de la justicia i los rasgos característicos de la sociedad colonial; i digno, por fin, de la ciencia, porque ofrece un tipo interesante al exámen de los criminalistas i de los médicos.

XVIII

Los soldados españoles convierten en un gran negocio la esclavitud de los araucanos. — Las campeadas para apresar indíjenas constituyen una de las principales causas de la prolongacion de la guerra. — El gobernador Peredo se declara contrario a la esclavitud; pero los virreyes del Perú i el presidente de Chile don Juan Henriquez la defienden. — El rei prohibe las compras de araucanos a la usanza. — El papa Clemente X obtiene que la reina de España doña Mariana de Austria declare abolida la esclavitud de los indíjenas chilenos. — El jesuita Diego de Rosales es el campeon de la libertad de los mapuches.

El gran levantamiento de indíjenas ocurrido durante el gobierno de don Antonio de Acuña i Cabrera obligó a la corte de España a prestar espe-

cial atencion a los graves sucesos de esta apartada colonia.

En vano el rei habia aprobado, despues de maduro exámen del Consejo de Indias, la tasa del virrei príncipe de Esquilache, en que se tomaban esquisitas precauciones para asegurar el buen tratamiento de los naturales de este pais.

En vano el gobernador Laso de la Vega habia completado las anteriores órdenes con otras mas estrictas en favor de los indíjenas.

En vano el mismo rei habia vuelto a condenar a la esclavitud, sin esceptuar ninguno, a los rebeldes sorprendidos en accion de guerra.

Ni las medidas de benevolencia, ni los rigurosos castigos habian alcanzado el buen éxito que se esperaba.

La hostilidad de los naturales continuaba la misma contra los españoles; i periódicamente estallaba una sublevacion jeneral, que ponia en peligro la vida de la colonia.

Esta situacion endémica de porfiada lucha no podia ménos de estrañar a los consejeros de Indias, los cuales por necesidad hubieron de esforzarse en descubrir el secreto de la ineficacia de las reales cédulas i de las armas españolas en Chile.

No les faltaban por cierto informaciones de personas que conocian por propia esperiencia la guerra araucana; pero de ordinario las noticias que así llegaban a sus oidos, como que provenian de fuen-

tes diversas, eran apreciadas por sus autores con criterios distintos.

Los eclesiásticos i los togados denunciaban al rei los abusos i estorsiones cometidos por las autoridades militares i por los encomenderos contra los infelices mapuches, i pedian en favor de éstos clemencia i proteccion.

Por la inversa, los individuos del ejército aconsejaban la guerra a sangre i fuego, i afirmaban que no habia otro medio de someter a los indíjenas que destruirles sin piedad sus ranchos i sementeras (1).

Entre dictámenes tan opuestos la corte se resolvió por el de los primeros, i empezó a dictar una serie de resoluciones encaminadas al mejoramiento de la condicion de los naturales.

Como siempre, el principal inspirador de esta política benévola e induljente fué un distinguido sacerdote: el obispo de Concepcion don frai Dionisio Cimbron.

Es justo agregar, sin embargo, que este virtuoso prelado trabajó en beneficio de los mapuches, no solo de su propio impulso, sino tambien asesorado por el ilustre jesuita Diego de Rosales, rector entónces del Colejio de Concepcion, i en cuya compañia estudió i trató de aliviar las necesidades de los araucanos (2).

---

(1) Informe del capitan Vivanco. Gay, *Historia de Chile*. Tomo 2.º de *Documentos*, pájina 417.

(2) Carvallo Goyeneche. *Historiadores*, tomo 9.º, pájina 129.

«En cédula de 10 de mayo de 658, entre otras cosas que V. M. se sirve de mandarme, escribia al rei el obispo mencionado, en carta de 4 de junio de 1659, es el que tengan en mi ánimo el primer lugar el amparo i alivio de los indios, para que no sean gravados ni vejados en ninguno de los casos en que las ordenanzas los defienden, i que sean tratados como plantas nuevas en la predicacion i enseñanza de nuestra santa fé, i con piedad i amor en sus necesidades temporales, sobre que V. M. me encarga la conciencia.

«Para descargo de ella, digo, señor, que no es fácil enseñar a los indios la doctrina, porque sus dueños los ocupan en trabajar en todo tiempo, sin querer darles licencia para que acudan juntos a donde así mis curas como particulares relijiosos se la enseñen, i el ir de casa en casa a cada uno no es dable.

«Otro agravio padecen ora, éste; pues a los que son libres los tratan muchos de sus dueños como si fuesen esclavos, sirviéndose de ellos toda su vida, i no dándoles mas de un triste vestido i una mui mala comida; alquilándolos para que trabajen, mui de ordinario, a cuatro reales i de comer, llevando para sí sus amos estos jornales. I a las indias libres las hacen mil estorsiones, i la que una vez entra a servir la hacen por fuerza que sirva toda su vida, sin permitirla haga eleccion de nuevos dueños; i llega a tanto que, si trata de casarse, como ven que debe estar a la disposicion de su marido, para

llevarla a donde quisiere, temerosos de no perder el servicio de la india, lo procuran estorbar por varios modos, i yo he tenido grandes disgustos sobre haber dado licencia para casar indias de esta calidad. I, con decir a V. M. que de 73 capítulos que tienen las ordenanzas que tocan a los indios, que yo he leido mui despacio, i visto lo justificado de su disposicion, i que V. M. tan repetidamente manda se les guarden, no solamente no se les guardan sino que casi en todo se contraviene a ellas, con que no tengo mas que decir para descargo de mi conciencia, pues lo que refiero a V. M. es lo que realmente pasa, sin hipérbole ni ponderacion alguna (1).»

Pero el principal abuso denunciado al rei por el obispo Cimbron era el que se referia a la esclavitud de los indíjenas.

Segun el testimonio de este prelado, el ejército hacia *malocas*, o campeadas, en el territorio araucano especialmente con el fin de aprehender esclavos; i, de tal modo, enfurecian al enemigo i prolongaban indefinidamente la guerra.

Agregaba ademas que en estas correrias los soldados cojian sin distincion indíjenas rebeldes e indíjenas amigos, hombres, niños i mujeres, i a todos se apresuraban a venderles, aunque fueran comprados para sacarlos del pais.

(1) Archivo de Medina.

La venta de araucanos habia llegado a ser un negocio estraordinario.

Como se recordará, en la cédula de esclavitud se habia establecido que solo podrian ser apresados como esclavos los hombres mayores de diez años i medio i las mujeres mayores de nueve años i medio. Los naturales, de uno u otro sexo, que no llegaran a estas edades quedarian sometidos a la obligacion de servir a los españoles hasta los veinte años.

Pues bien, a mediados del siglo XVII, los prisioneros de la primera clase, que se llamaban *piezas de lei*, eran vendidos hasta por doscientos cincuenta i trescientos pesos; i los de la segunda clase, o *piezas de servidumbre*, hasta por ciento cincuenta, ciento sesenta i doscientos pesos (1).

Las acusaciones enunciadas eran formidables, i la corte española, bajo la impresion del sombrio cuadro de injusticias i crueldades presentado por el obispo de Chile, creyó que habia llegado el momento de poner término a la esclavitud de los araucanos.

El hecho efectivo de que éstos fueran apresados, no para dedicarlos a las faenas agrícolas i demas trabajos de la colonia, sino, como simple especulacion de mercaderes, para ser vendidos fuera del reino, hacia desaparecer el único argumento serio en favor de la esclavitud.

---

(1) *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.°, pájina 81.

En cambio, no admitia réplica la observacion de que la codicia de hacer esclavos multiplicaba las *malocas* i contribuia a que la guerra de Arauco fuera interminable.

La abolicion de la esclavitud no fué, sin embargo, un asunto fácil de resolver en la corte, i, ménos aun, de practicar en la colonia chilena.

La costumbre de aprehender a los araucanos en sus propias tierras, aunque no hubieran dado motivo alguno para ello, se hallaba tan arraigada, i la práctica de venderlos era ya tan antigua, que se necesitaron muchas órdenes terminantes del soberano i un largo trascurso de años para que, no solo los militares, sino tambien los encomenderos se resignaran a perder este negocio.

«En 9 de abril de 1662 se despachó cédula al gobernador i capitan jeneral del reino de Chile, en la cual, con ocasion de haberse visto diferentes noticias i papeles tocantes al estado en que se hallaban las cosas de la guerra, i por carta del obispo de la Concepcion reconocídose los graves inconvenientes que resultaban de la esclavitud de los indios i del modo con que la platicaban los del ejército, vendiendo fuera del reino todos los que aprehendian en las *malocas* i campeadas, ahora sean de rebeldes o de amigos, i, consultado su Majestad, fué servido resolver que, por evitar los grandes inconvenientes que se seguian de vender por esclavos los indios i sus hijos i mujeres que se hacian prisioneros, se formase una junta en que concurriese el obispo de la

Concepcion i el de Santiago, i los superiores principales de las relijiones de San Francisco, Santo Domingo i la Compañia, para que confirieran este punto i informaran dando su parecer, para que, con vista dél, se pudiera tomar resolucion que conviniera en la forma que en adelante se hubiera de tener en declararlos o nó por esclavos, i en el entretanto ejecutar lo que pareciere a la junta o mayor parte de ella. I mandó S. M. que los indios, indias i niños prisioneros no se pudieran vender por esclavos, ni sacar fuera de este reino, i que todos los que, con pretesto de esclavitud, se hubieren vendido, así en esta provincia como en otras partes, fueran reducidos a sus tierras, i a los poseedores actuales se les reservaba su derecho a salvo contra los vendedores, i se encargó al gobernador que cuidara que los indios que se fueren reduciendo se fueran entregando a sus encomenderos, pues así habria quien cultivara las estancias i heredades, i volvieran estas provincias a la fertilidad que ántes tenian (1).»

Por otra cédula de la misma fecha, la majestad de Felipe IV decretó un perdon, o indulto jeneral, para los indíjenas rebeldes, o que hubieran tomado

(1) *Relacion de los autos hechos por el gobernador i capitan jeneral del reino de Chile en ejecucion de la cédula de 20 de diciembre de 1674, en que se mandó que los indios dél se pongan en su libertad*, por el fiscal del Consejo de Indias, licenciado don Alonso del Castillo i Rueda. Madrid, i julio 5 de 1678. Archivo de Medina.

parte en sublevaciones anteriores, i ordenó que a medida que fueran sometiéndose a la obediencia se les considerara vasallos suyos, con todas las franquezas i libertades que como a tales concedian las leyes en vigor (1).

Tal era, por lo demas, el prestijio que habia adquirido en la corte el obispo Cimbron que el rei no tuvo inconveniente para confiarle el gobierno de Chile, miéntras llegaba a hacerse cargo de él el maestre de campo don Juan de Balboa Mogrovejo, nombrado en propiedad (2).

De este modo creyó el rei asegurar el cumplimiento de sus disposiciones relativas a los indíjenas chilenos.

Por desgracia, cuando se recibió en este pais la mencionada real cédula habia fallecido el obispo Cimbron, i tocó al gobernador interino don Anjel de Peredo ejecutar las órdenes del soberano.

Peredo, contra lo que habria sido de esperarse, trató de obedecerlas lo mejor posible, i, segun lo asegura el padre Rosales, «no quiso *malocas* ni intereses de esclavos (3).»

Celebróse ademas en este tiempo la reunion de relijiosos convocada por el rei; pero sus resultados fueron estériles, como lo afirma en la relacion que

---

(1) *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.°, pájina 367.

(2) Amunátegui, *La cuestion de límites entre Chile i la República Arjentina*. Tomo 3.°, pájina 37.

(3) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 221.

va a leerse el mismo Rosales, viceprovincial en esta fecha de la Compañia de Jesus.

La cuestion presentada fué «si se darian o nó por esclavos los indios amigos i de la tierra adentro cojidos en la guerra.»

«I resolvieron, escribe aquel ilustre jesuita, todos los mas de la junta, en que me hallé por uno de los prelados, que debian ser libres, por no hallarse en este alzamiento (el del gobierno de Acuña i Cabrera) los motivos que en el otro (el de 1598), i por otras muchas causas. I, mandando su Majestad en la misma cédula que se ejecutase lo que la mayor parte determinase, habiendo sido la mayor parte de parecer que no podian ni debian darse por esclavos los que se apresasen de los amigos antiguos, ni de los de la tierra adentro, se debió ejecutar, i obligaba en conciencia. I, no obstante, se suspendió, por haber suplicado de la cédula, nó de que fuesen esclavos, sino de otro artículo, en que mandaba su Majestad que se trajesen del Perú i otras partes todos los llevados i vendidos, en que se hallaron dificultades e inconvenientes (1).»

Otro gravísimo abuso fué denunciado al rei, i éste consistia en que los soldados compraban a los naturales sus hijos, para venderlos en seguida contra su voluntad i la de sus padres.

En los primeros tiempos, estas compras no tenian resultados perjudiciales; pues con ellas se atendia a

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 230.

una verdadera necesidad de los españoles, que carecian de sirvientes; i quedaban ademas satisfechos los padres, por los obsequios que recibian, i los hijos, quienes conservaban la libertad de volver al lado de los suyos.

Tales contratos se llamaban, como ántes se ha leido (1), ventas *a la usanza*, por su similitud con la costumbre establecida entre los mapuches de vender a sus hijas en cambio de regalos.

Mas tarde, llevados de su codicia, los españoles dieron en considerar a los naturales así adquiridos como verdaderos esclavos, i empezaron a venderlos, aun a sabiendas de que iban a ser llevados al virreinato.

El mal siguió creciendo, i, a falta de *piezas de usanza*, muchos no tuvieron escrúpulos para robar niños indíjenas de ambos sexos, que sus padres no querian vender, i para negociarlos en numerosas partidas (2).

El rei prohibió en absoluto las compras *a la usanza*; i, por cédula de 25 de agosto de 1664, ordenó al virrei del Perú que hiciera regresar a Chile a todos los indíjenas de este pais que, con título de esclavos o bajo otra forma, hubieran sido llevados al virreinato (3).

Gobernaba entónces en el Perú el conde de Santistéban, quien no alcanzó a ejecutar las órdenes del

(1) Pájina 54 de este mismo tomo.

(2) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 204 i 205.

(3) Archivo de Medina.

rei por haber muerto al poco tiempo en el ejercicio de sus funciones.

Por cédula de 22 de setiembre de 1667, doña Mariana de Austria, que rejia la monarquia española durante la menor edad de su hijo, impartió instrucciones parecidas al sucesor de Santistéban, que lo fué el conde de Lémos.

En carta de 2 de enero de 1670, este alto funcionario escribió a la reina gobernadora que las obedeceria estrictamente, a pesar de que era de temer que los indíjenas se ensoberbecieran i volvieran a la relajacion de sus costumbres cuando se encontraran de nuevo en sus tierras.

«A todo se pudiera ocurrir, agregaba el virrei, mandando V. M. que los que se cojiesen en la guerra se encomendasen o vendiesen por esclavos por cuenta de la real hacienda, con que se escusaria el fraude de vender indios libres por esclavos, que es lo que puede haber motivado esta órden, o que sirvan en las minas i obras públicas, i se detengan para rescate de españoles prisioneros (1).»

No solo porque la medida de hacer volver a los mapuches vendidos como esclavos, del Perú a Chile, era en el hecho impracticable, sino tambien porque la misma corte española cambió despues de opinion, i juzgó mas conveniente la traslacion de los arau-

(1) Archivo de Medina.

canos rebeldes al virreinato, puede asegurarse que las órdenes mencionadas no se cumplieron (1).

Entretanto, continuaba en Chile la práctica de ejecutar campeadas en el territorio enemigo con el especial objeto de tomar prisioneros i de venderlos mas tarde como esclavos.

Durante el gobierno de Meneses este abuso incalificable adquirió grandes proporciones.

«I sea la primera i la mas calificada, recuerda Rosales, la prueba que hizo de seis *malocas* injustas, i a indios que estaban de paz, que se hicieron, el visitador don Lope Antonio Munive, que vino a visitar por mandado de la reina, nuestra señora, los procedimientos de dicho señor gobernador. Una de las cuales *malocas* fué a las provincias de Cayucupil, Paicaví i Tucapel, donde se cautivaron cuatrocientas piezas, estando de paz, i las hicieron esclavas, i las vendieron por tales (2).»

A pesar de que tales prácticas eran una trasgresion evidente a la voluntad del rei i contrariaban la opinion de la mayoria de la junta de relijiosos presidida por don Anjel de Peredo, el marques de Navamorquende, sucesor de Meneses en el gobierno de Chile, siguió empleando los mismos procedimientos.

---

(1) Solamente algunos indíjenas aislados regresaron a sus tierras; los cuales consiguieron escapar a la vijilancia de sus amos, i tomaron los caminos de la costa, hasta el territorio de Arauco. Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 5.° pájina 195, nota 38.

(2) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 190.

«En este tiempo, advierte el jesuita Rosales, estaba el visitador don Lope Antonio Munive en la Concepcion, haciendo las informaciones de las *malocas* injustas que hizo el señor gobernador don Francisco Meneses a los indios de paz, i viendo que se proseguia la misma guerra, i que se hacian *malocas* tan injustas i tan malas, decia: «¿A qué venimos? ¿Esto es remediar los males pasados, hacer otros tan malos i peores? ¿Para qué hago yo estas informaciones de malocas injustas si se hacen ahora otras tan malas como ellas? (1)»

Por su parte, el virrei del Perú conde de Santistéban, ántes de morir, habia alcanzado a enviar a la corte dos largas comunicaciones en favor de la esclavitud de los araucanos.

«En la primera de ellas daba las razones, que eran que el enemigo cautivaba a los españoles, i los mataba en sus juntas i borracheras, i, si los reservaba, los reservaba para esclavos, i no parecia equidad que el derecho de la guerra no fuera igual, i mas con jente tan vil; 2.°, haberlo declarado así el rei por diferentes cédulas; 3.°, que parecia conveniente que los que una vez se habian rebelado quedaran sujetos a la esclavitud; 4.°, que, no teniendo castigo, serian fáciles en rebelarse; 5.°, que seria importante que se fueran disminuyendo (2).»

En la segunda carta, el virrei reforzaba los argu-

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 192.

(2) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 259 i 260.

mentos de la primera (1); i en ambas proponia que todos los indíjenas apresados en la guerra, hombres i mujeres, fueran trasladados al Perú, donde recibirian buena enseñanza relijiosa (2).

Este dictámen del conde de Santistéban produjo honda impresion en la corte, i la reina gobernadora, por cédula de 22 de setiembre de 1667, ordenó al presidente de Chile que celebrara una junta del obispo de Santiago i de los prelados de las órdenes relijiosas para que estudiaran de nuevo el asunto.

Tocó obedecer esta órden al gobernador don Juan Henriquez; i, a pesar de que aun no habian llegado a sus manos las copias de las cartas del virrei a que ántes se ha hecho referencia, citó a reunion, con el objeto indicado, al obispo, que lo era don frai Diego de Humanzoro, i a todos los provinciales de las relijiones, con escepcion del padre Rosales, de la Compañia de Jesus, que se hallaba ausente.

La junta se celebró en el mes de octubre de 1671; i en ella todos fueron de opinion que se sometiera a esclavitud a los indíjenas aprehendidos en la guerra de mas de diez años de edad, a sus hijos i mujeres, como estaba ordenado por las cédulas de 1608 i de 1625.

Por la inversa, tambien por unanimidad, se resolvió manifestar a la reina que no debian ser con-

(1) Documento citado, pájinas 255 i 259.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 5.°, pájina 193.

siderados como esclavos los naturales que se compraban *a la usanza*, de acuerdo con la real cédula de 18 de abril de 1656 (1).

Antes, sin embargo, de enviar a España testimonio de lo obrado en la junta, estimó oportuno el presidente Henriquez pedir su opinion al viceprovincial don Diego de Rosales, i, con tal objeto, le remitió a Concepcion los antecedentes, inclusas las cartas del conde de Santistéban, las cuales entónces ya estaban en su poder.

En un estenso dictámen, dividido en cuatro capítulos, el jesuita mencionado, segun era de suponer, se pronunció con entera i ruda franqueza contra el mantenimiento de la esclavitud, que consideraba contrario a todas las leyes divinas i humanas.

Este documento, firmado por su autor en 20 de marzo de 1672, no era sino el estracto de una memoria, o manifiesto, que el mismo padre habia escrito en 1670 (2) i habia dedicado al rei don Cárlos II.

La mas fuerte de las razones aducidas por Rosales consistia en esponer que el negocio de los esclavos significaba la prolongacion indefinida de la guerra araucana.

«El señor gobernador Alonso Garcia Ramon, decia,

(1) Acta de la reunion, firmada en 13 de octubre de 1671. Archivo de Medina.

(2) Tanto esta memoria como el dictámen anterior han sido reproducidos íntegramente en la seccion de *Apuntaciones i Documentos*, bajo los números IV i V. Pájinas 183-272

prometió a su Majestad de acabar la guerra de Chile en tres años el año de 1600, que no le pareció dificultoso con la grande esperiencia que de ella tuvo, por haber militado ántes de ser gobernador muchos años en esta guerra, i tenido varios puestos en ella, hasta el de maestre de campo jeneral, i pidió para eso a su Majestad el situado de doscientos i doce mil ducados, para pagar la jente de guerra. Concedióselo su Majestad por los tres años, i vino la merced el año de tres, i háse continuado por sesenta i siete años, hasta este de 1670. I ha gastado su Majestad mas de treinta i siete millones, i ha consumido esta guerra cuarenta i dos mil españoles, soldados pagados, sin otros muchos ofrecidos, i todavia dura la guerra, i hai guerra para muchos años si se hace la guerra dando por esclavos a los indios, que cuando no hai indios enemigos la codicia de las piezas i el interes de tener esclavos que vender hace guerra a los amigos, i los obliga a que se rebelen, encendiendo mas el fuego, i eternizándola en mayor daño i mal de los indios, habiéndose principiado para su mayor bien i pacificacion (1).»

De conformidad con su carácter relijioso, el padre Rosales, como se comprende, era adversario resuelto de la guerra i de toda medida violenta que propendiera a ella, i, por el contrario, decidido par-

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájinas 188 i 189.

tidario de la propaganda pacífica, única capaz, a su juicio, de dar frutos permanentes.

En su manifiesto i en su dictámen, este benemérito misionero, que tenia grande esperiencia de las costumbres araucanas i de los procedimientos bélicos empleados por los españoles, ofrecia numerosos ejemplos destinados a demostrar las crueldades e injusticias de que eran víctimas los desgraciados indíjenas, i, al mismo tiempo, la posibilidad de que ellos fueran sometidos a la iglesia i al respeto del rei por medio de la persuasion i del amor cristiano.

Forma verdadero contraste la esforzada defensa de los mapuches que el jesuita Rosales hacia entre los años de 1670 i 1672 con la actitud del tesorero de la Catedral de Santiago don Melchor Calderon en 1599, quien escribió entónces un violento tratado para manifestar la importancia i el derecho de la esclavitud de los naturales (1).

En justificacion, sin embargo, de este último eclesiástico, debe recordarse que en 1599 hasta el mismo padre Luis de Valdivia fué partidario de la esclavitud.

El presidente don Juan Henriquez, quien se hallaba mui léjos de poseer la altura de miras de don Anjel de Peredo, i a cuya influencia se debió sin duda alguna el parecer dado en esta materia por la junta de relijiosos convocada en octubre de 1671,

(1) Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*. Tomo 2.°, pájinas 5-21.

envió por su parte a la reina un informe completamente favorable a la esclavitud, pero adverso a la traslacion de los indíjenas al virreinato (1).

En carta posterior, el mismo Henriquez hizo una clasificacion mui prolija de los naturales, e indicó a la corte a cuáles de ellos convenia hacer esclavos.

«El primer estado de indios, decia, es de aquellos que asisten en la ciudad de Santiago i sus contornos, bautizados i educados en los misterios de nuestra santa fé, i que ha mucho años estan encomendados.

«El segundo estado de indios es de los que comunmente se llaman *yanaconas*, que asisten en la ciudad de Concepcion i sus contornos, en el cultivo de las tierras, i ellos, sus hijos i mujeres son i han sido bautizados.

«El tercer estado de indios es de aquellos que llamamos fronterizos, que asímismo (son) bautizados, todos o los mas de ellos; i éstos nunca se han encomendado ni sujetado al rigor de las encomiendas, i solo sirven de soldados i de ayudar a hacer la guerra contra los que no han dado ni quieren dar las paces. Asisten éstos en las fronteras de Arauco, Nacimiento, San Cristóbal, Tucapel, Boroa, Santa Juana i otras partes.

«El cuarto estado de indios es de aquellos que estan la tierra adentro, que no se han bautizado ni quieren bautizarse, bien que algunos lo estan a rue-

(1) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 5.°, pájina 194.

gos, caricias i pagas de los padres de la Compañia de Jesus.»

En el sentir del presidente, como a juicio del virrei Santistéban (1), la esclavitud de los indíjenas del tercero i del cuarto estado se hallaba plenamente justificada.

«El quinto estado de indios, continúa, es de aquellos que llamamos de servidumbre, los cuales son cojidos en la guerra menores de diez años i medio, siendo varones, i de nueve años i medio, siendo mujeres; i de éstos por cédula de V. M. está declarado se sirva de ellos el que los apresare, hasta los veinte años, i que en este tiempo los crien, eduquen i enseñen los misterios de nuestra santa fé católica, como se practica en este reino.

«El sesto estado de indios es el de aquellos que llamamos *de la usanza*, i es de aquellos indios que han sido vendidos por sus mismos padres i parientes a los españoles por ciertas pagas mui moderadas, con cargo que en volviéndolas se les habia de restituir los así vendidos.

«El sétimo i último estado de indios es el de aquellos que nacen i han nacido entre nosotros de indias esclavas cojidas en buena guerra (2)».

La opinion de Henriquez era que éstos debian seguir la misma suerte que los de servidumbre, o sea, del quinto estado.

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 255.

(2) Carta de 12 de noviembre de 1672, dirijida a la reina. Archivo de Medina.

El mantenimiento de la esclavitud contaba, pues, entre sus partidarios decididos al gobernador de Chile, a la unanimidad de los eclesiásticos que habian asistido a la junta convocada para estudiar la materia, i a dos virreyes del Perú, el conde de Santistéban i el conde de Lémos.

La oposicion del padre Rosales brillaba solitaria.

Todo parecia encaminado para que la corte confirmara por una nueva real cédula la esclavitud de los rebeldes cojidos en la guerra, cuando de improviso la intervencion de una poderosa autoridad decidió a la reina gobernadora en favor de los indíjenas.

Segun parece, algunos relijiosos de Chile se dirijieron a la Santa Sede a fin de que mediara ante el soberano español.

Probablemente el jesuita Rosales, quien habia sucedido en este pais al padre Luis de Valdivia en su ardorosa defensa de los mapuches, fué uno de los que dejaron oir lastimosa súplica en las salas del Pontífice (1).

Esta representacion, por lo demas, alcanzó completo éxito; pues ántes de mucho tiempo el nuncio acreditado en la Península observó «a su Majestad que habian llegado a los oidos de su Beatitud los suspi-

(1) Para la biografía del padre Rosales da interesantes noticias la Carta de Edificacion que sobre su vida i muerte escribió el padre Francisco Ferreira en agosto de 1677, i publicaron con notas en Santiago en 1890 don Enrique Torres Saldamando i don José M. Frontaura Arana.

ros de los indios de este reino, que se hallaban reducidos a esclavitud, contra repetidas órdenes reales, disposiciones de la Santa Sede, i breve de Paulo III, que con graves penas i descomuniones prohibia reducir a esclavitud los indios de la una i otra India, por odio que desto conciben contra nuestra santa fé (1).»

Tal fué el oríjen de la real cédula de 20 de diciembre de 1674, por la cual la reina doña Mariana de Austria abolió la esclavitud de los indíjenas chilenos; dispuso que los esclavos existentes fueran en el acto puestos en libertad, con reserva del derecho que pudieran tener sus poseedores contra los vendedores; i ordenó al gobernador de Chile que hiciera ejecutar esta resolucion sin admitir nuevas súplicas ni razones.

Con la misma fecha, la reina gobernadora comunicó la anterior cédula al virrei del Perú, al obispo i a la Audiencia de Santiago de Chile.

Puede calcularse la contrariedad con que el presidente de este pais tomó conocimiento de las órdenes reales, con fecha 10 de enero de 1676.

Es verdad que don Juan Henriquez hacia algunos años, por bando publicado en Santiago a 5 de abril de 1672, habia tratado de cortar los abusos que, so color de esclavitud legal, se cometian contra los indíjenas, i habia prohibido terminantemen-

(1) Relacion ya citada del fiscal don Alonso del Castillo i Rueda.

te que nadie pudiera servirse de ellos como esclavos sin haber obtenido título del gobierno (1); pero tambien lo es que fué acusado, mas o ménos en la misma época, ante el virrei conde de Lémos, de que sus campañas en Arauco reconocian por principal objeto el apresar esclavos (2), i en el juicio de residencia a que fué sometido hubo testigos que aseguraron que habia vendido durante su administracion, por su cuenta, cerca de 800 indíjenas de la misma naturaleza (3).

La real cédula de 20 de diciembre de 1674 era, sin embargo, tan terminante que el gobernador no pudo dejar de promulgarla: «i en su ejecucion i cumplimiento despachó órdenes al teniente jeneral de la caballeria, que asistia en las fronteras de guerra, i a los demas cabos de las plazas i fuertes, para que en ninguna manera a los indios, de cualquiera calidad i condicion que fueran i se apresaran en la guerra, reencuentros i otras cualesquiera ocasiones, los hicieran esclavos, pena de la vida i perdimiento de bienes; i que los cabos, por medio de intérpretes, diesen a entender esta órden a los indios amigos que estaban debajo de la obediencia de S. M., i a los que servian de soldados juntamente con los españoles, respecto de ser los que mas ordinariamente hacian las presas a los enemigos (4).»

(1) *Historiadores*, tomo 38, pájina 231.
(2) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 5.°, pájina 178.
(3) Obra i tomo citados, pájina 219.
(4) Relacion del fiscal Castillo i Rueda.

Mas feliz que el padre Luis de Valdivia, el jesuita Rosales pudo así ver realizado ántes de morir el anhelo de toda su vida de relijioso, cual era, la abolicion de la venta de los araucanos como esclavos.

Las órdenes impartidas por el gobernador de Chile eran tan precisas como la prohibicion de la real cédula.

No fué igualmente fácil al presidente Henriquez obedecer la segunda parte de la misma cédula, esto es, poner en libertad a los esclavos existentes.

Los poseedores de estos esclavos levantaron el grito al cielo; i el gobernador se creyó obligado a atender tales reclamaciones, con tanta mayor razon cuanto que, segun los cargos que le hacian, él mismo les habia vendido algunos centenares de indíjenas.

Por lo demas, las principales corporaciones i autoridades del pais manifestaron dictámenes diversos.

«El procurador jeneral de la ciudad de Santiago entendia que la reina gobernadora solo se referia a los indíjenas esclavizados ántes del alzamiento jeneral de 1655, domésticos i encomendados, los cuales debian ser devueltos a sus encomenderos; pero nó a los esclavizados despues, los cuales nunca fueron encomendados, i fueron cojidos en guerra justa, i por los cuales sus actuales poseedores pagaron justo precio. En caso que la real cédula se entendiera de otro modo, pedia se suplicara ante el rei.

«La misma opinion dieron los obispos de Santiago i Concepcion.

«El gobernador, recibida la cédula, pidió parecer a los oidores de la Audiencia acerca de la forma en que se habia de publicar para su cumplimiento, pues la materia no admitia súplica alguna; i dijo que solo hallaba la dificultad de que, puestos los tres jéneros de esclavos que la cédula espresa (los cojidos en guerra viva, los de servidumbre i los de usanza) en su libertad, era preciso que estos indios buscasen sus naturalezas, i, consiguiéndola, pierdan la fe católica, i se vuelvan a su barbarismo. Que se le ofrecia el temperamento de que se publicase, con tal que los indios se depositasen en las personas que conviniesen para su mejor tratamiento, teniéndolos en vida civil como libres, ínterin que S. M. disponia otra cosa.

«Los oidores don Juan de la Peña Salazar i don José de Meneses fueron de parecer que se ejecutase así.

«Don Diego de Portales fué de sentir que la materia no admitia réplica, i que el medio de depositarlos contenia especie de servidumbre o repartimiento, i servicio personal, prohibido por repetidas cédulas; i, para ocurrir al inconveniente de perder la fe, propuso que se podrian hacer encomiendas de los varones para personas beneméritas, i situar reducciones, i de las indias i muchachos no capaces de encomienda se hiciese padron de los que hai en

cada partido, donde puedan libremente servir sin salir dél.

«Los dos compañeros dicen que quedaba en pié la dificultad, por la facilidad con que podran volver a sus tierras, barbarismo i apostasia; i discurren en los inconvenientes que desto se seguia al reino i a las armas.»

En vista de la aceptacion con que habian recibido su parecer los oidores Peña i Meneses, que formaban la mayoria del tribunal, el gobernador Henriquez, en 28 de setiembre de 1676, ordenó a los correjidores de las ciudades i partidos que hicieran matrícula de todos los indíjenas sujetos a servidumbres, con relacion de sus nombres, edades, naturalezas, i títulos con que se hallaban poseidos. «I hecha, se encargaron los indios a los poseedores por via de depósito, sin perjuicio del derecho que pretendieren i de lo que en esta causa se juzgare, para que los tengan con buena cuenta, haciéndoles buenos tratamientos, i procediendo con ellos humana i cristianamente, cuidando de su buena doctrina i enseñanza, i que los indios guardasen el depósito i no lo quebrantasen, pena de que serian castigados, i, hechas las numeraciones i matrículas, las remitiesen orijinales al gobierno (1).»

Esta resolucion no podia ménos de agradar a los capitulares de Santiago, i, por tanto, al procurador jeneral de la ciudad; puesto que equivalia lisa i llanamente a desobedecer la real cédula de 20 de di-

(1) Relacion del fiscal Castillo.

ciembre de 1674, i a dejar a los esclavos en poder de sus amos.

El presidente Henriquez necesitó, como se comprende, justificar su conducta ante la corte; i en comunicaciones dirijidas al rei, que lo era ya Carlos II, i al conde de Medellin esplicó por qué razones no habia sido posible dar libertad a los esclavos existentes (1).

En primer lugar, hizo valer el poderoso argumento de que era mui difícil despojar de sus esclavos a los dueños que habian pagado buen precio por ellos; i en seguida manifestó que, siendo mas numerosos los indíjenas sometidos a la esclavitud que los mismos españoles, habia peligro en darles inmediata libertad, no solo porque podian sublevarse, sino tambien porque de seguro dejarian la tierra sin cultivo.

La corte se halló entónces en una situacion bastante embarazosa; pues, si consentia en que los esclavos quedaran al servicio de sus amos, revocaba con su aceptacion las terminantes órdenes que habia dado, i, si repetia su voluntad de que esos mismos esclavos fueran declarados libres, esponia a la colonia al grave riesgo de una formidable revuelta.

La majestad de Cárlos II, por real cédula de 12 de junio de 1679, confirmó de un modo solemne la abolicion de la esclavitud decretada por su madre,

(1) La carta enviada al conde de Medellin llevaba por fecha la de 8 de octubre, i la del rei estaba firmada en 29 de octubre de 1676.

i ordenó que todos los indíjenas esclavos que hubiera en Chile fueran trasportados a Lima, i encomendados allí a los beneméritos del virreinato (1).

Esta resolucion causó verdadero entusiasmo en el Perú, i una ajitacion estraordinaria en Chile.

«El presidente don Juan Henriquez representó en el acto a la corte, en 6 de diciembre de 1680, que la traslacion de los indíjenas equivalia a su total destruccion, por el opuesto temperamento del punto de su destino i del de su partida, lo que llegaba hasta el estremo de que las frutas que allá se producian no habian podido introducirse acá a fuerza de industria; que estaba seguro de que, si se proponia a los indios la libertad con la trasportacion o la esclavitud sin ella, preferirian indudablemente la segunda; que los indios poseidos como esclavos estaban casados con indias naturales de Santiago i demas ciudades del reino, i que, como tenian familia, seria menester espatriarlas con ellos, para no atentar contra la santidad del matrimonio i romper los vínculos de la patria potestad; que Chile necesitaba especial asistencia para su conservacion, por mantener una guerra interior casi continua, i por hallarse tan espuesto a las invasiones de los enemigos europeos, deseosos de establecer colonias en su territorio; que, si se ejecutaba la medida decretada, la tierra quedaria sin poblacion i los campos sin cultivo; i que el trasporte de tantos indios ocasionaria

(1) *Leyes de Indias*, libro 6, título 2, lei 16.

gastos inmensos al erario, porque, viniendo fletados solo hasta Chile los buques que traian el situado, seria necesario, desde que se les despachase con carga, pagarles la vuelta, para lo cual no habia absolutamente fondos.

«Las razones alegadas influyeron en el ánimo del monarca, quien, por cédula espedida en Madrid a 19 de mayo de 1683, revocó la traslacion ordenada por él mismo; dispuso que los indios esclavos a quienes habia dado la libertad i estuviesen reducidos no pagasen tributo por el término de diez años contados desde 1679; i concedió a los que se sometiesen voluntariamente igual esencion por otros diez años contados desde su reduccion i conversion, en la intelijencia de que, pasados estos términos, todos ellos debian pagar el correspondiente tributo a la corona, a la cual los declaraba incorporados (1).»

Esta real cédula no tuvo otra consecuencia que la de dejar sin efecto la órden de traslacion de los indíjenas al Perú. Los naturales que hasta entónces habian sido esclavos quedaron en poder de sus dueños con la calidad de *depositados*.

La abolicion legal de la esclavitud, marca, sin embargo, una fecha de suma importancia en la historia de la colonia chilena.

A fines del siglo XVII habia terminado el perío-

(1) *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.°, pájinas 382 i 383.

do mas peligroso para la colonia, en el cual la España estuvo a punto de perderla, ya sea por conquista de los piratas holandeses, ya sea por abandono de los mismos españoles, fatigados de luchar contra los indíjenas i contra la naturaleza.

Despues de las campañas homérica del siglo XVI, emprendidas por pequeños grupos de europeos contra innumerables masas de naturales, no se conoce en la vida colonial época mas llena de zozobras que la mencionada.

Si no hubiera sido por la proteccion constante que la monarquia prestó a sus soldados en esta lejana rejion, la colonizacion de Chile habria sido hecha por hombres de otra nacionalidad.

A pesar de las escaseces de su tesoro, el rei contribuyó desde el año 1600 con un considerable ausilio en dinero para el pago de los tercios que combatian en Arauco; i, a pesar de las escomuniones decretadas por el Pontífice, no vaciló en condenar a la esclavitud a los indíjenas que no querian someterse a su autoridad.

De este modo mantuvo durante casi todo el siglo el vigor i entusiasmo de los soldados, i proporcionó a los agricultores los brazos necesarios para sus faenas.

Cuando la reina doña Mariana de Austria abolió la esclavitud indíjena, habia dejado de ser indispensable, i, en la forma violenta e injusta con que se practicaba, perjudicial.

Es verdad que los naturales de las encomiendas

continuaron sujetos durante mas de cien años a una servidumbre que no se diferenciaba de la esclavitud sino en el nombre; pero esta servidumbre tenia las apariencias legales de una libertad relativa, i se hallaba suavizada por numerosas reales cédulas, por la incesante predicacion de miembros distinguidos del clero secular i regular, i, lo que valia mas que todo, por el notable progreso moral realizado en el carácter i costumbres de sus dominadores.

La abolicion de la esclavitud en 1674 no significó que en las campañas posteriores emprendidas por los presidentes de Chile dejara de aprehenderse a los araucanos rebeldes, ni que se les tratara con iguales consideraciones a las que hoi reciben los prisioneros de guerra de las naciones cultas.

Absolutamente nó.

De ordinario, esos prisioneros, aun con el beneplácito espreso del rei (1), fueron agregados a las encomiendas existentes i forzados a trabajar como los demas indíjenas de servicio.

Pero no podria negarse que siempre hubo gran diferencia entre esta especie de servidumbre i la esclavitud impuesta a los rebeldes, con autorizacion legal, segun se practicaba en el siglo XVII.

Tampoco significó la abolicion de la esclavitud, a pesar de que así lo quisieron la reina doña Mariana de Austria i su hijo el rei Cárlos II, la

(1) Real cédula de 24 de marzo de 1707. Puede leerse en *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.º, páginas 416-418.

libertad de los indíjenas que vivian bajo tal condicion en el reino de Chile.

Tanto los gobernadores como los encomenderos, con mui buenas razones, se negaron constantemente a cumplir las instrucciones del soberano en este sentido.

Antes de recibir la real cédula de 19 de mayo de 1683, en la cual se eximió por diez años del pago de tributos a los naturales que habian sido esclavos i estaban reducidos, el presidente Garro manifestó la conveniencia de que estos indíjenas continuaran *en depósito* en poder de sus antiguos amos; pues, devueltos a la vida libre, con el conocimiento que habian adquirido de los recursos i costumbres de los españoles, podrian provocar revueltas i ajitaciones en estremo peligrosas para la tranquilidad de la colonia (1).

Posteriormente, i con fecha 28 de julio de aquel año, el mismo Garro, que ya habia tomado conocimiento de la mencionada cédula, insistió en su opinion de que no era discreto poner en libertad a los esclavos *depositados*, i propuso que se agregaran a las encomiendas existentes, si eran pocos, o bien, se formaran con ellos nuevas encomiendas, si eran numerosos (2).

Por real cédula de 19 de noviembre de 1686, la

(1) Carta de 8 de enero de 1684. Archivo de Medina.

(2) Carta al rei, firmada en Santiago. Archivo de Medina

majestad de Cárlos II aprobó las indicaciones del gobernador de Chile (1).

Antes de muchos años, sin embargo, la corte española iba a cambiar de parecer i a dictar resoluciones completamente opuestas a las anteriores.

(1) *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.°, pájina 414.

XIX

Despoblacion creciente i ruina de los pueblos de indíjenas.— El rei ordena la fundacion de nuevos pueblos de naturales.— Informes desfavorables del presidente Ibañez, de la Real Audiencia i del Cabildo de Santiago.— Descripcion de la colonia en 1707.— El rei insiste en su proyecto.— Los mapuches no poseen la cultura necesaria para vivir independientes en ciudades o aldeas.— La tasa de 1622 es incorporada en la Recopilacion de Leyes de Indias.— Clasificacion de las encomiendas.

Como ántes se ha visto (1), desde los primeros tiempos los reyes de España se esforzaron por obtener que los indíjenas de América continuaran en sus pueblos, o reducciones.

---

(1) Capítulo IX. Pájinas 306-312 del tomo 1.º de esta obra.

De este modo los naturales podian recibir fácilmente la enseñanza relijiosa i el amparo de la autoridad civil.

Las ventajas de tal sistema eran notorias en la colonia chilena, donde solo se levantaban tres o cuatro ciudades, i donde las haciendas de campo abarcaban de ordinario una gran estension.

Por lo demas, la reduccion de los naturales a sus pueblos constituia el único procedimiento que habria permitido realizar las tasas de tributo.

En obediencia a las órdenes reales, Alonso de Ribera, en su primer gobierno, nombró, como se recuerda, al capitan Jines de Lillo para que deslindara las tierras i pueblos que pertenecian a los indíjenas.

A pesar de esta importante obra de demarcacion, estos pueblos fueron perdiendo poco a poco sus vecinos, algunos conservaron una vida raquítica, i la mayor parte se vieron completamente desiertos.

En los capítulos anteriores se ha leido que este fenómeno se atribuyó por los contemporáneos a causas diversas, entre las cuales son dignas de mencion las que siguen: costumbres viciosas de los indíjenas, epidemias, mal tratamiento de parte de los correjidores i administradores, i traslacion de los mapuches a las haciendas cercanas, donde eran obligados a vivir por los encomenderos, a fin de que se dedicaran con mayor constancia a las faenas agrícolas.

Los obispos i los relijiosos, como se sabe

con frecuencia reclamaban a las autoridades de esta dispersion en que permanecian los naturales, por la cual se hacia imposible enseñarles la doctrina cristiana.

Esta fué sin duda la razon de que en la tasa de Esquilache se estableciera de una manera espresa que los indíjenas, salvo casos determinados, debian volver a habitar en sus reducciones o pueblos.

La tasa aprobada por el rei a mediados de julio de 1622 contenia la misma disposicion.

Por desgracia, este precepto, como muchos otros de la real ordenanza, no fué obedecido.

En medio del alzamiento de 1655, el gobernador don Antonio de Acuña i Cabrera, con fecha 11 de julio, dictó en Santiago un auto por el cual prohibia bajo las mas severas penas las borracheras i juegos de chueca, en que de ordinario los mapuches se ponian de acuerdo para sublevarse, i ordenaba que se redujeran a sus estancias o pueblos, donde los encomenderos estaban obligados a atenderlos i a pagarles salario (1); pero estas resoluciones, tomadas en un momento crítico, no produjeron efecto alguno, sin duda porque los correjidores de los partidos, que debian hacerlas cumplir, no tuvieron interes en ello.

«Los pueblos de los indios i sus parroquias, escribia al rei en 5 de octubre de 1666 el obispo Humanzoro, estan asolados i destruidos totalmente, a

(1) *Historiadores*, tomo 37, pájinas 183 i 184.

cuya causa no tienen los curas donde juntar a los indios para doctrinarlos i enseñarles lo mucho que les falta por saber de lo necesario para salvarse; i es de manera que hoi estan tan ignorantes como en el principio de su conquista, i juzgo que con ménos doctrina (1).»

Las denuncias que continuamente llegaban a la Península sobre la falta de cumplimiento de las ordenanzas que habian reglamentado la condicion de los indíjenas, obligaron al rei Felipe IV a dictar, con fecha 6 de mayo de 1665, último año de su gobierno, una real cédula confirmatoria de otra, espedida a 27 de junio de 1662 (2), por la cual disponia la forma en que debian ser tratados los naturales, i mandaba fueran reducidos a pueblos, situados a poca distancia unos de otros, «para que se pudiera asistir a su doctrina i enseñanza.»

Esta real cédula llegó a Chile en el mes de febrero de 1667; pero, a pesar de que ella contenia instrucciones terminantes, no fué cumplida.

Con fecha 14 de julio, el presidente Meneses volvió a promulgar el auto dictado en 1655 por su antecesor Acuña i Cabrera, sin resultado alguno (3).

Durante el gobierno del marques de Navamorquende, la Real Audiencia de Chile, por nota de 18 de noviembre de 1668, con que contestó la real

(1) *Historiadores*, tomo 37, pájinas 184 i 185.
(2) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 715.
(3) Archivo de Medina.

cédula de 1665, espuso las circunstancias que se oponian a la fundacion i prosperidad de los pueblos de indíjenas.

El tribunal empezaba por dejar establecido que el servicio personal de los naturales constituia una necesidad; puesto que no habia en la colonia otra clase de trabajadores.

Agregaba en seguida que la mayoria de los indíjenas de paz tenian su residencia en los fundos de los encomenderos, i que solo un corto número de mapuches vivian en sus pueblos.

Aseguraba, por fin, que los miembros de Audiencia se preocupaban constantemente del bienestar de los indíjenas, i que tomaban todas las medidas necesarias para libertarlos de las violencias de los dueños de encomiendas, i de los abusos cometidos por los curas, correjidores i administradores.

El tribunal declaraba, sin embargo, con toda franqueza, representado en esta ocasion por los oidores don Gaspar de Cuba i Arce, don Juan de la Peña Salazar i don Manuel de Leon i Escobar, que habia juzgado prudente suspender la reduccion de los indíjenas a pueblos; «porque, segun el estado de el reino, naturaleza i altivez de los indios, i corto número de ellos, si se redujeran a pueblos, se seguirian los inconvenientes i daños siguientes.

«Lo primero, porque, sacándolos de las estancias a donde se hallaban acimentados desde que se comenzaron a disipar de sus pueblos, por el corto número de dichos indios, le tuvieran los que de nuevo

se fundasen, no bastando a que por mitad pudiesen salir a cultivar las estancias; i las convecinas a los pueblos como las de sus encomenderos quedarian desiertas, en gran daño de todo el reino, faltando como faltaria el abasto i sustento necesario, i cesarian las granjerias de jéneros que comerciaba este reino con el del Perú, que asimesmo resultaba en su utilidad.

«Lo segundo, que, reducidos a pueblos los dichos indios, se acabarian de consumir con las borracheras i muertes, que cada dia se dan unos a otros, aun estando a la defensa i abrigo de sus encomenderos. I, como eran de diversa naturaleza que los indios de el Perú, no se sujetaban a las labores i trabajos públicos de su voluntad, empleándose solo en la embriaguez i demas vicios.

«Lo tercero, que, viviendo congregados en dichos pueblos, i sujetos nuevamente a un administrador, usando de su feroz i altivo natural, intentarian por instantes conspiraciones i alzamientos; pues, aun viviendo dentro de las mesmas ciudades de esta provincia i en corto número, separados en las estancias de sus encomenderos i demas personas, infinitas veces los habian intentado, recibiendo la flecha, que los *aucaes*, indios de guerra, les enviaban, que era la demostracion de que se valian para unirse en las voluntades i alterar a un tiempo toda la provincia, i se debia temer que, estando con mas libertad, congregados i juntos en dichos pueblos, las maquinaran i lograran a su seguro, i sin que a

tiempo oportuno se pudiera proveer de reparo i remedio.

«Ademas que, si se entendiera i hubiera de hacer la reduccion a los pueblos i lugares que habian tenido antiguamente, no se podria ajustar la voluntad del rei en dicha cédula, mandando se redujeran a pueblos de poca distancia unos de otros; i, reducidos a los antiguos, era notorio el daño que se seguiria en dichos alzamientos, quedando por esta causa mui distantes de las ciudades i partidos de españoles. I, si se redujeran a nuevos pueblos en distancia corta, vendria a quedar la mayor parte de todo el reino desierta i desamparada de dichos indios, pues cabrian todas las poblaciones en ménos distancia de tierra que la que hacia una de cuatro partes de la provincia, i se esperimentarian de esta suerte todos los inconvenientes i daños referidos, que eran, en suma, la libertad de que gozarian para lograr a su salvo los alzamientos, convocándose facilmente con los enemigos de las fronteras, disipándose con muertes i borracheras, de que se les orijinaban continuas i graves enfermedades, i quedaria, como habian dicho, la mayor parte de la provincia desierta; i necesitada de sustento, no teniendo los españoles con quienes cultivar las tierras.

«No siendo de menor reparo el imposible que habria en reducir dichos indios a pueblos, respecto de ser naturales i haber nacido en las estancias donde al presente se hallaban acimentados, que facilmente, así por esto como obligados de sus encomende-

ros, dejarian a pocas horas los pueblos, i se reducirian a sus antiguas habitaciones i lugares, que hasta hoi habian tenido por sus pueblos i naturaleza (1).»

La conclusion a que llegaban los oidores era que no debia en manera alguna modificarse el sistema de las encomiendas, tal como se hallaba establecido por la real tasa de 1622 i por la ordenanza de don Francisco Laso de la Vega.

Probablemente, este dictámen, que emanaba de una de las mas respetables corporaciones de la colonia influyó para que el rei don Cárlos II incorporara en la *Recopilacion de Leyes de Indias* la tasa dictada por su padre.

A pesar de la opinion contraria de los miembros de la Real Audiencia, el presidente don Juan Henriquez, un año despues de haberse hecho cargo del gobierno, en 12 de octubre de 1671, decretó una minuciosa ordenanza en la cual repetia las prohibiciones establecidas contra las borracheras i juegos de chueca, i las disposiciones encaminadas a que los naturales no abandonaran sus pueblos o estancias (2).

Con estos bandos, los gobernadores servian no solo a los intereses de los indíjenas sino tambien a los de los encomenderos, puesto que imponian castigos a los mapuches que desertaban del trabajo.

---

(1) Carta dirijida al rei. Archivo de Medina.

(2) *Historiadores*, tomo 38, pájinas 179-186.

Posteriormente, como se ha recordado, la *Recopilacion de Leyes de Indias*, mandada poner en vigor por real cédula de 18 de mayo de 1680, reprodujo íntegras, con pocas diferencias (1), las disposiciones de la tasa de 1622, i, entre ellas, la que ordenaba reducir a sus pueblos a los indíjenas encomendados.

Inútilmente.

El obispo de Santiago don Francisco de la Puebla Gonzalez, en carta de 9 de enero de 1700, dió cuenta al rei «de que en la visita que acababa de hacer de una parte de su obispado, habia encontrado las tierras ásperas i desiertas sin pueblo alguno, si no es ranchos, donde solo vivia un vecino, ponderando el miserable estado en que se hallaban los indios de

(1) Una diferencia notable es la que sigue. Por el artículo 41 de la real ordenanza se disponia que los encomenderos de Cuyo residentes en este lado de la Cordillera debian vivir en aquella comarca, so pena de que, si no lo hacian dentro del plazo de un año, perderian su derecho al servicio anual de los indíjenas de *mita*, i, si faltaban dos años, perderian la encomienda. Esta regla no rejia para los que militaban en los tercios de la frontera araucana.

El artículo antedicho fué incorporado en la *Recopilacion*; pero tambien lo fué la real cédula de 30 de marzo de 1627, que permitió a los encomenderos de Cuyo permanecer en Santiago de Chile siempre que pusieran escuderos en sus encomiendas, i atendieran al servicio relijioso i bienestar de los naturales.

Posteriormente los reyes prohibieron la concesion de encomiendas en Cuyo a los que tuvieran su vecindad de este lado de la Cordillera.

este reino, i la disminucion que de ellos habia por los malos tratamientos que les hacian sus encomenderos con el servicio personal, trabajándolos de dia i de noche sin descansar, i sin darles lugar a que asistiesen a sus mujeres e hijos, quitándoles las hijas para servirse de ellas, dando ocasion a que viviesen mal, i que los hijos de las indias perdiesen la naturaleza, haciéndose ociosos e inútiles, sin forma de enseñarles la doctrina cristiana ni administrarles los sacramentos, por no estar reducidos a pueblos (1).»

Esta comunicacion, i otras que habia recibido del presidente Marin de Poveda i del protector jeneral de los indíjenas don Juan del Corral Calvo de la Torre, indujeron al rei, que lo era entónces Felipe V, a dictar en el año 1703 varias resoluciones, por las cuales ordenaba: 1.°, que «cesasen todos los depósitos de indios, i que quedasen libres todos los indios que hubiesen sido de esa especie, dejando sin ninguna fuerza las acimentaciones o pueblos que de ellos se hubiesen hecho en las estancias del reino»; i 2.°, que, tanto los indíjenas de encomienda, como los de depósito i yanaconas, fueran reducidos a pueblos en parajes i sitios cómodos.

Al mismo tiempo, el soberano nombraba una junta compuesta del presidente de Chile, de los oidores, del protector de indíjenas, de los misioneros i prelados de las relijiones, para que tomasen las

(1) Real cédula de 5 de mayo de 1716.

medidas conducentes a la mejor fundacion de los nuevos pueblos (1).

Gobernaba en esta fecha nuestro pais don Francisco Ibañez i Peralta, quien se apresuró a manifestar al rei las dificultades insuperables que se oponian a la realizacion del proyecto.

«Ni los españoles, ni los criollos, escribia en carta de 7 de mayo de 1704, se pueden mantener sin la servidumbre de los indios; porque, no habiendo otros que manejen el azadon i el arado, cesará inviolablemente el cultivo de los campos (2).»

Agregaba que los naturales no podian reemplazarse con negros i mulatos; pues cada uno de éstos valia de setecientos a ochocientos pesos, i eran mui contadas las personas que tenian recursos para adquirirlos.

Advertia, por último, que los mismos indíjenas sentian repugnancia a vivir en pueblos, porque comprendian que de allí serian llevados al trabajo; i que, reducidos, la mayor parte de ellos volverian a sus tierras i a su barbarie.

El presidente nombrado hacia la triste pintura que sigue del estado de la colonia.

«La jurisdiccion de este gobierno, escribia al rei en 15 de setiembre de 1707, empieza desde Copiapó hasta Chiloé, que habrá mas de 300 leguas de cos-

(1) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 720. Consúltese a Barros Arana, *Historia Jeneral*, tomo 5.º, pájinas 488 i 489.

(2) Archivo de Medina.

ta, teniendo por límite a la parte interior de tierra una montaña que aqui llaman Cordillera, que hace línea paralela con el mar, no solo lo que comprende este reino sino que penetra por todos los demas de el Perú, hasta la Tierra Firme, donde se une con otra sierra, que asimismo pasa toda la Nueva España. Esta Cordillera, o sierra, estará distante del mar 30 leguas, cuyo territorio que hai entre los dos límites, desde el norte al mediodía, que es su mayor distancia, es lo que comprehende este gobierno, en el cual solo hai cuatro poblaciones: esta de Santiago, que es mui mediana, la de Coquimbo, la de la Concepcion, i la de San Bartolomé de Chillan, que la mayor de las tres no tendrá doscientos vecinos. Todo lo restante de el reino está sembrado de estancias, a diez i a doce leguas de distancia unas de otras, sin que estas estancias tengan otra cosa que una casa mui limitada, cubierta de paja, i uno o dos ranchillos mui pequeños, para oficina de los vecinos que las habitan. I, aunque en lo antiguo debió de haber pueblos de indios numerosos, donde en algunos se establecieron las doctrinas i se hicieron iglesias parroquiales, aunque mui indecentes, para que a ellas concurriesen todos los españoles i indios de aquel territorio que se le habia señalado a cada cura, hoi con la gran despoblacion que han tenido los pueblos de los indios, ni los curas permanecen en aquellos parajes donde se les hicieron las iglesias parroquiales, ni hai la cuarta parte de

los pueblos que refieren los antiguos habia cuarenta años ha.

«Cada vecino ha procurado acimentarse en aquellas tierras que los gobernadores les han dado por razon de sus servicios, o las que han podido adquirir por sus pocos medios. En ellas se procuran mantener estos vecinos, con aquella miseria que produce el campo, i con su tosco vestido, por no tener otros medios con que poderse conservar en ninguna de las ciudades; pues, aunque sea con miseria, lo pasan en las estancias i alimentan a sus hijos, i en las ciudades no lo pudieran hacer, por no tener con qué poder subsistir en ellas. I esto es tan cierto, señor, que en esta ciudad, que es la capital, i adonde tienen sus casas los mas sobresalientes vecinos de esta provincia, no habrá en toda ella diez que permanezcan dos meses continuados en el discurso de un año, pues lo mas de él les precisa la necesidad a la asistencia i al cuidado de sus haciendas.

«En este reino solo hai dos aplicaciones, que es la de mercader, primero, i la de estanciero; i el que no tiene caudal para poder comerciar es preciso que se aplique a cultivar la tierra, para pasar la vida.

«De los españoles i mestizos que habitan las estancias, solo tienen casas en los pueblos aquellos que las logran mas inmediatas a ellos; pues por la cercania a las ciudades son apetecibles, i por lo mismo de mucho mas valor que las demas, i por eso solo las logran los mas acomodados, para fre-

cuentar mas los lugares. Pero (en) las que estan distantes, a treinta, cuarenta i cincuenta leguas, que es la mayor parte de que se compone el reino, ninguno tiene casas en los pueblos, así porque sus medios no alcanzan a fabricarlas, por lo mucho que cuestan, como porque, teniendo sus haciendas tan distantes, no los pueden frecuentar, por no desamparar las estancias; pues, aun con su asistencia personal, no hacen poco en que les fructifiquen para su alimento. I, siendo éste el motivo de vivir en la campaña, nunca se les puede obligar a que se recojan a los lugares, como V. M. me manda lo ejecute por su real cédula de 26 de abril de 703 (1).

«Esta es la planta, señor, en que se hallan los españoles i mestizos que hai en este reino; i, como todo él se compone de estas estancias, cada uno de los que las habitan procuran atraer tres o cuatro indios alquilados para que les ayuden en sus labores. I miéntras se conservaron los depósitos, no dejaba de haber algunos que los tuviesen, en cuyo tiempo vivian con alguna mayor conveniencia; pero desde que se publicó la libertad de los depositados, se han auyentado, i de la falta de los indios de depósito se ha seguido el que aquellos que los tenian procuran atraer algunos de las encomiendas, i, como el reino es tan dilatado, i habitan en estancias solas, no es fácil que los encomenderos puedan

(1) Archivo de la Capitanía Jeneral, volúmen 719.

tener la noticia de dónde paran, para poderlos reducir a sus pueblos o a sus estancias, de que se ha orijinado en poco tiempo la gran disminucion de las encomiendas.

«Si estos indios fueran de la dócil naturaleza i grande aplicacion que los del Perú, era accion de un principio mui cristiano usar con ellos la benignidad con que V. M. manda se traten los de el Perú.

«I, en cuanto a la prohibicion de el servicio personal, la considero, señor, absolutamente imposible; porque, no habiendo en el reino otro jénero de jente que sirva, necesariamente se han de valer los encomenderos de aquellos indios de sus encomiendas para que les asistan a sus sementeras.

«El que algun encomendero haya llevado a su casa alguna hija de algun indio para que sirva a su mujer, no se debe estrañar, ni tener por delito en los encomenderos; porque, no habiendo otros criados que sirvan en el reino, ni queriéndolo hacer los indios voluntariamente por salario, como sucede en todo el mundo, no se debe culpar que se valgan de las hijas de los indios para este ministerio (1).»

Despues de tan interesante esposicion, Ibañez aseguraba que era impracticable el establecimiento propuesto de pueblos de naturales: primero, por la resistencia que presentaban los indíjenas; i en seguida, por los gastos que la conservacion de esos pueblos exijiria a la corona.

(1) Archivo de Medina.

A su juicio, seria necesario, con el fin de evitar que los naturales huyeran de unos partidos a otros, el nombramiento de un ministro especial, esto es, de un funcionario rentado, con cinco o seis subalternos, en cada partido.

Por último, recomendaba al rei el mantenimiento i perpetuidad de las encomiendas, en beneficio de los españoles, quienes podrian dejar así una regular herencia a sus hijos, i en beneficio de los indíjenas, los cuales en jeneral eran bien tratados por sus amos.

Para obtener esta gracia, agregaba el astuto cortesano, los interesados deberian pagar una cuota de cinco o seis anatas al real tesoro.

Un año mas tarde, en 12 de octubre de 1708, el Cabildo de Santiago envió al rei otra estensa comunicacion sobre el mismo asunto, destinada como la del presidente a demostrar que el réjimen mas adecuado para el progreso de la colonia era el de las encomiendas (1).

Las poderosas razones espuestas por la Real Audiencia i por el presidente Ibañez esplican de una manera satisfactoria el fracaso de los pueblos de indíjenas, no solo de los que en años posteriores se proyectaron fundar, sino tambien de los que en diferentes épocas llegaron a establecerse.

Así, verbigracia, los de San Cristóbal, Santa Fe,

(1) Archivo de Medina. Consúltese ademas *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.º, pájinas 418—422.

Santa Juana i la Mocha, fundados en las fronteras del Bio-Bio, al cabo de pocos años desaparecieron por completo, o bien, solo conservaron reducido número de habitantes (1).

En realidad, los indíjenas de nuestro pais no habian adquirido el grado de cultura necesario para reunirse i vivir independientes en ciudades o aldeas, a pesar de que, durante mas de siglo i medio, se hallaban en contacto inmediato con los españoles.

Menores dificultades ofrecia sin duda el establecimiento de nuevos pueblos de europeos, aun cuando eran poderosos obstáculos el escaso número de éstos i su dispersion en una inmensa estension del territorio.

El gobierno de la Península, ya sea por informes erróneos nacidos de aquí mismo, ya sea por ignorancia de los principios que rijen la formacion de las sociedades, insistió, sin embargo, durante todo el siglo XVIII en la necesidad i en la posibilidad de fundar nuevas poblaciones en la colonia chilena.

En homenaje a la exactitud, debe confesarse que algunas de las aldeas establecidas por los presidentes Manso de Velasco, Ortiz de Rozas i don Ambrosio O'Higgins, quienes se esforzaron por obedecer estrictamente las reales instrucciones, lograron adquirir con los años prosperidad e importancia.

(1) Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena.* Tomo 3.°, pájina 331. *Representacion del reino de Chile sobre la importancia i necesidad de sujetar i reducir a pueblos los indio araucanos.*

Pero estas aldeas tuvieron desde el principio pobladores españoles. En cambio, no podria citarse ejemplo alguno de una aldea formada con indíjenas que diera señales de progreso.

Por real cédula de 5 de abril de 1744, la majestad de Felipe V, en vista de dos representaciones del reino de Chile, una en favor de nuevos pueblos de españoles i otra en favor de nuevos pueblos de naturales (1), manifestó su voluntad de que se llevaran a la práctica estos proyectos, i nombró juntas de poblaciones que los estudiaran i realizaran.

Estas juntas debian ser tres: dos en Santiago i una en Concepcion.

Las de la capital se hallaban compuestas de los siguientes funcionarios: para los pueblos de españoles, el obispo de Santiago, uno de los oidores, el fiscal de la Real Audiencia, uno de los oficiales reales, un rejidor, i un canónigo o dignidad de la iglesia; para los pueblos de indíjenas, los mismos personajes, i ademas el provincial de la Compañia de Jesus, o, en su defecto, el rector del Colejio Máximo de San Miguel, o uno de los misioneros jesuitas que por mas tiempo hubiera vivido entre los araucanos.

Una i otra junta debian ser presididas por el gobernador.

La junta de Concepcion se hallaba formada por

(1) Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*. Tomo 3.º pájinas 316—336.

el obispo, el correjidor, un canónigo o dignidad de la iglesia, uno de los oficiales reales, un rejidor, un relijioso de la Compañia de Jesus, i el gobernador del presidio de Valdivia.

En esta misma real cédula el soberano hacia concesiones i otorgaba privilejios a los españoles i a los indíjenas que se establecieran en los mencionados pueblos.

A los naturales los eximia del servicio personal i del pago de tributos; i a los caciques les prometia estensos lotes de terreno, fuera de otras gracias i distinciones (1).

Cuando llegó a Chile esta real cédula, el presidente Manso de Velasco ya habia fundado las villas de Los Anjeles, Cauquenes, Talca, San Fernando, Melipilla, Rancagua, Curicó i Copiapó: todas ellas de españoles i ninguna de mapuches.

Con fecha 29 de julio de 1749, el rei Fernando VI dió su amplia aprobacion a la manera como habian procedido los gobernantes de esta colonia; pero cuidó de prevenirles que «no por esto se habia de abandonar el (proyecto) de las poblaciones de los indios, que se contemplaban de la misma importancia que las de los españoles (2)».

La única junta establecida en Santiago, en reunion de 20 de setiembre de 1752, despues de considerar detenidamente esta recomendacion del rei, tomó el acuerdo que sigue.

(1) Archivo de Medina.

(2) Cedulario de la Biblioteca Nacional, tomo 10.

«En este mismo terreno que hai desde la villa de San Martin de la Concha hasta el rio de Biobio, escribia el presidente de Chile, se encuentran muchos que son pueblos de indios; i, por estar éstos mui minorados i dispersos en el campo, se determinó que los que hubiere en la distancia de cada veinticinco leguas, de uno i otro sexo, se matriculasen por sus respectivos correjidores, que se mensurasen sus tierras, i que a proporcionado número se redujesen los de dos o tres pueblos al que elijiere la mayor parte de ellos, donde formalizados fuesen asistidos de un sacerdote, clérigo o regular, i que las tierras que quedasen vacas en los demas pueblos fueran a beneficio de los nuevamente erijidos (1).»

Con este procedimiento creyó la junta de poblaciones que podria realizarse pronto i cumplidamente el plan apoyado por la corona.

Por desgracia, no sucedió así.

Los indíjenas, en primer lugar, presentaban una resistencia heroica ántes de abandonar sus pueblos; i, en seguida, si con grandes esfuerzos eran trasladados a los nuevos sitios, no permanecian mucho tiempo en ellos, o bien, daban oríjen a perturbaciones i conflictos, que amenazaban la vida misma de las aldeas.

A fines del siglo el presidente Benavides trató de reunir los pueblos del Bajo, Pomaire, Chiñigüe, Ga-

(1) Carta al rei del presidente Ortiz de Rozas, con fecha 1.° de marzo de 1753.—Archivo de Medina.

llardo i Llopeu, del partido de Melipilla, i los de Talagante, Lampa, Carrizal i Macul, del partido de Santiago, en dos grandes villas; i con tal objeto procedió a vender los terrenos de los indíjenas.

Las dificultades para llevar a efecto este buen propósito, fueron, sin embargo, tan graves que ni el presidente nombrado ni sus tres sucesores inmediatos lograron ejecutarlo.

Bajo el gobierno de Aviles, la junta de poblaciones resolvió concentrar a los indíjenas de los pueblos antedichos en Pomaire i en El Bajo de Melipilla; pero tampoco fué posible conseguirlo (1).

El proyecto de fundar aldeas de araucanos en las fronteras del Biobio no dió resultados mas felices, a pesar de que fué apoyado enérjicamente por los relijiosos de la Compañia de Jesus.

El padre Miguel de Olivares asegura en su *Historia de Chile* que el jesuita don Joaquin de Villarreal, que habia residido por algunos años en este pais, habia sido el inspirador de las dos representaciones que, en nombre del reino, fueron dirijidas a Felipe V en 1740, i dieron oríjen a la real cédula de 5 de abril de 1744 (2).

Lo que se sabe de seguro es que, encontrándose este relijioso en la corte, el rei Fernando VI le pidió informe sobre varios planes de poblaciones, tanto

(1) *Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 3.º, pájinas 296, 297 i 298.

(2) *Historiadores*, tomo 4.º. Pájina 64 de la historia de Olivares.

para españoles como para indíjenas, enviados desde Chile: i que el padre Villarreal, como persona instruida en la materia, dió un estenso dictámen, con fecha 22 de diciembre de 1752 (1).

Villarreal propuso el establecimiento de ocho villas de españoles en las vecindades del Biobio i otras tantas de indíjenas en las vecindades del Imperial; pero, aunque sus opiniones fueron aprobadas por el rei, no alcanzaron éxito alguno en la colonia chilena (2).

Entretanto subsistia en pié el sistema de encomiendas, con todas sus ventajas e inconvenientes

A pesar de que era partidario de la esclavitud de los indíjenas rebeldes, el obispo de Santiago don frai Diego de Humanzoro, quien gobernó la diócesis de 1661 a 1676, fué uno de los mas ardientes protectores de los naturales de encomienda.

«La causa principal de la falta de doctrina, escribia al rei en 15 de julio de 1662, es la continua ocupacion i trabajo en que fatigan a los indios sus encomenderos, en las estancias, que, por gozar del servicio personal de ellos, los trabajan hasta morir, usando de su trabajo con mas crueldad que el de esclavos; porque a éstos los tratan como hacienda suya, con cuya muerte pierden su precio (3).»

---

(1) Este informe ha sido publicado en el tomo 10 de *Historiadores de Chile.*

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral.* Tomo 6, pájina 152.

(3) Archivo de Medina.

Esta desgraciada condicion de los mapuches empeoró considerablemente en el gobierno del atrabiliario don Francisco de Meneses.

«El servicio personal de estos miserables indios, se lee en carta del mismo obispo escrita al rei en 15 de noviembre de 1664, ha agravado nuestro gobernador mucho mas que sus antecesores, debiendo minorarlo mas que todos, por las nuevas cédulas de V. M.; porque, no solo ha cautivado i encomendado de nuevo, ques lo mismo, por dos o tres vidas mas, a los indios encomendables, pero aun a las indias ha mandado sirvan a sus encomenderos, cosa hasta ahora no vista, i a los indios forasteros, cuzcos i de otras partes del Perú, que siempre aquí han sido reservados, los ha mandado comparecer i manifestarse, pena de doscientos azotes, para encomendarlos. I los encomienda; con que totalmente hemos perdido las esperanzas que teníamos del remedio de un daño tan fatal como es este servicio personal, si V. M. no se sirve de mandar ejecutar a otra persona desinteresada sus reales mandatos i cédulas (1).»

El cargo de que declaraba vacantes las encomiendas, sin causa justificada, nada mas que para concederlas él mismo de nuevo, dirijido por el obispo Humanzoro contra el presidente Meneses, se halla confirmado por otros testimonios igualmente respetables.

El oidor don Manuel Muñoz de Cúellar aseguraba

(1) Archivo de Medina.

al rei, con fecha 1.° de febrero de 1665 (1), que Meneses recibia gruesas cantidades de dinero por estas nuevas concesiones, sin que entregara a la real caja un solo peso de ellas.

Con motivo de estos abusos, el oidor nombrado hacia presente la necesidad de que se ordenara una visita jeneral de todas las encomiendas del pais; i concluia proponiendo que no se exijiera confirmacion de los repartimientos que comprendieran pocos indíjenas, en vista de la pobreza de sus poseedores (2).

El obispo Humanzoro no se limitaba a denunciar ante la corte las crueldades i atropellos cometidos contra los naturales, sino que, en desempeño de sus deberes, aconsejaba personalmente a los dueños de encomiendas.

«El servicio personal de los indios, repetia al rei en 5 de octubre de 1666, se practica escandalosamente, i no tienen cumplimiento las reales cédulas de V. M.; i lo peor es que los encomenderos estan en mala conciencia i en estado de condenacion. No he podido reducirlos a la razon, ni siquiera a que asienten por carta a sus indios encomendados. Llaman *asentarse por carta* el recibirlos a sueldo, o saldado, por un tanto cada año; i se hace con autorizacion de la justicia, i presente el protector de los

(1) Archivo de Medina. Véase tambien a Barros Arana, *Historia Jeneral*, tomo 5.°, pájina 62.

(2) Carta al rei de 1.° de agosto de 1666. Archivo de Medina.

indios (1). I, por no darles esta apariencia de libertad, no quieren entrar los mas en este medio, que es único para asegurar por la mayor parte sus conciencias.

«Algunos encomenderos, temerosos de Dios, se han reducido a asentar por carta a sus indios; pero son mui pocos respecto de los que repugnan este tan fácil remedio (2).»

Este sistema de contratar los servicios de los indíjenas, introducido en Chile por los relijiosos de la Compañia de Jesus, era practicado en todos los colejios de la órden.

Así se esplica que los naturales prefirieran trabajar en sus haciendas o conventos ántes que en las casas o fundos de los seglares.

Por lo demas, la majestad de Felipe IV, en 8 de noviembre de 1662, habia dispuesto que los indíjenas que voluntariamente sirvieran a los padres de la Compañia no pudieran ser obligados al servicio personal de sus encomenderos, siempre que a éstos les pagaran sus tributos.

La ciudad de Santiago, segun era fácil de suponer, se habia apresurado a reclamar de tan estraordinario privilejio; i el virrei conde de Lémos, en carta dirijida a la reina doña Mariana de Austria, en el año de 1671, habia apoyado a los encomenderos, pues en su opinion, si era justificada aquella gracia

(1) Tomo 1.° de esta obra, pájinas 338 i 423.

(2) Archivo de Medina.

en favor de las misiones de los jesuitas, no debia ser mantenida en beneficio de sus haciendas de campo (1).

En el año 1680, segun relacion del presidente Henriquez (2), las encomiendas eran de tres clases: 1.ª, las formadas por indíjenas de pueblo i cacique, a ejemplo de los antiguos repartimientos de la conquista, o sea, encomiendas *territoriales*; 2.ª, las compuestas por yanaconas i sus descendientes; i 3.ª, las de indíjenas apresados en la guerra, cuyos dueños renunciaban al derecho de esclavitud i solicitaban de los gobernadores les fueran encomendados.

«En cuanto a las encomiendas de pueblo i cacique, aseguraba el presidente, se ha guardado la forma i ordenanzas dadas en esta razon, sin embargo de que algunas estan tan exhaustas i acabadas que no rinden utilidad considerable, ni tal que pueda compensar el costo de ocurrir a la corte de V. M. por la confirmacion.»

Las *principales* encomiendas del obispado de Santiago pertenecian a esta clase.

«En cuanto a la otra de indios yanaconas, decia, no se ha tenido por incompatible que el que es vecino encomendero de pueblo i cacique tenga encomienda por título separado de estos indios yanaconas, i con esta costumbre se ha corrido en esta tierra. I, respecto de estar tan acabados i consumi-

(1) Archivo de Medina.

(2) Carta dirijida al rei en 18 de noviembre de 1680. Archivo de Medina.

dos los indios de los pueblos, seria conveniente, siendo V. M. servido, que los que posean estos indios por título separado los tuviesen por agregacion, o que, si los yanaconas fuesen en número considerable, de ellos se formase pueblo, elijiéndoles cacique. I seria número competente el de veinte indios, para que con esta disposicion corriesen estas encomiendas en todo con igualdad.»

Llamábanse yanaconas los naturales que, orijinarios de diversas comarcas, se reunian en las haciendas de campo, donde trabajaban al servicio de los españoles.

La mayor parte de las encomiendas del obispado de Concepcion se componian de estos indíjenas, por decirlo así, sueltos (1).

Los grandes alzamientos, como el de 1598 i el de 1655, habian hecho desaparecer las encomiendas territoriales; del mismo modo que las inundaciones del mar i de los rios destruyen las aldeas i sementeras.

En atencion al corto número de indíjenas que cultivaban los campos cercanos a Concepcion, i servian en las obras públicas de la ciudad, el presidente Henriquez habia solicitado autorizacion real, en carta de 8 de febrero de 1673 (2), para obligar a

(1) En el archivo de la Capitania Jeneral, que se guarda en la Biblioteca Nacional, existen varios libros de rejistros de encomiendas, donde se hallan las concedidas en Concepcion a contar desde la época del gobierno de Henriquez.

(2) Archivo de Medina.

los araucanos a que trabajaran por turnos, o *mitas*, como en el Perú; pero la majestad de Carlos II lo prohibió terminantemente, i dispuso que los indíjenas no debian ser llevados a las faenas sino por su voluntad i con el correspondiente salario (1).

En cambio, el plan propuesto por Henriquez de formar nuevas encomiendas con la agregacion de las pequeñas que fueran vacando, obtuvo completa aprobacion en la corte.

Por real cédula de 20 de octubre de 1707, Felipe V ordenó que se adoptara el procedimiento indicado, hasta reunir en cada encomienda cincuenta indíjenas tributarios (2); pero posteriormente redujo este número a la mitad (3).

Estas encomiendas de yanaconas carecian, sin embargo, de estabilidad, sobre todo las que se hallaban cercanas al Bio-Bio; pues los araucanos trataban siempre de volver a sus tierras, para libertarse del trabajo.

«En cuanto a las encomiendas de los indios que fueron apresados en la guerra en tiempo que en estas provincias se practicaba la esclavitud de ellos», hacia presente don Juan Henriquez que, a pesar de que tambien habian sido encomendados los hijos de los esclavos, los repartimientos solo comprendian un

(1) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmen 718, número 8674.

(2) Archivo de Medina.

(3) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmen 720, número 8,927.

número mui reducido de naturales; de tal modo que desde el gobierno de don Martin de Mujica, previa consulta al fiscal de la Real Audiencia, se acostumbraba no exijir confirmacion real para las encomiendas de esta clase que no subian de seis tributarios.

La abolicion de la esclavitud en 1674 habia cegado, por lo demas, la fuente de donde provenian los mencionados repartimientos.

Don Juan Henriquez trataba de justificar ante los ojos del rei la existencia de las encomiendas de esclavos, en los términos que siguen.

«En estas provincias, aseguraba, se ha reconocido que los indios en sus pueblos no tienen duracion ni permanencia; i así se hallan los pueblos estinguidos, algunos totalmente, i otros reducidos al número de cuatro o seis indios, cuando mas, por la poca economia que observan, i ser dados al ocio i a la embriaguez, de que resulta que el demasiado vino de que usan los mata, i ellos, furiosos i embriagados, tienen pendencias unos con otros, cometiendo frecuentes homicidios. I así ha manifestado la esperiencia que aquellos que se redujeron a vivir en las estancias de sus encomenderos se han conservado; porque éste, por su particular interes, mira por la conservacion de los indios, i procura escusar todo aquello que conduce a su ruina i destruccion. I de este jénero de gobierno depende la conservacion i aumento de estas provincias; porque así se cultivan los campos i crian los ganados, i produce frutos la

tierra, para el sustento de sus habitadores, i para el ejército que se mantiene a oposicion del enemigo. I así es necesario atender al fomento de todo lo que conduce a esta forma de gobierno, por utilidad de la causa pública i bien particular de los mismos indios, que es lo que ha dado ocasion a la irregular disposicion de estas encomiendas de yanaconas susodichas, que son los apresados con la guerra, i de los que, sin tener oríjen de pueblo, se han procreado en las estancias i haciendas de los españoles.»

En realidad, las encomiendas de esclavos constituian una grave desobediencia a las órdenes del rei, quien, por una parte, habia dado libertad a los esclavos existentes en el pais, i, por la otra, habia dispuesto que los indíjenas fueran reducidos a sus pueblos.

El presidente concluia su citada relacion intercediendo por los encomenderos de Chiloé, los cuales a causa de su pobreza no habian podido solicitar la confirmacion del rei para sus repartimientos.

Don Juan Henriquez hacia valer no solo la escasez de frutos del archipiélago, sino tambien los frecuentes riesgos a que permanecian espuestos sus habitantes por las espediciones de los piratas ingleses i holandeses.

Los reyes de España se negaron por mucho tiempo a eximir a estos encomenderos del trámite indicado (1); i solo por real cédula de 30 de abril

(1) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmenes 717, 718 i 719.

de 1723 Felipe V les otorgó por gracia que la confirmacion de sus repartimientos fuera solicitada de oficio por la Real Audiencia.

De advertir es que el Cabildo de la ciudad de Castro habia hecho presente al soberano que en diversas ocasiones los españoles de Chiloé, en vista de la miseria que sufrian, habian estado a punto de abandonar las islas, i que seria equitativo declarar vitalicias sus encomiendas; pues de otro modo continuaria la práctica de que los gobernadores las concedieran en administracion de seis en seis años, i no siempre a personas dignas de obtenerlas (1).

En esta época ya estaba resuelto en los reales consejos estinguir las encomiendas de indíjenas en todos los distritos que dependian del virreinato del Perú.

Las necesidades del tesoro español habian obligado, sin embargo, al rei, algunos años ántes, a conceder una vida mas a los encomenderos del Perú i de Nueva España que pagaran dentro de un corto plazo el importe de dos anatas completas.

Esta real cédula, firmada en Madrid a 30 de octubre de 1704, llegó a Chile durante el gobierno de don Francisco Ibañez i Peralta.

(1) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 488.

XX

Abolicion de las encomiendas en el virreinato del Perú.—Estado de las existentes en el obispado de Santiago en 1759.—Abolicion de los repartimientos de Chiloé.—El rei manda incorporar a la corona todas las encomiendas chilenas.—Consecuencias sociales i políticas de este decreto.—Progresos notables de la capitanía jeneral de Chile.—Fusion de la raza indíjena con la raza europea.

A principios del siglo XVII, segun es notorio, el cambio de la dinastía reinante produjo un cambio profundo en los rumbos políticos de la monarquía española.

El nieto de Luis XIV, o mas bien, sus ministros se preocuparon con preferencia de reorganizar i mejorar la hacienda pública.

Las costosas campañas de la que se llamó gue-

rra de la sucesion de España desangraron el erario nacional; i, como es de suponerse, los servicios administrativos del reino sufrieron enormemente, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.

En la Península se tomaron entónces numerosas medidas de reforma, todas ellas encaminadas a aumentar los ingresos del tesoro.

A pesar, sin embargo, de que se trató de establecer un réjimen económico bastante estricto, el vacío de las arcas parecia imposible de llenar.

En estas aflictivas circunstancias los consejeros reales dirijieron su atencion a las encomiendas de indíjenas en América; i juzgaron que habia llegado el momento de incorporarlas a la corona.

De este modo, los tributos de los naturales, que en colonias ricas como los virreinatos de Méjico i el Perú llegaban a sumas considerables, pasarian directamente a las tesorerias del rei.

Este fué sin duda el objeto, i aquella la causa de la real cédula de 12 de julio de 1720, por la cual se ordenó que «todas las encomiendas de Indias que se hallaran vacas, o sin confirmar, i las que en adelante vacaren, se incorporasen en la real hacienda, cediendo los tributos de que se componian a beneficio de ella, i entrando a las cajas reales de sus distritos (1).»

La resolucion era gravísima i mui difícil de ser ejecutada.

(1) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmen 721, número 9128.

Antes de tomarla, por lo demas, habia sido materia de dos decretos reales, uno firmado a 23 de noviembre de 1718 i otro en 12 de abril de 1719.

Evidentemente, los miembros del Consejo de Indias, ántes de presentar la cédula a la consideracion del rei, habian meditado mucho el asunto.

Ellos comprendian que no se arrebataba con facilidad a millares de familias, alguna de las cuales eran de grande influencia en la corte, una renta segura, con que satisfacian sus necesidades i sus lujos.

Solo las urjencias de dinero del tesoro real pueden servir de esplicacion a una medida de tamaña trascendencia.

Para todo el que supiera leer, el espíritu de la real cédula citada se hallaba patente; pero su testo parecia indicar que el objeto de ella era distinto.

El rei afirmaba literalmente que «el fin de las encomiendas habia sido remunerar los méritos de los que se dedicaban a las reducciones», o sea, de los que trabajaban por convertir a los indíjenas, someterlos a la autoridad real i acostumbrarlos a vivir en aldeas o pueblos; i agregaba que los frutos obtenidos habian sido escasos o nulos, de tal modo que el real tesoro habia tenido que sufragar los gastos de las reducciones que se habian llevado a cabo en los últimos tiempos, ya sea por medio de empleados fiscales, ya sea con el ausilio de los misioneros.

La conclusion se imponia despues de tales premisas.

Si las encomiendas no habian conseguido realizar el fin para el cual habian sido instituidas, ellas mismas no tenian ya razon de ser.

Esta argumentacion descansaba, sin embargo, en una inexactitud manifiesta.

Las encomiendas nunca habian reconocido por su fin principal, ni ménos único, la conversion de los naturales al cristianismo; ni sus primeros fundadores habian tenido en vista incorporar por medio de ellas a los indíjenas en la vida de la civilizacion.

Cuando Cristóbal Colon i los conquistadores de Méjico i el Perú habian repartido entre sus compañeros a los habitantes de la isla de Santo Domingo i de los imperios de Moctezuma i Atahualpa, habian querido solamente favorecer a los españoles, dándoles criados para sus casas, obreros para sus construcciones i peones para sus cultivos i sus minas.

I tanto fué así que mas tarde los mismos reyes dictaron numerosas resoluciones en que recomendaban especialmente a las audiencias i gobernadores de estos paises que favorecieran con los repartimientos a los mas beneméritos de entre sus subalternos, como que las encomiendas constituian verdaderas recompensas a la lealtad i al valor.

Por lo demas, como ya se ha manifestado estensamente, sin la cooperacion de los indíjenas habria sido imposible a los soldados de Cárlos V i de Felipe II conquistar i colonizar los vastos territorios que sometieron al dominio de España.

Es verdad que los cristianísimos súbditos de aque-

Ilos reyes se propusieron desde el primer dia convertir a los naturales, e introducirlos, por tanto, en la vida civilizada; pero este no fué el objeto primordial de las encomiendas.

El rei, sin embargo, en su real cédula de 1720, pretendia hacer creer que si ordenaba abolir las encomiendas era porque sus poseedores no se habian empeñado debidamente en convertir i civilizar a los indíjenas, i daba, en consecuencia, márjen para que fundadamente se imajinara que en lo sucesivo los tributos de los naturales se emplearian en su enseñanza i educacion.

Si los conocimientos científicos hubieran alcanzado mayor progreso en aquella época, los encomenderos habrian defendido su causa sosteniendo que no era culpa suya si los americanos permanecian en estado de barbarie, porque se necesitan largos períodos de tiempo para que los pueblos avancen siquiera un grado en la senda de la cultura.

En cambio, ninguno de ellos habria podido negar que el rei tenia pleno derecho de abolir un sistema que él mismo habia establecido.

La real cédula citada fué el principio de la estincion de las encomiendas en el virreinato del Perú; mas «no por esto el tributo de los indios, afirma un distinguido i erudito investigador, aumentó las rentas de la corona, a la que siguió sirviendo para hacer frente a recompensas estrañas i fomentar con obsequios las privanzas i favoritismo.» «No

se anularon, agrega, las concesiones de rentas que debian satisfacerse con el tributo de las encomiendas vacantes, i que solo eran la continuacion de éstas, desde que el agraciado, lo mismo que el encomendero, percibia para sí el de los indios (1).»

En la capitania jeneral de Chile la determinacion tomada por el rei ajitó de una manera estraordinaria a las autoridades i a los dueños de encomiendas.

La real cédula de 12 de julio de 1720 contenia, sin embargo, una cláusula que parecia esceptuar a las encomiendas chilenas.

«En las encomiendas que hubiere *de servicio personal*, establecia el rei terminantemente, no se ha de hacer novedad alguna, i quedarán en el estado que hoi se hallan, por ser de corta entidad, i por los inconvenientes que de lo contrario podian seguirse al servicio de Dios i mio, guardándose en su provision el estilo de hacerse edictos para que ocurran los que tuvieren mejor derecho a ellas, para que se confieran en el que mas bien le probase.»

Ahora bien, como se ha visto, por mas que centenares de reales cédulas hubieran ordenado lo contrario, i por mas que los gobernadores sostuvieran en documentos oficiales que en Chile eran obedecidas todas las disposiciones de las *Leyes de Indias*, la verdad es que en esta colonia los repar-

(1) Torres Saldamando, *Apuntes históricos sobre las Encomiendas del Perú*. Véase la obra *Libro Primero de Cabildos de Lima*, segunda parte, pájinas 121 i 125.

timientos habian sido siempre, i continuaban siéndolo, de *servicio personal*.

En consecuencia, de hecho las mencionadas encomiendas se hallaban entre las que el rei mandaba conservar.

Por desgracia para los habitantes de este pais, la majestad de Felipe V dictó con posterioridad, en 4 de diciembre del mismo año, otra real cédula en la cual rectificaba la primera, i declaraba que debia estinguirse el servicio personal en todos los repartimientos de indíjenas (1).

Despues de esta nueva resolucion, ya no habia lugar a duda.

La real cédula de 12 de julio declaraba «anuladas todas las gracias i mercedes de encomiendas i pensiones que se hallasen concedidas por mas vidas que las de los poseedores existentes»; pero, al mismo tiempo, disponia que debia consultarse al rei sobre la manera de llevar a efecto estas nuevas vidas, dando así a entender que los agraciados con ellas recibirian siempre una compensacion.

A pesar de que algunas encomiendas chilenas de importancia se encontraban en este caso, la espectativa de una recompensa no disminuyó absolutamente la ajitacion de los encomenderos.

El Cabildo de Santiago, como en muchas otras ocasiones, los amparó con entusiasmo; i el procu-

(1) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmen 721, número 9131.

rador jeneral de la ciudad, en representacion de todos los del reino, envió, en el mes de octubre de 1721, un largo memorial a la corte en que trataba de demostrar los perjuicios que causaria en la colonia la abolicion proyectada (1).

El presidente de Chile, don Gabriel Cano de Aponte, se apresuró por su parte a dirijirse por escrito a la Real Audiencia, para consultarla sobre la manera como debia informar al rei.

En esta comunicacion, Cano de Aponte recordaba al tribunal que, a causa de los continuos levantamientos, no habian podido aprovecharse los servicios de los indíjenas, i en realidad el número de los encomendados era mui escaso; i le manifestaba que, abolidas las encomiendas, seria imposible doctrinar a los naturales.

Ocupaban entónces un sillon bajo el dosel carmesí los oidores don Ignacio del Castillo, don Juan Próspero de Solis Vango i don Francisco Sanchez de la Barreda

El primero de ellos fué de dictámen que, ántes de cumplir la real cédula, se hicieran presentes al rei los daños que traeria su ejecucion; pero sus colegas resolvieron que la voluntad del soberano, tan claramente espresada, debia obedecerse sin demora.

I, a pesar de que Cano de Aponte se hallaba en Concepcion, el tribunal por si solo hizo promulgar un bando en que declaró revocados los depósitos

(1) Archivo de Medina.

de todas la encomiendas vacantes, i ordenó que los tributos de ellas ingresasen en las reales cajas, i sus cargas fueran pagadas por los oficiales reales.

La publicacion de este bando suscitó grave competencia entre las autoridades.

Con fecha 4 de setiembre de 1722, el presidente Cano pidió al tribunal que anulara su decreto; pues, segun la opinion de los letrados, era de la esclusiva competencia del gobernador el dictar las órdenes necesarias para hacer cumplir la real cédula.

La Audiencia contestó que no habia pretendido usurpar ajenas atribuciones, i que el presidente podia obrar en este asunto como lo tuviera a bien.

Cano de Aponte dictó entónces, en 25 de noviembre, un nuevo auto, por el cual dispuso que los correjidores, previa fianza dada a satisfaccion de los oficiales reales, se encargaran de la recaudacion de los tributos que debian pagar los indíjenas de las encomiendas vacantes (1); i así lo comunicó al rei, por oficio de 16 de marzo de 1723, no sin advertir a S. M. todas las malas consecuencias que iba a causar la abolicion (2).

La corte encontró justificadas estas alarmas del gobernador; i, en 4 de julio de 1724, la majestad de Luis I, quien reinaba por abdicacion de su padre Felipe V, decidió que las encomiendas chilenas no

(1) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 513, número 6.484.

(2) Archivo de Medina.

se incorporaran, como estaba mandado, a la corona (1).

En la nota que sigue, dirijida al presidente don Manuel de Amat i Junient, se describe el estado de las encomiendas del obispado de Santiago en 1759.

«INFORME DE LOS OFICIALES REALES AL PRESIDENTE DE CHILE.

«Señor presidente, gobernador i capitan jeneral.

«Los oficiales reales de la real hacienda i cajas de esta ciudad de Santiago i su obispado, en obedecimiento del real órden de su Majestad, de primero de mayo de mil setecientos cincuenta i ocho, i decreto de U. S. de quince de marzo del presente año de setecientos cincuenta i nueve, para que sobre el punto del número primero, i su contenido en él, dé mas razon individual, segun su espresion; i, procurando con las mayores veras el acierto que deseamos, espondremos lo que hallamos por nuestros papeles i documentos mas conformes a él, i noticias que nos constan, la cual hacemos en la manera siguiente.

«El número primero trata sobre los tributos de encomiendas de particulares que hai en este obispado, con espresion de los servicios sobre que re-

(1) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmen 721, número 9,193.

recayeron sus concesiones, por qué tiempo, i a cuánto asciende el valor único de cada encomienda, en qué provincia o partido estan situadas, qué es lo que paga cada tributario de éstos al encomendero, en qué devengan el tributo, si en dinero o servicio personal, si son compelidos a este, i qué pagan al rei por servicio real. Decimos que solo pagan tributo a su Majestad los indios encomendados, al tiempo que se hace la merced de ellos, i, segun la matrícula de los que constan, pagan en esta real caja seis pesos de cada uno, por razon de tributo i año de hueco, i tres pesos por razon de vino i aceite para el santo sacrificio de las misas de las relijiones, que reciben aquellas a quienes las ha consignado S. M.; i los de menor edad a doce reales cada uno, para el mismo fin, lo cual paga el encomendado ántes de tomar posesion, con mas de media anata que le declara el juez privativo de este derecho. I, ventilada entre los opositores, al de mas mérito i escepcion, se le adjudica por este superior gobierno la encomienda opuesta, con el cargo de dar un escudero para la guerra cada vez que se ofrezca. Estas mercedes son por dos vidas, i con el cargo de traer dentro de seis años real confirmacion de S. M. Todos los tributarios, que son de diez i ocho años hasta sesenta, pagan seis pesos al dueño de la encomienda, doce reales de doctrina al cura; cuatro reales al protector de indios; i cuatro reales de visita, anualmente; que por todo son ocho pesos cuatro reales. Regularmente estan compuestos todos

por cuarenta pesos al año, i racion diaria, con su encomendero, por todo su trabajo anual, lo que les pagan en vestuario; a quienes les ceden varios dias de hueco, para que en las tierras de sus repartimientos particulares puedan sembrar, que creemos tienen asignadas diez cuadras al cacique, cinco dichas los tributarios i de mayor edad, tres cada viuda, i veinte i cuatro cuadras para cada diez individuos de los dichos por razon de ejido i comunidad. A su servicio personal son compelidos, huyendo de la ociosidad i su conservacion. Estas son las encomiendas de algun arreglo, que los mas están dispersos i convertidos en mestizos; i no pagan a S. M. otro servicio alguno que el espresado.

«Las encomiendas que parecen haber en este obispado, i constan a esta real caja, son las siguientes:

«En el distrito de la ciudad de Mendoza hai una encomienda que goza de segunda vida don Felipe Pizarro, con siete indios; i, aunque hai bastantes, como consta de la lista de sus campañas, no estan éstos encomendados, ni pagan tributo alguno, porque hacen el servicio de V. M. en la frontera de aquella jurisdiccion, bajo de cuya condicion han vivido i servido con bastante puntualidad i fidelidad en las ocasiones i llamamientos que se han ofrecido, por cuyas acciones, atendidos de los señores gobernadores de este reino, se les remunera i disimula de las demas pensiones. I, porque muchos, o los mas de ellos, interpelados, se desfiguran en mestizos,

i por estas razones inhibidos de señalamiento de encomienda, a quienes, si los precisaran, creemos no pararia alguno en este reino, i entónces se tocara el grave inconveniente de no tener para el servicio de minas i haciendas trabajadores de quien echar mano. Estos motivos, junto con los pocos que hai, i la de corretearlos i aflijirlos para que pagasen tributo a los arrendatarios que antiguamente se hacian de ellos, i en consideracion al poco fruto que resultaba de esto, dió mérito para que jeneralmente en todo el reino se eximiesen de tributo, por cuyo motivo cada dia las cortas encomiendas aun desfallecen, yendo a ménos, i en este asumpto servirá jeneralmente para todas las encomiendas de este reino, que solo un sumo cuidado de los encomenderos, tanto en la sucesion como en que no se desfiguren en mestizos, es el único motivo de que se vea un indio lejítimo en el reino sujeto a encomienda, i algunos otros que salen de los infieles amigos a trabajar, que unos i otros andan volantes por el reino inconstantemente.

«En la jurisdiccion de la ciudad de San Luis de Loyola (alias, La Punta) hai otra encomienda, con nueve indios, la que posee en segunda vida don Apolinar Barroso; i de esta jurisdiccion se cree lo mismo que de la antecedente.

«En el correjimiento i jurisdiccion de Copiapó hai cuatro encomiendas de indios: la una, que poseen en segunda vida los herederos de don José Cisternas i doña María de Fuica, i en ella trece in-

dios; esta creemos que la posee hoi en primera vida don Fernando de Aguirre i Cisternas; las otras dos estan a distancia de estas cuarenta i cinco leguas, en el valle del Guasco Alto la una, que posee don Francisco Cisternas, o don Alonso, su hijo, con trece indios; i la otra, en el pueblo de Paitanas, con once indios, que posee doña Manuela de Fuica. De los títulos de éstos deben constar las vidas, por qué las gozan, los méritos, si hai o nó real confirmacion como de todos los demas del reino.

«En el correjimiento i jurisdiccion de la ciudad de Coquimbo hai siete encomiendas de indios, con doscientos ochenta i seis en todas. La una, que gozaba don Francisco de Rojas, con noventa i ocho indios; otra, don Cristóbal Pizarro, con treinta; doña María de la Carrera, otra, con noventa; don Juan de Olivares, otra, con diez; don Agustin de Rojas, otra, con seis; don Ventura Marin, otra, con treinta i dos; i don Pedro Galleguillos, otra, con veinte indios, que componen los espresados doscientos ochenta i seis.

«En el correjimiento de la villa de San Martin de la Concha, i su jurisdiccion de Quillota, hai las nueve encomiendas siguientes. La que posee en primera vida don José Marin de Poveda, marques de Cañada Hermosa, con siete indios. Otra, don Manuel de Carvajal, con diez i nueve indios. La que tiene en depósito don Ventura de Escobar, con ocho indios. Don José de Montes, otra, con nueve indios, i en tercera vida. Otra que poseyó don Pedro de Itur-

góyen i Amasa en segunda vida, la que feneció por su muerte, i hoi posee en primera doña Maria Constanza Marin i Azúa, con veinte i cinco indios, en el pueblo de Purutun i el Melon, de que tiene real confirmacion. Otra, doña Isabel de Aragon, i hoi don Bernardo de Echeverria, con doce indios, en primera vida, de la que tiene real confirmacion. Otra, con ciento veinte indios, que posee en segunda vida el marques de la Pica, en el pueblo de la Ligua. Otra que posee don Nicolas de la Cerda, en segunda vida, con cincuenta i dos indios. I otra que posee don Juan Antonio Roco, con veinte indios, en tercera vida; que por todo son 269 indios.

«En el correjimiento i jurisdiccion de Melipilla hai las cuatro encomiendas siguientes: La una, que gozaba en el pueblo de Melipilla don Francisco de Avaria, con doce indios, i en segunda vida, que feneció en él, de los cuales apenas supo de algunos, por no saber su paradero. Esta se declaró por vaca, i se le hizo merced a don Joseph Fuenzalida, quien murió sin haber pagado, ni recibídose, i está parada, por no haber quien la codicie, por la perdicion de los indios. Otra poseia en segunda vida don Juan Gallardo, con diez i seis indios, i a ésta le sucede poco ménos que a la de arriba. Otra, que llaman de Chiñigüe, i posee en primera vida don Pedro Ustáriz, con once indios, que reconocen a su encomendero, i los demas ausentes i envueltos con los del reino, sin dar con ellos; la que está confirmada por S. M. I la otra, que posee en segunda vida don Alon-

so de Covarrúbias en el pueblo de Pico, con seis indios, que hacen lo mismo que todos.

«En el correjimiento de Aconcagua hai cuatro encomiendas, todas con veinte i ocho indios, i de ninguna consta su adjudicacion; i éstos, rebozados con los mestizos, desfigurados, gozan de indulto. I solo consta que la nombrada Llaillai se encomendó con ocho indios tributarios a don Alonso de Prado por dos vidas, estando él en la primera, i de que tiene confirmacion de S. M.

«En el correjimiento de Santiago de Chile hai cuatro encomiendas de indios. La una en el partido de Lampa, que goza don Ignacio de Vargas. Otra en el Carrizal, encomendada a don Mateo Matedeluna. Otra en Peñaflor, encomendada a don Nicolas Lisperguer, con inclusion de otro pueblo que llaman la Paveza, de que ni encomendados ni encomenderos parecen, i todas de cortos indios, i los mas fujitivos i desfigurados en mestizos i otras especies.

«En el correjimiento de Rancagua no hai encomienda alguna, i todos los mestizos es jente alistada de armas, que estan prontos al primer llamamiento. I algunos cortos indios que andan por su jurisdiccion, estan libres i sin tributo, por cédula de S. M.

«En el correjimiento de Colchagua hai las encomiendas siguientes. Una que goza en primera vida don Juan Manuel Nuñez. Otra en el pueblo de Copequen, que goza en cuarta vida don José Guzman Coronado. Otra, que poseia el marques de Cor-

pa (1). Otra, don Juan Francisco Larrain. Otra, don Pedro Delso, hoi difunto. Otra, don Baltazar Bravo de Naveda; i la que actual administra en Almahue don Pedro de Echeñique en depósito, que, segun sus matrículas, no llegan a tres indios de tributo, porque nos consta que en todas estan sus indios perdidos, por varias relaciones que nos han hecho ántes de esta ocasion, sin constarnos el modo de su posesion, ni en fuerza de qué, sus vidas, ni otra cosa en este asumpto.

«En el correjimiento i partido de Maule hai las encomiendas siguientes. En los pueblos de Chanco, Loango i Reloca está la encomienda de don Antonio de la Aguila, quien la posee en segunda vida, que consta de 33 personas, varones i hembras. En el pueblo de Lora hai otra encomienda, de la cual es administrador don Andres de Escudero, que consta de 83 personas, varones i hembras, de todas edades. En el pueblo de Cauquenes está la que poseia don Juan Gallardo, hoi difunto, con veinte personas, varones i hembras. En el pueblo de Vichuquen está la que posee don Miguel Jofré, todas deterioradas i aniquiladas por las epidemias tan continuas que ha padecido, i por las demas razones que van manifestadas.

«Toda la razon referida es sacada de los documentos i relaciones de esta Caja, sin tener noticias de otra alguna, sí solo de las espresadas en este in-

(1) *Los Precursores de la Independencia de Chile.* Tomo 3.º, capitulo 3.º, pájinas 137 i siguientes.

forme, que es cuanto podemos decir en el asumpto. Contaduria i marzo 2 de 1759.—*Francisco de la Cruz.—Joseph de Campino* (1).»

Un cuarto de siglo mas tarde los repartimientos del obispado habian tenido grandes modificaciones, segun puede comprobarse en este cuadro.

«NÓMINA DE LOS PUEBLOS I ENCOMIENDAS DE INDIOS QUE HAI EN LOS CURATOS DE LA JURISDICCION DE ESTE OBISPADO. A saber:

MAULE

1. En la doctrina de Rauquen está el pueblo de Libum, encomienda de don Pedro Donoso en su hacienda del mismo nombre.

2. En la doctrina de Llongocura o Curecto, el pueblo de Guenchulami, encomienda de dicho don Pedro Donoso.

3. En la doctrina de Vichuquen, el pueblo de este nombre.

4. El de Lora en dicha doctrina.

COLCHAGUA

5. El pueblo de Apaltas, encomienda de la hacienda de este nombre, que hoi posee don Manuel de Valdivieso.

6. En la doctrina del Rosario, el pueblo de Ra-

(1) Archivo de Medina.

pel, que estuvo encomendado al marques de Corpa (1).

7. El de Taguataguas, encomienda que tenia don Pedro de Elso en su hacienda de este nombre.

RANCAGUA

8. El pueblo de Peumo.

9. El de Codau, encomienda que goza el marques de Villapalma en su hacienda del mismo nombre.

10. El pueblo de Codegua.

11. El de Chada.

12. El pueblo de Chocalan, hacienda del mismo nombre de don Nicolas Gonzalez.

SANTIAGO

13. En el curato de Tango, el pueblo del Carrizal, contiguo a la hacienda de Santa Cruz de don Javier Valdes.

14. El de Peñaflor, o Talagante, en la hacienda nombrada San Vicente de don Ramon Rozas.

15. El de Chiñigüe, en la hacienda de este nombre, que hoi es de don José Antonio Alcalde.

16. El pueblo de Llopeu, en San Francisco del Monte.

(1) Esta encomienda habia pertenecido ántes a la familia de Irarrázaval. *Mayorazgos i Títulos de Castilla*, tomo 1.º, pájs. 286 325.

17. El pueblo de Macul, en la hacienda de este nombre, que fué del doctor don José de Ureta.

18. El de Lampa, en la hacienda que fué de don Agustin Vargas, i hoi de don Pedro Nolasco Cereceda.

MELIPILLA

19. El pueblo de Pomaire en Pico, hacienda que fué de don Alonso de Covarrúbias.

20. El pueblo nombrado el Bajo de Melipilla, en la hacienda de Guaulemu de don Juan Francisco Cavareda.

21. El pueblo de San Antonio, en la costa, hacienda de San Nicolas, que fué de don Diego Gallardo.

ACONCAGUA

22. El pueblo de Panquegüe, encomienda que hai en la hacienda de este nombre, que fué de don Francisco de Vicuña, i despues de don Juan Antonio Caldera.

23. El pueblo de Llaillai en la doctrina de Curimon, hacienda del propio nombre, que fué de don Antonio (1) Prado, i hoi de don Juan de la Morandé.

---

(1) Este es un error de nombre. Debe leerse: don Alonso de Prado i Covarrúbias.

QUILLOTA

24. En la doctrina de Casa Blanca, el pueblo i encomienda que se dice hai en la estancia nombrada la Quebrada, que fué de don Francisco de Ovalle.

25. En la villa, el pueblo i encomienda que hai en la hacienda de doña Constanza Poveda, nombrada la Palma, que administra don Ramon Cortes.

26. El pueblo de Purutun, encomienda de don José Tomas de Azúa, en su hacienda de este nombre.

27. En la Ligua, el pueblo i encomienda que hai en la hacienda del marques de la Pica.

28. En la misma doctrina, el pueblo i encomienda que tiene en su hacienda don Nicolas de la Cerda.

29. El pueblo de Choapa, encomienda de la hacienda del mismo nombre, de doña Matilde Salamanca.

30. El pueblo de Illapel, en la hacienda que en aquel asiento tiene el marques de la Pica.

SERENA

31. En la doctrina de Combarbalá el pueblo del mismo nombre, encomienda de don Manuel Varas.

32. El pueblo de Limarí, encomienda que tiene en su hacienda don José Guerrero, en la misma

doctrina de Limarí, cuyo pueblo i encomienda que tenia en Sotaquí fué trasladado a aquella doctrina.

33. En la doctrina de Sotaquí, el pueblo de Guanilla, encomienda de la marquesa de Guanilla.

34. En la misma doctrina, el pueblo de Guana, encomienda de don Francisco de Rojas, que hoi posee don Luis Varas.

35. En dicha doctrina de Sotaquí, el pueblo de Guamalata, encomienda de don Fermin Marin.

36. El pueblo de Cutum, encomienda de don Francisco de Rojas, que posee don Fernando Gavino i Rojas, su nieto.

37. El pueblo que hai en Marquesa Baja, del mismo nombre, cuya encomienda es de don Miguel de Aguirre.

38. En la doctrina de Elqui, el pueblo del Tambo, de don José Guerrero.

39. El pueblo de Marquesa la Alta, encomienda que pertenece a don José Javier Aguirre.

COPIAPÓ

40. El pueblo de indios en el Guasco Bajo.

41. En el Guasco Alto, pueblo de indios del mismo nombre, encomienda que fué de don Alonso Cisternas.

42. El pueblo de Paitanas, donde está la parroquia de dicha doctrina.

43. En Copiapó, el pueblo del mismo nombre, encomienda de Aguirre.

44. El pueblo cuya encomienda de indios se dice pertenecer a don Ventura Mercado.

PROVINCIA DE CUYO

45. El pueblo de Sachal, en el curato del mismo nombre.

46. El de Vallefértil, doctrina del mismo nombre.

47. El de Corocorto, doctrina del mismo nombre.

48. El de Uco, encomienda del Carrizal.

49. El de las Lagunas de Guanacachi.

Santiago i junio 3 de 1788.

AGUSTIN DE SALOMON (1).»

En 1788 hacia ya diez años que habia sido segregada de la capitania jeneral de Chile la provincia de Cuyo; pero figuraba en la nómina que acaba de leerse, porque aun estaba dependiente del obispado de Santiago.

Las primeras encomiendas abolidas en la colonia de Pedro de Valdivia fueron las de Chiloé.

A propósito de reclamaciones interpuestas por los isleños encomendados, la majestad de Fernando VI pidió al presidente de Chile, don Manuel de Amat,

(1) Archivo de manuscritos de la Biblioteca Nacional, volúmen 34 del fondo antiguo. Don Agustin de Salomon, que firmaba este documento, ejercia el cargo de contador real de diezmos; i habia arreglado la nómina anterior, de órden del Cabildo Eclesiástico, para los efectos del pago de las asignaciones fijadas a los curas.

por real cédula de 31 de marzo de 1759, le informara sobre cuáles eran los motivos por qué no se habia suprimido en el archipiélago el servicio personal, segun estaba prescrito, i espusiera su propio dictámen acerca de si convenia o nó prohibir por completo este servicio (1).

En comunicacion de 20 de marzo de 1761, Amat contestó que desde mucho tiempo atras habian empezado a dictarse medidas tendientes a mejorar la condicion de los indíjenas de Chiloé, cuyo trabajo personal habia sido reducido, primero, a seis, i despues a tres meses en cada año; pero que él juzgaba debia eximírseles de todo servicio obligatorio, pues la esperiencia habia manifestado que solo de este modo trabajaban los españoles con entusiasmo, i los indíjenas no sufrian vejaciones de ninguna especie (2).

A pesar de que en la corte esta opinion debió ser mui bien recibida, no fué puesta en práctica sino mucho despues, cuando ya Chiloé estaba subordinado al virreinato del Perú desde hacia mas de doce años.

Hé aquí los términos en que da cuenta de esta importante reforma el virrei don Agustin de Jáuregui.

«Las encomiendas que tuvo a bien suprimir S. M., incorporándolas a su real corona, permanecian en

(1) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmen 723.
(2) Archivo de Medina.

la provincia de Chiloé con no poco atraso i detrimento de aquellos naturales. Meditado el asunto, i conferido con el subdelegado de visita D. José Ramon Ramos, por ausencia del señor Areche, adopté el dictámen de suprimirlas, estableciendo repúblicas, arreglando sus tributos, i propendiendo a que el gobierno de aquéllos se agregase a la capitania jeneral de Chile, de todo lo cual informé a S. M. en 20 de marzo de 1781, contestando a la real cédula de 1.° de octubre de 1780 relativa a este asunto (1).»

Tocó, pues, al ilustrado i progresista gobierno de Cárlos III poner fin a las encomiendas del archipiélago. Las del continente no debian terminar sino en el reinado de su hijo.

Así como don Manuel de Amat habia pedido la abolicion de los repartimientos de Chiloé, don Ambrosio O'Higgins, a fines del mismo siglo, manifestó al monarca español la conveniencia, i hasta la necesidad, de suprimir todos los existentes en el pais.

Con ocasion de su visita a los distritos del norte, O'Higgins dirijió el rei una estensa nota, con fecha 3 de abril de 1789 (2), en que le describia la situacion de los naturales encomendados en Copiapó, Coquimbo, Aconcagua i Quillota, i le informaba de que se habia visto obligado a espedir un edicto con

(1) *Relaciones de los virreyes del Perú.* Relacion de don Agustin de Jáuregui. Madrid, 1872. Pájinas 181 i 182.

(2) *Los precursores de la independencia de Chile*, tomo 2.°, pájinas 475-482.

el fin de que los encomenderos cumplieran las disposiciones legales en vigor.

Para justificar su decreto, el presidente aseguraba que a los malos tratamientos de que eran víctimas los indíjenas, «se agregaba la calidad de hacerse (por parte de ellos) perpetuo e involuntario servicio, sin otro salario ni recompensa que la de cuarenta varas de bayeta del Perú, que llamaban de la tierra, con que el miserable indio escasamente llegaba a cubrir en el año su familia, quedando sujeto en cuanto al alimento a la corta porcion de media arroba de charqui de cabra i un almud de cebada, que se ministraba para medio mes a cada familia, supuesto que la necesidad de servir todo el año sin reserva al encomendero les impedia hacer dilijencia alguna útil para sí mismos en esta linea. Mucho mas, cuando a esto se seguia la absoluta privacion de tierras en que éstos se encontraban, o por habérselas ocupado i usar de ellas los mismos encomenderos para su provecho, o porque, abandonadas aquellas por la emigracion a las haciendas a que éstos les habian obligado, se hallaban ocupadas de otros terceros, i apénas quedaba en sus dueños una escasa memoria de su naturaleza i oríjen.»

O'Higgins habia recibido en su palacio de Santiago malas informaciones acerca de las encomiendas de Coquimbo; i, para cerciorarse de la exactitud de ellas, habia querido oir por sí mismo las quejas de los naturales.

Habia enviado ademas a su asesor, don Ramon de Rozas, a fin de que visitara algunos otros de estos repartimientos; i habia leido con especial cuidado los memoriales que le habia dirijido el protector de indíjenas.

«De todo esto, escribia al rei en la nota citada, el resultado fué siempre que lo que se llamaba encomiendas en estas partes, no eran unos pueblos cuyos tributos habia cedido V. M. a aquellos vecinos en recompensa de los servicios de sus mayores, sino un número de infelices que, ascritos por lo regular a la circunferencia de las casas i oficinas que forman las haciendas de los encomenderos, trabajaban todo el año sin intermision en las minas, en los obrajes, en la labranza de los campos, i en todo cuanto era de la comodidad i ventaja de éstos, que llamaban sus amos, para que nada faltase a la esclavitud a que estaba reducida esta gran porcion de vasallos de V. M., contra el espreso tenor de las leyes que prohibian el servicio personal, i a que sin embargo se les obligaba, i estos infelices prestaban como una obligacion, de que el sustraerse por medio de la fuga costaba prisiones, golpes, azotes i cuanto podia inventar la tirania i el abuso mas abominable.»

«Un agregado de hechos tan terribles como los que pasaron a mi noticia por aquellos caminos, referia mas adelante, me hizo vacilar por mucho tiempo sobre si tomaria el partido de procesar a es-

tos encomenderos i declararles por perdidas sus encomiendas en conformidad de las leyes . . . »

Este triste cuadro del estado de los repartimientos está destinado a causar penosa impresion en el ánimo de los que por primera vez estudian las condiciones en que trabajaban los mapuches en las haciendas de los españoles; pero el efecto disminuye mucho cuando se conoce la historia completa de las encomiendas.

Los descritos por el presidente O'Higgins son, por lo demas, los rasgos jenerales que siempre habian caracterizado a las encomiendas chilenas durante los dos siglos i medio de su existencia.

El escaso grado de cultura de los indíjenas, por una parte, i las necesidades de la conquista i colonizacion, por la otra, habian impuesto el trabajo obligatorio de los naturales, a pesar de los centenares de reales cédulas que lo prohibian.

La naturaleza de las cosas habia tenido mas fuerza que la voluntad de los reyes.

No puede dejar de notarse, sin embargo, alguna exajeracion en la pintura hecha por O'Higgins de los padecimientos a que se hallaban sometidos los indíjenas.

A fines del siglo XVIII las costumbres se habian suavizado considerablemente, i los encomenderos trataban a sus servidores con notable mayor caridad e induljencia que ántes.

El mismo O'Higgins se complacia al estampar en su nota la declaracion que sigue.

«Es verdad que ni esto (la usurpacion de las tierras de los naturales), ni lo demas referido ha sido jeneral en todos los encomenderos de Coquimbo; i es preciso confesar en obsequio de la justicia que entre éstos habia uno u otro que conciliaba con la esclavitud su compasion, i hacia aquella tolerable por su humanidad i buen trato. Principalmente en estos partidos inmediatos a la capital, he encontrado encomenderos que se habian manejado con bastante racionalidad en este punto.....»

En efecto, se hace difícil creer que personas tan cultas como don José Santiago de Irarrázaval, la viuda de don Tomas de Azúa i don Nicolas de la Cerda hubieran permitido que los mayordomos o administradores hicieran víctimas de sus crueldades a los naturales de Pullalli, la Ligua i Purutun.

En los últimos tiempos se habia producido un cambio profundo en los hábitos sociales de la colonia

Por lo demas, para juzgar imparcialmente la situacion creada a los mapuches por los encomenderos, debe esta compararse con las condiciones de vida que aquéllos tenian en sus propias tierras, i resolver entónces si la existencia libre, pero precaria, sin alimento seguro, i sometida a las eventualidades de la embriaguez i de la guerra con los españoles, era preferible a la servidumbre mitigada por los sentimientos morales i relijiosos, con órden i disciplina, sin que faltaran a los indíjenas enco-

mendados ni el abrigo del hogar ni la comida indispensable.

El presidente O'Higgins se estendia tambien en latas consideraciones destinadas a demostrar que la supresion del servicio obligatorio debia traer como consecuencias inmediatas el progreso industrial i agrícola del pais, i el sometimiento de los araucanos a las leyes españolas.

La opinion de un funcionario tan celoso en el cumplimiento de sus deberes como don Ambrosio O'Higgins, influyó de una manera decisiva en el ánimo del rei, quien, por real cédula de 10 de junio de 1791, ordenó la incorporacion a la corona de todas las encomiendas de Chile (1).

Solo hacia un año que en Francia se habia abolido la *corvée* personal, o sea, las jornadas de trabajo que los señores tenian derecho de exijir gratuitamente a sus vasallos.

Esta importante reforma, decretada por Turgot, no recibió ejecucion efectiva sino despues que se dictó la lei de 15 de mayo de 1790.

El mantenimiento de las encomiendas de servicio obligatorio se hallaba, pues, mui léjos de ser un signo del atraso propio de España, sino que mas bien debia considerarse como uno de los últimos restos de la organizacion del feudalismo, que en América, i sobre todo en Chile, estaba justificado por la escasa cultura de los indíjenas.

(1) Cedulario de la Biblioteca Nacional, volúmen 740, número 11,196.

El decreto de abolicion de las encomiendas pudo llevarse a efecto en este pais, no solo gracias a la enerjia desplegada por el presidente O'Higgins, sino tambien a la feliz circunstancia de que a fines del siglo XVIII se habia multiplicado de una manera estraordinaria la clase de los trabajadores libres.

Asi se esplica que esta trascendental reforma no produjera en los cabildos de Santiago i Concepcion las tempestades que se habian presenciado en los siglos anteriores.

Ella redunda, a pesar de todo, en merecida gloria del presidente O'Higgins, quien para realizarla necesitó vencer tenaces resistencias de los propietarios mas poderosos de la colonia.

Entre éstos, se distinguieron por su terquedad el marques de Villapalma i su hijo don Martin Calvo de Encalada, quienes a toda costa pretendieron conservar el servicio obligatorio en la encomienda de Codao.

O'Higgins no se dejó abatir por la altivez con que ellos desobedecieron sus órdenes; i, no solo hizo saber a los naturales que desde ese momento eran libres de toda servidumbre, sino que tambien dispuso les fueran entregadas las tierras que les pertenecian en la misma hacienda

Esta valiosa finca se hallaba en el partido de Rancagua. Apremiado por O'Higgins, el marques de Villapalma declaró que los naturales de su en-

comienda eran yanaconas (1), que provenian del pueblo de Aconcagua.

Despues de nuevas i desagradables incidencias, el litijio terminó por una transaccion.

El marques depositó en las reales cajas de Santiago la suma de ochocientos pesos, i el presidente dió órden a fin de que los indíjenas de la encomienda fueran trasladados al pueblo de Rapel, donde se compraron las cuadras necesarias para su establecimiento.

No habia sido posible llevarlos a Aconcagua, de donde eran oriundos, por falta de tierras disponibles (2).

Don Martin Calvo de Encalada, el cual obtuvo la propiedad de la hacienda de Codao despues de la muerte de su padre, no se conformó nunca con la pérdida de estos tributarios; i, como se sabe, fué uno de los mas activos promotores de la independencia de Chile.

Por lo demas, el exámen imparcial de este litijio manifiesta que los lazos que ataban las colonias de América a la monarquia española iban rompiéndose unos tras otros.

La espulsion de los jesuitas, decretada por Carlos III, fué sin duda la trasformacion mas violenta que sufrió el antiguo réjimen.

---

(1) Talvez por esta circunstancia la encomienda de Codao no figura en la lista de 1759 enviada al presidente Amat por los oficiales reales de Santiago.

(2) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 517.

La compañía de Jesus, por los méritos de sus individuos i por la importancia de sus obras, habia llegado a criar raices tan hondas en la sociedad colonial que su brusco desaparecimiento no pudo ménos de estremecer todo el edificio.

Aun cuando la abolicion de las encomiendas no tuvo igual trascendencia, contribuyó, sin embargo, a desinteresar a muchas familias ricas del mantenimiento del gobierno español.

I este resultado debe estrañarnos tanto ménos cuanto que, en el siglo que acaba de terminar, hemos visto nacer a la república del Brasil mui poco tiempo despues de la abolicion de la esclavitud de los negros, proclamada por el emperador.

Suprimidas las encomiendas de Chile, por lo ménos, legalmente, don Ambrosio O'Higgins se ocupó en reglamentar la percepcion de los tributos que los indíjenas residentes en los pueblos debian pagar a la corona.

En nota de 17 de setiembre de 1795, dirijida al ministro don Diego de Gardoqui, O'Higgins estimaba que los tributos de los naturales del obispado de Santiago darian un total de 10.089 pesos; i agregaba que, a su juicio, no era posible gravar a los demas indíjenas del pais con iguales cargas, pues habia mucho peligro de que abandonaran las tierras de los españoles i fueran a engrosar las huestes enemigas (1).

(1) Archivo de Medina.

A pesar de la prudencia con que procedió el gobierno, en ningun año, sin embargo, las reales cajas recibieron la suma completa indicada en el cómputo anterior.

El pago regular de las contribuciones solo puede establecerse entre los ciudadanos de una nacion culta, i los mapuches estaban todavia mui lejos de alcanzar este grado de adelanto.

Del mismo modo, no supieron comprender la libertad que el rei les habia concedido, i continuaron sometidos a sus antiguos amos, con el nombre de *inquilinos*, que empezó a dárseles, sin que ninguna protesta saliera de sus labios.

El amor al suelo donde ellos mismos i sus hijos habian visto por primera vez la luz, i las formidables tenazas con que la costumbre aferra a los hombres, debian mantenerlos por muchos años aun encorvados bajo el yugo del trabajo servil.

La reforma realizada era, sin embargo, de aquellas que tarde o temprano se encarnan en los individuos; i, gracias a los importantes sucesos políticos próximos a verificarse, debia producir un cambio profundo en la estructura social de este pais.

En esta época, la colonia chilena contaba ya con los principales organismos indispensables para que una nacion libre se gobierne por si misma.

La autoridad pública era respetada; en la capital, funcionaba un tribunal de justicia cuyas sentencias daban plenas garantias; los cabildos provinciales administraban con celo los asuntos de su juris-

diccion; i desde mediados del siglo se hallaban establecidas en Santiago una Casa de Moneda i una Universidad, que podian competir con las mejores de América.

Por lo demas, en esta colonia nunca adquirieron gran fuerza esos elementos heterojéneos, como los negros i mulatos, que en otros paises hispano-americanos han sido jérmenes fecundos de contiendas civiles.

La raza conquistadora, lijeramente mezclada con el pueblo vencido, ha predominado siempre sobre las numerosas clases populares, formadas principalmente de mestizos, o sea, de hijos de blancos e indíjenas.

Gracias a la eterna guerra de Arauco, las encomiendas de todo el pais pudieron proveerse constantemente de nuevos servidores durante los siglos XVI, XVII i parte del XVIII; i la colonia recibió de España i del Perú una corriente continua de soldados europeos, los cuales, mezclados con los indíjenas en las fronteras del Bio-Bio, en los repartimientos, en los campos i en las ciudades, fueron formando esas masas respetables de hombres i familias, que hoi constituyen el elemento esencial de la nacion chilena.

Las campañas del sur contribuyeron así, por dos procedimientos diversos, uno directo, cuando proporcionaban trabajadores para la esplotacion de la tierra i de las minas, i otro indirecto, cuando obligaban al rei de España a completar sus tercios

con nuevas compañias de soldados, a la formacion de la colonia.

Es imposible calcular el número de indíjenas que suministraron las tribus araucanas a los españoles establecidos desde Copiapó hasta Concepcion; pero no seria difícil formar una estadística, mas o ménos aproximada, de los soldados que vinieron de la Península i del virreinato para contener a los rebeldes.

El jesuita Rosales, como se ha leido, hace subir a mas de cuarenta i dos mil españoles el guarismo de los que combatieron en la frontera durante los setenta primeros años del siglo XVII (1).

Desde el principio, la mezcla de la sangre europea con la sangre mapuche se realizó en tan vasta escala que a fines del gobierno español el sabio Humboldt afirmaba que la poblacion mestiza en Chile i en el Perú contaba doble número de individuos que la poblacion blanca (2).

«En solo el lugar en que estaban los soldados recien venidos de España, juntos con los demas que tenia el maestre de campo, escribe Mariño de Lobera, refiriéndose a los campamentos del sur en la época de Ruiz de Gamboa, hubo semana que parie-

(1) *Apuntaciones i Documentos*, pájina 189.

(2) Lastarria, *Influencia Social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*. Edicion de 1866. Capítulo V, pájina 59.

ron sesenta indias de las que estaban en su servicio... i ... (1).»

Por su parte, el mismo Ruiz de Gamboa se espresa en estos términos, en carta dirijida al rei con fecha 1°. de diciembre de 1585.

«En este reino, le decia, hai hasta ciento i cincuenta mestizos, hijos de hombres conquistadores que han servido mucho a V. M., i los hijos mestizos tambien como sus padres... (2).»

Podrian reunirse centenares de testimonios tan respetables como los que acaban de leerse, i de todos los períodos de la vida colonial, que comprueban el mismo hecho, esto es, la mezcla constante de las dos razas.

Por este motivo nuestros historiadores nacionales no han vacilado en asegurar que el oríjen de las clases populares de Chile se encuentra en la fusion indicada (3).

Por lo demas, así lo manifiestan sus caracteres etnolójicos.

Los escritores modernos europeos han aceptado tambien esta esplicacion.

Españoles i portugueses, escribe uno de los Reclus, «no esperimentaron ninguna repugnancia física por las razas en medio de las cuales penetraban con cruel impetuosidad, i ellos mismos no de-

(1) *Historiadores*, tomo 6, pájina 396.

(2) Archivo de Medina.

(3) Barros Arana, *Historia Jeneral*. Tomo 4°., pájina 227, i tomo 7.°, pájina 440.

sagradaron a las mujeres de los vencidos, de los perseguidos, i a veces de los aniquilados: de las cuales mujeres un gran número eran hijas de razas intelijentes, activas, injeniosas, i aun superiores en algunos puntos de cultura a los españoles i a los portugueses del primer tiempo colonial. Mejicanos, colombianos, peruanos, aztecas, mayas, chibchas, quichuas, pueblos de las mesetas andinas, cultivaban sabiamente el suelo, tenian obreros hábiles para todos los oficios, habian llegado a adquirir una ciencia por lo ménos rudimentaria, i una organizacion política tan digna de ser obedecida como muchas otras, aun cuando casi en todas partes los gobernantes no fueran avaros ni de la sangre ni del trabajo de sus súbditos.

«Los peninsulares se mezclaron con innumerables tribus americanas, del Anahuac a la Araucanía, de la costa peruana, donde llueve cada veinte, treinta o cuarenta años, a la Beiramar del Brasil, donde llueve diariamente. En la vertiente oriental de la Serra do Mar las alianzas fueron cotidianas entre blancos e indíjenas, blancos i negros, blancos i mestizos, mestizos i mestizos.

«El valor de estos híbridos dependió de la excelencia, de la mediocridad, de la bajeza de la raza materna. Naturalmente la mezcla con las naciones afeminadas o estúpidas, o poco idóneas, enfermizas, tuvo tan mal éxito como lo alcanzó espléndido el matrimonio con los pueblos i tribus enérjicas, intelijentes, sanas, robustas. El encuentro de los por-

tugueses i de los indíjenas de las sanas mesetas de São Paulo dió oríjen a los célebres mamelucos, verdaderos fundadores del Brasil; el de los españoles i araucanos dió oríjen a los chilenos; los gauchos de la Pampa nacieron de madres vigorosas; i, como era natural, los mestizos latino-americanos bien constituidos triunfaron sobre los endebles.

«Aquí i allá, de tiempo en tiempo, oleadas de buena sangre europea reforzaban el elemento ibérico: catalanes, vascos, gallegos, lo que hai de mas trabajador en la Península cristianísima; lo que no deja, sin inmutarse, para el dia siguiente los negocios serios, con el eterno: *mañana*. Costa Rica, Venezuela, la Arjentina, Chile, sobre todo, deben mucho a los Escualdunac (los vascos); pero, por cierto, el eúscaro ha desaparecido enteramente de las viejas familias orijinarias del pais de los vascongados. No se habla sino en las numerosísimas familias de la inmigracion contemporánea, en Uruguai i en la Arjentina, i eso no por mucho tiempo. Todos los pequeños idiomas desaparecen como la nieve espuesta al sol delante de las grandes lenguas (1).»

De este modo, con el trascurso de los años, gracias al heroismo de los compañeros de Valdivia i Hurtado de Mendoza, a la incontrastable firmeza de los españoles que posteriormente, en los siglos

(1) Onésimo Reclus, *Le Partage du monde*. Paris, 1906, pájina 174

XVI i XVII, afrontaron inmensas calamidades i supieron vencerlas, i a la proteccion de los reyes, que nunca abandonaron a sus leales súbditos de esta lejana comarca, fué constituyéndose un pueblo que es fácilmente gobernado i susceptible de todos los progresos.

La historia de la nacionalidad chilena honra a la madre patria, i manifiesta que los españoles no solo han sido grandes en las empresas de conquista sino tambien en las de colonizacion.

APUNTACIONES I DOCUMENTOS

I

Repartimientos establecidos por Valdivia; e historia posterior de ellos hasta la abolicion de las encomiendas.

Alonso de Monroi.—En la confesion prestada por Valdivia durante el proceso que le siguió en Lima el presbítero La Gasca, se lee que Alonso de Monroi, en su primer viaje al Perú, en el año 1542, hizo dejacion en el Cuzco de uno de sus caciques de Chile a favor de Alonso de Escobar, a fin de que éste le acompañara a la conquista de nuestro pais i le ausiliara con caballos i dinero (1).

Como se sabe, Monroi murió en Lima en el mes de octubre de 1545 (2), durante su segundo viaje al

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 8.º, páj. 330.

(2) Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, tomo 1.º, pájina 294.

virreinato; de tal modo que no alcanzó a recibir las nuevas mercedes que Valdivia, sin tener conocimien de su fin, estaba dispuesto a darle, segun el pregon de 25 de julio del año siguiente.

Las propiedades que Alonso de Monroi poseia en Chile eran una estancia en el valle de Acuyo, hoi de Casablanca (1), i una chacra situada al poniente de la ciudad de Santiago, contigua a la de Diego Garcia de Cáceres, el cual debia comprarla despues de la muerte de su compañero (2).

Doña Ines Suarez.—Esta fué sin duda una mujer de altas cualidades, i desde los primeros dias de la conquista reveló su presencia de ánimo.

Hallábase asentado el real de la hueste de Valdivia en Atacama la Chica, cuando, de improviso i a media noche, llegaron al campamento Pedro Sancho de Hoz con Antonio de Ulloa i Juan i Diego de Guzman, los cuales venian del Perú con el propósito de arrebatar al futuro conquistador de Chile la gloria de sus hazañas.

Algunos de los soldados del campamento refirieron mas tarde que Sancho de Hoz i sus amigos traian dagas entre las calzas i los borceguíes.

Los conjurados fueron preguntando de tienda en tienda dónde dormia Valdivia, i así llegaron a su toldo, a oscuras i sin candela.

No encontraron a Valdivia, el cual se habia ade-

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 1.°, páj. 339.

(2) Tomas Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI* páj. 21.

lantado con algunos hombres durante el dia para esplorar el camino; pero, tentando en la cama, aunque sin decir palabra, despertaron a doña Ines Suarez.

«¿Quién sois? qué buscais?» fueron las primeras preguntas de la heroica mujer.

Sancho de Hoz le contestó inmediatamente: «¿Dónde está el capitan?».

Doña Ines replicó con viveza: «No está aquí. ¿Qué le quereis? Quién sois? Decidme quién sois».

Sancho de Hoz se convenció de que Valdivia no se encontraba allí, i descubrió su nombre. «Señora, soi Pero Sancho de Hoz».

Doña Ines, a pesar de la gravedad de su situacion, le reprendió duramente. «¡Cómo, señor, un hombre como vuestra merced entra ansí en casa ajena! Mal me parece.»

«Como yo soi servidor del señor capitan, alegó el interpelado, no se maraville vuestra merced».

Entretanto, la noticia de la llegada a deshoras de Sancho de Hoz i sus cómplices habia trascendido a todas las tiendas, i habia alarmado con razon a la jente, que empezó a reunirse en torno de ellos.

Doña Ines estaba salvada; i al mismo tiempo Valdivia, pues el maestre de campo Pedro Gomez de Don Benito le mandó dar aviso de lo que ocurria (1).

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 22, pájs. 115, 133 i 623.

No fué menor la intrepidez i valor de esta española, la primera que pisó nuestro suelo, en las penalidades del viaje i ante los peligros del combate contra los naturales.

El conquistador de Chile se espresa así en un documento oficial:

«Vos doña Ines Suarez venistes conmigo a estas provincias a servir en ellas a su Majestad, pasando muchos trabajos i fatigas, así por la largueza del camino como por algunos reencuentros que tuvimos con indios, i hambres e otras necesidades que ántes de llegar adonde se pobló esta ciudad (la de Santiago) se ofrecieron, que para los hombres eran mui ásperas de pasar, cuanto mas para una mujer tan delicada como vos, i, mas desto, en el alzamiento de la tierra i venida de los indios a esta ciudad, que pusieron en términos de llevársela, i vuestro buen esfuerzo i dilijencia fué parte para que no se llevase, porque todos los cristianos que en ella habia tenian que hacer tanto en pelear con los enemigos que no se acordaban de los caciques que estaban presos, que era la causa pricipal a que los indios venian, a soltarlos, i vos, sacando de vuestras flacas fuerzas esfuerzo, hicistes que matasen los caciques, poniendo vos las manos en ellos, que fué causa que la mayor parte de los indios se fuesen i dejasen de pelear, viendo muertos a sus señores, que es cierto que si no murieran i se soltaran no quedara español vivo en toda esta dicha ciudad, i los demas que en esta tierra habia con mucho trabajo fueron parte

para se poder sustentar en ella, i, despues de muertos los caciques, con ánimo varonil salistes a animar los cristianos que andaban peleando, curando a los heridos i animando a los sanos, diciéndoles palabras para esforzarlos, que fué mucha parte, con lo que les decíades, fuesen adonde estaban hechos fuertes mucha cantidad de indios, muchas veces, e a la oracion desbaratados, i desta venida que vinieron los dichos indios a esta ciudad os llevaron cuanto teníades, sin dejaros ni ropa ni otra cosa, en que perdistes mucha cantidad de oro i plata.» (1)

A continuacion, Valdivia enumera otros servicios importantes prestados por doña Ines, i, entre ellos, dos que hacen recordar nada ménos que a Isabel la Católica, i a doña Marina, la compañera indíjena de Hernan Cortes.

Así como aquella reina, segun la tradicion popular, ofreció sus propias joyas para costear la espedicion de Colon, así la valerosa mujer estremeña daba «mucha parte de lo que tenia a los que querian hacer la jornada de Chile, para que de mejor voluntad la hiciesen».

I, así como doña Marina descubrió, gracias a sus relaciones con los naturales de Méjico, varios complot contra el ejército de Cortes, así doña Ines Suarez, segun lo afirma Valdivia, supo atraerse a algu-

(1) Cédula de encomienda dada por Valdivia a doña Ines Suarez en 20 de enero de 1544. Archivo de la Real Audiencia, volúmen 310.

gunos indíjenas chilenos, «los cuales, escribe el conquistador, nos han sido mui buenos amigos, i nos han descubierto i descubren cada dia los secretos i celadas que contra nosotros se ordenan».

Estos hechos eran aducidos para justificar la encomienda con que en 20 dias del mes de enero de 1544 la obsequió Pedro de Valdivia.

«Deposito en vos, se lee en la cédula, los caciques llamados Tunguillanga, Tabalgalgue i Calchapillo, con todos sus caciques i principales, e indios a ellos sujetos, sin desmembrar ni quitarles ningun principal ni indio, sino todos los que les pertenecen, aunque se depositen en otra persona, no lo sabiendo, que tienen sus tierras en las provincias de los poromaucaes (1), i mas el cacique llamado Apoquindo, con todos sus principales e indios i sujetos, que tienen su asiento en este valle de Mapocho, i dáseos su tierra e indios, para que os sirvais de todos ellos conforme a los mandamientos i ordenanzas reales».

Despues de la fecha del documento, i ántes de su firma, estampó Valdivia una última merced.

«E ansímismo se os deposita el principal Guachunarongo, con todos sus indios i sujetos».

A pesar de los grandes merecimientos de doña

(1) «.. la provincia de los poromaucaes, que comienza seis leguas de aquí, de la parte de un rio caudalosísimo que se llama Maipo, entre el cual i éste (el Mapocho) está esta ciudad (Santiago)». Carta de Pedro de Valdivia a Hernando Pizarro, de 4 de setiembre de 1545.

Inés Suarez, no podria negarse que la recompensa era excesiva, sobre todo si se atiende a las que habian recibido otros conquistadores i a la pobreza de la tierra.

La pasion que Valdivia sentia por esta mujer colocaba una espesa venda sobre sus ojos.

Año i medio mas tarde, con fecha 11 de julio de 1546, a continuacion de la anterior cédula i en la misma hoja de papel, el conquistador agregó nuevos caciques a la encomienda de doña Inés (1).

Esta concesion empezaba de este modo:

«Por cuanto yo he hecho removimiento de los indios que servian desta dicha ciudad, e los he reformado, por haber mas de cincuenta e seis vecinos en ella, i, a quedar todos, fuera total destruccion de la tierra i menoscabo de los naturales, los he resumido en menor número...»

Comparada la fecha de esta cédula, o sea, la de 11 de julio de 1546, con la del pregon jeneral en que se declaró cuáles encomenderos debian conservar sus indíjenas i cuáles estaban obligados a devolverlos, o sea, la de 25 de julio del mismo año, se vendrá en cuenta de que Valdivia quince dias ántes de este último decreto ya habia empezado a hacer nueva distribucion de los naturales del pais; i así se esplica que en el pregon de 26 de julio se leyera la siguiente cláusula:

«Item, mando sean admitidas por buenas, i doi

(1) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 310.

por tales, todas aquellas cédulas que parecieren de depósitos de indios, todas, desde diez dias deste mes de julio deste presente año de mil e quinientos e cuarenta i seis, i desta data en adelante, firmadas de mi nombre i refrendadas del dicho Juan de Cárdenas».

Pedro de Valdivia habia empezado, pues, la reforma de las encomiendas mejorando la de doña Ines Suarez.

«E mas os deposito, escribia imperturbablemente en la cédula de 1546, el cacique llamado Puriponaval, con todos sus indios, que tienen su asiento en los poromaucaes, como los tenia Lope de Landa, i se los sacastes por pleito, que eran subjetos a Atunguillonga (1), como pareció; i mas el cacique llamado Melipilla, con todos sus principales, indios i subjetos, es picon i tiene su tierra en los poromaucaes i desa parte del Maipo, i sus principales Lepiande i Condeande i Lianadano i Covlauquen i Ratapiuche, con sus pescadores e indios, como los tenia Francisco Martinez (2), con tal que dejeis al dicho Francisco Martinez las piezas que tuviere por cédula mia del dicho Melipilla; i depositoos estos dichos caciques con mil i quinientos indios de visitacion, con tal que si algun cacique o principal nombrado en cédula de otro vecino pareciere ser subjeto a algunos destos

(1) En la cédula de 1544 se leia *Tunguillanga*.

(2) Es probable que este personaje sea Francisco Martinez Vegazo, compañero de Diego Garcia de Villalon, de quienes se trata mas adelante.

caciques i principales aquí nombrados no tengais derecho ninguno dellos ni a sus indios».

En las últimas palabras trascritas el conquistador de Chile revelaba, o bien, escrúpulos de conciencia, por la largueza con que favorecia a su manceba, o bien, temores, por lo demas mui fundados, de que sus subalternos se apoyaran en esta jenerosidad para acusarle al soberano de España o al virrei del Perú.

Si Valdivia llegó a pensar lo último estuvo en la verdad, pues Lope de Landa, uno de los soldados desposeidos para aumentar los caciques de doña Ines, se halló entre sus acusadores ante el presbítero La Gasca.

Segun es mui sabido, La Gasca empieza su sentencia contra Valdivia, de 19 de noviembre de 1548, ordenándole que en el término de seis meses despues de llegar a Santiago, o bien, case a doña Ines, o bien, la haga salir del territorio chileno; i que reparta entre los conquistadores las encomiendas de que le ha hecho a ella merced (1).

Pedro de Valdivia hizo su entrada solemne en la capital de Chile en el dia 20 de junio de 1549, e inmediatamente notificó a doña Ines Suarez la resolucion de La Gasca.

Doña Ines optó por el matrimonio, i, dentro del plazo fijado en la sentencia, se casó con el prudente i justiciero Rodrigo de Quiroga, mas tarde gobernador de nuestro pais.

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 8.°, páj. 390.

No por esto Valdivia dejó de continuar favoreciendo a la que habia sido su compañera leal en horas favorables i adversas; i, por el contrario, burlando hasta cierto punto lo determinado por el presbítero La Gasca, le conservó en realidad sus encomiendas bajo el disfraz de concederlas a su marido Rodrigo de Quiroga, quien, talvez por esta circunstancia, a la vista de una dote tan espléndida, no tuvo reparo en dar su nombre a la querida de su jefe.

Valdivia, en los primeros dias del año siguiente, dió una nueva prueba de que, por lo ménos, la estimacion que siempre habia profesado a doña Ines Suarez no se habia estinguido en su pecho.

Rodrigo de Quiroga i su mujer habian fundado i construido en la cumbre (1) del cerro Blanco, vecino a la ciudad, como para pedir a Dios el perdon de sus antiguas faltas, que uno i otro las tenian, una ermita bajo la advocacion de *Nuestra Señora de Monserrate,* en recuerdo del célebre monasterio de Cataluña, situado, como se sabe, en la falda de una montaña.

(1) Thayer Ojeda, en su interesante trabajo sobre *Santiago durante el siglo XVI,* se equivoca al asegurar (pájina 18) que la ermita fué construida desde el principio al pié del cerro. Véase la obra del padre Guigliazza, *Historia de la Provincia Dominicana de Chile,* tomo I, pájina 181, documento D. Noticias detalladas sobre los diversos sitios en que se ha reconstruido esta iglesia, hoi parroquia de Todos los Santos, pueden leerse en la obra de don Crescente Errázuriz titulada *Los orijenes de la iglesia chilena,* pájina 102, nota (2).

Con fecha 2 de enero de 1550, Pedro de Valdivia quiso, por su parte, contribuir a esta piadosa obra, i cedió a la nueva iglesia la chacra que habia reservado para sí al norte de la ciudad.

Algunos años mas tarde, Quiroga i su mujer instituyeron sobre estas tierras una capellania a favor del convento de Santo Domingo, cuyos relijiosos quedaban obligados a mantener la ermita i a rezar en ella durante todo el año ciertas misas por el alma de los fundadores, de sus parientes i de todos aquellos individuos que habian tomado parte en la conquista de Chile (1).

En 1561 los padres dominicanos obtuvieron una modificacion importante en la capellania. Para ellos era penoso subir a la cumbre del cerro, sobre todo en algunas épocas del año, a rezar las misas de obligacion, i para los fieles era aun mas difícil la asistencia; de tal modo que la ermita se veia solitaria. Rodrigo de Quiroga i doña Ines Suarez consintieron, con fecha 22 de agosto, en que estas misas se rezaran i cantaran en la iglesia del convento, «por el ánima del gobernador don Pedro de Valdivia i por las ánimas del dicho Rodrigo de Quiroga i doña Ines Suarez, su mujer,» i demas personas ántes nombradas.

Así fué, pues, cómo esta fundacion, años i años

(1) Tanto la donacion de Valdivia como la capellania mencionada se hallan insertas en el tomo 13 de los *Documentos Inéditos* de Medina, pájinas 474-476.

despues que sus cuerpos se habian convertido en polvo, continuaba uniendo en las plegarias del altar los nombres de Valdivia i de su abnegada amiga. (1)

Rodrigo de Quiroga.—Pertenecia a una noble familia de Galicia, i la mejor prueba de ello es que obtuvo el hábito de caballero de Santiago.

Un pariente cercano suyo, don Gaspar de Quiroga, llegó a ocupar en la Península el altísimo cargo de cardenal arzobispo de Toledo; quien fué, sin duda, poderoso apoyo ante el rei para el gobernador de Chile (2).

La lista de los sobrinos, i otras personas relacionadas con él por los lazos de la sangre, que vinieron a nuestro pais a acojerse bajo la proteccion de don Rodrigo, no es corta. Entre los primeros pueden mencionarse los que siguen: don Antonio i don Bernardino de Quiroga, hermanos; el capitan don Rodrigo de Quiroga, del mismo nombre de su tio, asesinado por sus subalternos en 1579 (3); i don Nicolas de Quiroga, correjidor de Santiago en 1595.

Miéntras vivió doña Ines Suarez, su marido gozó tranquilamente de los frutos de la rica encomienda que habia recibido de Pedro de Valdivia; pero una vez que ella murió, en 1570, solicitó del rei que, a

(1) Guigliazza, *Provincia Dominicana de Chile*. Tomo 1.°, pájina 181, documento D. Segun esta escritura, de 2 de enero de 1571, ya en esta fecha Rodrigo de Quiroga era viudo.

(2) Medina, *Historiadores de Chile*. Tomo 29, pájinas 434, 436, 456 i 457.

(3) Medina, *Historiadores de Chile*. Tomo 29, pájina 426.

falta de hijos lejítimos, permitiera suceder en el repartimiento a su única nieta.

Segun es mui sabido, Quiroga no habia tenido descendencia en su matrimonio con doña Ines Suarez. En cambio, en época anterior habia enjendrado una hija ilejítima, llamada doña Isabel de Quiroga, a la cual casó en primeras nupcias con el capitan Pedro de Avendaño, i en segundas con el mariscal Martin Ruiz de Gamboa (1).

De este último enlace habia nacido una sola hija, doña Ines de Quiroga i Gamboa, la cual habia sido bautizada con aquel nombre sin duda alguna en recuerdo de doña Ines Suarez.

Para esta nieta, a quien amaba entrañablemente, reservaba Quiroga, despues que él muriera, la posesion de su encomienda.

Por real cédula de 14 de setiembre de 1573, la majestad de Felipe II accedió a tan justa peticion (2).

I del mismo modo que esta encomienda aprovechó a doña Ines Suarez para que un caballero tan cumplido como Rodrigo de Quiroga consintiera en casarse con ella, fué tambien considerable parte en la realizacion del matrimonio de doña Ines de Quiroga i Gamboa con don Antonio de Quiroga, sobrino de don Rodrigo, como ántes se ha dicho.

---

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Pájina 207.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 16, pájina 385.

Don Rodrigo ejercia el cargo de gobernador propietario de Chile desde el año de 1575.

Empeñado en que una encomienda tan valiosa no saliera de manos de sus descendientes, Quiroga apeló a un verdadero artificio, cual fué, el hacer dejacion de ella, para concederla inmediatamente despues a su sobrino don Antonio, quien se apresuró a tomar posesion en 21 de febrero de 1579 (1).

Cuatro dias mas tarde don Antonio contraia matrimonio con la nieta del gobernador (2).

La maniobra estaba bien concebida. Don Antonio gozaria de la encomienda durante su vida, i a continuacion le sucederia su hijo primojénito.

A última hora, sin embargo, Rodrigo de Quiroga, a pesar de que ya habia hecho dejacion de ella, pidió valientemente al rei que, en vista de sus prolongados servicios, le concediera la perpetuidad de la encomienda, o bien, cuatro vidas mas, para sus descendientes.

Antes de resolver, el rei pidió informe sobre las utilidades que producian los indíjenas encomendados.

Los datos que obtuvo, a fines de 1579, fueron éstos. Quiroga tenia 800 indíjenas de visita, repartidos en cinco pueblos de la jurisdiccion de Santiago: Teno, Colchagua, Peumo, Melipilla i Apoquindo; i, segun lo aseguraba el apoderado de Quiroga en la

(1) Medina, *Historiadores de Chile*. Tomo 29, pájina 433.
(2) Medina, obra i tomo citados. Pájina 435.

corte, la renta anual de la encomienda ascendia a 8,000 pesos (1).

Por informacion rendida algunos años ántes en un juicio de competencia eclesiástica, se tiene noticia de que los indíjenas de Quiroga eran dueños de cinco mil ovejas, guarismo que da alta idea de la riqueza de la encomienda (2).

Las jestiones iniciadas no tuvieron fin, porque aquel gobernador murió en 25 de febrero de 1580.

Su nieta no debia sobrevivirle sino un año, despues de haber tenido dos hijos de don Antonio de Quiroga (3): 1.° don Juan de Quiroga i Losada; i 2.° Rodrigo de Quiroga, fraile dominicano (4).

Doña Ines de Quiroga i Gamboa falleció en Santiago a principios de mayo de 1581.

Inmediatamente despues el viudo se dirijió al rei en solicitud de que le hiciera merced de la enco-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 16, pájinas 360 i 361. Aunque en el documento citado no se nombra a Peumo, se ha agregado en el testo, porque aquel lugar aparece en todos los documentos de fecha posterior sobre la misma encomienda, i debe suponerse que hai en esto error de copia.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 30, pájina 404.

(3) Medina, *Historiadores de Chile*. Tomo 29, pájina 440.

(4) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Pájina 207. Este es el tercer Rodrigo de Quiroga. Se conoce ademas un cuarto personaje que llevaba por nombre el de don *Rodrigo de Losada i Quiroga*, hijo de otro Juan de Quiroga i Losada, encomendero de la Serena. Véase la obra citada de Thayer Ojeda, pájina 144.

mienda de Rodrigo de Quiroga por dos vidas, conforme a las leyes de la sucesion.

En otros términos, pidió la confirmacion real del repartimiento de indíjenas que habia recibido ántes de casarse del abuelo de su mujer.

El Consejo de Indias, ante el cual pasó en informe esta peticion, la resolvió desfavorablemente, con fecha 27 de abril de 1584; i solo concedió a los hijos de don Antonio de Quiroga una renta anual de 1,500 pesos, para sus alimentos, renta que debia situarse en la encomienda que habia sido del gobernador Quiroga (1).

Entretanto, el nuevo gobernador de Chile nombrado por la corona, don Alonso de Sotomayor, en 9 de octubre de 1583, habia desposeido a don Antonio de Quiroga del repartimiento de indíjenas a que alegaba derecho, por considerar, sin duda, que lo retenia con violacion de órdenes terminantes del rei; i, al empezar el año siguiente, lo habia tomado para sí.

Don Antonio no pensó entónces sino en reclamar justicia, i, despues de algunos obstáculos que le presentó Sotomayor, se embarcó con direccion al Perú a fines de 1584.

El destino le deparó una nueva desgracia, pues el barco en que iba hubo de zozobrar; i los pasajeros tuvieron que refujiarse en una costa desampa-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 16, documento IV

rada, donde encontraron con dificultad bebida alimentos.

Por fin, volvieron al mar, i llegaron al puerto de Arica en el mes de enero de 1585.

Al mes siguiente don Antonio podia instalarse en la ciudad de los Reyes, i a principios de marzo interponia su queja ante el tribunal de la Real Audiencia.

Aunque esta corporacion ordenó que se devolviera su repartimiento de Chile a don Antonio de Quiroga, éste no pudo conseguirlo en dos años de lucha continuada, pues ni el gobernador Sotomayor ni las autoridades judiciales se allanaron a cumplir la sentencia; i don Antonio se vió obligado a emprender viaje a España desde el Perú, con el objeto de pedir al rei declaracion de sus derechos.

Era, por lo demas, evidente que don Alonso de Sotomayor se habia resistido a entregar la encomienda en vista de la sentencia adversa dada por el Consejo de Indias en el mes de abril de 1584.

Esta circunstancia i la de tener en la corte poderosos valedores le daban a Sotomayor completa seguridad de que Quiroga no obtendria resultado alguno en sus jestiones judiciales.

Debe saberse que eran primos de don Alonso de Sotomayor el confesor del rei, frai Diego de Chavez, i la mujer de Antonio Perez, antiguo secretario de Felipe II, entónces en desgracia, pero con muchas relaciones sociales.

El gobernador de Chile tenia tambien en Madrid

a dos hermanos suyos, don Francisco i don Luis de Sotomayor, a quienes habia enviado a la Península con el fin de que solicitaran ausilios de hombres i dinero para la guerra de Arauco.

Don Antonio de Quiroga llegó a la capital de España a principios de 1588, i, a pesar de que veia en contra adversarios tan poderosos, no desmayó en su resolucion, tanto mas cuanto que de su parte estaba el primer prelado de la monarquia, o sea, don Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo.

El Consejo de Indias estudió detenidamente el asunto; pero despues de largos meses de acuerdo no pudo dar sentencia, pues, habiéndose constituido con ocho ministros, cuatro dictaminaron a favor de Sotomayor i cuatro a favor de Quiroga.

Se nombraron entónces por el presidente de aquel alto tribunal, para que resolvieran el empate, a dos jueces de la Contaduria, a mas del licenciado Villafaña, que era miembro del Consejo i por causa de enfermedad no habia podido conocer en el juicio.

La sentencia fué entónces completamente favorable a don Antonio de Quiroga, al cual mandaron devolver su repartimiento; i tanto Sotomayor como otras autoridades de Chile resultaron condenadas en 2,000 pesos, que debian aplicarse en beneficio de Quiroga.

Interpuesto recurso contra esta sentencia, el fiscal del Consejo de Indias, alegó que en realidad Sotomayor no habria debido apropiarse la encomienda, puesto que no tenia recibida del rei tal merced, pero

que tampoco el gobernador Quiroga se hallaba autorizado para conceder el repartimiento a su sobrino, contra reales cédulas espresas; de tal modo que la encomienda no pertenecia ni a uno ni a otro de los litigantes, i debia ser devuelta a la corona.

Despues de un año completo el Consejo dictó sentencia de revista, en la cual confirmaba la anterior; pero, enredado en nuevas tramitaciones, don Antonio no pudo enviar a Chile la carta ejecutoria sino en el mes de marzo de 1592.

El pleito habia durado, pues, mas de ocho años, desde octubre de 1583, fecha en que el gobernador don Alonso de Sotomayor habia quitado a Quiroga su repartimiento (1).

Los hijos de don Antonio habian quedado en Chile miéntras él reclamaba justicia ante el Consejo de Indias.

Despues de su padre, sucedió en la encomienda don Juan de Quiroga i Losada, quien llegó a ocupar el elevado cargo de alcalde ordinario de Santiago en el año 1610.

Don Juan contrajo matrimonio con doña Mariana de Córdoba i Aguilera; pero no tuvo descendencia (2).

La novia era hermana de la mujer del gobernador Alonso de Ribera, circunstancia que aprovechó

(1) Medina, *Historiadores de Chile*, tomo 29, pájinas 397-459.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, pájina 207.

a don Juan de Quiroga para ser nombrado sucesivamente por Ribera alférez jeneral, comisario de la caballeria i maestre de campo del reino, aunque aun no habia cumplido veinticinco años (1).

Despues de los dias de don Juan de Quiroga, la encomienda que habia sido de doña Ines Suarez pasó a los descendientes de don Bernardino de Quiroga, hermano, como se recuerda, de don Antonio, i alcalde ordinario de Santiago en 1607.

Don Bernardino se habia casado en 1578 con doña Juana de Miranda, hija del conquistador Pedro de Miranda (2); i habia tenido una hija, doña Constanza de Quiroga, mujer que fué de don Antonio Chacon i Morales, el cual descendia del capitan Antonio Chacon, de la hueste de don Garcia Hurtado de Mendoza.

Don Antonio Chacon i Quiroga, hijo de doña Constanza de Quiroga, contrajo matrimonio con doña Maria Cajal, i, entre otros hijos, enjendró a doña Constanza Chacon.

Esta señora poseia a principios del siglo XVIII la encomienda mencionada.

Doña Constanza Chacon casó en primeras nupcias con el capitan Juan de Ureta (3), i en segundas con

(1) Crescente Errázuriz, *Seis años de la Historia de Chile.* Tomo 2.°, pájina 177.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, pág. 186.

(3) Testamento de doña Constanza Chacon i Cajal, otorgado ante el escribano Gaspar Valdes en 1.° de mayo de 1714.

el capitan Gaspar Calderon; pero no tuvo hijos, de tal modo que a su muerte la encomienda de Teno, Colchagua, Peumo, Melipilla i Apoquindo quedó vacante (1).

Se presentó entónces a pretenderla don Luis Francisco de Avaria i Zavala, casado con doña Juana de Morales i Chacon, sobrina carnal de doña Constanza (2).

La familia de Avaria tuvo por fundador en Chile al padre de don Luis Francisco, llamado don Francisco Antonio de Avaria i Nasarre, natural de la villa de Beazain, en Guipúzcoa, donde ejerció las funciones de alcalde ordinario.

Don Francisco Antonio llegó a América alistado en los ejércitos del rei, i sirvió primero en el Perú i despues en Chile, pais en el cual fijó su residencia a fines del siglo XVII (3).

En Santiago contrajo matrimonio con doña Lucia de Zavala, hija del célebre correjidor don Asensio de Zavala.

Don Francisco Antonio debia ocupar este mismo elevado cargo en 1684.

Su hijo don Luis Francisco siguió tambien la ca-

(1) Real cédula de 25 de abril de 1722. Volúmen 487 del Archivo de la Capitania Jeneral.

(2) Thayer Ojeda, *Familia Alvarez de Toledo en Chile*, páj. 44.

(3) Relacion de los méritos i servicios de don Francisco Antonio de Avaria Vasquez de Osorio i Morales. Madrid, i noviembre 21 de 1771.

rrera de las armas, en la cual obtuvo los nombramientos que siguen: capitan de infantería en el batallon del puerto de Valparaiso, capitan de caballos en el presidio de San Francisco de Andalien, i, por último, maestre de campo del batallon de la ciudad de Santiago.

Con fecha 23 de febrero de 1717, el presidente Ustáriz le concedió por dos vidas la encomienda que solicitaba (1); i por real cédula de 25 de abril de 1722 la majestad de Felipe V le confirmó en la posesion de ella (2).

Don Luis Francisco de Avaria i Zavala tuvo dos hijos: don Francisco Antonio, que era el mayor, llamado así como su abuelo, i don Gabriel (3).

Este último se ocupó durante su corta vida en combatir contra los araucanos, primero como soldado del fuerte de Yumbel, i despues con los grados de alférez i capitan en el fuerte de Arauco (4). Murió sin dejar sucesion.

Su hermano, don Francisco Antonio de Avaria i Morales, empezó por obtener el título honorífico de capitan en el batallon de la ciudad de Santiago, i

(1) Relacion de los méritos i servicios de don Luis José de Avaria Vasquez de Osorio i Morales. Madrid, i junio 4 de 1772.

(2) Archivo de la Capitanía Jeneral, volúmen 487.

(3) Thayer Ojeda, *Familia Alvarez de Toledo en Chile*, pájina 45.

(4) Relacion de los méritos de don Francisco Antonio de Avaria Vasquez de Osorio i Morales. Madrid, i noviembre 21 de 1771.

fué promovido mas tarde, en el año 1734, por el presidente don Manuel de Salamanca, a teniente jeneral de la caballeria.

Este mismo presidente le nombró en 1736 visitador de minas, con el fin de que hiciera cumplir las leyes relativas al laboreo de los metales.

El presidente Manso de Velasco, con fecha 27 de julio de 1743, le confió el cargo de correjidor en la nueva villa de San José de Logroño, hoi Melipilla; empleo que don Francisco Antonio ejerció hasta su muerte. En esta poblacion Avaria i Morales edificó a su costa la casa del cabildo i la oficina del escribano, i construyó ademas para su familia una casa de habitacion, que él no necesitaba en realidad, pues era dueño de otra en Santiago (1).

A la muerte de su padre, en el año 1739, don Francisco Antonio habia sucedido en la encomienda de indíjenas de Teno, Colchagua, Peumo, Melipilla i Apoquindo.

Esta encomienda que, como se recuerda, habia sido concedida por Pedro de Valdivia a doña Ines Suarez con 1,500 indíjenas de visitacion, i que en 1579, en poder de Rodrigo de Quiroga, contaba con 800 naturales de la misma clase, en la época del fallecimiento de don Luis Francisco de Avaria i Zavala se hallaba reducida a 101 indíjenas, de los cuales 24 solamente eran tributarios, 45 estaban

(1) Relacion de méritos de su hijo don Francisco Antonio de Avaria i Vasquez de Osorio, ántes citada.

ausentes, 11, naturales de Melipilla, se creian con derecho a la libertad, i 21 eran reservados, esto es, sin obligacion de trabajar (1).

Don Francisco Antonio de Avaria i Morales contrajo matrimonio con su prima en segundo grado doña Manuela Vasquez de Osorio i Morales (2); de cuyo enlace nacieron, entre otros hijos, don Francisco Antonio, don Luis José i don José Saturnino. De este último proviene la actual familia santiaguina de Avaria (3).

Don Luis José se dedicó a la carrera del comercio, e hizo con este fin un viaje a España, donde consiguió del rei el empleo de alguacil mayor en la audiencia de Charcas (4).

Don Francisco Antonio fué el mas distinguido de los tres hermanos i quien ocupó mas alta situacion en este pais. En gran parte, ella fué debida a la proteccion con que le favoreció don Manuel de Amat. Cuando este personaje gobernaba la capitania jeneral de Chile, concedió a Avaria el grado de capitan de caballos de la compañia de la reina en el batallon de Santiago; i cuando fué ascendido al

(1) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 487.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, páj. 45.

(3) Torres Saldamando, *Los Títulos de Castilla*, tomo 1.°, páj. 338.

(4) Vicuña Mackenna, *Relaciones Históricas*, segunda serie *La Conspiracion del Tabaco en Santiago*, pájs. 340 i 345. Véase tambien la *Relacion de méritos* del mismo don Luis José, ya citada.

virreinato del Perú, le nombró administrador jeneral del estanco de tabacos, en 18 de junio de 1766, con dos mil pesos anuales de sueldo.

Avaria i Vasquez de Osorio ejerció este empleo con una actividad i dilijencia que le valieron entusiastas aplausos de las autoridades.

Tal era la confianza que inspiraba al virrei Amat que este celoso funcionario le hizo en diversas ocasiones encargos de importancia.

Así en el año de 1768 le comisionó para que adquiriese en Chile una gruesa partida de jarcia i la pagase con los productos del estanco; i por otra órden le autorizó para que comprara, valiéndose de la misma renta, todo el cobre refinado que se beneficiaba en este pais, a fin de fomentar las fundiciones de artilleria de bronce en Sevilla i Barcelona (1).

Don Francisco Antonio contrajo matrimonio con doña Matilde de Salamanca, encomendera de Choapa, hija del presidente del mismo apellido, i viuda de don Gaspar de Ahumada.

Por desgracia, no tuvieron hijos.

El apellido de Salamanca se ha perpetuado en la villa de este nombre; la cual se halla en el departamento de Illapel, al norte del rio Choapa, fundada en los terrenos que cedió con este objeto doña Matilde en su propia hacienda.

(1) Relacion de méritos, ántes citada, de don Francisco Antonio de Avaria Vasquez de Osorio i Morales.

Francisco de Villagra.—Segun aparece en los documentos, recibió de Valdivia dos encomiendas. La primera se hallaba situada en el territorio de los poromaucaes, i, como es probable, en los términos de la jurisdiccion de Santiago; la segunda, i mas importante, entre los rios Cautin i Tolten.

Villagra hizo dejacion de la primera para poder obtener la que él juzgaba de mas gran valor.

Aquélla, que comprendia al cacique Tipitureo, "con todos sus principales indios e subjetos (1)", fué concedida mas tarde por Valdivia al capitan Juan Jufré, no sin reservar de estos naturales veinte *anaconas* para que sirvieran a Villagra.

La segunda de las encomiendas era designada por los soldados españoles con el nombre de *isla de Maquegua* (2), o *de Villagra*.

Góngora Marmolejo afirma en su crónica que Pedro de Valdivia "dió de repartimiento a Villagra mas número de treinta mil indios, diez leguas de la ciudad Imperial (3)".

Mariño de Lobera se espresa así:

"Fué Villagran mui bien recibido i agasajado del gobernador, i los que con él estaban, i en premio de los servicios que habia hecho a su Majestad en este reino, a los cuales acumulaba el presente trabajo de la ida i vuelta del Perú a traer jente, le dió el go-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 15, páj. 17.
(2) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 25, páj. 422.
(3) *Historiadores de Chile*, tomo 2.°, páj. 30.

bernador una encomienda de indios, que son los de todos los pueblos que hai entre el rio Tolten i Cautin; la cual tierra por estar entre dos rios llamaron la isla de Villagran (1)".

Los cronistas Rosales (3) i Córdoba i Figueroa (2) repiten las mismas noticias anteriores; i el segundo de ellos en los siguientes términos:

"El gobernador hizo algunos repartimientos de indios, como fué a Francisco de Villagra, su tenien te jeneral, a quien le dió treinta mil, i no falta quien lo aumente a treinta i seis, cosa portentosa, pues parece que es soñada la verdad. Esta asignacion la hizo en la provincia de Maquegua, que aun el dia de hoi permanece la mas poblada como la mas belicosa i pertinaz de este florido reino".

Evidentemente los cuatro cronistas citados exajeran el número de indíjenas que encomendó Valdivia a su teniente jeneral.

Mariño de Lobera da los mas altos guarismos. "A Francisco de Villagran, escribe, dió (Valdivia) treinta mil indios, que ya dijimos que le rentaban cien mil pesos (4)".

Contra esta afirmacion tan perentoria puede aducirse el hecho de que los conquistadores españoles no tenian elementos para formar un cálculo, ni siquiera aproximado, de los naturales que habitaban

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 6.°, páj. 134.
(2) *Historia Jeneral de el Reino de Chile*, tomo 1.°, páj. 473.
(3) *Historiadores de Chile*, tomo 2.°, páj. 59.
(4) *Historiadores de Chile*, tomo 6.°, páj. 142.

la antedicha *isla de Maquegua*; de tal modo que las apreciaciones de los cronistas deben calificarse como antojadizas.

Por otra parte, existe una declaracion oficial, en documento público, del mismo interesado, o sea, de Villagra, que reduce considerablemente el número de los indíjenas que le estaban confiados, en circunstancias de que a él le convenia abultar su encomienda.

Cuando Francisco de Villagra, en el mes de octubre de 1554, se vió obligado a tomar de las cajas reales de Santiago la suma de 38,803 pesos i dos tomines de oro, para armar i equipar su ejército contra los araucanos, afianzó el pago total de este dinero, para el caso en que el rei no aprobara su conducta, con la renta que le producian los naturales de Maquegua; i en la provision que entónces dictó como capitan jeneral espuso lo siguiente:

"El gobernador Pedro de Valdivia, difunto, de buena memoria, me dió i encomendó en nombre de su Majestad, en las dichas provincias de Arauco, los lebos e caciques i prencipales e indios dellos siguientes: Catenango, cacique del lebo Ailangue; el cacique Clopallibanque, cacique del lebo Purumen; i el cacique Cunilasan, cacique del lebo Puellocavi; i el cacique Marinaval, cacique del lebo Alegueco, con todos los dichos cuatro lebos, e con todos los caciques e prencipales e indios sus subjetos, que todos pueden ser cantidad de diez mill indios de visitacion, e tienen sus tierras e asiento en

la isla que el dicho gobernador a mí me dió i encomendó en nombre de su Majestad, que es en el rio Cagten (1)".

Sea como fuere, Francisco de Villagra gozó de este repartimiento hasta que murió, a mediados de 1563; i en seguida lo usufructuó su viuda, doña Cándida Montesa.

Esta señora falleció durante el gobierno de Bravo de Saravia, el cual se apresuró a conceder la encomienda vacante a su hijo Ramiriañez. Pero tales fueron las protestas de don Alvaro de Villagra, hijo natural del gobernador difunto, a quien apoyó con enerjia ante el rei el obispo de la Imperial don frai Antonio de San Miguel, que Bravo de Saravia pidió a su hijo hiciera dejacion de la encomienda, i agració entónces con ella a otra persona, no por cierto al mencionado don Alvaro de Villagra (2).

Por pocos años mas pudieron los españoles aprovecharse del trabajo de estos indíjenas, pues ántes de que concluyera el siglo, un gran levantamiento de los naturales de Arauco puso violento fin a la dominacion europea en esta altiva comarca.

Juan Bautista Pastene.—Este distinguido marino jenoves, quien, como es mui sabido, llegó a Chile a mediados de 1544, fué de los primeros agra-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 20, páj. 292.

(2) Errázuriz, *Los orijenes de la iglesia chilena*, pájinas 247 i 248. Véase tambien una carta de Rodrigo de Quiroga al rei, en 2 de enero de 1577, publicada en la *Historia de Chile* de Gay, en el tomo 2.º de *Documentos*, pájinas 116 i 117.

ciados por Valdivia dos años mas tarde, con motivo de la reforma de las encomiendas.

"Confirmo, escribia el conquistador de nuestro pais, en cédula de 1.° de agosto de 1549, i de nuevo encomiendo en vos, el dicho capitan Juan Bautista de Pastene, los caciques con sus indios que aquí iran espresados, los cuales tenia depositados en vuestra persona i confirmé por el removimiento que hice de vecinos en esta dicha ciudad a once de julio de quinientos i cuarenta i seis, i deposité a cinco de noviembre de quinientos i cuarenta i siete, que son: el cacique llamado Maluenpangue i sus herederos, con todos sus indios i principales i sujetos, que tienen su asiento en los promaucaes, i se llaman Taguataguas, i el cacique llamado Joan Darongo, con todos sus principales indios i sujetos, que tienen su tierra i asiento en este valle de Mapocho a la vera de éste i la del rio Maipo (1)."

Al año siguiente, en 4 de octubre de 1550, Valdivia aumentaba la encomienda anterior en los términos que siguen:

"Por la presente, encomiendo en vos, el dicho capitan Juan Bautista de Pastene, los caciques llamados Antequilica e Chumaro e Catanlagua, con todos sus principales indios e subjetos, que tienen su tierra en la provincia de los picones e valle llamado Poangui, como yo los tengo en mi cabeza, con

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 8.°, pájinas 453 i 454.

mas las tierras e asiento que tienen los dichos caciques e indios cerca del rio Maipo, llamado Pico, para sembrar los años que son de sequia, que por no tener agua el valle dicho de Poangui van allí a sembrar, e lo tienen por suyo de los tiempos pasados, sacando cuatro indios subjetos a los dichos caciques, con sus mujeres e hijos, si los hubieren, que estan en una estancia mia de puercos al presente, para que os sirvais de ellos conforme a los mandamientos e ordenanzas reales (1)".

Muerto el capitan Pastene, le sucedió en el repartimiento de indíjenas su hijo mayor, Tomas de Pastene, quien como su padre prestó importantes servicios en la conquista de Chile (2).

Posteriormente las encomiendas que habian pertenecido a esta familia fueron otorgadas a distintos poseedores.

La de los taguataguas estuvo en poder de don Pedro de Prado i Lorca hasta su muerte; i en 14 de junio de 1736 el presidente Salamanca agració con ella al capitan don Pedro Gregorio de Elzo, a quien sucedió su hijo don Juan Próspero de Elzo (3).

La de Poangui o Poangue, nombre que despues se convirtió en Puangue, se estinguió en manos de

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 18, páj. 445.

(2) Medina, obra i tomo citados. Documento VII. Consúltese tambien el *Diccionario Biográfico Colonial de Chile* del mismo autor, artículo sobre Juan Bautista Pastene.

(3) Volúmen 562 del Archivo de la Capitania Jeneral.

la familia Ovalle, la cual descendia en linea recta del jenoves Pastene, puesto que su fundador, don Francisco Rodriguez del Manzano i Ovalle, contrajo matrimonio en Chile con doña Maria de Pastene, nieta de aquel marino, i de este enlace provienen todos los Ovalles de nuestro pais.

Durante su matrimonio, i en el año de 1620, don Francisco habia comprado la estancia de Puangue a su cuñado el presbítero don Juan de Pastene.

En una lista de encomiendas de indíjenas de fines del siglo XVIII, al enumerar las que correspondian al correjimiento de Melipilla, se lee esta interesante noticia:

"La encomienda de Puangue de don Juan Antonio Ovalle. No tiene efectividad por dispersion de los indios. A cada indio le paga seis pesos al mes, como a cualquier trabajador (1)".

En la estancia de Puangue, que, segun es mui conocido, fué trasmitiéndose de padres a hijos en la misma familia Ovalle, fundó el célebre patriota del año 1810 don Juan Antonio de Ovalle i Silva un patronato de legos, llamado vulgarmente *mayorazgo Ovalle.*

Rodrigo Gonzalez.---La primera encomienda importante concedida por Valdivia a este eclesiástico,

(1) Véase tambien el volúmen 505 del Archivo de la Capitania Jeneral. En el documento 6421 se lee que en 1771 esta encomienda se hallaba vacante. No volvió, pues, a concederse a nadie; i los indíjenas se transformaron en inquilinos.

primer obispo de nuestro pais, fué la de Concepcagua, con su cacique Michimalongo, señor de la mayor parte del valle de Chile; pero, habiendo querido algun tiempo despues el conquistador nombrado recompensar con estos indíjenas a Francisco de Riberos, quien le habia prestado diez mil pesos a fin de que costeara el viaje de Alderete a España, los quitó del poder de Gonzalez (1).

Cuando llegó a Chile don Garcia Hurtado de Mendoza, Gonzalez poseia el repartimiento de indíjenas de Quillota, ademas de algunos otros naturales, los de Pico, verbigracia, todos los cuales le habian sido encomendados por Pedro de Valdivia (2), como recompensa por los ausilios en dinero con que habia favorecido la conquista del territorio.

A pesar de que se resistió a hacerlo cuanto pudo, Hurtado de Mendoza, al final de su gobierno, se vió obligado a cumplir una provision de la real audiencia de Lima en la cual se ordenaba que, a virtud de la real cédula de 1.° de marzo de 1551, debian trasladarse al dominio de la corona las encomiendas concedidas al obispo Gonzalez. Los reyes de España en diversas ocasiones habian prohibido terminantemente, a fin de evitar abusos en el trato de los indíjenas, que se entregaran repartimientos a los empleados del órden civil i a los miembros del clero.

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 23, páj. 58.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 11, pájinas 319 i 356.

Hurtado de Mendoza confió entónces la encomienda de Quillota a Juan Gomez de Almagro; pero, al mismo tiempo, trató de protejer, en cuanto era dable, al obispo Gonzalez, i con tal objeto, concedió los indíjenas de Pico a Antonio Gonzalez Montero, sobrino mui amado del obispo.

Durante el gobierno de Francisco de Villagra, don Rodrigo Gonzalez volvió a recibir en administracion el repartimiento de Quillota, i lo usufructuó hasta que en 7 de enero de 1563 el mismo Villagra hizo concesion de la encomienda a Diego Mazo de Alderete (1).

Antonio Gonzalez Montero tampoco pudo gozar con tranquilidad por mucho tiempo de los indíjenas de Pico, pues una nueva provision de la audiencia de Lima ordenó fueran devueltos a la corona.

El obispo Gonzalez salió entónces en defensa de su sobrino i dirijió al rei el interesante memorial que sigue:

«S. R. M. Por cumplir con lo que debo a mi conciencia e servicio de V. M., estando en lo último de mi vida, de grandes e graves enfermedades, acordé descrebir ésta, e será, despues de besar a V. M. las manos, hacer saber por verdad, pues la dignidad e muerte que breve espero no sufre otra cosa, i es que, con haber entrado en estas provincias de Chile, donde por mandado de V. M. soi obis-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 11, pájinas 425 i 428.

po, veinte e cuatro años ha con el gobernador don Pedro de Valdivia, con haciendas de yeguas i otras cosas que metí en servicio de V. M., que dellas e de sus multiplicos, despues de haber fecho mucho fruto en esta tierra, hice mas de treinta mill pesos de oro; e, queriéndome ir a España a descansar de tantos trabajos, como en esta tierra ha habido, por el gobernador Valdivia e por sus ruegos me fué estorbado, e como el gobernador tenia esta gobernacion tan pobre e tan necesitada, viendo questas provincias se perdian i cesaban de poblar, e los naturales de rescebir la dotrina evanjélica e convertirse a nuestra santa fee católica, pospuesto mi particular interese en servicio de Nuestro Señor e de V. M., yo di al gobernador Valdivia mas de treinta mill pesos en oro, fundidos e marcados, i con ellos pobló a V. M. la cibdad de la Concebicion, Imperial i Angol e Valdivia, Villarrica, e para pagarme dellos me dió a Pico, que seran hasta setenta indios, que son los primeros con que me empecé a pagar, sin título de encomienda ni otro ningun recaudo, mas de para dotrinarlos, e para pagarme con los tributos que daban; e, visto por el gobernador que con ellos no me podia pagar, me dió a Concagua, que son hasta trescientos indios, en el valle de Chile, i los tuve sin encomienda ni título algunos dias, e despues me los quitó e se los dió a Francisco de Riberos, vecino desta ciudad, que agora los posee; e despues, cerca de ocho meses ántes que matasen los naturales al gobernador Valdivia, visto que me que-

jaba porque no me pagaban, estando en la ciudad de la Concebicion, mandó que los indios de Quillota e mapochoes, que seran hasta ciento e cincuenta indios, en el mismo valle de Chile, los dotrinase, e de los tributos que diesen me pagase de lo que faltaba, e ansí me empecé a pagar de lo que sacaban, sin darme ni tener encomienda ni otro título alguno mas de lo que he dicho, e yo los tuve hasta que un Vicente Monte pidió ante la real audiencia de V. M., que reside en la ciudad de los Reyes, de las provincias del Perú, que se los diesen en administracion, haciendo relacion que eran encomendados en clérigo, aunque se sabia que no los tenia sino solamente para pagarme del oro que yo habia dado de mis haciendas; e, venido don Garcia a gobernar a estas provincias, impidió que no me acabasen de pagar, e los puso en cabeza de V. M., como hizo a todos los indios vacos que halló, que fueron todos repartidos por él a conquistadores, e a Quillota encomendó en el capitan Juan Gomez, e a Pico en Antonio Gonzalez, mi sobrino, aunque fuera justo que yo me acabara de pagar, pues lo que presté fué dado para servir a V. M., a quien le notifico con verdad, como a mi rei i señor natural, que todos los indios que digo tuve en dotrina para pagarme, e que no tuve encomienda, ni otro nengun título dellos mas de para el mesmo efecto, i esto digo porque, teniendo e poseyendo en encomienda un Antonio Gonzalez, mi sobrino, los indios de Pico, vino una ejecutoria de la real audiencia de Los Reyes en que

mandaron se pusiesen en la corona de V. M., habiendo hecho relacion que yo los habia tenido en encomienda, sin haber sido mas que para el efecto que digo, como los demas, de que me dió gran pena. A V. M. suplico que, pues esto es así, que V. M. no permita le sean removidos, pues, demas de tener justicia, mis servicios i trabajos, i lo que ha servido a V. M., lo merece. Nuestro Señor la C. real persona de V. M. guarde, i en mayores reinos e señorios aumente por mui largos años en su santo servicio. Desta ciudad de Santiago de Chile, primero de septiembre de mill e quinientos e sesenta e cuatro años.—C. Real Majestad, humilde vasallo e capellan de V. M. *Episcop. Chilens.*—A la Católica Real Majestad del Rei Nuestro Señor, en su Chancilleria que reside en la ciudad de Los Reyes, mi señor (1)».

La justa reclamacion de don Rodrigo Gonzalez fué bien acojida; i los indíjenas encomendados a su sobrino no solamente quedaron en poder de éste sino que ademas fueron trasmitidos a su hijo don Diego, gobernador interino de Chile en dos ocasiones (2).

El repartimiento de Quillota, que habia pertenecido sucesivamente a Pedro de Valdivia, al obispo Gonzalez, a la corona, a Juan Gomez de Almagro, por segunda vez al obispo, i a Diego Mazo de Al-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 444-446.

(2) Véase escritura pública otorgada ante el escribano Jines de Toro Mazote en 27 de marzo de 1597.

derete, fué entregado por el gobernador interino Pedro de Villagra a don Francisco de Irarrázaval, jentil hombre de boca de Felipe II i mui recomendado por el rei (1).

A pesar de todo, sin embargo, la corte de España no aprobó esta merced hecha en su nombre, i dió instrucciones al gobernador de Chile para que restituyera al dominio de la corona la encomienda mencionada, la cual mas tarde fué concedida a Juan Gomez de Almagro (2).

En cuanto a la encomienda de Pico, se estinguió en poder de la familia Velasquez de Covarrúbias, i en la rama de esta familia que provenia por linea de mujer de Antonio Gonzalez Montero.

En la lista ya citada de encomiendas de fines del siglo XVIII se nombra entre las del correjimiento de Melipilla la del pueblo de Pico, que pertenecia en segunda vida a don Alonso de Covarrúbias i Ovalle, con cuatro indíjenas reservados.

Un hijo de don Alonso poseia en la misma época la encomienda del pueblo de Pomaire (3), con doce indíjenas tributarios i cuarenta i nueve menores de edad.

La hacienda de Pico, que ha pertenecido a esta misma familia hasta hace poco tiempo, fué adquirida por compra para don Diego Velasquez de Cova-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 441-444.
(2) Medina, *Diccionario*. Pájina 358.
(3) Volúmen 505 del Archivo de la Capitania Jeneral.

rrúbias i Montero, cuando era menor de edad, con los tributos de su encomienda de Pico, por su padre don Alonso Velasquez de Covarrúbias i Lisperguer (1).

Juan Lobo.—Este clérigo fué de los primeros compañeros de Valdivia en su espedicion a Chile i regresó a la Península ántes de que aquel conquistador pereciera en Tucapel (2).

Valdivia le dió en encomienda algunos de los naturales que él se habia reservado para sí i tenia establecidos en el *valle de Chile*, o sea, del rio de Aconcagua.

Mas tarde el conquistador de nuestro pais autorizó a Marcos Veas para que se sirviera de estos mismos indíjenas, aunque nó de una manera definitiva.

«Os encomiendo, le decia, el cacique llamado Vichato, con los indios que tiene, que son del cacique Longopilla, que los tengo yo en el valle Chile, como los solia tener el padre Lobos, i este Vichato i sus indios los doi que sean vuestros hasta en tanto que os dé otra cosa en recompensa dellos, i como os los dé, me los habeis de dejar (3).»

Francisco de Aguirre.—Si hubiera de colo-

(1) Testamento de don Diego, otorgado por su viuda, doña Isabel Rosa de Ovalle, ante Juan de Morales Narvaez, a 16 de noviembre de 1713.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9.º, pájinas 207 i 226.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájina 401.

carse a los capitanes de Pedro de Valdivia en órden a la importancia de sus servicios, a Francisco de Villagra le tocaria sin duda el primer lugar; pero nadie podria disputar a Francisco de Aguirre el segundo.

Villagra gobernó nuestro pais por algunos años, en una de las épocas mas críticas de la guerra araucana; i Aguirre conquistó el Tucuman i sometió a la dominacion española el vasto territorio que hoi ocupan las provincias de Atacama i Coquimbo.

Pedro de Valdivia hizo merced a Aguirre en los primeros tiempos de una de las encomiendas mas importantes. Por desgracia, no ha llegado hasta nosotros el testo de la cédula de concesion.

En un interrogatorio presentado por Aguirre ante el alcalde ordinario de Santiago Pedro Alonso, en el año 1545, se lee esta pregunta:

«10.—Item, si saben quel dicho señor capitan Pedro de Valdivia, eleto gobernador, en remuneracion de mis trabajos e servicios, queriendo descargar la conciencia de S. M. i la suya, en su real nombre me dió e depositó ciertos indios que son mill indios con el cacique que se dice Cachapoal, e su heredero Elesoca, en los términos desta cibdad, en los poromaucaes, i aquí en este valle de Mapo(cho).... (1), e otro cacique, para servicio de mi casa, de cien indios, que se llama Vicelongo, here-

(1) En esta parte el orijinal se halla roto.

dero de Longomoro; digan e declaren lo que saben, etc. (1)».

Desgraciadamente algunos de estos caciques habian pertenecido a Antonio Tarabajano (2), de los primeros compañeros de Valdivia, i el perjudicado, con una tenacidad a toda prueba, trató de recuperar sus indíjenas por cuanto medio estuvo a su alcance.

Tarabajano fué de los acusadores de Valdivia ante el presidente La Gasca, i consiguió que este alto funcionario obligara al conquistador de Chile a devolverle los caciques por cédula firmada en Lima a 21 de noviembre de 1548 (3).

El mismo La Gasca confirmó por su parte la concesion de Valdivia con fecha 17 de marzo del año siguiente (4).

A pesar de hallarse conprometida la autoridad de los dos personajes nombrados, Tarabajano encontró en Chile resistencias invencibles para que se cumplieran los decretos de Lima: ni el licenciado Antonio de las Peñas, alcalde o justicia mayor de Santiago, ni el mismo Valdivia en la ciudad de Concepcion se allanaron a obedecer lo mandado (5).

La verdad era que, a su regreso del Perú, Valdi-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 10, pájina 17.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájinas 217 i 218.

(3) Obra i tomo citados. Pájinas 218 i 219.

(4) Obra i tomo citados. Pájinas 219 i 220.

(5) Obra i tomo citados. Pájinas 289, 290 i 291.

via, no solo habia confirmado la encomienda de Aguirre, sino que habia estimado necesario aumentarla en forma estraordinaria.

La razon de esta merced escepcional se hallaba en la importancia i gravedad de la comision que Francisco de Aguirre recibió entónces del fundador de Santiago.

Destruida la ciudad de la Serena por los naturales de la comarca, i muertos casi todos sus vecinos, Valdivia proyectó inmediatamente volver a fundarla, i determinó con tal objeto enviar a Aguirre, quien habia dado brillantes pruebas de valor personal i enerjia de carácter.

En estas circunstancias, con fecha 22 de julio de 1549, espidió la nueva cédula antedicha de encomiendas al aguerrido soldado que debia afianzar de una manera definitiva el estandarte español en Atacama i Coquimbo.

«En remuneracion de vuestros servicios, i hasta que la voluntad de su Majestad sea, escribió Valdivia en el documento aludido, encomiendo en vos, el dicho capitan Francisco de Aguirre, los indios que vos tenia depositados en esta ciudad de Santiago, que son los principales llamados Inviralongo, Pelquitalongo, Antegueno, Landaguano, con todos sus indios, que tienen su asiento en este valle de Mapocho, e suelen ser sujetos al cacique Alonso Moro (1), i el cacique Aloande con todos sus here-

(1) Es de suponer que este cacique sea el mismo que en la pregunta 10 del interrogatorio de Aguirre ántes trascrita

deros, con todos sus indios principales e sujetos, e los caciques e prencipales Tipande e Niticara, su tio, e Quintecara e Andequina, herederos del dicho Niticara, con todos sus indios principales e sujetos, como los mandaba el cacique Agamba, que tienen todos sus asientos en las provincias de los promacaes, e mas el valle todo de Copiapó con sus caciques e prencipales indios subjetos, como los tenia el capitan Juan Bohon, e los principales Chambacai, Iguarumbi e Quinol, con todos sus indios principales i subjetos, que tienen su asiento en el valle de Coquimbo, como los tenia yo, i éstos se vos dan para que vos sirvan en la ciudad de la Serena, atento a que vos habeis de dar en esta ciudad, a cumplimiento de dos mil indios, i en recompensa de los que vos faltaban, sobre los que teneis en ella, os doi a Copiapó i estos otros principales, para que vos sirvan en la ciudad de la Serena, dejando poblada vuestra casa en esta ciudad con un hombre con armas i caballo» (1).

Esta última frase se aplicaba al solar de que era dueño Aguirre en la ciudad de Santiago, donde fué firmada la cédula anterior.

Valdivia habia concedido a Francisco de Aguirre uno de los sitios mejor situados en la capital del nuevo

---

lleva el nombre de Longomoro. Los conquistadores no cuidaban absolutamente de escribir con exactitud los nombres de los caciques. Asi, uno de los caciques de Pastene es llamado de dos modos: *Joan Darongo i Guandarongo.*

(1) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 15, pájinas 220-222.

reino, o sea, en el costado oriente de la Plaza Mayor: la cuarta parte de la manzana, limitada por la plaza i por la futura calle de la Merced (1).

Una vez que fueron de nuevo sometidos los naturales de Coquimbo, i reedificada la Serena, Aguirre contó, pues, con dos casas: una en esta última ciudad i otra en la plaza principal de Santiago.

Sus encomiendas, como se ha leido, tambien se hallaban repartidas entre la jurisdiccion de la capital i la jurisdiccion de la Serena.

Antonio Tarabajano acusó mas tarde a Aguirre de haber trasportado algunos de los indíjenas que tenia en Santiago a la Serena para ocuparlos en los lavaderos de oro; i Francisco de Villagra, Rodrigo de Araya i Rodrigo de Quiroga, testigos presentados por Tarabajano, confirmaron la declaracion anterior (2).

No por mucho tiempo conservó, sin embargo, Francisco de Aguirre sus encomiendas de la jurisdiccion de Santiago, pues, habiendo concertado el matrimonio de una de sus hijas, las cuales entónces residian en España, con el conquistador Juan Jufré, cedió a éste los indíjenas mencionados, previo decreto que el gobernador Valdivia dictó en las riberas del rio de este mismo nombre, con fecha 3 de diciembre de 1551 (5).

---

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, pájina 61.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájinas 289, 297, 301 i 305.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájinas 13 i 14.

El primitivo poseedor de la encomienda, Antonio Tarabajano, aguardaba entretanto el momento oportuno para reclamarla de los que él consideraba usurpadores.

Esta ocasion se presentó despues de la muerte de Valdivia, i Tarabajano consiguió, por fin, merced a sus enérjicas jestiones en Chile i en el Perú, que los indíjenas del lugar de Gualemo, nombre definitivo que tuvo el repartimiento, le fueran restituidos (1).

Tarabajano volvió a Chile como capitan de una de las naves de la armada de don Garcia Hurtado de Mendoza, el cual premió sus servicios haciéndolo respetar como poseedor lejítimo de la encomienda de Gualemo, i agregando a esta la encomienda de de Topocalma, vacante por muerte de Gaspar Orense (2).

Algunos años despues Tarabajano cedió los indíjenas de Gualemo a su yerno Agustin Briceño, casado con Francisca Tarabajano, mestiza, hija del mencionado conquistador (3).

Briceño, ántes de que concluyera el siglo, hizo donacion de todos sus bienes a la Compañia de Jesus.

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájina 107. Gualemo, o Guaulemu, se hallaba cerca de la actual ciudad de Melipilla, donde hoi está la aldea de *El Bajo*.

(2) Medina, Obra i tomo citados. Pájinas 129 i 130.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájinas 223 i 250.

En cuanto a las encomiendas de Copiapó i de Coquimbo concedidas por Valdivia a Francisco de Aguirre, se perpetuaron en sus descendientes, hasta que a fines del siglo XVIII fué abolido el réjimen de encomiendas.

Pedro Gomez de Don Benito.—Segun los documentos de la época, el maestre de campo jeneral de la hueste de Valdivia recibió de su jefe el repartimiento de Quilicura.

Habiendo solicitado Pedro Gomez del cabildo de Santiago las tierras indispensables para el mantenimiento de sus caciques, fundándose en que a éstos se les habia despojado de las suyas propias en beneficio de la ciudad, se opuso a ello el poderoso encomendero de Talagante, Bartolomé Flores, cuyas propiedades se estendian a uno i otro lado del Mapocho.

Tanta era, sin embargo, la justicia de la peticion que el cabildo, con fecha 4 de agosto de 1553, i previo dictámen del alcalde ordinario Juan Jufré i del rejidor Juan Gomez de Almagro, concedió a Pedro Gomez las tierras de Quinamba, separadas de las que pertenecian a los indíjenas de Flores por una acequia del rio Claro, como entónces se designaba al Mapocho cuando reaparece en Pudagüel (1).

Este mismo repartimiento de Quilicura se perpetuó en la familia de Gomez por muchos años, pues

(1) *Historiadores de Chile*, Actas del Cabildo, pájinas 262 i 357.

consta que el gobernador don Alonso de Sotomayor lo concedió nuevamente al nieto de Gomez de Don Benito, el segundo Pedro Gomez Pardo (1).

Despues de la muerte de Valdivia, Gomez de Don Benito obtuvo una nueva encomienda, en el valle de Chile, de algunos de los caciques que habia poseido el obispo Gonzalez; pero esta concesion, así como otras hechas en la misma época a algunos conquistadores, de los indíjenas de la mencionada encomienda de Quillota, no tuvo efecto, pues, como ántes se ha leido, la corte de España ordenó que los repartimientos de naturales en aquella comarca fueran devueltos a la corona.

Gomez de Don Benito habia recibido por esta encomienda a los caciques «don Hurtado i Comparavando, con sus indios e principales», de los que tomó posesion en marzo de 1554, por decreto del alcalde ordinario Juan Fernandez de Alderete (2).

Rodrigo de Araya.—Con fecha 8 de marzo de 1545, Pedro de Valdivia depositó en él «los caciques llamados Pillinarongo i Birocuspa, con todos sus principales indios i súbditos que tienen su tierra subjetos en la provincia de los poromaucaes i solian ser sujetos al cacique Cachapoal i Leoca, su hermano, i los desmembró el dicho Cachapoal para os los dar, como os los doi, decia el conquistador, con

(1) Escritura de 3 de setiembre de 1590, ante el escribano Jinez de Toro Mazote.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 398, 406 i 409.

todos sus pueblos i tierra, como ellos la tenian i poseian en el tiempo que yo los tenia en mi cabeza, i con el mesmo derecho, i mas el prencipal llamado Tinguimangui, i en nombre de cristiano Gregorio, i su hermano Gualtimilla, herederos de Perilarongo, con todos sus prencipales indios i subjetos, que eran subjetos al cacique Longopillan, e que fuesen por sí con otro prencipal que se llama Guanpilla, que tiene su asiento en este valle de Mapocho, a los cuales se les han tomado sus tierras para servicio de los vecinos desta dicha ciudad (Santiago) (1)».

En la misma cédula, Valdivia hacia merced a Rodrigo de Araya de una pequeña propiedad en los alrededores de Santiago, en el lugar denominado el Salto, i desde entónces el *Salto de Araya*, con el objeto de que allí vivieran los indíjenas que le habia encomendado, miéntras se buscaba para ellos una residencia definitiva.

Agregaba el fundador de Santiago que cuando esto último sucediera las tierras concedidas podrian servir de chacra al agraciado.

En documento posterior Valdivia fijaba así los linderos de la propiedad:

«Tiene, decia, de largo trescientas varas, i ciento i cincuenta en ancho, poco mas o ménos, medidos con la vara de la ciudad, de veinte i cinco pies, i doioslas con las aguas que se suele regar, que tiene

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 403 i 404.

por linderos de la una parte la acequia que va a Guachuraba, i por otra las sierras que estan en la propia tierra, desde donde está una cruz por señal, encima de su punta, i desde esta punta sale una acequia que corre el agua con que se riega las dichas tierras, i de la otra parte linda con tierras mias (1).»

Juan Fernandez de Alderete i Jerónimo de Alderete.—Eran primos hermanos, i Juan mucho mayor que Jerónimo (2).

La amistad que se profesaban i los buenos servicios que les debia Pedro de Valdivia influyeron para que éste les concediera en comun dos valiosas encomiendas de indíjenas.

En cédula de 1.° de agosto de 1549 Valdivia se espresaba así:

«Confirmo e de nuevo encomiendo en vos, los dichos Juan Fernandez Alderete e capitan Jerónimo de Alderete, todos los caciques e prencipales con sus indios que aquí iran espresados, los cuales tenia depositados en vuestras personas, confirmé e deposité a once de julio de mil quinientos e cuarenta e seis años, por el removimiento que hice de vecinos en esta dicha ciudad, que son: el cacique llamado Catacingo e los prencipales llamados Vanga, Mantepan, Pameurongo, Condatongo i Anguaguai i Parapuchi, con todos sus indios i subjetos, que tienen

(1) Ghigliazza, *Provincia Dominicana de Chile*. Pájina 222.
(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14, pájina 325.

su asiento en este valle de Mapocho, e mas los caciques llamados Quirogalguen i Painavillo e Llavelemo e Guaguinpangue e Guaquei e Mareande, con todos los indios e prencipales e subjetos a estos dichos caciques aquí nombrados, que tienen todos su tierra e asiento en la provincia de los promocaes (1)».

Juan Fernandez de Alderete no ayudó propiamente a la conquista de Chile con el esfuerzo de su brazo, en las campañas militares, sino en las labores pacíficas de la administracion pública, como tenedor de bienes de difuntos i alcalde ordinario de Santiago.

Por el contrario, su primo Jerónimo, que contaba catorce años ménos que él (2), fué uno de los principales capitanes de Valdivia en sus espediciones de guerra i de esploracion.

Despues de la cédula de 1.° de agosto de 1549, Valdivia espidió otras dos destinadas a aumentar los indíjenas que habia encomendado a Jerónimo de Alderete.

En 20 de noviembre del mismo año le confió al cacique Imbinpangue con todos sus súbditos, los cuales tenian su asiento en las riberas setentrionales del Biobio, i agregó algunos otros caciques a los de su anterior encomienda en el valle del Mapocho;

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14, pájinas 216-218.

(2) Consúltese el *Diccionario Biográfico Colonial* de Medina.

pero Alderete solo aceptó estos últimos e hizo dejacion de los primeros (1).

Mas tarde, en 4 de marzo de 1552, en vísperas del viaje que el mismo Alderete por comision de Pedro de Valdivia debia emprender a la Península, el gobernador de Chile le hizo merced de dos nuevas encomiendas: una de seis mil indios de visitacion al sur del rio Tolten, a fin de que le sirvieran en la ciudad de Imperial, i otra de cien indios en los alrededores de Valdivia (2 .

Muerto Jerónimo de Alderete, de regreso a Chile, en la pequeña isla de Taboga, al frente de Panamá, su viuda, doña Esperanza de Rueda, consiguió que el marques de Cañete, virrei del Perú, confirmara, por decreto de 16 noviembre de 1556, su derecho para suceder, a falta de hijos lejítimos, que no los tenia, en las encomiendas de Chile pertenecientes a su marido (3).

Dificultad grave fué entónces la de separar en las encomiendas del Mapocho los indíjenas que debian corresponder a la viuda nombrada de los naturales que pertenecian a Juan Fernandez de Alderete, i los interesados se vieron en la necesidad de someter la cuestion a Hernando de Santillan, justicia mayor del reino, quien hubo de resolverla ajustándose en lo posible al espíritu de la cédula de merced

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14, pájinas 221 i 222.

(2) Obra i tomo citados, pájinas 222 i 223.

(3) Obra i tomo citados, pájinas 223-230.

dictada por Pedro de Valdivia en 1.° de agosto de 1549 (1).

Por poco tiempo mas, sin embargo, disfrutó Fernandez de Alderete de las encomiendas que le tocaron, pues, como es mui sabido, resolvió ántes de morir hacer profesion solemne en el convento de San Francisco, al cual habia cedido el sitio en que primitivamente habia sido fundado (2).

En cuanto a los naturales que le servian, habia hecho dejacion de ellos con el fin de que le fueran dados en encomienda al gallego Juan de Barros, marido de su hija Ines de Alderete.

La dote mas codiciada en aquellos tiempos consistia en una buena encomienda de indíjenas. La tierra por sí misma no tenia entónces valor, i el único capital apreciable estaba formado con la carne i hueso de los naturales; puesto que a vil precio ellos eran los que cultivaban el campo, mantenian a los españoles i acumulaban el oro en los lavaderos.

El gobernador Hurtado de Mendoza no presentó dificultad alguna para conceder en primera vida las encomiendas de Fernandez de Alderete a su subalterno Juan de Barros, el cual habia llegado a Chile en su compañia; pero el agraciado se apresuró a solicitar la confirmacion real de esta merced temeroso de que fuera anulada mas tarde.

---

(1) Obra i tomo citados, pájina 312.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 42.

El rei declaró válido el decreto de Hurtado de Mendoza por real cédula de 30 de noviembre de 1561 (1).

En su testamento, el capitan Juan de Barros Alderete, hijo del anterior, se decia encomendero de Tango, Malloco, Tobalaba, Ligueimo i Lampa (2).

La viuda de Jerónimo de Alderete, por su parte, imitó el ejemplo del primo de su marido e hizo dejacion de sus encomiendas en favor de Pedro de Miranda, uno de los primeros compañeros de Valdivia, i casado con una parienta de doña Esperanza, llamada tambien Esperanza de Rueda (3).

El gobernador Pedro de Villagra espidió el título de estas encomiendas en beneficio de Miranda a 15 de diciembre de 1564 (4).

La viuda de Alderete debia sobrevivir por muchos años a Miranda i a su mujer, los cuales, segun refiere Mariño de Lobera, fueron asesinados en 1573 por Bernabé Mejia, yerno de Miranda; i probablemente aquella señora recuperó sus indíjenas, segun lo habia previsto en una escritura pública del mismo año 1564, para el caso en que no pudiera tener efecto la cesion que hacia de ellos.

(1) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial.* Artículo *Juan de Barros.*

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 124. La actual familia chilena de Barros desciende de los dos capitanes nombrados.

(3) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 215.

(4) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 14, pájina 214.

Por lo demas, la mencionada viuda habia obtenido una real cédula firmada por la princesa doña Juana, rejente de España, con fecha 29 de octubre de 1556, en virtud de la cual se ordenaba al gobernador de Chile pusiera a doña Esperanza de Rueda en posesion de los repartimientos de su marido (1).

Al empezar el siglo XVIII las encomiendas de Ligueimo, Tango i Tobalaba pertenecian a don Antonio Carvajal i Saravia (2).

Pedro de Villagra.—Primo de Francisco de Villagra i uno de los primeros compañeros de Valdivia, tuvo una parte principal en la conquista de Chile.

Valdivia le concedió dos encomiendas: una en la jurisdiccion de Santiago i otra en la jurisdiccion de la Imperial, de mas de quince mil indíjenas (3).

Esta última se hallaba a orillas del rio Tirúa (4), en el actual departamento de Cañete.

Despues de la muerte de Valdivia, Pedro de Villagra se trasladó al Perú con el fin de solicitar socorro de armas i soldados, i llegó al virreinato en los dias en que zarpaba la espedicion de don Garcia Hurtado de Mendoza a Chile.

Segun refiere el mismo Villagra, el virrei, padre de don Garcia, trató de impedir a toda costa que se

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 13, pájinas 468 i 469.

(2) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 1392, pieza 3.ª

(3) Medina, obra i tomo citados, pájina 23.

(4) *Diccionario Biográfico Colonial* de Medina, pájina 961.

embarcara con el nuevo gobernador; i a este fin se empeñó por que se estableciera en el Perú.

Villagra, merced a los buenos oficios del virrei, contrajo entónces matrimonio con una viuda rica, vecina del Cuzco, doña Beatriz de Figueroa, a la cual aquel funcionario dotó con la encomienda de Parinacocha (1).

Pedro de Villagra regresó a nuestro pais cuando su primo Francisco desempeñaba las funciones de gobernador, i sucedió a éste en el mismo carácter hasta el año de 1565, en que fué enviado preso al Perú por Rodrigo de Quiroga.

Sus repartimientos de indíjenas en Chile habian sido concedidos a los capitanes Gabriel de Villagra, Juan de Cuevas, Pedro de Leon, Diego Garcia de Cáceres i Pedro Lisperguer (2).

Juan Jufré.—Pedro de Valdivia dictó a favor de Jufré diversas cédulas de encomienda, en las fechas que siguen:

27 de julio de 1542. Le depositó el cacique Vitapandi con todos sus súbditos.

Esta merced fué anulada por la que se menciona a continuacion (3).

24 de enero de 1544. Deposita en él al cacique

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 13, pájinas 335-338. *Diccionario Biográfico Colonial* del mismo autor, pájinas 961 i 962.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 13, pájina 39; i tomo 25, pájina 199.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájina 6.

Tipitureo, el cual tenia su asiento a orillas del rio de Guelenguelevano (1), con todos sus súbditos.

Estos indíjenas, que habitaban entre los poromaucaes, le fueron nuevamente encomendados a Jufré por el mismo Valdivia en cédula de 1.° de noviembre de 1552, en la cual se espresa, segun ántes se ha leido, que los mencionados naturales habian pertenecido en otro tiempo a Francisco de Villagra (2).

1.° de Agosto de 1549. «Confirmo, decretaba en esta fecha el conquistador de Chile, e de nuevo encomiendo en vos el dicho capitan Juan Jufré los caciques e principales, con sus indios, que aquí iran espresados, los cuales tenia depositados, deposité e confirmé, por el removimiento que hice de vecinos en esta dicha cibdad a once de jullio de quinientos e cuarenta e seis años, por convenir así al servicio de su Majestad e bien de sus vasallos, tierra e naturales, que son los principales llamados Malti i Tocalevi, hermanos, con todos sus indios e principales, que tienen su asiento en las cabezadas deste valle de Mapocho, e solian ser sujetos al cacique Longomavico, e mas los caciques llamados Guaquilla e Tipandi, con todos sus principales e indios a ellos subjetos, que tienen su asiento en los promaucaes, i el cacique Arongoante e los principales Millanabal, Calquimarongo, Catearongo i Quidetui, con todos

(1) Nombre araucano del rio Mataquito. Esta encomienda se hallaba en Peteroa. Véase Medina, *Documentos Inéditos*, tomo 15, pájina 18.

(2) Medina, obra i tomo citados, pájina 17.

sus indios e principales, que tienen su tierra en los promocaes, con mill e quinientos indios de visitacion.»

3 de diciembre de 1551. Por esta cédula Valdivia confirmó las encomiendas anteriores de Jufré, i las acrecentó, como ya se ha referido, con los indíjenas que Francisco de Aguirre, futuro suegro de Jufré, tenia en la jurisdiccion de Santiago.

Desgraciadamente, segun tambien se ha visto, esta última encomienda fué devuelta en la época de Hurtado de Mendoza a su primitivo poseedor, Antonio Tarabajano.

En las cuatro encomiendas que conservó hasta su muerte Juan Jufré, o sea, en las de Macul, Peteroa i Copequen, Mataquito i Calquillai, i Pocoa, situada esta última al norte del Maule, sucedió su hijo mayor, don Luis Jufré, o Jofré, de Loaiza, correjidor de Santiago en 1603. (1).

En el año 1582, estas encomiendas tenian los indíjenas tributarios que siguen: Macul, veintidos; Peteroa i Copequen, ciento noventa i siete; Mataquito i Calquillai, ciento cuarenta i dos; i Pocoa, cincuenta i siete (2).

Gaspar de Villarroel.—De manos del gobernador Valdivia recibió un repartimiento de indíjenas en la jurisdiccion de Santiago; pero, habiéndose dirijido a la Península con el fin de ir a bus-

(1) Medina, obra i tomo citados, pájinas 103 i 198.
(2) Medina, obra i tomo citados, pájinas 198-202.

car a su familia, vendió la encomienda a Bernardino Mella (1).

Alcanzó a regresar a Chile ántes del combate de Tucapel, i obtuvo del mismo gobernador otro repartimiento en las vecindades de la Imperial (2).

Mas tarde, Francisco de Villagra, en 20 de abril de 1563, le concedió varios repartimientos en la jurisdiccion de la ciudad de Valdivia, los cuales eran entónces mui codiciados por haberse descubierto en aquella rejion valiosos lavaderos de oro (3).

Estos repartimientos habian sido señalados por don Garcia Hurtado de Mendoza a otros conquistadores, algunos de los cuales, como el cronista Mariño de Lobera, suscitaron graves litijios a Villarroel despues de la muerte de Villagra.

En vano Villarroel hizo mérito de sus importantes servicios i de que a la fecha solo poseia en encomienda tres caciques principales, con cincuenta indíjenas de visitacion, a lo mas (4); pues el cronista nombrado, por real cédula de 4 de noviembre de 1568, consiguió que sus naturales de Chile le fueran devueltos (5).

Juan Gomez de Almagro.—El padre de este conquistador, el capitan Alvar Gomez, maestre

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 16, pájinas 452 i 461.

(2) Medina, obra i tomo citados, pájina 452.

(3) Medina, obra i tomo citados, pájinas 451-461.

(4) Medina, obra i tomo citados, páj. 470,

(5) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. Páj. 505.

de campo de la hueste de Valdivia, al decir de sus compañeros, era hermano de Diego de Almagro (1). Desgraciadamente, falleció en Tarapacá, ántes de llegar al valle del Mapocho, i su hijo careció desde entónces del amparo que habria podido prestarle deudo tan inmediato del descubridor de Chile.

Valdivia, sin embargo, le nombró alguacil mayor de la ciudad de Santiago, i, con fecha 24 de enero de 1544, le concedió la encomienda que sigue:

«Deposito en vos el dicho Juan Gomez los caciques llamados Palloquierbico e Topocalma i Gaulauquen, con todos sus prencipales e indios e subjetos, que son en las provincias de los poromaucaes, a la costa de la mar, e mas los prencipales Arcanaval, Rutauconi, Arongomilla, Quiechongare, con todos sus indios, que solian ser subjetos al cacique Cilongomoro, e son en este valle de Mapocho (2).»

Con motivo de la reformacion jeneral de las encomiendas, por cédula de 11 de julio de 1546, Pedro de Valdivia confirmó la anterior i agregó los indíjenas que en seguida se nombran:

«Y mas os deposito, se leia en el mencionado documento, los prencipales Huminelgas, i Calmalongo, i Guanunabal, que se huyó muchos dias de la tierra de Palloquilica, i está poblado de aquella parte de Maule, con todos los indios de los dichos

(1) Santa Cruz, *Problemas históricos de la conquista de Chile.*

(2) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 11, páj. 7

prencipales, ora sean subjetos de los caciques o de otros (1).»

De regreso de su viaje al Perú, en 1.° de agosto de 1549, el conquistador de nuestro pais confirmó estas concesiones de una manera solemne (2).

Tan satisfecho debia de estar Valdivia con la esforzada conducta de Gomez en medio de las penalidades de la lucha con los naturales que al año siguiente, por cédula de 21 de abril de 1550, aumentaba aun el número de sus indíjenas.

«Encomiendo en vos el dicho Juan Gomez, de nuevo e por la presente, le decia, en nombre de S. M., quedando en su fuerza i vigor la cédula de arriba contenida, el cacique llamado Millanabal e Purinabal, con todos sus indios i subjetos, como los tenia Gaspar de Vergara por mi cédula, que tienen su asiento en la provincia de los poromaucaes, por dejacion que hizo ante mí ayer, que se contaron veinte dias del mes de abril deste presente año de mil e quinientos e cincuenta, e con el mesmo derecho que los tenia el dicho Gaspar de Vergara (3).»

Algunos años despues, **Gaspar de Vergara** era vecino de la ciudad de los Confines, séptima i

(1) Medina, obra i tomo citados. Páj. 9.

(2) Medina, obra i tomo citados, pájinas 9-11. En las tres cédulas que acaban de recordarse en el testo, relativas a las encomiendas de Gomez, los nombres de los caciques aparecen con variantes considerables. Trabajo útil seria el de un filólogo, conoceder de la lengua araucana, que fijara cuál debiera ser la forma definitiva de tales palabras.

(3) Medina, obra i tomo citados, páj. 11.

última poblacion fundada por Pedro de Valdivia (1).

Las necesidades de la guerra obligaron a Francisco de Villagra a abandonarla, i sus habitantes se trasladaron a Concepcion; pero Vergara que, segun parece, habia tomado cariño por la comarca, tan luego como don Garcia Hurtado de Mendoza fundó la ciudad de los Infantes de Angol, a poca distancia de la antigua de los Confines, se estableció en ella, donde llegó a ser alcalde en 1562 (2).

En pocas palabras, Gaspar de Vergara quedó satisfecho con su suerte de vecino encomendero en una ciudad de segunda clase, la cual era poco ménos que una aldea de nuestros dias.

En cambio, Gomez de Almagro, a quien se habia agraciado con los indíjenas de Vergara, perdió mui pronto su espléndida situacion; pues Pedro de Valdivia, en los últimos meses de su vida, le obligó a hacer dejacion de todas las encomiendas que le habia dado, a favor de Gaspar Orense, i a admitir los indíjenas que éste poseia en Tabon, Culimalen i Guamaque, en la jurisdiccion de la Imperial (3).

Despues de esta permuta de indíjenas, los dos soldados españoles permutaron tambien las casas,

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 13, pájinas 353 i 354.

(2) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. Páj. 947.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 23, pájinas 86 i 91.

chacras, yanaconas, sementeras i otros bienes que poseian el uno en el sur i el otro en el norte del pais.

A virtud de este convenio, Orense cedió a Gomez de Almagro:

1.° Sus casas de la Imperial.

2.° Dos saltos o caidas de agua, en el rio de las Damas i en el rio Cauten.

3.° Su chacra de la Imperial.

4.° Sementeras de trigo, cebada, maiz, frísoles, lino, madi (1), papas, i otras semillas.

5.° Sus yanaconas.

6.° Toda la madera que se hallaba en su poder.

7.° Sus bateas.

Por su parte, Gomez de Almagro entregó á Orense:

1.° Dos casas en Santiago.

2.° Cuatro chacras cercanas a la misma ciudad, i una estancia situada en la confluencia del Cachapoal con el *Quintilílica*, hoi Tinguiririca, llamada Cailloa (2).

3.° Sementeras de trigo, cebada, maiz, lino, frísoles, papas i otras semillas.

Fuera de estos bienes de importancia, Orense i Gomez de Almagro permutaron ademas los cofres, las mesas, los bancos, las sillas, las camas, las ollas

(1) Planta de la cual estraian los indíjenas aceite para sus comidas. Véase Tomas Guevara, *Historia de la Civilizacion de Araucania*. Tomo 1.°, pájinas 170 i 171.

(2) Probablemente la hacienda de Cailloma, de la familia Ortúzar.

i cántaros de la cocina, toda clase de herramientas de trabajo, las gallinas i los puercos (1).

La permuta, en consecuencia, fué completa, i se perfeccionó hasta en sus mas ínfimos detalles.

Gomez de Almagro, sin embargo, no se conformó nunca con ella, i desde la muerte de Pedro de Valdivia, a los pocos dias de haber cumplido con todos los trámites legales del convenio, entabló sus reclamaciones ante los diversos gobernadores que hubo en Chile, con tal perseverancia que al fin consiguió la devolucion de sus naturales.

Al principio la suerte se presentó decididamente adversa para sus intereses.

En primer lugar, no pudo obtener que Francisco de Villagra, inmediato sucesor de Valdivia, le hiciera justicia (2); i, en segundo lugar, tuvo el sentimiento de que don Garcia Hurtado de Mendoza, fundándose en que las encomiendas de Gaspar Orense habian quedado vacantes por su muerte, las concediera, en 18 de febrero de 1558, a Antonio Tarabajano, quien le habia acompañado, como ántes se ha leido, desde la ciudad de los Reyes (3).

Ante las protestas que esta merced provocó de parte de Gomez de Almagro, Hurtado de Mendoza trató de conciliarlo todo agraciando a este último con una buena encomienda a orillas del Biobio (4);

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 176-186.
(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11 pájinas 49 i 50.
(3) Medina, obra i tomo citados. Pájinas 129 i 130.
(4) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. Pájina 359.

pero, por desgracia, el mencionado repartimiento tenia dueño, quien entabló las jestiones judiciales necesarias, i obtuvo su devolucion por carta ejecutoria de la real audiencia de Lima (1).

Hurtado de Mendoza en esta apurada emerjencia se decidió a quitar la encomienda de Quillota, como ántes se ha visto, al obispo Rodrigo Gonzalez, de acuerdo, por lo demas, con provisiones terminantes de aquel mismo tribunal; i con fecha 31 de diciembre de 1560, un mes ántes de retirarse del gobierno de Chile, la concedió a Gomez de Almagro (2).

De regreso a España, el futuro marques de Cañete quiso completar su obra de reparacion, i consiguió que la majestad de Felipe II firmara en 23 de marzo de 1562 una real cédula en que recomendaba calorosamente al gobernador de Chile los servicios de Gomez de Almagro, mandándole que, ademas de los indíjenas de Quillota, le diera otro repartimiento de valor (3).

Esta órden del rei llegó tarde. Francisco de Villagra, sucesor de Hurtado de Mendoza, habia entregado en administracion la encomienda de Quillota al obispo Gonzalez (4); i, para indemnizar a Gomez de Almagro, le habia devuelto sus encomiendas

(1) La encomienda pertenecia a Diego Diaz. Consúltese a Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9, pájina 395.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 419-422.

(3) Medina, *Diccionario*. Pájina 359.

(4) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájina 427.

primitivas, quitándolas a Tarabajano, con fecha 3 de setiembre de 1561, en los términos que siguen:

«Encomiendo en vos el dicho Juan Gomez, se leia en la cédula, los dichos caciques Topocalma e Palloquililica e Gualauquen e Millanabal, con sus indios e subjetos, que son en la provincia de los poromaucaes, e Aluntancone e Longomilla e Quilchangare con sus indios, que son en este valle de Mapocho, como e segund los teníades e poseíades por el dicho gobernador don Pedro de Valdivia (1).»

Este arreglo se halló mui léjos de satisfacer a Gomez de Almagro, quien entónces pretendia no solo sus antiguas encomiendas sino ademas la que e habia concedido Hurtado de Mendoza en Quillota; e irritó profundamente, como era natural, a Tarabajano, el cual apeló a todos los recursos que le daban las leyes para alcanzar el reconocimiento de lo que él juzgaba su derecho.

Mas tarde, i pocos meses ántes de morir, en 7 de enero de 1563. Francisco de Villagra hizo merced del repartimiento de Quillota a Diego Mazo de Alderete, probablemente deudo cercano de Jerónimo de Alderete (2).

De advertir es que Villagra habia recibido una recomendacion mui calurosa del Consejo de Indias en favor de Mazo de Alderete, por los importantes servicios que habia prestado al rei en las guerras civiles del Perú.

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 186-189.
(2) Medina, obra i tomo citados. Pájinas 425-428.

Posteriormente Pedro de Villagra, primo i sucesor de Francisco de Villagra en el gobierno de Chile, por cédula de 2 de setiembre de 1564, entregó la misma encomienda de Quillota a don Francisco de Irarrázaval, jentilhombre de la casa de S. M. i recomendado especialmente por el rei (1).

Gomez de Almagro no se arredró con estas resoluciones ni por el valimiento de sus adversarios, i, en octubre de 1564, se trasladó a Lima, i en seguida a España, con el objeto de sostener su causa.

Despues de mucho litigar, consiguió sentencia favorable del Consejo de Indias en 28 de julio de 1567 (2). No se retiró, sin embargo, de la Península sin traer a América una nueva cédula real de recomendacion para el gobernador de Chile, que lo era el presidente de la real audiencia don Melchor Bravo de Saravia (3).

A su regreso, tuvo ademas la satisfaccion de que la real audiencia de Lima reconociera sus derechos a las encomiendas de Topocalma i Rapel, por sentencia de 7 de junio de 1570, contra lo alegado por Antonio Tarabajano (4).

Estos litijios tan encarnizados, que duraban a menudo diez omas años, i exijian de las partes gastos considerables para asegurar los servicios de un centenar de indíjenas, i a veces de un número mu-

(1) Medina, obra i tomo citados. Pájinas 441-444.
(2) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. Pájina 358.
(3) Medina, *Diccionario*. Pájinas 359-361.
(4) Medina, *Diccionario*. Pájina 358.

cho menor, demuestran la importancia de las encomiendas, i prueban en forma elocuente la necesidad imprescindible de la cooperacion de los naturales.

Gomez de Almagro habia contraido matrimonio con Francisca de Escobedo, hija lejítima del licenciado Juan de Escobedo, en la cual habia tenido un hijo, don Juan de Rivadeneira (1).

Este capitan heredó las encomiendas de su padre (2).

Ademas, con fecha 25 de marzo de 1599, el gobernador Pedro de Vizcarra le concedió el repartimiento de Tirúa (3), que, como se recordará, habia pertenecido a Pedro de Villagra, primo, i sucesor en el gobierno, de Francisco de Villagra.

En 1599, este repartimiento se hallaba vacante, despues de haber sido poseido por el jeneral Gabriel de Villagra, tio del gobernador Francisco de Villagra, i por su primojénito don Juan de Villagra quien habia muerto en la frontera de la Imperial (4).

Alonso de Córdoba.—«A un conquistador llamado Alonso de Córdoba, que se decia de la familia del gran capitan, escribe Vicuña Mackenna dióle Valdivia una ensenada en el valle de Pirque,

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 158.

(2) Protocolos de Jines de Toro Mazote. Escrituras de 27 de octubre de 1590 (a foja 533 vuelta) i de 27 de marzo de 1597 (a foja 263).

(3) Medina, *Documentos inéditos.* Tomo 25, pájinas 187-193.

(4) Medina, *Diccionario.* Pájina 960.

a orillas del rio Maipo, i por esto llámase todavia *el Principal de Córdoba.* (1)

«Chile, esplica el mismo historiador, no se repartió por tierras sino por indios i caciques, otorgando a los mas favorecidos un *principal*, o cacique de encomienda, que vivia en escasa reduccion.»

Despues de haber guerreado valientemente contra los naturales del Perú i de nuestro pais, Valdivia le envió a España, donde obtuvo un escudo nol biliario de armas en 1552 (2).

De regreso a Chile trajo a un hijo suyo, llamado tambien Alonso, el cual, tan luego como estuvo en edad de hacerlo, tomó participacion importante en la guerra de Arauco.

Alonso de Córdoba *el viejo* (3), como designaban a este último sus compañeros, a fin de que no se confundiera con su hijo Alonso *el mozo*, obtuvo de los sucesores de Pedro de Valdivia dos nuevas encomiendas.

Por la primera, le fué hecha merced de los caciques don Alonso i Baltazarillo, «con sus indios i principales a ellos subjetos», los cuales habian residido anteriormente en el valle del Mapocho, i habian sido trasladados *al de Chile* con motivo de la fundacion de Santiago; i, ademas, del cacique Guandarongo, que tenia su asiento en Pico (4).

(1) *Relaciones Históricas.* Tomo 1.°, pájina 24.

(2) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial.* Pájina 210. Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 9, pájina 418.

(3) Thayer Ojeda, *Los conquistadores de Chile.*

(4) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 11, páj. 406.

Estas concesiones, recaidas en naturales que habian pertenecido al obispo Gonzalez, fueron anuladas, como ántes se ha leido, por la corte de España i el Consejo de Indias.

Posteriormente don Garcia Hurtado de Mendoza agració a Córdoba *el viejo* con los principales llamados Perimalongo, Tongui i Catalande, «con todos sus indios principales i subjetos, que tenian su asiento en el valle de Mapocho, i solian ser del cacique Vitacura (1)».

Despues de algun tiempo, Córdoba *el viejo* hizo dejacion de sus encomiendas, i el gobernador Francisco de Villagra las concedió a Alonso de Córdoba *el mozo*.

El primero de este nombre i apellido, o sea, el abuelo, no solo habia sido guerrero valiente sino tambien industrial emprendedor. Segun se sabe, fundó un obraje de paños en Rancagua; i, como complemento de esta fábrica, estableció tienda en Valparaiso, para la venta de sus artefactos (2).

Su hijo don Alonso de Córdoba *el viejo* contrajo matrimonio con doña Mariana de Morales, hija del

(1) *Villacura*, dice el testo. Segun Vicuña Mackenna, Vitacura representaba a orillas del Mapocho la autoridad del inca, i a él se debió la construccion de la acequia que regaba la *Chimba* a la época de Pedro de Valdivia. (Véanse: Vicuña Mackenna, *Relaciones Históricas*. Tomo 1.°, pájinas 21 i 22; i Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14, pájinas 420 i 438).

(2) Errázuriz, *Los orijenes de la iglesia chilena*. Páj. 364. Véase tambien Medina, *Diccionario*. Páj. 210.

conquistador Diego Sanchez de Morales, en la cual tuvo los hijos que siguen:

1.° Don Alonso, correjidor de Santiago en 1610. Murió ántes que su padre, despues que éste le habia cedido el obraje de Rancagua, i sus casas de la plaza mayor de Santiago. Córdoba i Morales habia casado con doña Agueda de Urbina, i procreó una sola hija, doña Maria de Córdoba, esposa de don Gaspar de Soto (1).

2.° Juan, quien heredó tierras en Rancagua.

3.° Frai Valentin, dominicano.

4.° Diego de Morales, al cual tocó la estancia de Pudagüel. (Véase Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, pájina 190).

5.° José.

6.° Pedro, heredero de la finca de Codegua.

7.° Ambrosio, heredero de la propiedad llamada entónces *la Laguna de la Mar*, hoi *El Convento*, situada en el actual departamento de Melipilla. Esta hacienda pertenece a la familia de Cerda, despues de haber sido por largos años propiedad de la órden de Santo Domingo, de la que formaron parte varios miembros de la antigua familia de Córdoba.

8.° Doña Ana.

9.° Doña Ines (2).

(1) Doña Francisca de Soto i Córdoba fué la mujer de don Francisco Cortes i Ribera, a quien llevó de dote el obraje de Rancagua. Escritura de 9 de julio de 1641, ante Santiago Antonio de Bocanegra.

(2) Testamento de don Alonso de Córdoba, abierto ante Manuel de Toro Mazote en 10 de julio de 1623.

La estancia de *El Principal* perteneció cerca de ochenta años al vínculo del mayorazgo García de Huidobro; i de este modo la encomienda de Alonso de Córdoba *el viejo* sirvió como sólida base a una de las familias mas ricas i respetables de nuestro país.

Gonzalo de los Rios. —Fué de los conquistadores privilejiados en 1546, a quienes Pedro de Valdivia conservó sus anteriores repartimientos o hizo merced de otros de mayor importancia.

A su regreso del Perú, i, con fecha 1.° de agosto de 1549, Valdivia le encomendó tambien «la mitad de los valles de la Ligua i el Papudo, con todos sus caciques principales, i con todos sus indios naturales i mitimaes sujetos a los caciques de la mitad de los dichos valles (1)».

Estos terrenos eran mui fértiles, i, por lo tanto, mui codiciados. En el año 1599 el gobernador Vizcarra concedió, como se sabe, la rejion del valle de la Ligua bañada por el mar a doña Isabel Osorio de Cáceres, viuda de Ramiriañez Bravo de Saravia, i tal fué el oríjen de la hacienda de Pullalli, perteneciente al mayorazgo de Irarrázaval (2).

Las tierras i encomiendas de Gonzalo de los Rios fueron heredadas por su hijo mayor, el segundo Gonzalo de los Rios, correjidor de Santiago en tres ocasiones; con advertencia de que el repartimiento le

(1) Papeles del mayorazgo Cerda.

(2) *Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 1.°, páj. 244.

fué concedido en primera vida, bajo el nombre de encomienda de la Ligua, Putaendo i Codegua (1).

Algunos de estos caciques habian pertenecido a Alonso de Aguilera, pariente de Pedro de Valdivia, i a quien este conquistador habia mandado a España con encargos de importancia, prometiéndole que le mantendria bajo su guarda la encomienda (2).

Segun es mui sabido, Aguilera no volvió nunca a Chile, i sus naturales fueron concedidos a otras personas (3).

El correjidor Gonzalo de los Rios contrajo matrimonio con doña Catalina Lisperguer i Flores, i tuvo dos hijas: doña Agueda, mujer del oidor de Lima don Blas de Torres Altamirano; i doña Catalina, conocida con el apodo de *la Quintrala*, mujer de don Alonso Campofrio de Carvajal.

Doña Agueda de los Rios, como primojénita, heredó las encomiendas de su padre, las cuales, despues de su muerte, fueron concedidas en primera vida al marido de su hermana Catalina, gracias a una contribucion de 7,000 pesos que este último entregó en las reales cajas de Santiago (4).

Dos hermanos de don Alonso contrajeron tambien matrimonio con distinguidas damas: don Manuel, encomendero de Cuyo, con una hija de Ramiriañez Bravo de Saravia, la segunda Isabel Osorio de Cá-

(1) Papeles del mayorazgo Cerda.
(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 29, pájs. 166-168.
(3) Medina, *Diccionario*, páj. 16.
(4) Papeles del mayorazgo Cerda.

ceres (1); i don Jusepe Roco Campofrio de Carvajal, con doña Bernaba de Aguirre i Matienzo, perteneciente a la familia del fundador de la Serena.

Entre los descendientes de don Jusepe quedó vinculada la encomienda de Valle Hermoso, situada en el mismo valle de la Ligua, al norte de la estancia del primer Gonzalo de los Rios (2); llamada esta última *el Injenio*, por el cultivo de la caña de azúcar que estableció en ella su primer dueño.

Despues del fallecimiento de don Alonso Campofrio de Carvajal, gozó de sus encomiendas en segunda vida doña Catalina de los Rios, dueña tambien de las haciendas de la Ligua.

«Por real cédula de 1.° de junio de 1654 se permitió que las encomiendas de Chile pudieran concederse hasta por tres vidas. La viuda de don Alonso Campofrio quiso aprovechar esta gracia, i pagó con tal fin la suma de 3,300 pesos; a mas de otros 400 pesos que dió a la real caja para que la autorizaran a designar el sucesor de su encomienda.

«Como doña Catalina de los Rios habia perdido a su único hijo, designó a su sobrino don Fadrique, hijo de un primo hermano, don Juan Rodulfo Lisperguer i Solórzano.

«La encomienda de la Ligua, Putaendo i Codegua contaba seis años despues de la muerte de doña Catalina tres caciques, trece indíjenas tributarios, veintidos ancianos i veintinueve muchachos.

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Páj. 133.

(2) Consúltese *La Quintrala* de Vicuña Mackenna. Páj. 105.

«Muerto don Fadrique Lisperguer, i a peticion de don Juan de la Cerda i Contreras, el presidente Garro concedió las encomiendas mencionadas a don Juan de Dios de la Cerda i Hermúa, primojénito del licenciado.

«El rei confirmó esta concesion por cédula firmada en Madrid a 12 de setiembre de 1692 (1)».

Don Juan de Dios de la Cerda i Hermúa contrajo matrimonio con doña Maria de Carvajal i Calderon, de los Campofrio de Carvajal; de tal modo que las encomiendas de la Ligua i Valle Hermoso quedaron por muchos años en poder de una misma familia.

Por lo demas, don Juan de la Cerda i Contreras compró la hacienda de la Ligua, perteneciente a *la Quintrala*, i fundó sobre ella un valioso mayorazgo en favor de sus hijos.

A la muerte de don Juan de Dios de la Cerda i Hermúa, el presidente Salamanca concedió las encomiendas de la Ligua, Putaendo i Codegua, en segunda vida, a su primojénito don Nicolas de la Cerda i Carvajal; i cuando falleció este último, el presidente Amat puso en posesion de ellas, en 1761, miéntras el rei resolvia si se daban o nó en tercera vida, al mayorazgo don Juan de la Cerda i Sanchez de la Barreda (2).

Segun matrícula practicada a 8 de mayo de 1771,

(1) *Mayorazgos i Títulos de Castilla.* Tomo 1.º, pájs. 148 i 149.

(2) Papeles del mayorazgo Cerda.

estas encomiendas tenian 26 indíjenas reservados, 36 tributarios i 47 de menor edad (1).

Las encomiendas antedichas se estinguieron bajo el dominio de la familia Cerda.

Pedro de Miranda.—Fué agraciado por Valdivia con un repartimiento en Colchagua, en el pueblo indíjena de Copequen; pero la viuda de Jerónimo de Alderete, doña Esperanza de Rueda, parienta cercana de la mujer de Miranda, la cual llevaba los mismos nombres i apellido, aumentó considerablemente los encomendados de este último cediéndole, segun ya se ha visto, los que habian pertenecido a Alderete.

Esta merced, por desgracia, no tuvo efecto sino por pocos años, pues Miranda i su mujer murieron asesinados en 1573.

Otra encomienda de la cual Miranda habia tomado posesion en 1554, a saber, el cacique Tunjalongo, «sus principales i subjetos», residentes en el valle de Chile (2), tampoco quedó mucho tiempo en su poder. Este repartimiento formaba parte de los indíjenas del obispo Gonzalez, i los gobernadores de Chile se apresuraron a darle distinto dueño.

El hijo de Miranda, Pedro de Miranda i Rueda, sucedió a su padre en la encomienda de Copequen (3).

(1) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 517.

(2) Medina. *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájinas 406 i 410.

(3) Escritura pública de 15 de octubre de 1585, ante Jines de Toro Mazote.

Una hija de Miranda i Rueda, doña Luisa, casó en segundas nupcias con don Luis de Guzman Coronado, a quien fué concedida la encomienda de su suegro (1).

Desde entónces el pueblo indíjena de Copequen (2) ya no salió del poder de la familia de Guzman.

En la segunda mitad del siglo XVIII, este repartimiento pertenecia a don José de Guzman (3).

Diego Garcia de Cáceres.—Hombre leal i valeroso, Pedro de Valdivia le designó como su albacea, despues de haberle concedido encomiendas de importancia.

Iguales beneficios recibió Garcia de Cáceres de los demas gobernadores que se sucedieron en el mando de Chile hasta Hurtado de Mendoza, quien le hizo merced del repartimiento de Apalta (4).

Cuando llegó a nuestro pais don Melchor Bravo de Saravia, las encomiendas de Garcia de Cáceres, comprendian caciques de los pueblos de Curimon, Huechuraba, Llopeo, Huechun, Caminanco i Apalta (5); pero, por lo comun, este repartimiento solo se

(1) Escritura pública de 21 de agosto de 1623, otorgada ante el escribano Domingo Garcia Cervalan.

(2) Segun fundadas presunciones, este es el actual pueblo, o aldea, de Miranda, situado al poniente de la ciudad de Rancagua. Por lo demas, una hacienda de la comuna de Coinco, en el departamento de Caupolican, conserva el nombre indíjena de Copequen.

(3) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 550.

(4) Medina. *Documentos Inéditos.* Tomo 11, pájina 451.

(5) Papeles de la familia de Irarrázaval.

conocia con los nombres de Curimon, Apalta i Llopeo, debido talvez a la circunstancia de ser éstas las haciendas de mayor valor que pertenecian a don Diego.

Al retirarse de Chile, Bravo de Saravia consiguió que tan ricas encomiendas quedaran en manos de su hijo Ramiriañez, a quien logró ver casado con la primojénita de Garcia de Cáceres, i heredera forzosa de sus indíjenas (1), pues ya habia muerto soltero el único hijo varon de este conquistador.

Garcia de Cáceres pagó bastante caro este honroso enlace. Consta de documentos fidedignos que hizo dejacion en vida de sus encomiendas, a efecto de que fueran concedidas a Ramiriañez, como en realidad lo hizo el presidente Bravo de Saravia por decreto de 7 de enero de 1575 (2).

Garcia de Cáceres recibió en compensacion un repartimiento en la provincia de Cuyo, que solo le produjo una renta anual de mil pesos; i se vió obligado a avecindarse en la ciudad de San Juan de la Frontera (3).

En los últimos años de su vida solicitó del rei mejor recompensa de sus importantes servicios, i tuvo la satisfaccion de alcanzar una real cédula favorable, firmada en el bosque de Segovia a 26 de octu-

(1) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. Pájina 330.

(2) Papeles de la familia de Irarrázaval.

(3) Acta del Cabildo de Santiago de 10 de julio de 1583. Tomo XIX de *Historiadores de Chile*.

bre de 1583 (1); pero esta buena voluntad del soberano de España i de las Indias no llegó nunca a traducirse en hechos.

Por su parte, Ramiriañez no conservó fácilmente las encomiendas que en Chile habian pertenecido a su suegro.

Acusado en la corte de nepotismo don Melchor Bravo de Saravia, la majestad de Felipe II habia ordenado, con fecha 3 de noviembre de 1574, que se quitaran a Ramiriañez los indíjenas que le habia encomendado su padre (2); i Rodrigo de Quiroga, sucesor de este último en el gobierno del pais, se vió obligado a cumplir el mandato del rei, aunque solo en la forma, pues volvió a entregar las encomiendas a Garcia de Cáceres, i de este modo los indíjenas no salieron de la familia (3).

Mas aún. Cuando solo habian trascurrido cinco meses, Garcia de Cáceres, con el pretesto de hallarse mui anciano i enfermo, hizo nueva dejacion de su repartimiento de Chile, i Quiroga se apresuró a concederlo a Ramiriañez (4).

Este, por lo demas, habia apelado del decreto de Quiroga ante el Consejo de Indias; i el alto tribunal

(1) Medina, *Diccionario*. Pájina 330.

(2) Papeles de la familia de Irarrázaval.

(3) Carta de Quiroga al rei, firmada en 2 de enero de 1577. Véase Gay, *Historia de Chile*, tomo II de *Documentos*, pájinas 116 i 117.

(4) Papeles de don Fernando Irarrázaval Mackenna. Véase tambien el *Diccionario* de Medina, pájina 330.

dictó en su favor dos sentencias: la primera en 8 de marzo de 1578, i la segunda, o de revista, en 20 de diciembre de 1580 (1).

Cuando aun no conocia este resultado tan satisfactorio para él, Ramiriañez habia resuelto dirijirse a la corte para defender en persona sus intereses.

Con tal objeto, emprendió viaje a la ciudad de los Reyes, i en seguida a la Península, a la cual llevó tambien un poder jeneral de los encomenderos de Chile a fin de solicitar la derogacion de la *tasa de Gamboa*.

Una vez en la corte, Ramiriañez debió de felicitarse grandemente por su determinacion de ir a reclamar justicia él mismo; pues, por real cédula firmada en el Pardo a 2 de diciembre de 1578, el rei habia ordenado al gobernador de Chile concediera al capitan Pedro de Aranda Valdivia, cercano deudo del conquistador de nuestro pais, 5,000 pesos de renta al año en los naturales que habian sido de Ramiriañez i de doña Esperanza de Rueda, viuda de Alderete, o en los que primero vacaren (2).

El capitan Aranda Valdivia se apresuró a ponerse en viaje para Chile, donde en época anterior habia combatido contra los indíjenas, bajo las banderas de Hurtado de Mendoza, Quiroga i Villagra;

(1) Papeles de la familia de Irarrázaval.
(2) Papeles de la familia de Irarrázaval.

pero tuvo la desgracia de morir en la navegacion (1).

Presentóse entónces su hijo Cristóbal al gobernador Martin Ruiz de Gamboa, i éste, por decreto de 4 de julio de 1581, le mandó entregar las encomiendas de Ramiriañez.

«Reclamó de este auto doña Isabel Osorio de Cáceres, mujer de Ramiriañez, i alegó que su marido estaba ausente como procurador jeneral de Santiago; pero Ruiz de Gamboa no dió lugar a la accion.

«La audiencia de Lima, ante la cual llevó tambien su demanda la señora Osorio de Cáceres, ordenó que el espediente se remitiera al Consejo de Indias.

«La presencia de Ramiriañez en la corte facilitó la resolucion del asunto.

«El real consejo, con fecha 2 de abril de 1583, revocó el auto de Ruiz de Gamboa i mandó que se devolvieran a su dueño los indíjenas entregados a Cristóbal de Aranda; i cuando éste se presentó protestando de la sentencia, el Consejo negó lugar a la reclamacion, en 19 de marzo de 1584 (2).»

Las encomiendes mencionadas tuvieron en seguida los poseedores que a continuacion se enumeran:

1.° Diego Bravo de Saravia, primojénito de Ramiriañez.

2.° Don Jerónimo Bravo de Saravia, hermano del

(1) Medina, *Diccionario*. Pájina 330.

(2) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*.—Tomo 1.°, pájinas 241 i 242.

anterior, a quien por dejacion de éste, le fué concedido el repartimiento en primera vida.

3.° Don Francisco Bravo de Saravia i Ovalle, el cual obtuvo de los reyes don Felipe IV i don Felipe V la prórroga de estas encomiendas por dos vidas mas.

4.° Don Antonio de Irarrázaval i Bravo de Saravia, casado con su prima hermana doña Marcela Bravo de Saravia e Iturrisarra, quien consiguió, gracias a una gruesa contribucion en dinero, la prórroga del repartimiento por una quinta vida.

5.° Don Miguel de Irarrázaval i Bravo de Saravia.

6.° Don José Santiago de Irarrázaval i Portales, en cuyo poder fueron estinguidas las encomiendas, por real cédula de 1791.

En el siglo XVIII las encomiendas de Apalta, Curimon i Llopeo tomaron los nombres de Pullalli e Illapel, a causa de haber sido concentrados todos los indíjenas tributarios en estas dos haciendas del marques de la Pica; título nobiliario adquirido por don Francisco Bravo de Saravia, i heredado, juntamente con las antedichas encomiendas, por la familia de Irarrázaval.

Juan de Cuevas.—Con fecha 17 de noviembre de 1552, Pedro de Valdivia confirmó la encomienda que anteriormente le habia concedido, i agregó otras de mayor valor, en los términos que siguen:

«Por cuanto yo tengo encomendados en vos Joan

de Cuevas, vecino de esta cibdad de Santiago, los caciques llamados Andegaulen, Guamizalvi e Ibimalongo, con todos sus indios, como se contiene en mi cédula de primero de agosto de quinientos i cuarenta i nueve años, digo que, quedando aquella dicha cédula en su fuerza i vigor, i porque teneis mui poquitos indios para sustentar la honra de vuestra persona i casa, por ser, como sois, casado, tenido i estimado por hijodalgo, i de los primeros descubridores i conquistadores de las provincias de Arauco i términos que por su Majestad me estan señalados en gobernacion, i deseais perpetuaros en esta tierra; así que, por todas estas causas, i porque la merescen los servicios por vos fechos a su Majestad en esta tierra, encomiendo, por la presente, en vos, el dicho Joan de Cuevas, los caciques i principales dichos Ilchuna i Nicha, Cachino i Equilima i Coinincha, con todos sus indios i subjetos, que tienen su asiento i tierra tras de la Cordillera de la Nieve, en el valle que se dice Mahuelturata, i mas os encomiendo el principal llamado Guachuraba con todos sus indios, ques en este valle de Mapocho, i los caciques llamados Curiomilla i Longomilla, o Longomillo, con todos sus principales, indios i subjetos, que tienen su tierra desta parte i aquella del rio de Maule, i los caciques Guarongo o Macohuano, Arongomanique i Gatuyavi, con todos sus indios i principales, que tienen su asiento de aquella parte de Maule, i mas los caciques llamados Curanaval i Paniarongo, con todos sus indios i subjetos, que tienen su

tierra en los promocaes, e dójoslos así e como los tiene i posee Pedro de Villagra, mi maestre de campo, vecino de la cibdad Imperial, cuando él hiciere dejacion dellos, porque al presente no la ha fecho (1).»

Por su parte, el cabildo de Santiago, despues de la muerte de Valdivia, en sesion de 4 de abril de 1554, encomendó a Cuevas «los caciques e indios llamados Topocalma e Payo Quililica, i sus hijos i herederos i sujetos, i el principal llamado Lutaconа, que tenia su asiento en Topocalma i Pancon (2).»

Por pocos años, sin embargo, pudo conservar Juan de Cuevas algunas de estas encomiendas. Como se recordará, Hurtado de Mendoza hizo merced de los indíjenas de Topocalma a Antonio Tarabajano; i, cuando el mismo gobernador envió al capitan Pedro del Castillo a fin de que sometiera la rejion de Cuyo, lo autorizó para quitar a Cuevas los naturales de esta comarca que le habia dado Pedro de Valdivia i se hallaban actualmente a su servicio (3).

La verdad es que el hijo mayor de Juan de Cuevas, o sea, Luis de Cuevas i Mendoza, solamente sucedió a su padre en las encomiendas de Vichuquen, al norte del Mataquito; de Huenchullami, en

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájina 308.
(2) *Historiadores de Chile*. Tomo 1.º, pájinas 417 i 418.
(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 15, pájina 312.

el actual departamento de Curepto; i de Loncomilla, al sur del Maule (1).

De estas tres encomiendas la que se conservó por mas tiempo con el carácter de tal fué la de Huenchullami, que en la segunda mitad del siglo XVIII perteneció a la familia Donoso Pajuelo i se estinguió en su poder (2).

Gabriel de la Cruz.—Pedro de Valdivia le concedió una chacra de catorce cuadras en las inmediaciones de Santiago, en los terrenos que hoi forman el barrio de *Chuchunco* (3): i ademas le hizo merced de una encomienda de indíjenas.

Despojado de éstos por el mismo Valdivia, Gabriel de la Cruz fué de sus acusadores ante el presidente La Gasca (4).

Don Garcia Hurtado de Mendoza le encomendó mas tarde la mitad del valle de Lampa (5).

Bartolomé Flores.—El verdadero nombre de este conquistador era Bartolomé Blumenthal.

Por cédula de 1.° de agosto de 1549 Pedro de Valdivia le concedió los caciques que siguen:

---

(1) Testamento de don Luis de Cuevas, otorgado ante Manuel de Toro Mazote en 6 de junio de 1629.

(2) Medina, *Diccionario*. Pájina 243. Véase tambien en el volúmen 34 del fondo antiguo de la Biblioteca Nacional una nómina de las encomiendas existentes en 1788.

(3) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, pájina 22.

(4) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 8, documentos 65 i 66.

(5) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájina 451.

«De nuevo encomiendo en vos, Bartolomé Flores, se leia en el decreto, todos los caciques i principales, con sus indios, que aquí iran espresados, los cuales teneis depositados en vuestra persona, i os los confirmé por el removimiento que hice de vecinos en esta dicha ciudad a once de julio de quinientos i cuarenta i seis años, que (son) los caciques i principales llamados Talagante, Mavellangai, Codamolcalebi, Upiro, Lebalo, Guarcamilla, Acai, Nabalquivi, Quelamangui, Conquemangui i Namarongo, con todos sus indios i sujetos, que son en este valle de Mapocho, i mas el cacique Ibillarongo, con seiscientos indios de visitacion, que tiene su asiento en aquella parte del rio de Maule, i mas los principales llamados Nabiarongo i Miliyarongo, con sus pueblos Raquira i Quitoa, con todos sus indios, que son en el valle de Mapocho (1).»

Las encomiendas a que se refiere la anterior merced eran dos: una, la de Talagante, llamada así por el nombre de su principal cacique, en el ángulo que forman el Mapocho i el Maipo; i la otra, la de Putagan, situada en el actual departamento de Linares.

Bartolomé Flores menciona estas dos encomiendas en su testamento (2).

Blumenthal se distinguió como valeroso soldado en la conquista del Perú, bajo las órdenes de Fran-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9, pájinas 6 i 7.

(2) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer i la Quintrala*. Pájina 225.

cisco Pizarro, i en la conquista de Chile, en la hueste de Pedro de Valdivia, hasta que en este último pais quedó completamente tullido, e inútil, por lo tanto, para la guerra.

No solamente sobresalió, sin embargo en la carrera de las armas; pues consta que inició en Chile notables adelantos en la agricultura i en la industria.

Construyó uno de los primeros molinos que se levantaron en Santiago (1); introdujo en nuestros campos potros i yeguas, i se dedicó a la crianza de esta clase de animales, i tambien a la de puercos i gallinas; construyó las primeras carretas que se conocieron en Chile, i enseñó a los naturales a hacerlas; i cultivó en sus chacras i haciendas el trigo, la cebada, el maiz i los frejoles (2).

Blumenthal se contó, pues, entre los que conquistaron este pais con el esfuerzo de su brazo, i entre los primeros que cultivaron este suelo con los recursos de su fortuna.

Debia ser ademas uno de los pobladores mas felices de la nueva colonia, pues dió oríjen a una numerosa i distinguida prole chilena.

Blumenthal es uno de los patriarcas de nuestra sociedad.

Aunque aleman de nacimiento, no sintió repugnancia, como sucedió a los sajones en la América del Norte, para mezclar su sangre con la de la hija

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 27

(2) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 9.°, documento número II.

i heredera del cacique de Talagante; i enjendró en ella a doña Agueda. Era ademas padre de dos hijos, nacidos en el Perú: Bartolomé Flores *el mozo*, cuya firma se lee al pié del test amento de Blumenthal; i doña Barbola, la cual casó tres veces: con Francisco Hernandez Gallegos, Pedro Bonal i Francisco de Urbina (1).

Antes de morir, Blumenthal tuvo la satisfaccion de ver casada a doña Agueda con un hidalgo aleman (2), natural de Worms, el capitan Pedro Lisperguer, quien habia llegado a Chile con don Garcia Hurtado de Mendoza.

Doña Barbola, casó como se acaba de leer, en primeras nupcias, con Francisco Hernandez Gallegos, al cual en octubre de 1552 Pedro de Valdivia hizo merced de la mitad del valle de Lampa. Esta hermosa propiedad pasó a manos del único hijo de este último matrimonio, i, despues de su muerte i de la de su madre, a poder de Bartolomé Blumenthal (3).

La principal heredera de Blumenthal, o Flores, fué doña Agueda, casada, como se ha visto, con Lisperguer.

En recompensa de sus servicios, tanto militares como civiles, los gobernadores de Chile habian concedido al capitan don Pedro Lisperguer dos en-

(1) Archivo de la Real Audiencia. Espediente de Urbina con su suegro.

(2) Archivo Vicuña Mackenna, legajo número 186.

(3) Medina, *Diccionario*. Pájinas 310 i 404.

comiendas: una al sur del Maule, llamada de los Cauquenes (1), i cercana a la de Putagan, que pertenecia a su suegro; i otra de indios puelches, o patagones septentrionales (2), que Lisperguer trasplantó en sus encomiendas de Chile (3).

Cuando falleció Bartolomé Flores, sus encomiendas i las de su yerno se refundieron en un solo cuerpo i quedaron a beneficio de sus descendientes, contra disposiciones terminantes del rei de España, quien, por real cédula de 1573, habia dispuesto que el encomendero que contrajera matrimonio con mujer encomendera debia elejir entre los indíjenas de su repartimiento i los de su mujer (4).

Diez años despues de la muerte de su padre, i en un testamento que otorgó en Santiago con motivo de su próximo viaje al Perú, a donde iba en busca de don Pedro Lisperguer, doña Agueda Flores estampó la cláusula que sigue:

«*Item*, mando a los indios puelches de la encomienda del dicho mi marido quinientas ovejas, por lo que les soi en obligacion, i por la misma causa mando a los indios de Putagan cuatrocientas ovejas, i a los de los Cauquenes seiscientas, i a los indios de Talagante cien pesos en ropa, i a todos los

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 23, pájina 30.

(2) Lenz, *Diccionario Etimolójico*. Pájina 139.

(3) Vicuña Mackenna. *Los Liperguer i la Quintrala*. Pájina 226.

(4) *Recopilacion de leyes de Indias*. Lei 7.ª, título 11, libro 6.

indios que tengo en la chácara, i pastores de mi servicio, otros cien pesos, todo lo que se reparta luego entre los dichos indios, dentro de cuatro meses despues de yo fallecida, i la particion sea por iguales partes a viejos i mozos, de suerte que gocen de todas estas mandas que a cada repartimiento tocan, i lo coman i vistan, sin que entre en poder de protesta ni otra persona (1).»

De todas las encomiendas señaladas la mas importante fué sin duda la de Talagante, cuyos naturales en vida de Blumenthal eran dueños, por haberlas adquirido con sus sesmos, de tres mil ovejas (2).

Despues de los dias de su padre, i por muerte de su hermano mayor, sucedió en los antedichos repartimientos don Pedro Lisperguer i Flores.

En testamento otorgado por él en Valparaiso, a 17 de octubre de 1618, se lee la siguiente disposicion:

«*Mas*, es tambien mi voluntad que si Dios dispusiere de mí, que se pague otra cualquiera deuda que pareciere deber, que de presente no me acuerdo, i que a los indios de mi encomienda, por lo bien que me han servido, se les repartan, de lo mas bien parado de mi hacienda, mil patacones, i cuatrocientos a los *cauquenes*, trescientos a los *putaganes* i *puelches*, i trescientos a los *talagantes* i *puelches*; i declaro que no les debo mas vestuario deste año que

(1) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*. Pájinas 226 i 227.
(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 30, pájina 405.

va corriendo i se cumple por el mes de marzo que viene de mil seiscientos i diez i nueve (1).»

Fuera de estas encomiendas de Chile, don Pedro Lisperguer i Flores tenia «feudos en el Perú», segun declaracion que hace en el testamento citado; i de sus palabras se desprende que estos *feudos* consistian en rentas que le habian concedido los virreyes en las encomiendas de Chuquiavo (2) i de Tacna, o Tacana, como entónces se decia.

Así se esplican los frecuentes viajes de don Pedro al virreinato, donde por fin, segun parece, terminó su vida.

Le sucedió en las encomiendas de Talagante, Putagan, Puelches, i Cauquenes su sobrina doña Agueda Mauricia de los Rios i Lisperguer, casada con don Blas de Torres Altamirano, fiscal de lo criminal en la Real Audiencia de Lima (3).

Esta señora habia sucedido tambien a su padre en 1623 en la encomienda de la Ligua, Putaendo i Codegua (4).

La circunstancia de haber contraido matrimonio con un miembro del mas alto tribunal del virreinato justificaba probablemente a los ojos del gober-

---

(1) Archivo de la Real Audiencia, volúmen 421.

(2) *Chuquiago*, se lee en el manuscrito. Véase la obra *Libro Primero de Cabildos de Lima*, segunda parte, pájina 113; i la biografía de *Francisco de Aguirre*, por el presbítero Silva Lezaeta, pájina 32.

(3) Archivo de la Capitanía Jeneral, volúmen 545.

(4) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*. Tomo 1.º, pájina 147.

nador de Chile la infraccion manifiesta contra las órdenes del rei que prohibian acumular dos repartimientos en una sola mano.

Muerta doña Agueda de los Rios, el presidente don Francisco Lazo de la Vega, por decreto de 6 de octubre de 1636, concedió en primera vida las encomiendas que habian sido de don Pedro Lisperguer i Flores a su hijo don Juan Rodulfo Lisperguer i Solórzano.

Esta merced fué confirmada por real cédula de 11 de abril de 1638.

Las encomiendas antedichas tenian entónces 67 indíjenas tributarios.

Don Juan Rodulfo solicitó prórroga de una tercera vida para sus repartimientos, i la majestad de Felipe IV le hizo esta gracia por real cédula de 9 de diciembre de 1656.

Despues de los dias de don Juan Rodulfo Lisperguer i Solórzano, debian haber tocado las encomiendas a su hijo primojénito, el capitan don Pedro Lisperguer de *Bitambergue* (1); pero éste habia muerto ántes que su padre, i le correspondió en estas circunstancias suceder al nieto, llamado Pedro Felipe, hijo del capitan Pedro Lisperguer de *Bitambergue* i de doña Ignacia Prado Malo de Molina (2).

El presidente don Tomas Marin de Poveda, con fecha 2 de julio de 1699, entregó a este último en segunda vida las encomiendas de su abuelo.

(1) Corrupcion de *Wurtemberg* o *Wirtemberg*.

(2) Vicuña Mackenna, *Los Lisperguer*. Pájina 245.

Don Pedro Felipe Lisperguer i Prado no conservó hasta el fin de su existencia estos repartimientos; pues resolvió consagrarse al estado relijioso, i en el año 1721 se presentó al presidente Cano de Aponte a fin de que en virtud de la prórroga por una tercera vida que se concedió a la familia Lisperguer en 1656, pusiera en posesion de ellos a su hijo don Nicolas.

Así lo hizo aquel presidente por decreto de 7 de diciembre de 1724.

En esta época los indíjenas de Putagan, los de Cauquenes i los puelches se hallaban trasplantados en la estancia de Peñaflor, nombre que entónces se daba a las tierras de Talagante; i la encomienda solo contaba en 1721, 14 indíjenas tributarios.

Don Nicolas Lisperguer fué el último poseedor de los descendientes de aquellos naturales que en el siglo XVI habian sido encomendados a Bartolomé Blumental i al capitan Pedro Lisperguer (1).

Salvador de Montoya.—De los primeros compañeros de Pedro de Valdivia, llegó a ser alcalde ordinario de la ciudad de Santiago en 1548; en cuya época debia gozar de holgada situacion de fortuna, pues en su casa celebró el cabildo algunas de sus sesiones (2).

Hasta la fecha no se ha descubierto cuál era la

(1) Todos los antecedentes espuestos se hallan en un espediente del volúmen 545 del Archivo de la Capitanía Jeneral.

(2) *Historiadores de Chile.* Tomo 1.º, pájina 138.

encomienda que le pertenecia, i no debe este hecho causar estrañeza, porque Montoya murió (1) en los primeros años de la conquista, i sus indíjenas fueron sin duda concedidos inmediatamente a otra persona.

Juan Godinez.—Habia venido por primera vez a Chile con Almagro; i tan luego como supo que Pedro de Valdivia preparaba una nueva espedicion, se apresuró a reunirse con él.

Con fecha 24 de enero de 1544, el conquistador de Chile le encomendó al cacique Painavillu, con todos los indíjenas que se hallaban bajo su autoridad, los cuales tenian su asiento entre los promaucaes; pero dos años mas tarde le despojó de este repartimiento a fin de agraciar con él a dos personajes de mayor importancia, cuales eran, Juan Fernandez i Jerónimo de Alderete (2).

En compensacion, i por cédula de 1.° de agosto de 1549, Valdivia hizo merced a Godinez de dos nuevas encomiendas: una en las riberas del Maipo i otra entre los rios Maule e Itata.

Por desgracia, esta segunda tampoco permaneció mucho tiempo en poder de Godinez, pues Pedro de Valdivia creyó conveniente concederla a uno de sus ausiliares de última hora, Antonio Lozano, quien habia llegado a Chile en vísperas de su viaje al Perú (3).

---

(1) Obra i tomo citados. Pájina 223.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14, pájinas 213 i 217.

(3) Medina, obra i tomo citados, páj. 233.

Mas tarde, sin embargo, hizo merced a Juan Godinez de una buena encomienda en el valle de Choapa (1), de cuyos naturales se sirvió este conquistador para esplotar los lavaderos de oro que a orillas del mencionado rio se descubrieron en la época de Hurtado de Mendoza (2).

En 1571 sucedió en estas encomiendas Baltazar Godinez (3), hijo mayor del ya difunto capitan español; pero, habiendo éste muerto sin descendencia (4), el repartimiento fué concedido a su hermano Juan Godinez de Benavides (5).

Otra encomienda de Choapa se conoció en la época colonial, mucho mas importante que la del conquistador Godinez; la cual perteneció a un pariente suyo i se perpetuó en la familia de este último hasta la abolicion de las encomiendas.

Juan de Ahumada, natural de Ronda, salió de la Península con el marques de Cañete en 1555, de

---

(1) Medina, obra i tomo citados, pájs. 269, 274, 316 i 319.

(2) Medina, obra i tomo citados, pájs. 360, 410, 411, 412 i 414.

(3) Medina, obra i tomo citados, páj. 387.

(4) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, pájina 156.

(5) Testamento del capitan Godinez de Benavides, abierto ante Juan Rosa de Narvaez en 7 de noviembre de 1609. Medina, en su interesante *Diccionario Biográfico Colonial*, pájina 350, afirma erradamente que este capitan, a quien llama Godinez de Veracruz, era persona distinta del hijo del conquistador.

edad de 22 años, i llegó a Chile con don Garcia Hurtado de Mendoza (1).

En nuestro pais contrajo matrimonio con doña Catalina Hurtado, hija del contador de hacienda Juan Hurtado i de Leonor Godinez, mestiza, i probablemente hija del español Juan Godinez (2).

Este matrimonio fué mui fecundo, i dió oríjen a una familia que debia tener ilustres representantes en los siglos XVII i XVIII.

Ahumada obtuvo dos encomiendas: una en Choapa, cercana a la de los Godinez; i otra en Duao, en la actual provincia de Talca (3).

Sucedió en las encomiendas de su padre el hijo mayor, don Roque Ahumada i Hurtado.

Poseyó en seguida la misma encomienda de Choapa, en primera vida, don Valeriano de Ahumada i Hurtado, correjidor de Santiago en 1638, i casado con doña Maria Maldonado, hija de don Bartolomé Maldonado, secretario que fué de la Real Audiencia de Santiago (4).

La encomienda mencionada pasó despues a ma-

(1) Medina, *Diccionario*. Páj. 33. El mismo autor publica en el tomo 23 de sus *Documentos Inéditos* la informacion de servicios de Ahumada.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Pájina 169.

(3) Testamento de Juan de Ahumada, otorgado ante Diego Rutal a 19 de marzo de 1610.

(4) Testamento de don Valeriano de Ahumada, otorgado ante Pedro Velez en 17 de febrero de 1651, i abierto ante el mismo en 16 de setiembre de 1652.

nos de don Gaspar de Ahumada i Maldonado, correjidor de Santiago en dos ocasiones, en 1670 i en 1690; el cual declara en su testamento ser dueño de la estancia de Choapa, de la chacra de Conchalí, de una casa en la capital i de bodegas en Valparaiso (1).

La casa de la familia Ahumada se hallaba situada en la calle de igual nombre i en la esquina nor-poniente de la de Huérfanos.

Casado con la señora limeña doña Leonor Ramirez de Carvajal, hija del capitan don Pedro Ramirez i de doña Antonia de Carvajal i Mejia, don Gaspar solo tuvo dos hijos: una niña, que falleció a los nueve meses de nacida; i un hombre, que se llamó José Valeriano.

Este último, el cual se hallaba destinado a ocupar alta situacion intelectual entre sus contemporáneos, vió por primera vez la luz en la ciudad de Lima.

Don José Valeriano fué el tercer rector de la Universidad de San Felipe, fundada, como se sabe, en la capital de Chile en 1738 (2).

A Ahumada i Ramirez de Carvajal le tocó poseer en tercera vida la encomienda que habia pertene-

(1) Testamento de don Gaspar de Ahumada, otorgado a 4 de mayo de 1696, i abierto ante Francisco Velez en 26 dias del mismo mes i año.

(2) Sobre este rectorado pueden leerse datos interesantes en el estudio que sobre la nombrada Universidad publicó la *Revista de Santiago* (1872-1873), tomo III, páj. 337.

cido a su padre; i, por via de composicion, o sea, de contribucion estraordinaria al tesoro real, adquirió derecho a una cuarta vida para su primojénito (1).

Don José Valeriano habia contraido matrimonio con una prima hermana suya, doña Maria de Mendoza, hija de don Antonio de Mendoza i Ladron de Guevara i de doña Catalina de Ahumada.

Su hijo don Gaspar de Ahumada i Mendoza, el cual debia sucederle en la encomienda de Choapa i en la propiedad de la estancia del mismo nombre, casó con doña Matilde de Salamanca, hija del presidente interino don Manuel de Salamanca.

Desgraciadamente no tuvieron descendencia.

A la muerte de su marido, la señora Salamanca consiguió que el presidente don Francisco Javier de Morales la agraciara con la encomienda vacante de Choapa, i que el rei confirmara esta merced por real cédula dada en Aranjuez a 1.° de mayo de 1776 (2).

Doña Matilde de Salamanca casó en segundas nupcias, segun ántes se ha leido, con don Francisco Antonio de Avaria i Vasquez de Osorio; pero tampoco tuvo hijos de este matrimonio.

La encomienda de Choapa se estinguió en poder de esta señora, i sus naturales formaron el pueblo de Chalinga, que aun existe.

Francisco de Riberos.—Recibió de Valdi-

(1) Testamento de don José Valeriano de Ahumada, otorgado a 4 de marzo de 1767. Volúmen 46 del Archivo de la Real Audiencia.

(2) Archivo de la Capitania Jeneral, volúmen 531.

via dos encomiendas: una en Aconcagua, en los valles de Panquehue i de Llaillai: i otra en Malloa, en el actual departamento de Caupolican (1).

La primera le fué concedida en circunstancias escepcionales.

En un documento ántes trascrito, de 1.° de setiembre de 1564, el obispo don Rodrigo Gonzalez se espresa así:

«El gobernador (Pedro de Valdivia).... me dió a Concagua (sic), que son hasta trescientos indios, en el valle de Chile, i los tuve sin encomienda ni título algunos dias, e despues me los quitó e se los dió a Francisco de Riberos, vecino desta ciudad, que agora los posee; e despues, cerca de ocho meses ántes que matasen los naturales al gobernador Valdivia, visto que me quejaba porque no me pagaban, estando en la ciudad de la Concebicion, mandó que los indios de Quillota e Mapochoes, que seran hasta ciento e cincuenta indios, en el mesmo valle de Chile (2), los dotrinase, e de los tributos que diesen me pagase de lo que faltaba.. (3)»

Un año mas tarde, Pedro de Villagra, gobernador que habia sido de Chile, daba algunos otros pormenores interesantes en una declaracion que prestó entónces en la ciudad de los Reyes.

---

(1) Escritura pública de 7 de mayo de 1566, otorgada ante Juan de la Peña.

(2) Como ya se ha dicho, los conquistadores llamaban con este nombre al valle del rio Aconcagua.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, páj. 445.

«El gobernador don Pedro de Valdivia, dijo,... dió al dicho obispo, demas de lo que tenia encomendado en él, el repartimiento de Conconcagua, que era el cacique Michimalonco, señor del valle de Chile, de la mayor parte del dicho valle; e despues, cuando Jerónimo de Alderete fué a España por mandado del dicho gobernador Valdivia, el dicho don Rodrigo Gonzalez volvió los indios de Conconcagua al dicho gobernador para que los diese a Francisco de Riberos, porque le ayudaba el dicho Riberos al dicho gobernador con diez mill pesos para que enviase a España para sus negocios, e que, en lugar de los dichos indios de Conconcagua, dió e encomendó el dicho gobernador al dicho obispo los indios que dicen de Quillota, en el dicho valle de Chile, hacia la costa de la mar... (1)».

Riberos contrajo matrimonio en Santiago con doña Teresa Suarez de Figueroa, sobrina carnal de doña Marina Ortiz de Gaete, mujer lejítima de Pedro de Valdivia, i en ella tuvo numerosa i distinguida descendencia (2).

Su hijo mayor, don Alonso, casado con doña Mariana Osorio de Cáceres, hija de Diego Garcia de Cáceres, le sucedió, como era de derecho, en las encomiendas mencionadas (3).

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 23, páj. 58.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, página 210.

(3) Escritura de 11 de noviembre de 1586, protocolo de Jines de Toro Mazote, a foja 500.

Don Alonso de Riberos i Figueroa heredó tambien la casa que su padre poseia en Santiago en la calle que hoi se llama del Estado, acera oriente, a tres cuadras de la Plaza Mayor.

El cabildo de la capital habia hecho merced a Francisco de Riberos, en 1556, de la mitad sur de esta tercera manzana, con frente a las actuales calles del Estado i de San Antonio.

Don Alonso vendió la antedicha propiedad, en 1595, a los padres agustinos, por el precio de 4,000 pesos, a fin de que en ella fundaran su convento (1).

Los relijiosos mencionados adquirieron, tambien por compra, en 1601, otra cuarta parte de la manzana, la que hoi ocupa la iglesia; i veinte años mas tarde, como dote de una capellania, recibieron lo que faltaba para completar el convento entre las calles que lo rodean (2).

Despues de la venta referida, don Alonso de Riberos adquirió la mitad de la manzana que daba frente a la Cañada de San Francisco, entre las modernas calles de la Bandera i Ahumada; propiedad que con el trascurso de los años debia tocar, por curiosa coincidencia, a las monjas agustinas de la Limpia Concepcion (3).

---

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, páj. 63.

(2) Maturana, *Historia de los agustinos en Chile*. Tomo I, páj. 121.

(3) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*, pájina 73.

La suerte posterior de las encomiendas de Aconcagua i Malloa es digna de ser conocida.

El repartimiento que en el valle del rio Aconcagua habia pertenecido en el siglo XVI a los Riberos, se hallaba dividido en el siglo XVIII en tres encomiendas: la de Panquehue, en la hacienda que perteneció a los Toro Mazote, i despues a los Caldera; la de Llaillai, en la propiedad de don Alonso de Prado i Covarrúbias, mas tarde de su yerno, don Juan de Morandé i Solar; i, por último, la de Romeral, en Ocoa, en la hacienda de los Echeverria i Aragon, parientes cercanos de los Toro Mazote.

No se crea, sin embargo, que todos los naturales encomendados en estos lugares descendian de los indíjenas que habian servido a Francisco i a Alonso de Riberos. De ninguna manera. La mayor parte de ellos habian sido cautivados en la guerra de Arauco, o trasladados de otras rejiones, segun práctica establecida.

Las encomiendas de Malloa, en Caupolican, i de Peteroa, al sur del Mataquito, fueron concedidas en el siglo XVII al maestre de campo don Ignacio de Carrera Iturgóyen, quien trasplantó los indíjenas de una i otra comarca en su estancia de Aculeo, situada en la ribera meridional del rio Maipo.

Por su muerte, estas encomiendas, juntamente con la estancia nombrada, pasaron a poder de su hijo don Francisco.

Este último habia contraido matrimonio con doña

Isabel de los Reyes, hija del acaudalado comerciante don Blas de los Reyes.

Desgraciadamente, don Francisco de Carrera tuvo corta vida, i su suegro don Blas compró a la sucesion la estancia de Aculeo.

Don Blas de los Reyes consiguió tambien, en 1696, la encomienda de indíjenas que habia pertenecido a los Carrera.

Con este motivo, promovióse contienda sobre la legalidad de la permanencia de los naturales de Malloa i Peteroa en aquella estancia; pero el presidente Marin de Poveda, despues de oir a don Juan del Corral Calvo de la Torre, protector jeneral de indíjenas, concedió permiso a don Blas, con fecha 21 de junio de 1700, para que los naturales continuaran en Aculeo.

Este es un ejemplo característico de la influencia ejercida por los propietarios ricos, aun en desobedecimiento de reales cédulas terminantes, sobre las autoridades de la colonia.

Por real cédula de 4 de octubre de 1702, la corte española confirmó la merced hecha a don Blas de los Reyes de las encomiendas ántes indicadas (1).

La estancia de Aculeo, a la muerte de don Blas, ocurrida en el mes de julio de 1722 (2), fué heredada por su hijo el presbítero don Isidoro de los Reyes, quien la vendió en el año 1737 a don Juan Fran-

(1) Archivo de la Capitanía Jeneral, volúmen 484.

(2) Protocolo del escribano José Alvarez de Henestrosa.

cisco de Larrain i Cerda i a su mujer, doña Maria Josefa de Lecaros.

Larrain, como los anteriores dueños de aquella hacienda, obtuvo la posesion de la encomienda de Malloa (1).

Marcos Veas.—Pedro de Valdivia se reservó para el servicio de su casa una gran estancia en la mitad del valle de Lampa, ubicado al noroeste de Santiago, i los indíjenas que la poblaban; pero, en las postrimerias de su gobierno i de su vida, cuando resolvió marchar al sur para poner remate definitivo a la conquista de Arauco, celebró el siguiente convenio con Francisco Hernandez Gallego, marido, como se ha visto, de una de las hijas de Bartolomé Flores, al cual dió, al mismo tiempo, la otra mitad del valle nombrado, con encomienda de sus naturales:

«En remuneracion de vuestros servicios, trabajos i gastos, decretó el conquistador de Chile con fecha 17 de octubre de 1552, encomiendo por la presente, en nombre de S. M., en vos el dicho Francisco Hernandez Gallego la mitad del valle dicho de Lampa, e con la mitad de los caciques e principales indios e subjetos del dicho valle, donde quiera que esten los dichos caciques, principales e indios, atento que yo los habia mudado del valle de Chille, i allí os doi la mitad dellos, i con la mitad del dicho valle de Lampa, como yo los tengo en mi cabeza e poseo

(1) Archivo de la Capitanía Jeneral, volúmen 508.

de presente; i por las causas dichas, e por haceros mas bien, porque lo mereceis, digo que hago compañia con vos, i pongo la otra mitad del valle, con la mitad tambien de los caciques e indios subjetos de él, que quedan en mi cabeza, para que, los unos i los otros los tengais a vuestro cargo, recojais i beneficieis el oro que sacare la cuadrilla que aplicáredes de el dicho valle e indios de él, lo partamos entre vos i nos amigablemente; i así digo que os encomiendo la mitad como vuestros, i la otra mitad que los tengais por mios (1).»

Hernandez Gallego no alcanzó a gozar dos años de esta espléndida merced que le habia hecho Valdivia.

En sesion de 18 de setiembre de 1554, el cabildo de Santiago tomó el acuerdo que va a leerse:

«En este dicho dia los dichos señores del cabildo hicieron merced, i dieron i encomendaron en Francisco Gallego, hijo de Francisco Hernandez Gallego, vecino de esta ciudad, difunto, los indios que solian ser de su padre, que son en el valle de Lampa, con todos los caciques e indios e principales contenidos en la cédula del dicho Francisco Hernandez Gallego, i como en ella se contiene; e que se dé cédula en forma de ellos, la cual se dió.—*Juan Fernandez de Alderete.—Juan de Cuevas.—Diego Garcia de Cáceres.—Rodrigo de Araya.—Juan Godinez.*

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9.°, pájinas 441 i 442.

—*Juan Bauptista de Pastene.*—*Alonso de Escobar.* —*Francisco de Riberos* (1).»

La mitad del mismo valle de Lampa perteneciente a Valdivia fué donada en definitiva por éste pocos dias despues del contrato celebrado con Hernandez Gallego, juntamente con la encomienda de sus naturales, i ademas un repartimiento en el valle de Chile, a Marcos Veas, con fecha 14 de noviembre de 1552, en los términos que siguen:

«Don Pedro de Valdivia, gobernador e capitan jeneral por su Majestad en este Nuevo Estremo, etc. Por cuanto yo tengo encomendado en vos Marcos Veas, vecino de esta ciudad de Santiago, el cacique llamado Guahunpilla, con sus indios i los demas principales, como se contiene en la cédula de encomienda que teneis mia, de primero de agosto del año de quinientos e cuarenta i nueve, digo: que quedando aquella cédula en su fuerza i vigor, i porque teneis pocos indios para el tratamiento de vuestra persona i sustentacion de vuestra casa, conforme a vuestra calidad i autoridad, e a la que acostumbran tener los hijosdalgo deseosos de servir a su rei e señor natural, i conforme a los servicios que en esta tierra le habeis hecho como primer descubridor i antiguo conquistador; por tanto, en remuneracion de lo dicho, encomiendo, en nombre de su Majestad, en vos, el dicho Marcos Veas, la mitad de los indios del valle de Lampa, con la estancia que

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 1.°, pájina 436.

yo tenia señalada en aquel valle para el servicio de mi casa, i esta mitad de indios son los que me pertenecen, i tengo de haber despues que sea pagado Francisco Hernandez Gallego de cinco mil pesos que me prestó, i se han de sacar con la mitad de los indios que tiene i la otra mitad que a mí me pertenecen; i mas os encomiendo el cacique llamado Vichato, con los indios que tiene, que son del cacique Longopilla, e los tengo yo en el valle de Chile, como los solia tener el padre Lobo, i este Vichato e sus indios os doi que sean vuestros hasta en tanto que os dé otra cosa en recompensa dellos, i como os los dé me los habeis de dejar (1).»

En breve Valdivia pudo cumplir su promesa a Marcos Veas, pues le encomendó el cacique Morongallo, con sus subalternos, que tenian su asiento cercano a la ciudad de Santiago, i habian pertenecido a Jerónimo de Alderete (2).

Sucedió en las encomiendas de Veas su hijo mayor, llamado Tomas Duran (3).

En el siglo XVIII la encomienda de Lampa perteneció a la familia de Vargas, la cual conservó sus propiedades en este valle hasta un siglo despues.

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 9.°, pájina 455.

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14 pájinas 234 i 264.

(3) Véase el testamento de Marcos Veas, publicado por Medina en el tomo 9.° de sus *Documentos Inéditos*, pájinas 456 - 458.

Diego Garcia de Villalon i Francisco Martinez Vegaso.—Garcia de Villalon llegó por primera vez como capitan de un buque mercante, que pertenecia a Lúcas Martinez Vegaso, rico encomendero de Arequipa, con gran cargamento de armas i mercaderias para los espedicionarios de Chile.

Este valioso socorro, estimado en mas de veintiseis mil pesos, habia sido adquirido en compañia por un hijo de Martinez Vegaso, llamado Francisco, i por Garcia de Villalon.

Cuando el buque nombrado ancló en las costas de Valparaiso, por el mes de setiembre de 1543, el entusiasmo con que fué recibida la noticia por los soldados de Valdivia no puede describirse con palabras. Aquellos hombres de hierro, acostumbrados como estaban a toda clase de penalidades, lloraban de gozo ante la seguridad de que su miseria iba a concluir (1).

Estos antecedentes esplican de sobra la prontitud con que Pedro de Valdivia recompensó a Garcia de Villalon i a Francisco Martinez Vegaso.

Con fecha 24 de enero de 1544, el conquistador de Chile *depositó* en ambos, segun la fórmula consagrada, «los caciques llamados Marucalagua i Guandopuche, con todos sus principales indios i sus

(1) Numerosos detalles sobre este socorro traido a la naciente colonia de Santiago de Chile pueden leerse en el tomo 12 de *Documentos Inéditos*, publicado por Medina. Véanse pájinas 162-180.

subjetos, que tenia su tierra en la provincia de los promocaes, sacado al cacique Guando-galqui, con todos sus principales indios i sus subjetos, que tenia depositados en Juan Negrete (1).»

Al año siguiente les hacia nueva merced.

En 6 de julio de 1545, dictó el decreto que sigue:

«En nombre de S. M., i hasta que se haga la reformacion jeneral i su real voluntad fuese o la mia, en su real nombre deposito en vos los sobredichos Francisco Martinez Vegaso i Diego Garcia Villalon el cacique llamado Guandogalqui, con todos sus principales indios i subjetos, que tiene su asiento en los promocaes, por dejacion que hizo en mí Juan Negrete, vecino de esta ciudad, i como él los tenia i poseia, i con el mismo derecho, como parece por el libro del repartimiento; i mas los caciques Quivaulivi i Colicoli, con todos sus indios principales, que tienen su asiento donde estos otros; i mas el cacique Quellangari, con su pueblo Cauquin, con todos sus indios, que son en esta provincia de Mapocho, de la otra parte del Maipo, para servicio de vuestra casa (2).»

Mas tarde, cuando Valdivia se dirijió al Perú con el fin de ponerse bajo las órdenes de La Gasca, nombró a Garcia de Villalon por su proveedor jeneral, i, por cédula de 19 de noviembre de 1548, dada en Lima, confirmó en su favor las encomien-

(1) Obra i tomo citados, pájina 182.

(2) Medina, obra i tomo citados, pájina 183.

das que ántes le habia concedido, i las aumentó con el cacique Llangallave, i todos sus subalternos, a los cuales tenia encomendados para el servicio de la ermita de Nuestra Señora del Socorro (1).

Al mismo tiempo i con igual fecha, Valdivia espidió otra cédula por la cual declaró que Garcia de Villalon, en atencion a los servicios prestados i que debia continuar prestando en el virreinato, no perderia el derecho a sus encomiendas de Chile durante su ausencia de este último pais (2).

Garcia de Villalon no debia, sin embargo, volver a Chile; pues se arraigó definitivamente en el Perú.

El marques de Cañete, padre de don Garcia Hurtado de Mendoza, le nombró en 30 de junio de 1559 alguacil mayor de la ciudad de La Paz; i al año siguiente, en 10 de mayo de 1560, le concedió un valioso repartimiento en la provincia de Mojos (3).

Las encomiendas concedidas por Valdivia en nuestro pais tanto a Garcia de Villalon como a Francisco Martinez Vegaso no fueron nunca poseidas ni reclamadas por ellos; i, en consecuencia, sus naturales pasaron al dominio de otros conquistadores (4).

Alonso de Escobar.—Capitan español, hijo de Cristóbal de Escobar i de Catalina Martin.

Alonso de Escobar llegó a Chile en compañia de su padre, a fines de 1543, con los ausilios de hom-

(1) Obra i tomo citados, pájinas 184-186.
(2) Obra i tomo citados, pájinas 186 i 187.
(3) Obra i tomo citados, pájinas 187 i 194.
(4) Obra i tomo citados, pájina 180.

bres i de armas recojidos en el Perú por Alonso de Monroi.

Inmediatamente recibió en recompensa la encomienda de los indíjenas de Nancagua, situada en la ribera sur del rio Tinguiririca, actual departamento de San Fernando.

El mismo Alonso de Escobar alude a esta encomienda en la declaracion que prestó en Santiago con motivo del proceso seguido en Lima a Francisco de Villagra, cuando éste último fué remitido al virreinato por don Garcia Hurtado de Mendoza.

Escobar, despues de enaltecer la valerosa conducta de Villagra en el combate del Mataquito, en que fué derrotado i muerto Lautaro, termina así:

«Lo cual sabe este testigo que pasó ansí, por todos los que allí se hallaron presentes, i por caciques suyos, i por un hombre que este testigo envió a la dicha guerra de Lautaro con armas i caballos, i porque este testigo se halló en los indios de su encomienda, cinco leguas (de) donde mataron al dicho Lautaro (1).»

Sucedió en la encomienda de Nancagua el hijo mayor de Alonso de Escobar, llamado Cristóbal como su abuelo, quien, aunque contrajo matrimonio con una hija de Juan de Cuevas, no dejó descendencia (2).

---

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 22, pájina 534.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Pájina 145.

En seguida, los naturales de Nancagua fueron concedidos por el gobernador interino Martin Ruiz de Gamboa a don Nicolas de Quiroga, sobrino del gobernador Rodrigo de Quiroga, i casado con una sobrina carnal del mismo Ruiz de Gamboa (1).

En aquella época, por lo que se ve, los gobernadores de Chile no vacilaban en agraciar a sus parientes, aun cuando pudieran con justicia ser tachados de nepotismo.

Segun testimonio fidedigno, el español Cristóbal de Escobar i su hijo Alonso habian obtenido de Pedro de Valdivia, ademas de Nancagua, en el distrito de Villarrica, encomiendas de puelches i poyas, al oriente de los Andes (2).

Juan Gallego.—Lo único de positivo que puede afirmarse sobre este conquistador es que se avecindó en la Imperial (3), a pesar de tener casa i chacra en Santiago, donde desempeñó las funciones de procurador de la ciudad en 1550 (4).

---

(1) Medina. *Documentos Inéditos.* Tomo 26, pájinas 116 i 117. En comprobacion de que la encomienda de Nicolas de Quiroga fué la de Nancagua, véase la escritura pública de 27 de marzo de 1597, otorgada ante Jines de Toro Mazote, a foja 263.

(2) Morla Vicuña, *Estudio histórico sobre el descubrimiento i conquista de la Patagonia i de la Tierra del Fuego.* Pájina 87.

(3) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 20, pájina 275.

(4) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájinas 20 i 154.

Fuera de las anteriores encomiendas, Pedro de Valdivia concedió otras dos de importancia en el valle central; las cuales volvieron a manos de sus primitivos poseedores, aun cuando Valdivia llegó a privarles de su goce por algun tiempo.

Estos repartimientos son los de Santiago de Azócar i Francisco Martinez de Peñalosa. Uno i otro apelaron del despojo que les habia causado Valdivia ante la Real Audiencia de Lima, presidida entónces por el presbítero La Gasca, i este alto tribunal ordenó que les entregaran sus indíjenas (1).

Santiago de Azócar.—Recibió las encomiendas de Pelvin i Rauco (2).

La comarca de Pelvin se halla ubicada, como se sabe, en el actual departamento de Victoria, en la provincia de Santiago (3).

Casado con doña Juana Rodriguez, u Ortiz de Cervantes, Azócar tuvo varios hijos, de los cuales el primojénito fué el capitan Juan de Azócar, a quien se conocia con el apodo de *el mozo* para distinguirlo de Juan de Azócar *el viejo*, hijo bastardo de Santiago de Azócar (4).

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 14, pájinas 251 i 270.

(2) Escritura pública de 14 de octubre de 1585 ante Jines de Toro Mazote.

(3) En cuanto a *Rauco*, es de suponer que este nombre corresponda al lugar llamado asi en el departamento de Curicó. No faltan, sin embargo, quienes se inclinan a creer que la encomienda de Azócar estaba situada en *Mallarauco*, cercana a la de Pelvin.

(4) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Pájinas 120 i 121.

Francisco Martinez.—Este es el personaje que hasta hace poco tiempo se conocia con el nombre de Francisco *Miñez*, por un error paleográfico del intérprete del libro *becerro* del cabildo de Santiago (1).

Martinez era un comerciante español que, recien llegado al Perú, habia celebrado con Pedro de Valdivia, el cual se hallaba entónces preparando su espedicion a Chile, un contrato de compañia, por el cual Martinez proporcionaba armas, caballos i vestuarios, ademas de una suma respetable de dinero, i Valdivia se comprometia a dividir por mitad con él las utilidades de la empresa.

Francisco Martinez llegó a Chile a fines de 1543, en el buque del cual era capitan Diego Garcia de Villalon; i se presentó a Valdivia pidiéndole rendicion de cuentas i el pago inmediato de las cantidades de oro que, a su juicio, le debia.

Como puede comprenderse, el conquistador de Chile se hallaba mui léjos de poder satisfacer a su antiguo socio; pues las necesidades de la guerra con los indíjenas del pais i los gastos que habia exijido la fundacion de Santiago, le habian puesto en situacion mui parecida a la miseria.

(1) Era comun en aquellos tiempos que los funcionarios públicos emplearan abreviaciones en sus firmas. Así, el secretario de Valdivia firmaba *Juan de Cardeña*; i, del mismo modo, Francisco Martinez escribia su apellido bajo la forma de *Miñez*. Hoi se sabe con seguridad que el apellido de aquel secretario era *Cárdenas*, i que *Miñez* constituye una abreviatura de *Martinez*.

Martinez mismo se persuadió de cuál era la triste realidad de las cosas, i hubo de aceptar el nombramiento de dos árbitros para que liquidaran el negocio.

Estos resolvieron al cabo de pocos dias, en vista de los resultados de la espedicion, que la compañia debia considerarse disuelta, i que Valdivia se hallaba obligado a pagar a su consocio la suma de 5,000 pesos de buen oro (1).

Aunque los créditos efectivos i comprobados de Martinez subian a una cantidad mucho mayor, este último quedó satisfecho con la sentencia, porque habia resuelto establecerse en Chile, como sucedió en el hecho, i ademas habia obtenido de Valdivia un espléndido repartimiento de indíjenas.

Tal es, a lo ménos, la esplicacion que da de la conducta de Martinez uno de nuestros mas antiguos cronistas.

«Recibióle el capitan (Pedro de Valdivia a Francisco Martinez) con aspecto mui grato, escribe Mariño de Lobera, agasajándole con mucho regalo, i luego le proveyó de una encomienda de un pueblo llamado Colina, tres leguas de la ciudad de Santiago, con lo cual (Martinez) alzó mano de la demanda desistiendo de la paga, i chancelando la escriptura;

(1) Todos los documentos de esta liquidacion han sido publicados por don José Toribio Medina en el tomo 8.° de sus *Documentos Inéditos*. Véanse las pájinas 53-62.

i así se quedó por vecino de aquella ciudad, entre los demas que en ella habia (1).»

Posteriormente, segun se ha leido, Valdivia pretendió quitar a Martinez estos naturales; pero La Gasca i la Real Audiencia de Lima le ampararon en la posesion de ellos.

El repartimiento de Martinez comprendia otros indíjenas, a mas de los de Colina.

En el testamento que el mismo Francisco Martinez otorgó a nombre de su mujer, ante el escribano Juan de la Peña, en 8 de diciembre de 1565, se leia la cláusula que sigue:

«E nombró (la testadora, doña Maria de Vergara) por sus universales herederos a los indios de Colina, e Chicureo, e Painabilque, e Chacabuco, que me estan encomendados (a Francisco Martinez) en nombre de S. M.»

Francisco Martinez estaba llamado a ocupar un lugar honorable entre los vecinos de Santiago; i desempeñó diversas funciones públicas de responsabilidad e importancia, cuales fueron, las de tesorero, rejidor i procurador del cabildo, i alguacil mayor de la ciudad.

Por desgracia, no tuvo hijos de su lejítima mujer, la señora Vergara.

En cambio, reconoció a varios hijos habidos en uniones ilegales.

Por de pronto, habia traido de España al capitan

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 6.º, pájina 89.

Francisco Martinez de Vergara, su primojénito, de cuya carrera militar no hai noticias; por lo cual es de suponer que muriera jóven en nuestro pais.

Otros dos hijos del consocio de Pedro de Valdivia fueron: doña Luciana de Vergara i Silva, mujer del capitan don Gaspar de la Barrera, i el licenciado don Luis Nuñez de Vergara, el cual se cuenta entre los estudiantes chilenos de Lima.

La madre de doña Luciana i de don Luis se llamaba Maria Gonzalez Cabezudo (1).

Por último, Francisco Martinez de Peñalosa procreó a su hijo don Gonzalo en doña Mariana Pichumlien, o Pico de Plata, cacica de Chacabuco (2).

Hijo del capitan don Gonzalo Martinez de Vergara fué el alguacil mayor don Antonio, quien dejó por testamento su hacienda de Chacabuco a la Compañia de Jesus.

Las encomiendas de Colina, Chacabuco i Chicureo fueron heredadas por el capitan don Gaspar de la Barrera, yerno, segun se ha visto, de Martinez de Peñalosa (3).

Despues del capitan de la Barrera, los indíjenas de Colina pasaron a manos de doña Ana Maria de Azócar, hija de Juan de Azócar *el mozo*, i viuda de don Diego de Cárcamo i Valdes.

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI*. Pájina 182.

(2) Testamento del capitan Gonzalo Martinez de Vergara, otorgado ante Manuel de Toro Mazote en 15 de junio de 1644.

(3) Escritura pública de 15 de octubre de 1585, ante Jines de Toro Mazote.

En esta época, segun parece, aquellos naturales fueron trasplantados en Chiñigüe, o *Pelvin el nuevo*, donde se hallaba una de las mas importantes propiedades rústicas de la familia Azócar; i desde entónces no salieron del poder de esta familia, ya sea por composicion con el real tesoro (1), ya sea en forma de administracion.

He aquí la lista de los poseedores de la encomienda, despues de los dias de la señora Azócar:

1.° Doña Isabel de Cárcamo Valdes i Azócar, mujer de don Antonio de Puebla i Rojas, correjidor de Santiago en 1676.

2.° Don Francisco de Rojas i Azócar, alcalde ordinario de Santiago en 1686 i en 1696.

3.° Doña Isabel de Rojas i Jaraquemada, hija del anterior i casada con don Alonso de Meneses i Bravo de Saravia, hijo del presidente Meneses.

4.° Don Pedro de Ustáriz i Ollo, hijo del presidente Ustáriz, casado con doña Maria Josefa de Meneses i Rojas.

5.° Don Antonio de Bascuñan i Ovalle, marido de doña Ana Josefa de Meneses i Rojas, administrador de la encomienda durante la ausencia de don Pedro de Ustáriz en el Perú (2).

Bascuñan i Ovalle habia ademas adquirido por compra, de los hermanos de su mujer, la hacienda de Chiñigüe, en el año 1747 (3).

(1) Capitania Jeneral, volúmen 494, número 6,342.

(2) Papeles de la familia Alcalde.

(3) *Mayorazgos i Títulos de Castilla*. Tomo 3.°, pájina 293.

6.° Don José Antonio de Alcalde, marido de doña Rosa Bascuñan i Meneses, administrador de los mismos naturales, por decreto del presidente Benavides, de 7 de diciembre de 1782.

Pocos dias ántes, Alcalde habia recibido en adjudicacion la hacienda de Chiñigüe que habia pertenecido a su suegro (1).

Haciendas i servidores se trasmitian así durante la colonia de padres a hijos en las familias ricas de Chile.

Los veintiseis repartimientos descritos no fueron por cierto los únicos que Valdivia encomendó a sus compañeros distinguidos. Por el contrario, puede calcularse que ellos solo formaban la cuarta parte del número total.

En cambio, entre estas primitivas encomiendas, una veintena, por lo ménos, se cuentan entre las mas importantes que hubo en Chile durante la colonia, ya sea que no cambiaran de nombre ni de ubicacion hasta que se abolió por completo el servicio personal obligatorio de los indíjenas, ya sea que sus naturales fueran repartidos entre diversas propiedades o bien trasladados a comarcas lejanas, i aparezcan en los archivos de gobierno como pertenecientes a otras agrupaciones.

Segun el jesuita Rosales, Pedro de Valdivia re-

(1) Obra i tomo citados, pájina 291.

partió entre ocho encomenderos a los indíjenas de la Serena (1); entre veinte, a los de Concepcion (2); entre veintisiete a los de Imperial (3); e igualmente entre sus soldados mas valerosos, a los naturales de Valdivia, Villarrica i Angol (4).

De estos repartimientos, por decirlo así, *provinciales*, se han mencionado el de Francisco de Aguirre, en Copiapó i Coquimbo, i los de Pedro de Villagra, Juan Gomez de Almagro, Gaspar de Villarroel, Francisco de Villagra i Jerónimo de Alderete, en la jurisdiccion de la Imperial.

A continuacion se describen algunos otros que pertenecieron a vecinos de Concepcion, Imperial o Valdivia, i entre ellos, el repartimiento que se reservó el jefe mismo de la conquista de Chile.

Estas encomiendas, como todas las ubicadas en la rejion que se estendia desde el valle de Chillan hasta el rio de Valdivia, parecian llamadas a un porvenir brillante, por el gran número de sus indíjenas tributarios.

Hernando de Huelva.—En una informacion de servicios levantada en 1564, en la ciudad de Santiago, por el capitan Pedro de Leon, quien se habia reunido a Pedro de Valdivia en Tarapacá

(1) *Historia Jeneral de el Reino de Chile.* Tomo 1.°, pájina 432.

(2) Obra i tomo citados, pájina 441.

(3) Obra i tomo citados, pájina 456.

(4) Obra i tomo citados, pájinas 466, 468 i 469. Consúltense ademas los *Documentos Inéditos* de Medina.

para tomar parte en la conquista de Chile, se lee la siguiente pregunta:

«19.—*Item*, si saben, etc., que, venido el dicho Jerónimo de Alderete de la dicha jornada e descubrimiento (la de Arauco), pobló el dicho gobernador (Valdivia), en nombre de su Majestad, la ciudad de la Concepcion, en la cual poblacion se halló el dicho Pedro de Leon; i por sus servicios le hizo vecino della, i le dió indios de repartimiento, que fué el valle de Chillan. Digan lo que saben (1)».

Afirmativamente contestaron Juan Gomez de Almagro, Lope de Ayala i demas testigos presentados por el capitan Leon; pero del mismo interrogatorio antedicho se desprende que el favorecido con aquella encomienda hizo dejacion de ella, en cambio de otra en la jurisdiccion de la Imperial, i que mas tarde aceptó de Hurtado de Mendoza un nuevo repartimiento en Apalta, con renuncia del anterior.

Segun afirma el capitan Leon, por haberle quitado sus indíjenas de Apalta el gobernador Francisco de Villagra, despues de servir por mas de treinta años en los ejércitos del rei, en 1564 habia concluido por quedar pobre i adeudado, sin naturales que le sirvieran i sin aprovechamientos de ninguna clase.

La encomienda de Chillan estaba destinada a pertenecer a otro capitan, vecino tambien de Con-

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 16, pájina 423.

cepcion, Hernando de Huelva, el cual habia llegado a Chile mucho despues que Pedro de Leon.

Entre los favorecedores de Pedro de Valdivia en Lima, cuando el conquistador de nuestro pais se dirijió al Perú con el fin de ponerse a las órdenes de La Gasca i obtener recursos para terminar la pacificacion de Chile, uno de los principales fué Hernando de Huelva.

No solo dió en préstamo a Valdivia la suma de mas de veintidos mil pesos de oro, sino que reunió en el Perú soldados i mercaderias para socorro de los conquistadores de este territorio.

Por último, obedeciendo a un llamado de Valdivia, no vaciló en venir él mismo con el objeto de ayudar a este jefe con su brazo.

No tiene, pues, nada de estraño que recibiera una buena recompensa.

Con fecha 8 de julio de 1552, Pedro de Valdivia le concedió la siguiente merced:

«En remuneracion de vuestros servicios, trabajos, pérdidas i gastos, decretó el gobernador, encomiendo por la presente, de parte de S. M., en vos el dicho capitan Hernando de Huelva los lebos dichos Otogue, Coigueco, Pelel, Niegana e *Chilean*, con sus caciques nombrados Reinoguellan, Tipalauquen, Millamiral, Painelen, Catarongo, Gonachaco, Paivelerma, Guanamangua, Güelen, Barrachenque, Languguano, Molomaveen, Tarneco, Tarnande, Aneprelan, Caromande, Calmachenque, con todos los demas caciques prencipales e no prencipales, con

todos los indios i sus subjetos a estos caciques aquí nombrados, i a los que no lo estan, como todos sean subjetos e de la parcialidad de los dichos lebos, que tienen su asiento cerca del rio Itata, de la una parte i otra dél, e otros entre Itata i esta ciudad de la Concepcion (1)».

Pedro Olmos de Aguilera.—Hermano de Alonso de Aguilera, el emisario de Pedro de Valdivia al rei en 1550; i deudo, por lo tanto, del mismo Valdivia (2).

Llegó a Chile despues de haber combatido en el Perú contra Gonzalo Pizarro (3); i obtuvo del conquistador de nuestro pais una encomienda en la jurisdiccion de la Imperial de 8,000 indíjenas (4).

Era casado con doña Maria de Zurita i Villavicencio, i en ella habia procreado cinco hijos, de los cuales los principales fueron éstos:

1.—Don Alonso de Aguilera, chantre de la Imperial, muerto por los indíjenas durante el sitio de la ciudad, en el gobierno de Quiñones (5).

2.—Doña Ines de Aguilera i Villavicencio, mujer de don Pedro Fernandez de Córdoba, i madre

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 28, pájina 166.

(2) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial*. Artículo sobre Aguilera.

(3) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 25, pájinas 29 a 36, i 180 a 182.

(4) Véase la crónica de Mariño de Lobera, *Historiadores de Chile*, tomo 6.º, pájina 142.

(5) Errázuriz, *Seis años de la Historia de Chile*, tomo 1.º, pájina 227.

de doña Ines de Córdoba i Aguilera, la cual, como se sabe, casó con el gobernador de Chile don Alonso de Ribera.

De la entereza de la señora Aguilera i Villavicencio, i de sus hazañas durante el asedio de la Imperial, hacen grandes elojios el jesuita Olivares (1) i el cronista Carvallo i Goyeneche (2.)

Uno i otro mencionan una real cédula de Felipe III por la cual este monarca asignó a la heroica dama, en recompensa de su conducta, la pension anual de dos mil pesos.

Carvallo i Goyeneche hace presente que doña Ines habia visto morir en los combates diarios que los defensores de la ciudad tenian que sostener contra los asaltantes «a su marido don Pedro Fernandez de Córdoba; a sus hijos Antonio, Diego i Alonso; a sus hermanos Pedro, Alonso i Diego; a don Andres Fernandez de Córdoba, su cuñado; a Fernando Fernandez de Córdoba, Gabriel de Villagra i Pedro Olmos de Aguilera, sus sobrinos».

3.—Don Pedro Olmos de Aguilera, casado con doña Catalina Niño de Navia i Estrada; padres de doña Antonia de Aguilera, mujer de don Fernando de Irarrázaval i Zárate (3).

Este segundo Pedro Olmos de Aguilera murió, segun acaba de leerse, en el sitio de la Imperial.

(1) *Historiadores de Chile*, tomo 4.º, pájinas 310 i 311.

(2) *Historiadores de Chile*, tomo 8.º, pájinas 232 i 233.

(3) Véase la obra *Mayorazgos i Títulos de Castilla*, tomo 1.º, pájina 305.

Andres Hernandez de Córdoba.— Es de suponer sea el cuñado de doña Ines de Aguilera i Villavicencio, la heroina de la Imperial.

Fué agraciado por Valdivia con una encomienda en esta ciudad de 6,000 indíjenas (1).

Julian Gutierrez de Altamirano.— Pariente de Pedro de Valdivia (2), a quien este conquistador nombró correjidor de la ciudad de Valdidivia (3), i ademas concedió un buen repartimiento en ella (4).

Diego Nieto de Gaete.—Hermano de doña Marina Ortiz de Gaete, mujer lejítima de Valdivia, recibió una encomienda de mas de 15,000 indíjenas en la ciudad que llevaba el nombre de su cuñado (5).

Cuando murió Pedro de Valdivia, Nieto de Gaete se hallaba en la Península, adonde habia ido a buscar a su mujer e hijos, a la mujer de Valdivia (6), i a otra hermana suya, llamada Catalina Ortiz de Gaete, viuda de Lorenzo Suarez de Figueroa (7),

(1) Mariño de Lobera *Historiadores de Chile.* Tomo 6.°, pájina 142.

(2) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI,* pájina 236.

(3) Medina, *Diccionario Biográfico Colonial,* pájina 387.

(4) Mariño de Lobera, *Historiadores de Chile.* Tomo 6.° pájina 140.

(5) Mariño de Lobera, obra i tomo citados. Pájina 141.

(6) Barros Arana, *Proceso de Pedro de Valdivia.* Pájina 334.

(7) Medina, *Documentos Inéditos.* Tomo 10, pájinas 298-332.

quien habia ejercido en América el cargo de gobernador de Santa Cruz de la Sierra (1).

Pedro de Valdivia.—Empezó por reservar para sí los indíjenas de los mas hermosos valles que encontraba en su camino; i de este modo fueron encomiendas suyas los naturales de Coquimbo, Quillota (2), Lampa, Poangue i Cachapoal (3).

La necesidad de recompensar a los capitanes que mejor le servian, i la inquebrantable resolucion que adoptó de «vivir en la Concepcion, segun refiere el jesuita Rosales, por ser el medio i el corazon de la tierra,» le obligaron, sin embargo, a irse desprendiendo de aquellos repartimientos; i entónces fué cuando «puso en su cabeza cuarenta mil indios desde Andalien hasta Arauco i Tucapel, i alcanzaban a Ilicura i Puren (4).»

Esta colosal encomienda comprendia «los lebos de Andalien, Arauco, Talcahuano i Aquelpangue, Arana, Penguereva, Millarapue, Llavapí, Quedico i otros (5)», esto es, la mayor parte de las actuales provincias de Concepcion i Arauco.

La mujer lejítima de Valdivia, doña Marina Ortiz

(1) *Relaciones Jeográficas de Indias*, publicadas por el Ministerio de Fomento. Madrid, 1885. Tomo 2.°

(2) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 11, pájina 422.

(3) Consúltense los párrafos de este capítulo sobre las encomiendas de Francisco de Aguirre, de Marcos Veas, de Juan Bautista Pastene i de Rodrigo de Araya.

(4) Rosales, *Historia Jeneral de el Reino de Chile*. Tomo 1.°, pájina 461.

(5) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 10, pájina 9.

de Gaete, llegó a Chile algunos años despues de la muerte de su marido, i cuando gobernaba este pais don Garcia Hurtado de Mendoza.

A pesar de que, segun reales cédulas terminantes, a falta de hijos lejítimos, a ella le tocaba suceder en las encomiendas que habia dejado Valdivia, doña Marina no pudo conseguirlo desde luego, aun cuando habia obtenido un decreto especial de la corte en su favor; pues don Garcia se habia adueñado de los repartimientos de Concepcion i Arauco.

Doña Marina apeló ante la Audiencia de Lima, donde era virrei el marques de Cañete, padre de don Garcia, i aquel funcionario opuso toda clase de obstáculos a la justa reclamacion de la viuda del conquistador de Chile.

Por sentencia del tribunal mencionado, de 8 de noviembre de 1559, se ordenó al gobernador Hurtado de Mendoza que obedeciera el mandato del rei «con tanto que, despues de ser metida e amparada la dicha doña Marina Ortiz de Gaete en la posesion de los dichos sus repartimientos, tuviera bastante jente para la defensa dellos en la fortaleza de Arauco, e que, no teniendo la dicha jente, que el dicho gobernador ques o fuese o su lugarteniente, la pudieran poner a costa de los indios de los dichos sus repartimientos, dejando a la dicha doña Marina congrua sustentacion en el entretanto que dello se daba relacion; e ántes que le metieran en la posesion dellos, tasaran los tributos que los dichos indios, buenamente e sin recibir vejacion pudiesen dar, e no

consintieran que se les llevara mas de lo contenido en la tasa que sobre ello se hiciera ni que la dicha doña Marina se sirviera personalmente dellos.»

El espíritu hostil del marques de Cañete se halla de manifiesto en las condiciones que imponia con el carácter de previas para el reconocimiento de doña Marina como lejítima poseedora de las encomiendas de su marido.

A una viuda pobre, segun lo estaba la señora Ortiz de Gaete, le habria sido materialmente imposible armar un verdadero ejército, como parecia exijirlo el marques para mantener en paz la vasta rejion comprendida entre Talcahuano i Quidico.

Por otra parte, era injusto prohibirle en absoluto el servicio personal de los naturales cuando en el hecho ese servicio se hallaba reconocido por las autoridades en el resto del pais.

La majestad de Felipe II, ante la cual presentó sus quejas doña Marina, revocó lo dispuesto por la Audiencia de Lima, i con fecha 27 de agosto de 1560, dió instrucciones espresas al gobernador de Chile para que devolviera sus encomiendas a la viuda de Valdivia.

Entretanto esta señora se habia establecido en Concepcion; i, sin duda alguna, en vista de lo resuelto por el tribunal peruano, con fecha 11 de junio de 1560, hizo dejacion del lebo de Millarapue en favor de don Francisco Gutierrez de Valdivia, sobrino de su marido.

Al dia siguiente, el gobernador Hurtado de Men-

doza, sobre la base de que doña Marina se hallaba en quieta posesion de los repartimientos de Arauco, como sucesora de Pedro de Valdivia, la cual declaracion prueba que aquel funcionario, aun ántes de que llegara a sus manos la real cédula de 27 de agosto, se habia allanado a devolver lo que no le pertenecia, encomendó en nombre del soberano de España a Gutierrez de Valdivia el lebo antedicho.

Mas de un año despues, cuando gobernaba a Chile Francisco de Villagra, en 17 de noviembre de 1561, doña Marina renunció ademas los lebos de Guapel, a condicion de que le fueran concedidos al mismo sobrino; i Villagra así lo decretó algunos dias mas tarde, en estos términos:

«Encomiendo en vos, el dicho Francisco Gutierrez de Valdivia, el lebo llamado Millarapue, de que son caciques Melianga, Angapillan, Guamalin, Pelque, Melichanque, Andelien, Ranisangue, Peñincura, Pelque-Pelque, con todos los demas caciques e prencipales del dicho lebo, aunque los nombres dellos no vayan aquí puestos, e aunque el dicho lebo se llame por otro cualquier nombre, e con todos los indios sus subjetos, que tienen su tierra e asiento en los términos de la ciudad de la Concepcion, en la costa de la mar hacia la sierra, entre los lebos de Colocolo i Lavapié, por dejacion que dellos hizo doña Marina Ortiz de Gaete, mujer del gobernador don Pedro de Valdivia, en quien estaban encomendados; e asimismo os encomiendo el pueblo o pueblos sujetos a Guapel, cuyos son sus caciques Puranabal,

Millamahuida, Quintoguano, Lutocalio, con todos los indios a ellos sujetos, como i segun los tenia e poseia la dicha doña Marina, i con el mismo derecho que tiene en su tierra e asiento de aquella e desta parte del rio de Biobio, junto a los indios de Talcahuano, por dejacion que asimismo dellos hizo la dicha doña Marina».

Don Melchor Bravo de Saravia confirmó, a su vez, con fecha 10 de julio de 1574, todas estas gracias (1).

Gutierrez de Valdivia no fué el único pariente favorecido por la señora Ortiz de Gaete. Como las encomiendas de Pedro de Valdivia habian sido mui numerosas, ella pudo dar tambien parte de estos naturales a los hijos de su hermana doña Catalina.

En primer lugar, cedió un buen repartimiento al mayor, don Francisco de Figueroa; i cuando éste murió, se apresuró a protejer a don Lope Ruiz de Gamboa, hermano de don Martin Ruiz de Gamboa, casado con una hija de doña Catalina, doña Isabel de Figueroa, i a don Lorenzo de Figueroa, igualmente sobrino carnal suyo.

Francisco de Villagra, en 28 de junio de 1562, dictó con este motivo el decreto que sigue:

«En nombre de S. M., encomiendo en vos el capitan Lope Ruiz de Gamboa, el principal Curilemo con seiscientos indios de visitacion de los a él subje-

(1) Medina, *Documentos inéditos*. Tomo 10, pájinas 280 - 293.

tos, que son en el lebo de Arauco, i, si el dicho principal Curilemo, con los demas prencipales e indios de su parcialidad, no tuviere los dichos seiscientos indios de visitacion, se os cumplan de los indios e principales mas cercanos al dicho Curilemo, e para ello señalo a Penecuravito o otros cualesquier subjetos del dicho lebo de Arauco, de los cuales se os contarán los dichos seiscientos indios de visitacion, i no mas, porque los demas quedan en la encomienda de la dicha doña Marina Ortiz de Gaete; i mas os encomiendo para el servicio de vuestra casa el principal de Lepemande, con la mitad de los indios que en el lebo de Talcahuano i en términos de la dicha ciudad de la Concepcion, yo tuve dados i encomendados a Francisco de Figueroa, difunto, por dejacion que hizo la dicha doña Marina Ortiz de Gaete, i de nuevo agora la ha hecho para que se encomienden en vos i en Lorenzo de Figueroa, hermano del dicho Francisco de Figueroa, i en ellos se os contarán la dicha mitad de indios con el dicho prencipal Lepemande, para que de los unos e de los otros os sirvais conforme a los mandamientos i ordenanzas reales (1)».

Estas mercedes eran, sin embargo, hasta cierto punto nominales, pues, desde que Francisco de Villagra habia reasumido el cargo de gobernador, los indíjenas habian vuelto a rebelarse i el territorio que

(1) Medina, *Documentos Inéditos*. Tomo 19, pájinas 192 i 193.

hoi pertenece a las provincias de Concepcion i Arauco por muchos años, debia permanecer en continua ajitacion.

Así se esplica que algunos conquistadores españoles, de los que tenian alta situacion oficial, i la misma doña Marina Ortiz de Gaete solicitaran del rei que encomendara los indíjenas que habian pertenecido a Valdivia, i ahora se hallaban en manos de su viuda, en personas capaces de ayudar al sometimiento de la comarca; i que, para indemnizar a la poseedora de los repartimientos, mui digna de ser protejida en atencion a los grandes méritos de su marido, la agraciara con una renta que le permitiera subsistir en conformidad a su categoria.

El cabildo i rejimiento de Tucapel envió al soberano de España una nota redactada en esos términos, con fecha 6 de diciembre de 1563; i en el mismo sentido dirijieron comunicaciones al monarca el gobernador don Pedro de Villagra, en 18 de diciembre; el cabildo i rejimiento de Concepcion, compuesto de personas respetables, a saber: Francisco de Castañeda, Diego Diaz, Gregorio Blas i Pedro Benitez, en 20 de diciembre; i al año siguiente de 1564, segun ántes se ha espresado, la propia doña Marina, la cual hizo presente que era mayor de cincuenta i cinco años, que habia perdido en la guerra de Arauco cinco sobrinos, a quienes amaba en calidad de hijos, i por último, que no tenia descendientes, ni sucesor alguno para sus encomiendas.

Los indíjenas que en esta época poseia la viuda

de Pedro de Valdivia no subian del número de cinco mil, como cuidaban de advertirlo al rei las corporaciones e individuos nombrados.

La tramitacion de este asunto fué larguísima en la corte de España i duró cerca de diez años, a pesar de que doña Marina mantuvo apoderado constante en las antesalas del Consejo de Indias.

Este alto tribunal no podia dejar de comprender la conveniencia de que los repartimientos de Pedro de Valdivia fueran concedidos a hombres valerosos i fuertes, que contribuyeran al triunfo de los tercios españoles en los campos araucanos; pero, al mismo tiempo, tuvo dificultades para señalar la fuente de entradas de donde debia sacarse la renta anual que con tanta justicia solicitaba la señora Ortiz de Gaete.

Por real cédula de 28 de abril de 1567, la majestad de Felipe II pidió informe a la Audiencia de Chile, que suponia ya instalada en Concepcion, pero que en realidad no empezó a funcionar sino algunos meses mas tarde, sobre la renta que producia al año la mencionada encomienda de Valdivia, i sobre si seria ventajoso al real servicio que la corona tomara para sí esta encomienda i pagara con sus productos una pension a doña Marina.

Ya sea por el preferente cuidado que exijia la guerra de Arauco, ya sea por demora en la remision a Chile del real decreto aludido, ya sea porque el tribunal esperó que llegara del virreinato del Perú su presidente, don Melchor Bravo de Saravia, la ver-

dad es que la Audiencia de Concepcion no espidió su informe sino en 27 de octubre de 1571.

«Lo que se ha entendido, escribian los oidores *el doctor Bravo de Saravia, el licenciado Egas Venegas, el licenciado Juan de Torres de Vera* i *el doctor Peralta*, es ques (la encomienda de Pedro de Valdivia) la cosa mas principal i de mas calidad que hai en este reino, e que, estando de paz los indios que al presente posee la dicha doña Marina, pueden rentar en cada un año ocho mill pesos de buen oro, i, conforme a esto, V. M. podrá hacer el asiento que fuere servido con la dicha doña Marina, dándole en recompensa lo que fuere servido, i paresce, segund el estado de la tierra, que, si estos indios i estado de Arauco quedase vaco, para se poder encomendar en personas beneméritas que han servido a V. M., porque no han sido gratificados, por no haber qué les dar, i lo que V. M. fuere servido de hacer merced a la dicha doña Marina en recompensa, se le debe librar en otra caja real, i nó en las deste reino, por no haber en ella de qué se le poder cumplir, como a V. M. hemos dicho».

Ademas los oidores nombrados advertian espresamente a su soberano que, «por estar al presente de guerra los naturales dél (estado de Arauco, donde Valdivia tenia su encomienda), no se habian podido visitar ni tasar».

La resolucion del Consejo de Indias, como habria sido de calcularlo, consistió en autorizar al gobernador de Chile para que repartiera entre los bene-

méritos del reino las encomiendas que habian sido de Pedro de Valdivia, i recompensara debidamente a la señora Ortiz de Gaete con encomiendas chilenas vacantes, en territorios de paz; pues «en España, establecia aquel respetable tribunal, no hai disposicion de darle la recompensa que pide (1).»

Este acuerdo llevaba por fecha la de 9 de junio de 1573.

De tan peregrino modo, i despues de enojosas tramitaciones, fué recompensada, con vizcaina mezquindad, la viuda de quien habia conquistado para su rei un vasto i hermoso pais.

Doña Marina estaba llamada a vivir cerca de veinte años mas, pues solo murió en abril de 1592.

Doña Ines Suarez, aquella valerosa mujer que habia estado unida con estrechos lazos a Pedro de Valdivia en los primeros años de la conquista, i que le habia prestado entónces el importante ausilio de su enerjia e intelijencia, habia dejado de ser mucho ántes, en el año 1570.

La señora Ortiz de Gaete, en su testamento (2), declara por sus bienes raices: dos solares en la ciudad de Concepcion; una cuadra, esto es, una manzana, en Santiago; i la casa donde vivia, en esta última ciudad.

---

(1) Don José Toribio Medina ha publicado todos los documentos de que nos hemos valido para la presente relacion en el tomo 29 de sus *Documentos Inéditos*, pájinas 8-39

(2) Puede leerse en el tomo 10 de los *Documentos Inéditos* de Medina, pájinas 335-340.

Esta se hallaba en la cañada de San Francisco, en la esquina poniente de la actual calle de las Claras (1).

Ademas habla de algunos yanaconas i de una encomienda de indíjenas, que le pertenecian. En varias cláusulas se refiere a indíjenas suyos que tenia alquilados, entre otras personas, a Juan de Azócar i a Francisco de Riberos.

Azócar se habia comprometido a pagarle por los servicios que debian prestarle en un año once naturales de su encomienda la cantidad de cien pesos de buen oro, i cien fanegas de trigo, cincuenta de maiz, cincuenta de cebada i veinte carneros.

Doña Marina, como es mui sabido, fundó una capellania a beneficio de la capilla de la Soledad, del convento de San Francisco, a la cual institucion asignó una gran parte de sus bienes.

La última cláusula de su testamento empezaba así:

«E, cumplido e pagado este mi testamento, e lo en él contenido, dejo, nombro e instituyo por mi universal heredero a la dicha capellania, i mi ánima, i a la ánima del señor don Pedro de Valdivia, defunto, de todos mis bienes muebles i raices, semovientes, derechos i acciones, para que se haga bien por la dicha mi ánima i del dicho mi marido, i con las rentas de los dichos bienes se digan las misas i

(1) Thayer Ojeda, *Santiago durante el siglo XVI.* Pájina 195.

sufrajios, conforme va especificado en la escriptura de la institucion de la dicha capellania (1), e lo tengo declarado por las cláusulas de este mi testamento.»

Este es un rasgo característico del espíritu profundamente relijioso de la época colonial. Así como doña Inez Suarez habia fundado una capellania destinada a mantener el culto relijioso en la Ermita de Monserrate donde los dominicanos estaban obligados a rezar por su alma i por la de Pedro de Valdivia; así tambien la señora Ortiz de Gaete instituyó otra capellania, cuyo principal objeto era que los franciscanos rezaran en la capilla de la Soledad por su salvacion i por la del que habia sido su marido.

La conquista de nuestro pais ha dado una gloria eterna a la memoria de Valdivia; pero esa gloria seria incompleta si los laureles oficiales no estuvieran acompañados de las oraciones que, gracias al cariño de las dos mujeres a quienes amó durante su vida, se rezan por él en dos iglesias de Santiago.

Como resúmen de este capítulo, léase a continuacion una lista de los principales encomenderos que habia en Chile al fin del gobierno de Pedro de Valdivia, agrupados segun la actual nomenclatura de nuestras provincias.

(1) Esta escritura ha sido publicada por Vicuña Mackenna en sus *Relaciones Históricas*, tomo 1.°, artículo sobre *La Cañada de Santiago*.

Copiapó i Coquimbo.—*Francisco de Aguirre.*

Coquimbo.—*Juan Godinez* (Choapa).

Aconcagua.—*Gonzalo de los Rios* (Ligua i Papudo).—*Diego García de Cáceres* (Curimon).—*Francisco de Riberos.*

Valparaiso.—*Rodrigo Gonzalez* (Quillota).

Santiago.—*Diego García de Cáceres* (Llopeo).—*Rodrigo Gonzalez* (Pico).—*Francisco Martinez de Peñalosa* (Chacabuco, Chicureo i Colina).—*Marcos Veas* (Lampa).—*Pedro Gomez de Don Benito* (Quilicura).—*Rodrigo de Araya* (Salto).—*Rodrigo de Quiroga e Ines Suarez* (Apoquindo i Melipilla).—*Juan Jufré* (Macul).—*Juan Fernandez i Jerónimo de Alderete* (Lampa, Tobalaba, Tango i Malloco).—*Bartolomé Flores* (Talagante).—*Santiago de Azócar* (Pelvin).—*Juan Bautista Pastene* (Poangue).

O'Higgins.—*Rodrigo de Araya* (Cachapoal).—*Rodrigo de Quiroga e Ines Suarez* (Peumo).—*Alonso de Córdoba* (Pirque).

Colchagua.—*Rodrigo de Quiroga e Ines Suarez.*—*Francisco de Riberos* (Malloa).—*Juan Fernandez i Jerónimo de Alderete* (Ligueimo).—*Juan Bautista Pastene* (Taguataguas).—*Gaspar Orense* (Rapel i Topocalma).—*Pedro de Miranda* (Copequen).—*Alonso de Escobar* (Nancagua).

Curicó.—*Rodrigo de Quiroga e Ines Suarez* (Teno).—*Santiago de Azócar* (Rauco).—*Juan de Cuevas* (Vichuquen).

Talca.—*Juan Jufré* (Mataquito, Peteroa i Pocoa).—*Juan de Cuevas* (Huenchullami).

Linares.—*Bartolomé Flores* (Putagan).—*Juan de Cuevas* (Loncomilla).

Ñuble. —*Hernando de Huelva.*

Concepcion i Arauco.—*Pedro de Valdivia.*

Arauco.—*Pedro de Villagra.*

Biobio, Malleco i Cautin.—*Pedro Olmos de Aguilera.*- *Andres Hernandez de Córdoba.*—*Juan Gomez de Almagro* (Tabon).—*Gaspar de Villarroel.* —*Francisco de Villagra* (Isla de Maquegua).

Valdivia.—*Jerónimo de Alderete.*—*Diego Nieto de Gaete.*—*Julian Gutierrez de Altamirano.*

II

Carta del gobernador García de Loyola al rei, escrita desde Concepcion, a 12 de enero de 1598, sobre la condicion en que se hallaban los indíjenas.

(Seccion de manuscritos de la *Biblioteca Nacional*. Archivo Vicuña Mackenna.)

Señor: Escripto he a V. M. otras veces cómo en materia de gobierno entiendo que es éste el mas desconcertado de cuantos yo sé, porque no hallo en este reino, en cosa que a esto toque, sino la confusion i desconcierto, que se puede bien creer, donde ha habido tan buenos entendimientos en los gobernadores i celo del servicio de V. M., lo habrá causado una guerra de mas de cincuenta i cinco años, en los cuales no habrá dado lugar a que se pueda acertar las cosas como debian, i de la manera que yo las hallé i estan hoi, etc.

En la ciudad de Castro, que es la última hacia el Estrecho, los indios no tienen tributo ni servicio señalado, porque el Ma-

riscal Martin Ruiz de Gamboa, que la fundó i conquistó, tuvo poco tiempo, i los demas gobernadores no le señalaron ninguno, e yo lo he dejado sin señalar, ni imponerlo, por lo que abajo diré.

En la de Osorno, Rica i Imperial hai tributo de cuatro, cinco i seis pesos, que pagan de derecho tan vario que, con ser una propia tierra, pagan diferente cantidad, mas i ménos, como el gobernador le pareció señalar; respetando a la mejoria o peoria della, i al mas o ménos pusible del indio, i como ha pocos años que se acabó la guerra de las tres ciudades primeras, i el dia de hoi no les faltan ruines pensamientos a los naturales, estos tributos se cobran trabajosamente, i muchos de los indios no los pagan en oro sino en jornales, que sus encomenderos para sí o para otros gastan. El tributo no está impuesto a todo el cuerpo del repartimiento sino a cada indio singular, i por esta razon no cobran por entero los encomenderos; porque unos se huyen i otros bajan a la guerra con soldados; otros son tan haraganes que no trabajan, i, al tiempo de la paga, i que la andan cobrando, se meten al monte, i el amo, por que no se le huya, disimula con él, o cobra en lo que le quiera dar, a trueque del oro que deben. Al que no lo tiene, le reciben ropa de vestir, caballos, sebones, miel i otras cosas, i con esto no hai órden que se pueda llamar. Ni a estos indios se les ha impuesto este tributo dándoles medios i enseñándoles cómo i dónde i en qué cosas pueden ganar para pagar su tributo; ni a los caciques se les ha ordenado que ellos sean los que han de cobrar los tributos, porque esto está a cargo de los correjidores que hai en los partidos en estas cuatro ciudades, que solia ser la gruesa de mejor oro que habrá en las Indias. Por la pusilanimidad de los vecinos, por su mucha pobreza, hai ménos que nunca.

Hai otro jénero de tributo que llaman de moderacion, que es que, en lugar de oro, ropa o las demas cosas, sirvan los indios personalmente una cuantidad de ellos por tiempo limitado a sus amos i cosas de su provecho. Esta distincion soi informado que hizo el Mariscal, respecto de que al tiempo que ordenó este tributo aun no estaba bien asentada la tie

rra, i dejó a la voluntad de los indios la eleccion de lo que mas quisiesen, o tributo líquido, como digo, o este servicio, que, a mi parecer, aunque necesario, es contrario al bien de los indios, respecto de que, si bien es que el tiempo i cantidad es moderado, el servicio es de todos i en todo tiempo.

Hai otros indios en estas cuatro ciudades que estan, o en confines de guerra, o tan en cabo de parte de lo de paz, que sirven los que quieren no mas.

En estas cinco ciudades soi informado que la jente va en disminucion, i la causa en parte es la guerra, i en partes se matan muchos con hechizos, i está esto tan reducido en toda esta tierra que dicen que la principal causa de no poderse reducir a forma de pueblos es la mortandad, que entre ellos habrá devorados, aunque a mi no me hace tanta fuerza esto cuanto la inquietud que hasta aquí ha habido, i la dispusicion mala de la tierra, i nadie haberse puesto a ello, para que, ya que en todo no se pudiesen reducir, en algunas se hiciese.

Todas estas ciudades estan en tierra húmeda, lluviosa, montuosa i mui fria, i, por esta ocasion, trabajosa para las cosechas, de manera que algunos años, ántes de segarse, renace el trigo en la espiga; aunque la providencia del cielo proveyó que en medio de Valdivia i Osorno tuviese un pedazo de tierra rasa, donde es la cosecha destas ciudades. I la que tiene Valdivia es trabajosísima de acarreto por tierra i agua hasta la ciudad, que para mi tengo que es mucha parte de la disminucion de los indios della. Yo hallé en costumbre que para Arauco se traian por mar muchos recursos al puerto de allí. Despues que vi el trabajo con que se traia, lo he quitado; pero es impusible quitarlo para el sustento de la ciudad. Toda esta tierra por esperiencia pasada se entiende que es mui rica, i lo que es montaña espesa i cerrada llega hasta la ribera del rio de Cauten, que pasa por la Imperial, en cuya ribera estan los fuertes que digo a V. M. en la carta de guerra.

Deste rio hasta el de Biobio, que son treinta leguas, solo tenemos por nuestro i de paz la ciudad de Ongol, que está tres

leguas de la ciudad, i al rededor de la ciudad hai un golpe de viñas, ques el sustento della, a las cuales i su beneficio se va con recato, porque cada dia los alancean los indios de guerra, i, a cuarto legua del pueblo, i ménos, no se pueden descuidar con dejar un caballo ni un buei, dos noches fuera, que no los pierdan; ni apacientan ganado menor de miedo del enemigo. I el que tienen para el sustento es en la ribera de Biobio; i desta parte, unos poquillos de indios que habia de paz, los cuales solo sirven de cultivarles las viñas i hacer alguna sementera, i no tienen mas tributo; i en los fuertes que en su distrito hai, sirven de soldados a V. M. Este pueblo de Engol ha sido uno de los que con mayor trabajo se han sustentado, porque tienen el enemigo a cuatro leguas; que de huida las corre en ménos de dos horas, i, como jente tan necesitada i pobre, i que algunos veces aprieta, al poco servicio tienen, se van muchos al monte, i otros vienen dél, i esos pocos que hai de paz, para poderse sustentar, tienen sus tratos con el enemigo, i a ratos mui a nuestra costa, i por esta razon el tributo que a éstos se les puede imponer de presente es defenderlos de sus amos, para no ocasionarlos a que del todo nos desamparen.

Desta otra parte de Biobio hallé poblado con guarnicion el fuerte de la Candelaria, que hacia escala i frontera a la jente de guerra que desde ella habia hasta las ciudades de San Bartolomé de Gamboa i esta de la Concepcion, a las cuales no se podia caminar sino con escolta, i toda la ribera del Biobio, hasta donde en esta ciudad entra en la mar, estaban de guerra, i era la jente mas valiente que hai en todo este reino, la cual de presente está de paz con la nueva poblacion que hice de Santa Cruz de Oñez, i sirven tan bien o mejor que los de Engol en plantar viñas, en la cosecha de las comidas i a pastar ganado. Asimismo en el distrito desta ciudad de Santa Cruz cae la provincia de Mareguano i Catirai, que confina con Tucapel i Arauco en la propia provincia; i los de Arauco, como escribo en la de guerra, sirven en lo que digo i ayudan valerosamente en la guerra. No se les aprieta en que tributen, así por haberse capitulado con ellos

por cierto tiempo, porque tambien son necesarios para soldados, a que son mas inclinados. El distrito que tiene Santa Cruz se quitó en la jurisdiccion desta ciudad de la Concepcion, la cual, de la mayor miseria que ha padecido ciudad deste reino, de presente goza de tranquilidad i paz, i de provecho de las minas de Quilacoya, las cuales se labran desde la fundacion de Santa Cruz, sin que tenga necesidad de presidio, con que yo la hallé, i jeneralmente sirven los indios a sus amos en el beneficio de las viñas, sementeras i ganado, i algunos repartimientos de sacar oro; i se han echado algunos indios que ha mas de treinta años que no han labrado minas, i no es poco refujio el que se tiene con los quintos desta caja para suplir las necesidades de la guerra. I han servido a V. M. los vecinos della i sirven con sus personas i haciendas, de manera que hai particular obligacion a hacerles merced, i necesidad precisa dellos, para la poblacion de los estados de Tucapel i Arauco. Por ser este puerto i puesto solo de donde se han de suplir i proveer las necesidades de aquellas poblaciones, convendria mucho que V. M. les escribiese animándoles para adelante con algun regal de agradecimiento por lo pasado, que será de mucha consideracion para que tomen nuevos alientos, i en lo que se les ofreciese, se les haga merced.

El tributo que los indios della i de San Bartolomé de Gamboa dan es uno mismo: i es que sacan ante todas cosas del cuerpo del repartimiento cierta cantidad para el servicio de sus casas, i gañanes para sus sementeras i crianza de ganados; luego sacan el tercio de los indios que quedan, los cuales echan a las minas a sacar oro, i del que sacan es el sesmo para los propios indios, i el resto para el encomendero, el cual paga doctrina en las minas i pueblos mineros, i herramientas, i les da de comer trigo i carne, sal i aji, i, para cojer el trigo para las minas, les dan de la comunidad de los indios tantos gañanes i arrieros, para acarrearlo. El tiempo que se ocupan estos indios en sacar oro son seis meses de verano, i cada semana cada indio, cuando ménos, saca dos pesos de buen oro, de manera que cada indio sacará al pié

de cuarenta i ocho pesos, poco mas o ménos, de los cuales los ocho son del indio, los diez son de V. M., uno es de la doctrina, otro de minero i herramientas, medio de comida i otro medio de merma en la fundicion. De suerte que le quedan veinte i siete pesos, que sale cada indio, así de los que trabajan en las minas como de los que quedan en sus pueblos, a nueve pesos cada año, que, si fuese cierto este tributo, era mucho; pero, como las minas son varias, no es renta segura, como se dirá en lo de Santiago, i las desta ciudad son ahora las mejores del reino, i la jente que anda en ellas poca, i, sin esto, dan a los encomenderos cinco indios por ciento de mita los otros seis meses que no andan en minas, i éstos ocupan en hacer sus casas i en acarrearles las comidas a ellos i beneficio de las viñas.

Otro jénero de indios hai que, por haber estado hasta ahora en frontera de los de guerra, solo se ocupan en el beneficio de sementeras, viñas i pasto, de ganados, i en el servicio de sus encomenderos, i en arrieros para acarrealles sus comidas, las cuales hasta tres años ha las han traido de nueve, doce i catorce leguas, i esto desde que se pobló San Bartolomé, que ha diez i siete años, que ántes, de racion de V. M., que venia por mar, se sustentaba esta ciudad.

Los indios recien reducidos deste distrito acuden al beneficio de viñas i cosechas de sementeras de sus amos bien, i no dudo que de aquí a algunos años todos estos vendran a sacar oro, que, segun la pobreza de los españoles, lo habian bien menester.

En el fuerte de Arauco, donde, como digo a V. M., los propios indios piden poblacion, dan sus mitas en la cantidad quel Castellano les pide, poca o mucha, los cuales se han ocupado hasta este año en el edificio del fuerte, que, por habérsele quemado a don Alonso de Sotomayor, i haberle hecho aprisa, se cayó, i fué necesario hacerlo de cimientos nuevos; i este año se han plantado ciento i cincuenta mill cepas, i el verano pasado algunos pocos indios que estan en la ribera de la mar se ocuparon de su voluntad para sus amos en una pesqueria que se descubrió de tollos, que ha

sido de consideracion, por la cudicia que les ha dado a algunos vecinos de llevar sus casas al fuerte, i algunos soldados de su guarnicion ¡a casarse!: de manera que aquella poblacion parece que se hará, sin que a V. M. le cueste mucho, i sirva de relevar parte de las costas que hasta aquí ha tenido. Tambien estos tres años han hecho sementera de trigo para el sustento del presidio del fuerte, que, aunque no se ha cojido todo lo ques necesario, ha ayudado i ayudará la que está hecha.

San Bartolomé de Gamboa, que pobló el Mariscal, es en el tributar i servir semejante a lo que arriba digo, i aquella ciudad parece que va cada dia a ménos, con ser de mucho momento, i que ha hecho su parte mui bien. Poblóse de vecinos desta ciudad i de los de Santiago, que los unos i otros los mandó el gobernador don Alonso que volviesen a sus ciudades. Los desta, fué buena provision, escepto el repartimiento de Francisco Ortiz de Atenas: era conveniente que fuese a aquella jurisdiccion, por estar a tres leguas de la ciudad. I los repartimientos del distrito de Santiago, cuando la necesidad de la poblacion no llamara respecto de la justicia, se debia de adjudicar, porque lo que hai de el rio de Maule a San Bartolomé son diez i ocho leguas, i es mejor que esten sujetos a la jurisdiccion de San Bartolomé que a la de Santiago, que hai cincuenta leguas, i la mayor comodidad del servicio que los indios hacen, i el gran trabajo que tienen de ir cincuenta leguas, pudiendo servir a siete, i ocho, i diez, el que mas a diez i ocho. Se deja entender ser mas cómodo; demas quel sustento desta ciudad, que, como digo, es conviniente, obliga a darles mas vecinos de los que ahora tiene, so pena que verná a despoblarse, que, con haber tanto que se pobló, no hai hoi dos casas de teja, fuera de los conventos, ni iglesia, hasta que este año pasado mandé que se hiciese. Respecto desto, suplico a V. M. mande que desde el rio de Maule sea la division de la jurisdiccion de Santiago i San Bartolomé, cuyos vecinos jeneralmente son tan pobres ques necesario ayudarles a que no la desamparen. I con su pobreza han servido a V. M. sacando fuerzas de

flaqueza, con personas i haciendas. I esto advierto a V. M., i suplico, por lo que me consta, como quien tiene la cosa presente, por la necesidad que hai; i el gobernador don Alonso entendió haberse arrepentido, a tiempo que el primer mandamiento que dió, mal informado, habia el Audiencia de los Reyes confirmado. Sin embargo de lo cual, dió segundo para que los que habian quedado no desamparasen la poblacion. I, para mayor cómodo de los vasallos de V M., i ejecucion de su justicia, i bien de los naturales, conviene se haga esto.

Todas estas ciudades que he referido son del obispado de la Imperial, i la jente dellas de condicion llana, i que a los gobernadores de V. M. les han acudido con mucha voluntad, con personas i haciendas. Es jente moderada, porque, allende de la pobreza con que viven, el hábito i costumbres tienen hecho a humanidad, i las mujeres son hacendosas i caseras, i algunos naturales saben pedir su justicia con razones vivas i eficaces, especial los que son de la Imperial para arriba, i tasados a tasa líquida, que los demas que sirven de moderacion he reparado que no la piden como estos otros, i, a mi parecer, convendria que todos se tasasen, porque lo demas es confusion, i para cada indio es necesario un correjidor i un protector, que, aunque se les dé a entender la cantidad de jente que han de dar, que han de servir, a vuelta desto, se excede en el número i tiempo, i con esto no hai la cuenta i razon que con los de tasa, i los gobernadores i justicias, visto la voluntad con que sirven i acuden los vecinos al servicio de V. M., no aprietan tanto como podrian, por la necesidad que dellos hai, i la que ellos tienen, que es mucha, i muchos de los repartimientos, mui tenues i de mui poca jente, i algunos de tal calidad que con su tasa es imposible sustentarse, i, por no haberse hecho visita jeneral despues que fueron tasados, causa esto confusion. Lo que ha habido de no haberse hecho en tiempo de don Alonso de Sotomayor, creo que porque en los distritos de Osorno i Valdivia hubo guerra; i yo no he removido nada, como atras digo, por lo que diré adelante.

En estas tres ciudades, Ongol, Concepcion i San Bartolomé, aun saben ménos pedir justicia, que, como la guerra ha sido tan viva hasta habrá tres años, se han servido como han podido de los demas indios, i en los otros que han estado de paz, despues que la hai. I, por la órden que a V. M. digo, i, a lo ménos, en ésta i San Bartolomé, asimismo convendria hubiese tasa; i creo questa ayudaria para asentar la tierra. Que a los vecinos se les diese todo el tributo de sus indios, i ellos les sirviesen pagándoles su servicio moderadamente; porque ahora, fuera de los demas que digo, no les pagan nada. I, para que los vecinos llevasen esto con paciencia, atento a lo mucho que han servido i sirven i han de servir, i a que se han muerto muchos padres e hijos sin poder gozar de sus repartimientos, i que muchos de los que el dia de hoi los tienen son vecinos de solo el nombre, i la merced que V. M. a los primeros les hizo no le han gozado, i aun a los que hoi lo tienen les son de poco provecho, siendo V. M. servido, se les podria hacer merced de que las dejaciones que a V. M. he dado cuenta que hacen de un repartimiento, para casar hijas i hermanas, se le admitieren, pues de ordinario la persona con quien las casan han servido i han de servir; i aunque yo no sé que haya prohibicion desto, porque tampoco sé que haya cédula de mandato de lo contrario; por las razones que en el auto que sobre ello hice, que a V. M. envio, me movió a admitírselas, en el interin que V. M. otra cosa mandan.

Allende de las causas de disminucion destos naturales que arriba digo, hai otra de no ménos consideracion, causada por todo estado de jentes, así eclesiásticas como seculares, ques una saca ordinaria de indios i indias, muchachos i muchachas, que deste obispado bajan al de Santiago, tierra de diferente temple, por todos los medios que humanamente se puede aprovechar, hasta roballos en las calles i en los campos, i embarcarlos en el puerto de Valdivia, i como navio de negros se han llevado al puerto de Santiago, i muchas veces la mujer que iba al recaudo de su amo a su hacienda, dejando al marido i a los hijos, ha remanecido

navegando la mar. I era con tanto exceso esto que los vendian públicamente a trueco de ropa i caballos, cotas i otras cosas, i los vecinos i moradores destas ciudades de arriba hacian presentes a un amigo i conocidos de la de Santiago, caso bien digno de llorar; i en Santiago alcanzaba del gobernador un mandamiento de amparo, con que quedaban en perpetua esclavitud, haciendo las jestiones que en esta materia diré. Para cuyo reparo proveí los mandamientos que van con ésta, i con mi acuerdo, i a mi persuacion, el obispo, lo que va con ésta; i, con cerrar del todo que en el puerto de Valdivia no se embarque ninguno, i reponer todos los mandamientos de amparo, dándoles por ningunos, se ha remediado este exceso. I, con todo, entiendo que hai quien delincua, i se castigan.

Entendido he que V. M. despachó cédula dirijida al virrei don Garcia de Mendoza, a pedimento de la ciudad de Santiago, para que los indios que en aquella ciudad tienen vecinos i moradores en sus heredades, cuando caso ser que las vendan, pasen los tales indios con la heredad; i tambien he entendido que ahora poco ha enviaron poder, i le quieren de nuevo inviar, para instar con V. M. se les conceda esta merced, la cual es mui perjudicial, i en notable cargo de conciencia, porque los mas que tienen en sus haciendas son destos que digo, los cuales viven en excesivo trabajo, desterrados de sus tierras i en temple diferente, i se perpetuarán en esta servidumbre, no solo los que ahora viven, sino en los hijos i descendientes suyos, i se les quitarán a los encomenderos a quien V. M. tiene hecho encomiendas dellos, i se abria una puerta con esta color para que de ordinario hiciesen saca i le despoblasen estas ciudades de arriba, i, por lo que debo a mi conciencia, advierto a V. M. desto, i tambien digo que en la provincia de los Charcas, cuando el virrei don Francisco de Toledo hizo otro tanto, a persuacion mia, despachó segunda cédula para que por dos vidas de los dueños de las chácaras sirviesen en ellas. Siendo yo justicia mayor de aquella provincia, mui pocos dias ántes que él se fuese del Pirú, me la envió, para que yo la pusiese en ejecu-

cion; la cual se tardó en el camino, de manera que casi llegaron a un tiempo la llegada del virrei don Martin Henriquez i esta provision, i, aunque yo, si fuera cual debia, habia de tener fortaleza para la ejecutar, confieso a V. M. hice mal en no hacerlo, i luego tuve sucesor, con que del todo cesó la ejecucion, i, aunque acudí al virrei don Martin i despues al conde del Villar, i se lo adverti, i a V. M. en su Consejo, no sé que se haya reparado. No quise dejarlo en silencio, porque en Santiago sé que traen por comparacion lo que don Fernando de Zárate, vecino de los Charcas, dicen que dijo que aquella provincia estaba rica respecto de perpetuar los indios de las chácaras; i principalmente por el escrúpulo que desto he tenido, por lo que la espiriencia me há acerca desto mostrado. V. M. haga aquello que mas su servicio sea.

La ciudad i obispado de Santiago es de mui diferente jente i costelacion de tierra que esta otra, i los naturales della los mas miserables, mas abatidos, i los mas pobres de libertad que creo que el mundo tiene; de manera que estan ya puestos i son tratados como si no tuviesen uso de razon, porquel modo de gobierno que han tenido les ha hecho tan incapaces que hasta el comer i vestir se les da por nuestra mano. El licenciado Santillan, oidor de Lima, que vino a este reino habrá cuarenta años, hizo unas ordenanzas de compañia con los vecinos i sus encomendados, como las que digo tiene la Concepcion i San Bartolomé, que hasta entónces no habia ningunas, i fué que del cuerpo del repartimiento sacasen la sesma parte para lavadores, i desta sesma parte para mitayo el quinto, que los vecinos ocupaban en lo que querian, i otro minero para los cateadores que descubriesen minas i las labrasen, i cuadrilleros i indios que llevasen las comidas, i de los demas sacasen servicio para el beneficio de sus haciendas, i gañanes para sus sementeras, oficiales cazadores i pescadores, conforme al número que tenia de indios, dejando el mando i ejecucion desto a los mismos encomenderos, que como cosa propia lo mandaban, i ponian criados en los pueblos de los mismos indios, que los mandaban, i ejecutaban la volun-

tad del encomendero i suya, i esta sesma parte que se les ordenaba (si es verdad que no excedian dello, porque no habia quien les fuese a la mano) los echaban a las minas, que señaló fuesen ocho meses del año, i de lo que sacasen les diesen el sesmo a los indios, i pagasen la dotrina, sin darles otra paga a éstos, ni a los demas de que se servian, que lo hacian a su voluntad, como si fueran esclavos, sin que se les impidiese ni castigase esceso, porque en el tiempo que residió en este reino la Audiencia, fué oidor della a la visita de las ciudades de arriba del obispado de la Imperial, i, habiéndose ocupado en ella mas de un año, solo visitó la Imperial i Valdivia, i, por grandes excesos de estas ordenanzas, hizo condenaciones excesivas, i restituciones, en que condenó a todos los vecinos i sus criados, de las cuales apelaron para la propia Audiencia, i, aunque duró dos años, hasta que se alzó, no se trató dellas, i se quedaron como si no se hubiera hecho; i otro oidor de la misma Audiencia fué a la visita de Santiago, i, por excesos de estas ordenanzas, hizo condenaciones i remitió otras a la misma Audiencia, que asimismo no se ejecutaron, por haberse apelado, i alzádose luego aquesta Audiencia; i aun me dicen que los procesos, a los mas, no parecen. Destas ordenanzas se usó hasta que, habiendo fallecido el gobernador Rodrigo de Quiroga, i dejado nombrado en su lugar en el gobierno, por licencia de V. M., al Mariscal Martin Ruiz de Gamboa, el dicho Mariscal, usando de cédulas de V. M. dirijidas al Quiroga, para que pusiese tasa líquida, quel Quiroga no ejecutó, los tasó i puso tasa, señalando a cada indio tributo de nueve pesos cada año, uno para su dotrina i otro para salario de correjidor, i sobras desto para los efectos que señalase, que llamó fincas, i los siete pesos restantes al encomendero, i dos en comida i lo que tuvieren de cosecha. Señaló a los encomenderos indios de servicio para sus casas, beneficio de heredades, i gañanes para sementeras i guarda de ganados, i entre ellos algunos oficiales, i que estos oficiales sirviesen cierto tiempo del año al encomendero, i lo restante para su provecho, i éstos i los demas se remudasen, i que a estos indios diesen de vestir, i a los oficiales cierta can-

tidad de pesos. Con mucha moderacion, envió correjidores de naturales i administradores que los administrasen, prohibiendo que los encomenderos no tuviesen mano ni mando en sus encomendados, ni entrasen en sus tierras.

Esta tasa i órden duró el tiempo que gobernó el Mariscal, que fué poco, por haber proveido V. M. a D. Alonso, el cual, llegado a la ciudad de Santiago, los encomenderos, sentidos de haber quitado este mando i señorio que tenian sobre ellos, i que, pagándoles tasa liquida, se les quitaba el servirse de todos personalmente, reclamaron ante D. Alonso, diciendo ser dañosa para el reino i no se poder sustentar con ellas. La alzó i quitó, hasta que V. M., informado, proveyese lo que fuese para su servicio mas conviniente, o él otra cosa ordenase, aunque esta misma contradiccion habian hecho los vecinos en tiempo del Mariscal en la Audiencia de Lima, la cual remitió a V. M. la causa, proveyendo que en el interin se guardase lo que así habia hecho, i despachó provision para que en las ciudades que faltase por poner la pusiese, i volvió D. Alonso a formar otra compañia, que es la que se guardó en su gobierno, i yo hallé, i se usa al presente, que es que del cuerpo del repartimiento se saca servicio para los encomenderos, beneficio de haciendas, sementeras, guarda de ganados, i oficiales, sin mas paga de dos piezas de ropa, que hai oficial destos que al cabo del año se aprovecha el encomendero de mas de cien pesos de su trabajo i jornales, i el indio no lleva sino tres o cuatro pesos, que valen cuando mas estas dos piezas de ropa de lana; i del resto del cuerpo que queda deste repartimiento sacan la tercia parte para las minas, i arrieros i gañanes que hagan las sementeras i acarreen las comidas, i un indio que haga bateas para esta labor de minas; i el resto del repartimiento que queda en sus pueblos, que es bien poco, se ocupan en las sementeras, guarda de ganados i demas beneficio de comunidad, i da al encomendero cada indio una gallina i una fanega de trigo i maiz cada año. Proveyó en los pueblos destos indios administradores, con salario del cuarto de las comidas que cojiesen, i ganado que multiplicasen de comunidad, i lo demas que beneficiasen,

dejando a los mismos encomenderos algunas administraciones, que yo les quité, por el daño que resultaba a los pobres naturales.

La jente deste obispado se va acabando mas apriesa que la de otra parte alguna. Dos razones se entienden que son las mas poderosas. La una, el perpetuo rescate del vino que los propios vecinos encomenderos i moradores tienen con los mismos indios, que, allende de ser moneda usual para comprar todas las cosas de sus casas, es tambien granjeria para vender; son grandes borrachos, i, como jente feroz, con la borrachera se matan como puercos, i la justicia, cuando no fuese defectuosa como es, por defecto de ejecutarles, no pueden castigar como deberian, porque el dueño del matador hace mas instancia que si fuera esclavo, por la vida del delincuente, por la falta que les hace en sus haciendas, i las muertes las ocultan con todo el cuidado pusible. La otra es que van a sacar oro fuera de sus tierras, 40, 50 i 60 leguas, los mas sin mujeres. Tardan en ir i volver un mes, el que ménos, i ocho de demora, que son nueve. Cohabitan solo tres meses con sus mujeres, con que se va disminuyendo la procreacion, i asi en esta ciudad de Santiago hai dos mil indios, o pocos mas. Otra razon hai tambien para disminucion desto, perjudicialísima, ques prohibir en cuanto pueden a las indias de servicio de sus casas los casamientos, porque, como ha de ir con el marido la mujer, si acierta a ser de diferente dueño, procuran encerrallas de tal calidad que ha sido necesario mandar espresamente que les dejen ir a misa i a la dotrina, porque hasta esto las escasean, porque no se les casen, que, como jente encerrada i presa, el rato que pueden huirse, se casan con el primero que topan i se van. Como la jente se ha apocado tanto que, si viene a tasarse, podria mui mal vivir, los encomenderos jeneralmente repugnan esta tasa con todas las veras que humanamente pueden, sin la cual ni la conciencia dellos está segura, ni el gobernador puede remediar todo lo que conviene, si bien es tan necesaria, como V. M. lo tiene mandado, especialmente con este modo de compañia, que realmente para los indios es mas esclavonia, porque lo pro-

cedido de los sesmos, que es la parte que a los indios pertenece, no les es de efecto alguno, pues que los han echado hasta ahora a censo sobre los bienes de los propios encomenderos, i toda esta ciudad está hipotecada i acensuada a estos bienes, de manera que hai muchas haciendas que valen ménos de lo que deben de corrido, i ahora los vecinos han reclamado para que los réditos se les reciba en trigo i vino i ganado, ques de lo que los indios abundan, i no pueden pagar en oro, i cada dia van cargando, i, en muriéndose el vecino, quedan los indios vacos, i, no teniendo las haciendas sobre que estan impuestas con qué las beneficiar, se pierden, i el indio trabaja i trabaja. El principal i réditos asimismo se pierden i no se cobran, i así la compañia sirve solo para trabajar toda la vida infructuosamente, digo, toda la vida, porque soi informado que muchas veces los propios encomenderos, de los tres meses que les cabe de huelga, los retienen en el propio pueblo de Santiago en servirse dellos, de manera que no le vaya el mal aventurado a hacer una chacarilla, i los pocos que quedan en el pueblo que las hacen, se les da de comer a sus mujeres i hijos, i a ellos de racion en las minas, por donde verá V. M. que comen de mano ajena, i el vestido es por el consiguiente, que, no les vagando a ellos poderlo hacer para si de los sesmos, se les da alguna vez.

Es jente que, como se impuso al principio a que se sirviesen dellos a discrecion sus encomenderos, i despues acá siempre han estado (escepto el poco tiempo de Martin Ruiz) en esta vida de aquí, no saben cuándo se les hace el exceso o lo que son obligados a dar, i, como jeneralmente los gobernadores han sido encomenderos, con esto i necesidades de los vecinos para la guerra, ha seguido dando el tiempo al tiempo hasta venirse a consumir i poner en el estado que está. De aquí viene que a derechas ellos no saben qués Dios, ni creo se les ha enseñado como se debia, ni saben qué es justicia, ni en qué casos la han de pedir, por donde verá V. M. la miseria i trabajo con que estos pobres viven.

Otra parte de trabajo excesivo ha tenido esta jente de Santiago con la guerra, porque en este distrito ha sido la bateria

perpetua de bastimentos, municiones i peltrechos, que yo hallé en costumbre que cada año se repartian en cada pueblo, i esos pocos indios que quedaban fuera del servicio de sus amos se ocupaban de este ministerio, sin que se les pagasen ni su trabajo, ni hacienda que ponian, i, a lo que es público, era en excesiva suma, i en mucha parte de poco fruto para lo jeneral de la guerra. Yo hallé el año que entré alguna parte de estas municiones, i me informé del efecto que eran, i alcé que no se hiciesen, ni en cinco años se han hecho, fuera de éste, que, por haber de pasar los ciento i cuarenta soldados bisoños para aquella tierra, ordené que se hiciesen, con cuenta i razon, para se lo pagar, como se pagarán. Está este distrito cuanto a los naturales trabajadísimo i agostado i casi infructífero, i necesitado de enseñarles qué es justicia, i en qué exceden los vecinos, i a lo que ellos son obligados, porque realmente ellos no lo saben.

En este obispado, ya he dicho a V. M. el trato que tienen, de la manera que se sirven de los indios que en él hai del de la Imperial.

Hai luego otro jénero de jente, que son los tomados en la guerra en tiempos pasados, i casi perpetuados i avecindados en aquella ciudad, de los cuales se sirven a discrecion, con darles doctrina, comer, vestir i curarlos, i, si alguno se huye por mal de sus pecados, pudiéndole haber, el que mas bien librado queda es, por lo ménos, azotado i tresquilado, i algunos desgarronados. Como tengo dicho, éstos no pagan tasa a nadie, ni a ellos se les da el sesmo que a estos otros.

Lo referido en la ciudad de Santiago es lo mismo que en la ciudad de la Serena del mismo obispado, i puerto de mar.

Otro jénero de jente hai en este obispado i vienen a servir a estas dos ciudades, que son los indios que llaman *guarpas*, de la provincia de Cuyo, de la otra parte de la Cordillera, jente de su natural humilde, i mansa, i dócil en la enseñanza de la dotrina. Estos aquí sirven, como tengo escrito a V. M., treinta i ocho años. Escribí a V. M. cómo, luego que vine a este reino, proveí a D. Luis Jufré para que asentase las dotrinas, por no haber tenido ninguna en todo esto tiempo. En

esta provision erré, porque no hizo nada; i en la carta eclesiástica escribo a V. M., por ser aneja i estar trabada con la repugnancia que hacen para las doctrinas, para mas claridad suya, lo que aquí se habia de escribir, a que me remito.

Todas estas cosas veo que V. M. podrá culparme a mí, porque no las remedio, con otras muchas que a este propósito hai que remediar, de que tengo dado cuenta ántes de ahora, i dicho a V. M. la repugnancia que en todo jénero de materias se me ha hecho, por defecto de no habérseme enviado mas que el título de gobernador i capitan jeneral, por la estampa antigua, i sin declarar en él que use de las provisiones de mis pasados, i como he tenido respuesta del recibo de despacho, i no se me han enviado ningunos de los que eran necesarios, o siquiera una sola cédula para que usara de los demas despachos que los demas gobernadores han usado, he entendido V. M. no debe de gustar de que yo tenga mas poder que la limitacion de mi título, que solo es como de un correjidor, con que yo me he abstenido de no meter la mano en cosa que no saliese con ello, porque tambien tenia las espaldas que V. M. habrá entendido en el virrei D. Garcia, i otro pedazo ha sido la causa de la asistencia ordinaria, que, sin salir invierno ni verano de la guerra, he hecho, por parecerme que, miéntras esta plaga durase, se puede mal entablar cosa bien asentada. Ordenado he las cosas que me han parecido conviniente para el remedio de esta miserable jente. En este obispado quitádoles he mucha parte de la carga que tenian hecho en las ordenanzas i proveimientos, que, siendo V. M. servido, podrá ver la ejecucion de las cuales es con la flaqueza que a V. M. he escripto en las cosas de justicia. I, aunque esta guerra es del estorbo que bien se deja entender, en este obispado de Santiago se podria entablar la tasa; es necesarísima, i, habiendo ejecutor que tuviese mas fuerzas quel teniente jeneral que al presente es, entablase, rompiendo por clamores i dificultades. I, siendo V. M. servido de remover al licenciado Vizcarra, haciéndole la merced que su antigüedad merece, dando poder bastante al que aquí gobernare, seria de mucho servicio a Dios i a V. M. que se co-

minzase en este obispado a aliviar a estos miserables ántes que del todo se acabasen.

He querido dar a V. M. cuenta del estado de todas estas materias para que, queriendo V. M. que en su real consejo se platiquen algunas cosas, a las dificultades que se ofrecieren satisfaga Domingo de Eraso, como persona que lo lleva entendido; que, haciéndome a mí la merced que V. M. me tiene ofrecida por mis servicios, hacerme ha tambien, como tengo suplicado, que venga otro en mi lugar, que ménos faltas haga, como lo vuelvo a suplicar de nuevo traiga de allá entendida la voluntad de V. M.

Tambien he escripto a V. M. lo que importa, para mayor comodidad de los vasallos de V. M. i este reino, así españoles como naturales, quel teniente jeneral, que es o fuere, asista en la nueva poblacion de Santa Cruz o Ongol; i, poblándose Tucapel i Arauco, conviene que en Santa Cruz, i tambien para estar mas cerca deste puerto de mar, porque abraza desde aquel pueblo todo el reino, poniéndose en medio dél, porque hai tanta distancia de Santa Cruz a Chiloé como a Coquimbo. I cuando esta conveniencia no hubiera, por estar en medio de la tierra, es necesario que ayude con su persona i oficiales de su tribunal i pleiteantes al sustento de las poblaciones nuevas, i que V. M. lo mande precisamente, por lo que jeneralmente apetecemos todos mas el regalo que la descomodidad de la guerra i poblaciones nuevas, i yo fio a V. M. que, aunque se mande apretadamente, que se han de procurar ocasiones para residir en Santiago, así por los ministros como por los vecinos de aquella ciudad, que jeneralmente son opósito a todo lo que huele a guerra, i no les habrá faltado razones para decir a V. M. que conviene se acorte; pero, segun el estado presente, esto es lo que importa al servicio de V. M.—Guarde Nuestro Señor a V. M. como la cristiandad ha menester.—De la Concepcion, 12 de enero 98. —*Martin Garcia de Loyola.*

III

Delitos cometidos por doña Catalina de los Rios i Lisperguer. Esposicion del oidor Huerta Gutierrez en 1660.

(Archivo particular de don José Toribio Medina)

En el valle de la Ligua, en catorce dias del mes de junio de mil i seiscientos i sesenta, el señor don Juan de Huerta Gutierrez, del consejo de su Majestad, su oidor en la Real Audiencia deste reino, i juez de comision para los excesos que se supone cometidos por doña Catalina de los Rios con las personas de su servicio i de su encomienda, habiendo visto los autos e informaciones, i lo que de ellas resulta, dijo que hacia a la dicha doña Catalina de los Rios los cargos siguientes:

1. Primeramente, que los indios de tributo i sus mujeres, i los niños i niñas desde edad de siete años, trabajan todos en diferentes ministerios, todo el año, sin reservarles los dias de fiesta, domingos ni pascuas; de los cuales hasta treinta i siete, chicos i grandes, hombres i mujeres, se ocupan en guardar ganado ovejuno, cabrio, vacuno, mulas i yeguas, en distancia de mas de treinta leguas, subiendo desde el asiento

del Injenio al Potrero por la quebrada de San Lorenzo, i bajando al valle de Longotoma, a la mar, i los demas se ocupan en sementeras, matanzas i curtiembres, en asistir i servir a la dicha doña Catalina, i las indias en labranzas i matanzas, recojiendo el sebillo, en acarrear trigo i otras semillas, hilar i tejer. I estos últimos ministerios tienen asimismo, sin otros que conste por los autos, los que le sirven en su casa; i esto es de dia i la mayor parte de la noche continuamente. I el año pasado de cincuenta i nueve, sobre la limpia de una gran sementera de maiz, azotó todas las indias presentes, algunos de sus maridos i los que no lo eran.

2. Trabajan divididos los maridos de sus mujeres, i los hijos de sus padres, porque en las majadas han estado i estan las mujeres distantes de sus maridos cuatro, seis, diez i mas leguas, por muchos años, como Ines de Luis Barbon, su marido; Elena de Francisco; Baltasara de Melchor; Juana de Pedro Lobanillo; i Jerónima, india moza, de Pedro Pelo en Pecho. Estuvo por cerca de un año en compañia de un indio Pablo, que no era su pariente, guardando cabras; i su marido, trabajando en el Injenio, seis leguas distante. Todo por órden de la dicha doña Catalina, hasta que de celos la hurtó i se huyó con ella. Demas de los muchachos i muchachas huérfanas, de diez a doce años, que estan ocupadas en diferentes majadas, como son Agueda Cen, Hernando Tapia, Frasquillo i Juanillo Cen, Andres, otro Juanillo Cen, Julian Negro, Agustin Cen, Andres Negro, Cristóbal i Josefa Cen, Baltazara, hai muchos que, teniendo padres, los ha entregado a los estraños, para que se sirvan de ellos, como Gaspar, hijo de Melchor Vaquero, a dicho Hernando Tapia; Ambrosillo, hijo de Grabiel, a Pedro Pelo en Pecho; Mayorilla, hija de Pedro Lobanillo, a Cristóbal Turumbo; Melchorilla, hija de Blas, a Alonso Pangueruca; Pedro, hijo de Alvaro, a Melchor; Nicolas, hijo de Pedro Juramento, a dicho Pangueruca. I se perdió en su poder, porque, siendo de cinco años, andaba por los montes con el ganado cabrio.

3. Asimismo se ha servido en su casa ordinariamente de indias casadas, sin dar lugar a que cohabiten con sus mari-

dos por muchos años, como de Juana, mujer de Alvaro; Ana, mestiza, de Lucas; María, mestiza, de Agustin; Felisa i Lorenza, mujeres que han sido de Lorenzo, negro; Jerónima, de Pedro Pelo en Pecho; Luisa, de García; Antonia, de Julian, negro; Luisa, de Lucas; Constanza, de Draguillo; Jerónima, de Blas; otra Luisa, del mulato Pascualillo; i de otras muchas que se espresarán a diferente fin. El segundo cargo resulta del espresado, porque los indios, como no gozan de sus mujeres ni de sus hijos, ni tienen dia de fiesta desocupado, no estan reducidos a vida política, ni tienen ranchos, ni habitacion cierta. Así lo testifican, i consta por vista de ojos que, siendo los principales sitios desta estancia el que llaman del Injenio i el de San Lorenzo, en éste solo se halla un galpon de paja para recojer las comidas pertenecientes a la dicha doña Catalina, porque el indio nunca siembra para sí, i en el Injenio solo se hallan dos, i muchos de los indios pastores estan sin ellos en sus majadas, como son Andres, casado con Floriana; Francisco con Margarita; Lorenzo, soltero; Cristóbal Turumbo; Pedro Lobanillo; Andres, negro; Melchor; Elena, que guarda ganado de cerda i ovejas; i su marido asiste, cuatro leguas distante, en las engordas. I todos estos viven a la inclemencia i rigor del tiempo, recojiéndose debajo de los árboles i en algunas ramadillas. I los que asisten en otras faenas, como en matanzas i sementeras, duermen donde les coje la noche, para continuar el dia siguiente el trabajo que tienen entre manos. I, si acaso se halla alguna ramada o ranchillo cerca, en él se entran todos a recojer, solteros i casados, i sus mujeres. I consta por vista de ojos en el valle de San Lorenzo, donde de parte de noche se recojieron todos a un lado del rancho de las comidas, i apenas podian estar sentados, por la cortedad del sitio.

El tercer cargo es que de cuatro años a esta parte no ha dado la dicha doña Catalina vestuario de paño i bayetas a sus indios, reduciéndole a un poco de cordellate para calzon i capotillo, i aun deste jénero carecen dos años há. I las indias son iguales en la queja como en el trabajo, porque no las visten. Los muchachos i muchachas, especialmente los

pastores, estan totalmente desnudos: ellas, con unas mantas viejas ceñidas i cortas, sin otra ropa; ellos, con algunos trapos, que muchos no pasan del ombligo para bajo, o cubiertos de pellejos de ovejas. Consta por vista de ojos. I los que servian en su casa, aunque fuesen de mas de catorce años, no traian calzones, sino unas camisetas ceñidas, que llegaban a la rodilla. Así estaban Luisilla, mujer del mulato Lázaro; Andrezuela; Luisilla, la fea; Tomasillo; Garcia; i otros. I en San Lorenzo así parecieron, como se ha dicho, cubiertos de pellejos, Francisco, Juan, otro Francisco Lorenzo, i otros.

4. El cuarto cargo es que los indios e indias no han tenido ni tienen libertad para casarse, celebrando siempre matrimonio a gusto i eleccion de la dicha doña Catalina, por el gran temor que le tienen, i porque las castiga si la resisten. I a Lucia, india, siendo de la encomienda del jeneral Bernardo de Amasa, la tuvo encerrada en su aposento dos semanas; i le echaba un indio de noche para obligarla a casarse con él, i por medio de esta dilijencia i de otras amenazas lo consiguió. Ha casado las indias libres con sus esclavos, para tenerlas mas sujetas, i servirse de ellas como si lo fuesen. I así Juanillo, criollo, fué casado con Isabel; Pascual, negro, con Lorenza; Julian, dos veces, con Antonia i con Maria; Lorenzo, tres, con Isabel, Felipa i Lorenza; Pascual, mulato, con Luisa. I, despues de casados en la forma dicha, se han estado i estan toda la vida sin velarse i recibir las bendiciones de la iglesia, aunque llegan a tener hijos i nietos, como ha sucedido a Luisa, casada con Joseph, criollo; a Jerónima, con Pedro Pelo en Pecho; a Luisa, con Garcia; a Alvaro, con Magdalena; a Ana, con Lúcas; i de esta forma estan los demas, i testifican no haber visto en muchos años velaciones en esta estancia.

5. El quinto cargo es que si se ausentan los indios envia a sus mayordomos, i especialmente a Asensio Caso con prisiones a traellos, llevando para el efecto de esta estancia tres i cuatro pares de grillos, i por su órden los azota, aprisiona i quita el cabello. I lo mesmo sucede con las indias, como con Alvaro i Juana, su mujer; i Micaela, mujer de Jo-

seph, Francisco i Cristóbal, indios viejos, Felipe, Sebastian i otros muchos. I, aunque la dicha doña Catalina algunas veces los pone luego al trabajo sin castigarlos de nuevo, a muchos ha castigado largo tiempo con azotes i prisiones, porque a Alvaro i su mujer los tuvo casi un año con grillos i horma, i de ordinario los azotaba de tal modo que hasta hoi tienen las señales en sus cuerpos, i de ellas consta por vista de ojos.

A Micaela, porque casó una hija suya, Beatriz, en la estancia del jeneral Bernardo de Amasa, estando preñada en los últimos meses, le puso grillos, i se sirvió de ella hasta que con los grillos se huyó.

Juan Trompetero, que estaba con prisiones cuando Francisco Millan, receptor de la Real Audiencia, vino a este valle a la averiguacion de estos excesos, i dormia de noche en el cepo.

Pedro Pelo en Pecho i su mujer Jerónima estuvieron en prisiones mas de cuatro meses; i los azotaban de ordinario, de forma que hasta hoi se le conocen las señales en sus cuerpos i muchas quemaduras en las espaldas de la dicha Jerónima, que dice fueron gotas de sebo ardiendo. Consta por vista de ojos.

Francisco, indio viejo, despues destar azotado i aprisionado largo tiempo, murió en las prisiones, como se dirá en su lugar.

6. El sesto cargo es que los indios desta encomienda jamas tienen bulla de la Santa Cruzada, ni oyen misa entre año, especialmente pastores i pastoras, que, como queda dicho, son hasta treinta i siete personas. Los demas, alguna vez al año, si se hallan cerca de la capilla del Injenio cuando se dice misa, la oyen, i de allí se van al trabajo. I en dicha capilla, aun estando la dicha doña Catalina en el valle, se deja de decir misa por cuatro, seis i mas meses del año. Los pastores i pastoras, por la mayor parte, ni tienen conocimiento de nuestra santa fe católica, ni saben rezar, ni aun persinarse. Consta por la esperiencia que se hizo con Juan, Francisco i otro Juan, Lazarillo, Ambrosio, Jines i otros, en

que se comprenden muchos de los que asisten en el mismo Injenio i en la casa i servicio de la dicha doña Catalina, como son Asensio, Lázaro, Pancho, Andrezuela, Luisa i otros.

De donde resulta que los indios desta estancia i encomienda no se confiesan en tres i cuatro años, i muchos en edad de diez i ocho a veinte años no se han confesado una vez, ni han llegado a gozar deste santo sacramento de la penitencia, como son Lázaro, Asensio, Jines, Francisco, hijo de Pedro Juramento, Agustina, mujer de Juan Auca, i algunos destos han servido a la dicha doña Catalina en su casa. Los que se han muerto sin confesion, segun afirman los testigos, son casi todos los que han muerto en los castigos, i se espresarán cuando lleguen los cargos fundados en sus muertes. I se remediara parte destos males si los relijiosos misioneros de la Compañia de Jesus entraran en esta estancia; pero jamas entran, aunque llegan cerca, ni se atreven, ni la dicha doña Catalina lo permite.

7. El séptimo cargo es que la dicha doña Catalina cástiga todos los dias, i dos i tres veces, de muchos años a esta parte, toda la jente de su servicio, esclavos i libres, grandes i pequeños, indias solteras i casadas, desnudándolas en cueros, atándolas en palos o en escaleras, colgadas de las manos en alto, o de los pies la cabeza abajo, o atadas las manos tendidos en el suelo, hasta llenarlos de sangre i degollarlos, por mano de Julian i Lorenzo, negros, Juan, Ignacio, Agustin, Jordanillo, indios, i otros. I, despues de azotados en la forma dicha, los hace lavar con agua fria todos los cuerpos, i otras veces con sal, ají i orines. Sobre estos azotes los vuelve azotar i lavar, que este ejercicio es continuo de dia i de noche; i muchas veces acontece azotar un mismo dia tres i cuatro veces a una misma persona, con que se multiplican las llagas de sus cuerpos.

El instrumento para azotarlos suele ser un látigo o varas de membrillo, i tal vez hortigas, como ha sucedido a Rufina, negra, i a Pascual, mulato, entrándolos despues en agua fria, por que sea mayor el dolor; o con ramas verdes de espino,

como ha sucedido a Pablo Yavan, Julian, negro, i a otras personas.

Danles asimismo entre dia muchos palos, varazos, coces i golpes, i con piedras en la cara i cabeza. Despues de azotados los suelen quemar con brea, con velas ardiendo, con miel, con tizones encendidos, como ha sucedido a Maria, la mulata de Herrera, i a Luisa, que llaman la Churpi, mujer del mulatillo Pascual. I el castigo de la brea, miel i velas le han padecido Maria, mulata, Julian, negro, Jeromilla, india casada, Luisa su hermana, casada, Luisa, la mujer del mulato, i otras muchas personas. I tal vez los ha hecho pasar por las llamas del fuego muchas veces, teniéndolos cuatro personas de pies i manos; i que asi sucedió a esta india Luisa i a la mulata Herrera, i al mulato Pascual, i, habiendo azotado en una ocasion a la dicha mulata, colgada, los pies en alto, le hizo entrar la cabeza en una olla con brazas i ají, i estuvo en notorio peligro de ahogarse, i el mismo tuvo en otra ocasion por otro zahumerio deste mismo jénero la india Luisa Churpi.

Suele quemallas las bocas con leche, con huevos, con brasas encendidas, metiéndolas dentro i cerrándoles los labios. Castiga los ojos echándoles ají en ellos, pellizcándolos i azotándolos con ortigas.

La continuacion de los malos tratamientos ha sido causa, como dicen los testigos, de muchas muertes, i que los vivos estan llenos de señales de heridas i postemas, i muchos desde la cabeza a los pies, sin que quede parte que no esté señalada, i en pocos las llagas frescas, i las costras de las que se van secando en diferentes partes de sus cuerpos. Consta por vista de ojos, i se reducen hasta el dia de hoi a cincuenta i dos personas, chicos i grandes, en que se comprehenden muchas indias casadas i de edad, con hijos i nietos, e indios de las mismas calidades, i son los siguientes: Lorenzo, negro; Lorenza, india, su mujer; Lázaro; Beatriz; Lucrecia, negra; Magdalena, negra; Mariana, negra; Maria, mulata; Chabela, mulatilla de tres a cuatro años; Maria, mulata de Herrera; Maria, mestiza casada; Ana, mestiza casada; Agus-

tin, indio casado; Luisa Churpi, casada; Tomasillo; Juanillo, mulato; Andregüela, china; Andres, negro; Garcia Auca; Asensio, indio; Juana, india casada; Juanillo, de doce años; Elvira, india casada; Julian, negro; Francisco, muchacho; Andres, indio; Juanillo, de diez años; Francisco, de doce; Melchorilla, de diez; Gaspar, de doce; Juan Auca; Lorenzo, indio; Jerónima, casada; Nicolas, muchacho; Elena, casada; Agueda, de siete años; Juan Palan, casado; Luisilla, de diez años; Garcia, casado; Luisa, casada; Jeromilla, casada; Agustin viejo carpintero; Francisco, hijo de Pedro Juramento; Agustinilla, de doce años; Alvaro, curtidor; Bernabé Anton; Francisco, curtidor; Hernando Tapia; Anton, vaquero; Jerónimo Cayum; Alonso Pargueruca.

Destas personas ocho tienen en las bocas i labios las señales de haberlas quemado con brazas, i la mulata Herrera hasta en la lengua, i parte del vientre i del muslo abrasados i hechos costurones, de cuando la pasaron por las llamas de fuego, i son las siguientes: la mulata de Herrera; Julian, negro; Luisa Churpi; Thomasillo; Juanillo, de diez años; Francisco, de doce; Juan Auca; Luisilla, de diez años.

Castígalos asimesmo quitándoles la comida i el sustento ordinario tres, cuatro i mas dias; i les ven las bocas, para reconocer si han comido, i los azotan por ello i a quien de lástima los socorre, no permitiendo lo hagan ni aun sus padres.

8. El octavo cargo es que la jente del servicio de la dicha doña Catalina anda continuamente con grillos, cornias i mazas, i de noche no tienen ni se les ha conocido mas cama que el cepo; porque en él han dormido siempre todos los que la sirven, así los aprisionados como los que no lo estan, si hai algunos, i por la mañana salen del cepo a diferentes faenas, habiendo dormido desnudos i sin abrigo, i muchas veces por su gusto los hace azotar a todos ántes que den principio al trabajo cotidiano, i este jénero de castigo, de prisiones i cepo, corre igualmente con los esclavos i esclavas, con los indios i indias, solteras i casadas, con los muchachos i chinos de tierna edad, de seis a siete años.

Con prisiones i acostados, suelen dormir desnudos en cueros en los cepos, i así en cueros suelen andar entre dia, sirviendo, sin que se libren de esta indecencia ni aun las indias casadas, a vista de sus propios maridos i de los que no lo son, i en los muchachos es ordinario asistirle en cueros, o hilando, quitándole las moscas, o en otro ministerio, i cuando pasa de una parte a otra de su estancia distante cuatro o seis leguas, como al valle de San Lorenzo o a Longotoma, lleva la jente de su servicio con los grillos i cornias que tienen, i un cepo en una carreta, donde los recoje todos de noche para dormir, i donde quiera que se halla los azota i castiga todos los dias, de la misma forma que cuando está de asiento en el Injenio.

Cuando llegó dicho Francisco Millan a este valle tenia con grillos i cornias a las dos mulatas Marias; a Lorenza, india, mujer de Lorenzo, negro; Andrezuela, de nueve años; a Luisilla, de la misma edad; a Lázaro; a Panchillo, de doce años; a Luisa, la casada con el mulato; a Juanillo, de diez años; a Juan Trompetero. I retiró i ocultó el cepo en el monte, i, ménos las dos mulatas, que tambien solia recojerlas allá, de noche, envió a todas estas personas, para que estuviesen en él con dichas prisiones, por el tiempo que el dicho receptor estuviese en las dilijencias que eran a su cargo; i así se estuvieron en el cepo i con prisiones cuatro o cinco dias, de donde volvieron con ellas a la presencia de su ama i a continuarlas luego que dicho receptor salió de la estancia.

9. El cargo nono es un cholillo libre nombrado Alonso, de ocho años, poco mas o ménos, nieto de Pablo. Servia de quitar las moscas en la carreta, entre dia, a la dicha doña Catalina; porque vive siempre en ella, i algunas noches de quitarle los zancudos, i en esta ocupacion lo tenia de ordinario con una cornia, i parado todo el dia i parte de la noche; i por cualquier descuido leve lo hacia azotar en cueros, i muchas veces hasta que corria sangre de su cuerpo, i luego lo lavaban en la acequia con agua fria, i así lavado en cueros volvia a quitar las moscas. Dábale de ordinario muchos varazos, i con el palo del plumero, por la cabeza i por todo

el cuerpo, i las noches que no le quitaba los zancudos dormia en el cepo con los demas, desnudo. Quitábale la comida dos i tres dias, i le azotaba de nuevo si comia algo, i, por haberse ido a un rancho a buscar qué comer, aunque estaba mui flaco i maltratado de los azotes, lo hizo azotar de nuevo, por mano de Garcia Auca, en la sementera de trigo donde asistia la dicha doña Catalina. I, que andando en el suelo desmayado lo mandó meter en el cepo, donde lo hallaron en el dia siguiente muerto, sin haberse confesado, i de allí lo trajeron a la capilla del Injenio, donde estuvo sin enterrar ocho dias, i los gusanos que salian del cuerpo llenaron el suelo de ella. I esta muerte sucedió despues que dicho receptor Francisco Millan vino a este valle, hará tiempo de cuatro meses.

10. El cargo décimo es que Luisilla, negrita de ocho años, padecia grandes castigos sobre el hilado i otras ocupaciones que tenia, i andaba desollada i llena de llagas el cuerpo, lavada en agua fria de ordinario despues de azotada, i quitado el sustento, i con una cornia, en ambos pies unas veces, i otras en uno; i solia servir en cueros entre dia, i así dormia todas las noches en el cepo. I, habiéndosele hinchado el vientre, i estando con notorio peligro de la vida, no dejaba la dicha doña Catalina de azotarla i castigarla en la forma dicha, hasta que, a instancia de las criadas, la entregó a Maria, mestiza, para que la curase; i a los dos dias murió sin confesion, habrá tiempo de seis meses, poco mas o ménos.

11. El onceno cargo es que Francisco, indio viejo, segun suponen los testigos, de hasta sesenta años, habia estado huido, i lo trajo Asencio Caso con prisiones, i castigado habrá dos años. I la dicha doña Catalina le hizo poner una mesa con una cadena, habiéndolo azotado con mucho rigor, i en la matanza le daba tarea de los capados, que habia de desollar; i, como por su edad i por su impedimento de la mesa i cadena, no la podia ajustar, lo hacia azotar de ordinario, i que le diesen de palos, con lo cual enfermó de un dolor en las espaldas; i lo mas, aunque se quejaba, decia la

dicha doña Catalina que era embuste, i le hacia continuar las faenas, i que lo castigaran por ellas, hasta que, diciendo que el dolor se le habia subido a los pechos, i no podia resollar, lo retiraron de la dicha matanza; i se murió, algunos dicen sin confesion, i todos que sin quitalle la cadena i mesa hasta despues de muerto. El cuerpo deste difunto estuvo por enterrar una semana, lleno de gusanos no solo el suelo de la capilla, pero fuera de ella.

12. El duodécimo cargo es que, habiendo casado la dicha doña Catalina a Jerónima, india libre, con Blas, i a Isabel con Bartolomé Bilorio, se las quitó i sirvió de ellas largo tiempo, tratándolas con el rigor que a la demas jente de su servicio. I, porque le dijeron que estas dos indias i una negra Maria le querian dar unas yerbas, multiplicó las prisiones i castigos, desnudándolas en cueros en presencia de sus maridos, i a los demas indios los hacia azotar, i asimismo a la negra dos i tres veces cada dia, hasta que corria sangre de sus cuerpos, i luego las lavaba en la acequia con agua fria i con orines, sal i ají; i con prisiones de cornias i grillos, así en cueros, las hacia servir todo el dia, i todas las noches, así desnudas, dormian en el cepo. Quitábales el sustento ordinario; i esto lo continuó muchos dias, hasta que, flacas i consumidas, llenas de llagas i apostemados sus cuerpos, perecieron. La dicha negra Maria en los mismos castigos, sin haber tratado de curarla, murió sin confesion. Las dos indias Isabel i Jerónima, estando para morir, las retiraron al rancho de Elena, donde murieron a los tres o cuatro dias, sin confesarse. I estas tres muertes sucedieron en dicha estancia de la Ligua habrá cuatro años, poco mas u ménos.

13. El décimo tercio cargo es se reduce a la muerte de Melchora, china de siete a ocho años, hija de Maria, mestiza, i Agustin. I ésta se ocupaba en hilar, i estaba lastimada de los azotes i palos, de pies a cabeza. Dormia como las demas, de noche en el cepo, desnuda; i desnuda en cueros servia todo el dia, hilando parada. I sobre estos castigos se continuaron otros de la misma calidad, quitándole juntamente el sustento ordinario, hasta que se le apostemaron las espal-

das. I, azotándola, caian los gusanos al suelo; i, aunque todos conocian se moria, la dicha doña Catalina la hacia hilar. I, habiéndola azotado un día, tomando el huso con la mano, con él cayó en tierra. Entónces llamó a su madre para entregársela; i, cuando llegó alzarla, se le quedó muerta entre las manos, sin confesion como las demas, habrá tiempo de tres años, poco mas o ménos.

14. El cargo décimo cuarto es que María, mestiza, servia a la dicha doña Catalina en la cocina i otros ministerios; i, estando apartada de su marido Agustin, i sin cohabitar con él muchos años. i, porque en una ocasion, habiendo huéspedes, no mató unas gallinas, estando en la matanza, habrá dos años, i la dicha mestiza preñada de ocho meses, la hizo desnudar en cueros, i atar en alto por las manos a un peral; i, viéndolo el marido i todos los indios e indias, le dieron tantos azotes por todas las partes de su cuerpo que corria sangre dél hasta los pies, i, lavada con orines i sal, le puso una cornia en ambos, i deste castigo se le murió la criatura en el cuerpo, i, como estaba impedida con dicha cornia, no la podia abortar, hasta que, a instancia de Elena, india pastora, se la mandó quitar, i echó la criatura muerta, i al segundo dia le mandó poner la cornia como ántes, i la tuvo largo tiempo.

15. El décimo quinto cargo es que Juanota, negrita de doce años, del jeneral don Juan Velasquez de Covarrúbias, servia a un hijo suyo nombrado Gonzalo, i, pareciéndole que era traviesa, i que inquietaba al niño, se la quitó i la puso a hilar; i la castigaba en la forma que a las demas personas de su servicio, privándola de sustento ordinario, azotándola entre dia muchas veces, lavándola en agua fria despues de azotada i desollada, metiéndola en cueros en el cepo todas las noches, i teniéndola desnuda todo el dia. Como estos malos tratamientos se continuaban, i se fué consumiendo la dicha negrita, i, sin embargo, pasando la dicha doña Catalina deste valle a Longotoma, la llevó consigo i con las demas criadas que iban aprisionadas, i aunque se le hinchó el rostro i la barriga, ni dejaba de azotarla ni de tenerla en el cepo,

que llevó consigo, como siempre acostumbra, i así murió llena de llagas e hinchada de pies a cabeza, i la entregó a Ana, mestiza, para que la trajese a la capilla deste valle por camino estraordinario, para que no la viesen como venia. I, habiéndola puesto en dicha capilla, se estuvo sin enterrar ocho dias, donde corrompida andaban los gusanos por el suelo, que salian de su cuerpo. Murió como las demas, sin confesion, habrá tres i cuatro años.

16. El cargo décimosesto es que Francisca, niña española de doce a trece años, nieta de Francisca Diaz Rasgado, estaba en su servicio, así en la ciudad de Santiago como en este valle, i sobre la costura i otras cosas leves le azotaba como a los demas esclavas i jente de su servicio, desnuda, por mano de los indios i del negro Lorenzo; i de noche dormia unas veces encerrada, otras desnuda en cueros atada en un palo, otras veces atados los brazos por detras, por que no tuviese lugar que buscar de comer, siendo así que entre los demas castigos padecia este de privarle la dicha doña Catalina del sustento; i de los azotes llegó a estar tan llagada que crió gusanos en las espaldas, i se le veian los huesos, i se le desencajó un brazo. I, habiéndola entregado en este estado a Petrona, india, que la curase, a pocos dias murió, sin confesion, en este valle, habrá cinco años, poco mas u ménos.

17. El décimo séptimo cargo se reduce a la muerte de Panchito, indio auca, sastre, a quien sobre la costura i obras que le entregaba la dicha doña Catalina con prisiones en la ciudad de Santiago le tenia, i todo el cuerpo desollado de los azotes que le daban todos los dias, i, habiendo estado sin comer cuatro o cinco, porque el padre maestro frai Pedro Flores, de la órden de San Agustin le quiso dar un pedazo de pan, se enojó con él, i, despues de ido a su convento, le hizo colgar en cueros, i le dieron tantos azotes por todo el cuerpo, i especialmente por la barriga i estómago, que, despues de haberle desatado, quejándose del estómago, se quedó muerto, sin confesion, a la orilla de la sequia, habrá tiempo de siete años, poco mas o ménos.

18. El décimo octavo cargo es que Constanza, india libre,

habiéndola casado con Diego, indio, se servia de ella en este valle, i la azotaba de ordinario sobre no ser tan puntual como quisiera la dicha doña Catalina, en darle de vestir, en el aseo de la mesa, i en pintalle la sal del salero. Dormia, como todas, continuamente en el cepo; andaba desnuda, i muchas veces con cornia, i tan lleno el cuerpo de llagas i heridas que se le crió una postema en la ingle, donde le hizo entrar un huso a María, mestiza, i de dicha postema i continuarse sobre este achaque los azotes, desnudez, falta de sustento i prisiones, habiéndole entregado a Francisca, su madre, para que la curase, murió como las demas, sin confesion, en este valle, habrá cuatro años.

19. El décimo nono cargo se reduce a la muerte de Luisa, india libre, que, habiendo servido en casa del señor licenciado don Antonio Fernandez de Heredia en la ciudad de Santiago, la hizo traer a este valle, i la hizo casar con Lúcas, indio, i la retuvo en su servicio, sin permitir cohabitase con el marido, i la trató con tanto rigor que, habiendo venido a su poder bien vestida de ordinario, la traia desnuda i en cueros, a la vista de toda la jente de su casa. Azotábanla todos los dias; andaba con prisiones perpetuamente; dormia de noche en el cepo, i, aunque tenia los piés desollados i apostemado el cuerpo, se continuaban los azotes i lavatorios de agua fria. I últimamente la hizo azotar al negro Lorenzo, atada de las manos en alto; i, habiéndola llenado de sangre por todas las partes de su cuerpo, cuando la soltó, se quedó desmayada; i la dicha doña Catalina mandó al dicho negro que a palos i a coces la hiciera levantar. I, habiéndole dado muchos i muchos palos, i, reconociendo que se moria, le mandó la sacase arrastrando de los cabellos al corral; i aun lo hizo; i allí espiró sin confesion, habrá seis o siete años.

20. El vijésimo cargo es que, habiendo casado la dicha doña Catalina a Lorenzo, su esclavo, con Felipa, india, se servia de ella en la ciudad de Santiago, teniéndola por su lavandera, sin permitir cohabitase con el marido; i la castigaba como a los demas, con azotes, palos i prisiones, quitándole la comida, i trayéndola desnuda, hasta que con estos

castigos i azotarla i lavarla con agua fria i volverla azotar de ordinario, se le hinchó la cara i los ojos, i le sobrevinieron unas cámaras, de que murió, habria tiempo de ocho años, poco mas o ménos.

21. El cargo vijésimo primo consiste en la muerte de Antonia, india libre, casada por gusto de la dicha doña Catalina con el indio Manuel; de quien se sirvió siendo casada, echando al indio al trabajo. I, no solo la castigó como a las demas con hambres, desnudez, azotes, prisiones i cepo, pero le dieron tantos palos en la cabeza que se le apostemó toda, i se llenó de gusanos, i los echaba por los oidos i por las narices. I en este estado, teniendo la cara i cabeza hinchada, la entregó a Jerónima, india, para que la curase; i murió a pocos dias sin confesion en este valle, habrá tiempo de ocho años.

22. El vijésimo segundo cargo es que tenia la dicha doña Catalina en este valle, habrá tiempo de nueve años, poco mas o ménos, a Julian, indio auca, bolillero, con una maza i cadena continuamente; i dormia como los demas, en el cepo. Azotábalo con gran rigor, hasta desollarlo; lavábalo con agua fria, i con aji, orines i sal; andaba en cueros muchos dias, o con un saco de jerga. I, porque se presumió habia hurtado un poco de aji, le hizo entrar cantidad dél por la via trasera; i se continuaron de tal forma los castigos que, consumido i lleno de llagas, murió sin confesion, i sin que le quitaran la cadena i maza hasta despues de muerto.

23. El cargo vijésimo tercio es la muerte de la negrita Catana, de ocho a nueve años, hija de una negra deste mismo nombre que sirve al maestre de campo don Jerónimo Altamirano en la ciudad de Santiago; la cual sobre la costura estaba consumida de azotes, varillazos i palos, i de los demas castigos referidos. I en una ocasion mandó la dicha doña Catalina en este valle la atasen por la cintura i por entre las piernas, que le cojiese el vientre i muslos estopa de lino, i le pegasen fuego; i así se hizo, i se abrasó toda, de tal modo que estuvo para morir. I, habiéndola entregado a la india Elena que la curase, gastó así dos meses en librarla

deste peligro, pero, habiendo mejorado, continuó los castigos la dicha doña Catalina, de azotes, prisiones i los demas referidos, hasta que la negrita murió sin confesion, habrá tiempo de ocho años.

24. El cargo vijésimo cuarto es que, habiéndose empreñado Juana, mulata esclava, en la chacra que la dicha doña Catalina tiene en los términos de la ciudad de Santiago, la hizo traer a su casa; i por esta causa la hizo colgar de alto de un pié, i que la azotase, desnuda en cueros, el negro Lorenzo, por todas las partes de su cuerpo, hasta que corria sangre por el suelo. I algunas veces hacia que la soltase de golpe, i la volvian a levantar en alto, i se continuaban los azotes. I de ellos i de dichos golpes, cuando el dicho negro la dejó de azotar, murió sin confesion, i la criatura en el vientre, que al parecer estaba en los últimos meses para nacer. I esto sucedió habrá diez años en dicha ciudad.

25. El cargo vijésimo quinto es que Juana, mulata libre, habrá tiempo de ocho o nueve años, servia en la ciudad de Santiago a la dicha doña Catalina de panadera; i, como si fuese esclava, andaba llena de llagas i heridas de los azotes i palos que la hacian dar. I, porque en cierta ocasion no sacó el pan a su gusto, le hizo meter la cabeza en el horno a un indio Ignacio, al tiempo que sacaban el pan dél. En otra, por la misma causa hizo abrir unos panes, al salir del horno hirviendo, i se los puso en la cara, con que se la abrasó toda; i que le quebrasen en la cabeza las ollas de comida que estaban sobre el fuego, con lo cual se le desolló todo el rostro i se le abrasó parte del cuerpo. I, finalmente, azotándola sobre estos castigos, murió sin confesion; i, para llevarla a enterrar, la abrieron la cara i cabeza, porque no la viesen abrasada.

26. El vijésimo sesto cargo se funda en la muerte de dos hijas i un hijo de Ana, mestiza; i sucedieron en la ciudad de Santiago, en término de dos años, habrá siete, poco mas o ménos. El hijo fué Juanillo, muchacho de diez a doce años. Estaba como el demas servicio aprisionado i lleno de llagas de los azotes; i en una ocasion le azotó cruelmente el negro

Lorenzo, i le bañaron el cuerpo con agua fria, con que corrompió en cámaras, i murió en tres o cuatro dias sin confesion; i le llevaron a enterrar en la chacra del Bayetero, dos leguas de dicha ciudad. Una de las dos hijas es Magdalena, que fué casada con Diego, mocito. Estaba toda llena de llagas de los azotes, i consumida de los castigos; i en continuacion de ellos la hizo azotar un dia con grande crueldad, i que fuese a cargar tierra del patio de la casa de Santiago, i la llevase al corral. I, aunque se estaba muriendo, la cargaba, i llegando con ella, se rindió, de forma que, arrimándose a un maiten, se quedó muerta sin confesion. La otra fué Maria, de quien la dicha doña Catalina se servia con el rigor que las demas. Fuese consumiendo de los azotes i prisiones; hinchárónsele los piés; i, reconociendo que se moria, la retiraron a un aposento, donde murió sin confesarse.

27. El cargo vijésimo séptimo es que la dicha doña Catalina se servia en la ciudad de Santiago de dos hermanas zambas, Pabla i Felipa, hijas de un negro Juan, criollo, su esclavo, i de Isabelilla, india, su mujer. Estas se ocupaban, la Pabla en cocer, i la Felipa en hacer puntos; i fueron tantos los castigos que padecieron i las llagas que tuvieron de los azotes, que a la Pabla se le apostemaron las caderas, i murió, tambien se dice que sin confesion, en la dicha ciudad. Felipa, viniendo la dicha doña Catalina a este valle, la traia en un caballo de diestro, porque estaba tan flaca i consumida que no le podia gobernar; i, habiendo pasado la cuesta de Aconcagua, donde hizo noche su ama, por la mañana la hallaron muerta, sin confesion; i la llevaron a Curimon a enterrar.

28. El cargo vijésimo octavo se reduce a la muerte de Jertrudis, india auca, bolillera. Padeció en este valle de la Ligua los mismos castigos que los demas, azotes, palos, falta de sustento, baños de agua fria, prision ordinaria, i cepo todas las noches, de que fué consumida, i desollada de piés a cabeza. Murió sin confesion.

29. El cargo vijésimo nono se reduce a la muerte de Clementina, auca, costurera. Murió destos castigos en la ciudad de Santiago, habrá tiempo de muchos años.

30. El trijésimo cargo, de la muerte de Isabel, auca. Era lavandera en este valle, i andaba con prision en un pié; i, aunque dormia de noche en el cepo, la tenia todo el dia lavando ropa en pié. Azotábanla continuamente, i lavada con agua fria. Solia lavar la ropa, desnuda en cueros; i, estando en este ejercicio, i preñada en los meses mayores, le dió el negro Lorenzo, por mandado de su ama, dicha doña Catalina, muchos azotes i coces, de que malparió el segundo dia una criatura muerta; i dentro de otros dos murió ella sin confesion; i la prision se le quitó despues. Sucedió en este valle habrá muchos años.

31. El trijésimo primero cargo es que en la ciudad de Santiago, habrá seis años, poco mas o ménos, la dicha doña Catalina tenia otra india, Isabel, auca, que habia estado en casa de bodas, aprendiendo a coser i labrar; i, teniéndole mui castigada, llena de heridas i llagas, i las espaldas, piés i brazos, la tuvo sin comer ocho dias en el cepo, de que murió sin confesion.

32. El cargo trijésimo segundo se reduce a dos muertes de dos indias, nombradas Mayor, hija de Bartolo, hilandera, i Mayora, hija de Rodrigo, costurera. Ambas murieron en la ciudad de Santiago, habrá tiempo de seis ocho años, i sus muertes resultaron de los azotes i castigos que padecian en servicio de la dicha doña Catalina, i fueron sin confesion ambas.

33. El cargo trijésimo tercio se reduce a cinco muertes que sucedieron ántes del terremoto del año de cuarenta i siete. La primera fué de Beatriz, india libre, tejedora, a quien por la tarea la dicha doña Catalina dió por los pechos i cabeza tantos palos con una vara de medir que la quebró, i se iba en sangre, echándola por la boca aquella noche i por la mañana; i así quedó muerta sin confesion.—Teresa, india libre, estando mui castigada, la azotó el indio Tordanillo, i, sin otra causa ni accidente, murió sin confesion. La misma muerte tuvo Aldonza, negrita, de doce a trece años. Andaba de ordinario en cueros, azotada i lavada con agua fria; i así pereció sin confesion.—Esta misma muerte tuvo Josepha, overa,

de ocho años, i con las mesmas calidades. I Antonillo, negro, murió por el mismo tiempo; a quien trajeron estando huido con una herida en el muslo; i lo azotaron i quemaron con arena hirviendo. Murió destos castigos sin confesion.

34. El cargo trijésimo cuarto se reduce a la muerte de Agustinilla, auca, que, temiendo los azotes i castigos, un domingo por la mañana se ahorcó en una higuera, en la ciudad de Santiago; i la muerte de Juliana, india libre, que, habiendo estado huida, la trajo Asensio Caso de Chevarongo a la ciudad de Santiago, i temiendo el rigor de la dicha doña Catalina, cojió un cuchillo, i se degolló, habrá tiempo.—A la muerte de Francisco, auca, que habrá siete años, que en este valle por la misma causa se ahorcó de un arrayan.

35. El trijésimo quinto cargo que se hace a la dicha doña Catalina es de la muerte de Nicolas, indio libre, muchacho de cinco a seis años, i hijo de Magdalena i de Pedro Juramento; porque, continuando quitar los hijos a los padres, para varios ministerios, entregó éste a Alonso Pangueruca i a Agueda, su mujer, cabreros, para que en tan tierna edad se sirviesen dél para guardia del ganado; i, estando en esta ocupacion, se perdió a los montes i quebrada una noche, sin que haya sabido ni entendido la forma i modo con que pereció.

Ultimamente se le hace cargo a la dicha doña Catalina de los Rios de la muerte de Mariana, negra, su esclava, criolla del Puerto de Buenos Aires; porque, habiendo constado por vista de ojos que estaba gravemente enferma i llena de señales i llagas, i que tenia especialmente una en las caderas, grande, i el sayo de cordellate lleno de materias que le salian de ellas, i otra que le cojia casi toda una pierna, tan maliciosa i corruta que no era tolerable el mal olor que de ella salia, aunque estaba entrapajada, i que habia declarado que ámbas i las demas de su cuerpo resultaban de los azotes i otros castigos que por órden de la dicha su ama continuamente padecia, sin embargo, se le permitió la llevase, i a otras dos negras esclavas, que estaban con las mismas señales i costras de azotes, aunque no tantas, en fe de que nos las trataria mal por el camino, i especialmente a la dicha Mariana, así

por el estado de su enfermedad como por ir la susodicha presa por los excesos que en castigar su servicio se supone ha cometido. I a los cinco dias de su viaje, que, por ir en carreta le hacia despacio, constó por informacion que a todas tres negras las azotaban, apaleaban i daban muchos golpes, dos i tres veces entre dia i noche, i que las hacia lavar en agua fria, en tiempo tan riguroso de hielo como éste. I a quien mas aflijia con estos castigos era a la dicha negra Mariana, porque la ocupaba en lavar ropa, i la tenian a pié de dia i de noche, i a golpe i palos la hacia servir, como si tuviese entera salud. I, aunque le sobrevinieron unas cámaras i el mal que llaman del Valle; i, constándola a la dicha doña Catalina, toleraba que tal vez se le hiciese algun medicamento, acabado de hacer la azotaban i lavaban en agua fria, con que fué forzoso quitárselas todas tres, i todas llegaron a la presencia de su merced del señor juez, con señales i llagas frescas que no habian llegado al tiempo de la primera vista de ojos. I declararon eran de los nuevos azotes i castigos. Que la dicha negra Mariana llegó con la cara hinchada, con el achaque referido i con mas llagas de las que llevó, i en tal estado que fué necesario confesarla luego, i a los seis o siete dias, aunque se tuvo con ella i su curacion todo el cuidado que permite la incomodidad destos valles, murió.

Los cuales cargos, habiéndose tomado la confesion al tenor de ellos i de sus capítulos, a la dicha doña Catalina se le notificaron a la letra, i desde luego para entónces, con lo que dijese o nó, recibia i recibió esta causa a prueba, con término de cuarenta dias, i todo cargo de publicacion i enclusion i citacion para sentencia definitiva, i el dicho término ha de correr en este valle i dicha ciudad de Santiago, para que en él se ratifiquen los testigos de la sumaria, segun la condicion i calidad de cada uno de ellos, i los demas que parecieren conveniente; i para que la dicha doña Catalina dé sus descargos, a quien asimismo se notificará este término i prueba, segun i como se contiene en este auto, para lo cual da comision en forma al presente escribano de la causa Francisco Millan Patiño, i asimismo se le da comision para ratificar algunos

testigos que han declarado i lo que declararen ántes de la notificacion deste auto en la ciudad de Santiago i valle de Quillota, para lo cual se le entregará un tanto de sus declaraciones, i en todo guardará la instruccion que se le da, i, quedando asimismo un tanto deste auto, se le entregará el orijinal para los efectos referidos, i lo firmó.—*Doctor Juan de Huerta Gutierrez.*—Ante mi, *Francisco Millan.*

IV

MANIFIESTO APOLOJÉTICO DE LOS DAÑOS DE LA ESCLAVITUD DEL REINO DE CHILE, POR EL PADRE DIEGO DE ROSALES, DE LA COMPAÑIA DE JESUS. AÑO 1670.

(SECCION DE MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL)

IV

Manifiesto apolojético de los daños de la esclavitud del reino de Chile, por el padre Diego de Rosales, de la Compañia de Jesus, dos veces vice-provincial, rector del Colegio de Santiago i de la Concepcion, i calificador del Santo Oficio de la Inquisicion, natural de Madrid. Dedicado al Rei, nuestro señor, D. Cárlos II (1).

TRATADO DE LOS DAÑOS DE LA ESCLAVITUD DE LOS INDIOS DEL REINO DE CHILE

CAPÍTULO I

QUE EL MAYOR DAÑO QUE CAUSA LA ESCLAVITUD POR EL MAL USO DE ELLA ES LA PERDICION DE MUCHAS ALMAS

Por los graves daños i conocidos desórdenes que hubo a los principios de la conquista de las Indias en hacer esclavos

(1) Este interesante documento, de puño i letra del ilustre escritor jesuita, que ahora por primera vez sale a luz, fué adquirido hace años por nuestro gobierno, gracias a la oportuna indicacion de don José Toribio Medina, i a las eficaces dilijencias de don Enrique Matta Vial, subsecretario entónces del ministerio de instruccion. El manuscrito se hallaba de venta en una libreria de Paris.

a los indios, tratando como a siervos a los que naturalmente nacieron libres, no habiendo ningun título para hacerlos esclavos, puso freno a esta desbocada codicia, i modo a este desórden, el emperador Cárlos V prohibiendo la esclavitud en todas las Indias con cédulas mui apretadas, que por comunes las dejo. I, esforzando sus buenos intentos, el Sumo Pontífice Paulo III espidió un breve prohibiendo tan enorme delito, como lo es éste del Estelionato (que es hacer esclavos a los libres), con descomunion reservada a la Sede Apostólica, contra los que en adelante hicieren esclavos a los indios, aunque sean cojidos en la guerra. Cuyas palabras (hablando con el arzobispo de Toledo, a quien remite la ejecucion) dicen asi:

«Assistens praefatis indis in praemissis efficacis defensionis praesidio universis et singulis cuicusque dignitatis, status, conditionis et gradus existentibus, sub excommunicationis latae sententiae paena, si secus fecerint, ipso facto incurrenda, a qua non, nisi a nobis, vel romano pontifice, pro tempore existenti, praeterquam in mortis articulo constituti, et satisfactione praevia, absolvi nequeant, ne praefatos indos in servitutem redigere, aut suis bonis spoliare, quomodocumque praesumant, etc.»

Poco despues espidió el mismo Pontífice Paulo III una bula en que dice que fué la esclavitud traza del demonio para impedir la conversion de los jentiles: quo impediret, ne verbum dei gentibus, ut salvae fierent, praedicaretur. I poniendo eficaz remedio para que ni los despojen de su libertad ni de sus haciendas (como lo hacen en las malocas), aunque sean infieles i resistan a la fe, dice:

«Nos igitur qui eiusdem domini nostri Jesuchristi vicem gerimus, volentes super his congruis remediis providere, praedictos indos et omnes alias gentes ad notitiam christianorum in posterum perventuras, licet fidem christianam resistant, sua libertate, ac rerum suarum dominio huius modi uti, ac potiri, et gaudere debere, ac licite posse, nec in servitutem redigi debere, ac secus quid quid fieri contigerit, irritum et innane, etc.»

De donde se sigue que aun la cédula de esclavitud que su Majestad espidió contra estos indios es mui escrupulosa; porque el título que mas la cohonestó fué el haberse hecho enemigo de la iglesia i resistido a la fe, pues dice Su Santidad que no sean esclavos. Licet fidem christianam resistant. Pero demos que la esclavitud sea justa, conforme la ordena i manda su Majestad; no puede haber duda de que es injusta i pecaminosa, i que incurren en las descomuniones de los sumos pontífices los que hacen esclavitudes contra la voluntad de su Majestad, haciendo esclavos a los indios amigos, haciendo guerra a los de paz, i vendiendo por esclavos a muchos que el derecho esceptúa, i a otros que ni su Majestad los ha dado por esclavos, ni sus delitos merecen tan grave pena.

De que se sigue que el demonio logre su traza de impedir la predicacion del santo evanjelio i la conversion de los jentiles, tan deseada de los reyes católicos; que se condenen tantas almas de infieles, i se graven las conciencias de los cristianos que hacen semejantes esclavitudes i robos de las haciendas de los indios, quedando descomulgados, i con descomunion reservada al Papa, de que ninguno los puede absolver sino en el artículo de la muerte, i esto satisfaciendo los daños, volviendo a su libertad a los que han hecho esclavos, a costa de sus haciendas, i restituyendo las que han robado en las malocas a los indios, cosa que nunca se hace, con gravísimo daño de las almas, i daño el mayor i el mas digno de remedio.

CAPITULO II

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD PORQUE ETERNIZA LA GUERRA

Hai guerra que se hace para mal i destruicion, como la que se hace a los moros i turcos, enemigos de la fe i la cristiandad; i guerra que se hace para bien i pacificacion, i no por fin de hacer mal, como la que se hace a los indios, a

quienes si mandan hacer guerra los reyes católicos es para su bien, como lo muestran en sus reales i piadosas cédulas, a fin de introducir en ellos la relijion cristiana, reducirlos a policía i sujetarlos a la obediencia de príncipes cristianos, que los gobiernen en paz i los conserven en justicia. I como la guerra, segun enseña San Agustin, se ordena a la paz, cuando se les hace guerra es a fin de pacificarlos i domar la altivez de sus ceños naturales. I a este fin endereza la cédula de esclavitud su real Majestad, i otros medios i remedios mas suaves que ántes habia tomado su cristiano celo. Todo esto consta de la cláusula del testamento de la católica reina doña Isabel, de las cédulas del emperador Cárlos V, de la bula de Adriano Papa i de la cédula del rei Felipe tercero del año 1612, en que motiva i pone por fin de la esclavitud i de la guerra el acabar con ella, i conseguir la pacificacion de los indios chilenos i el reducirlos al gremio de la santa iglesia. I todo este estrépito de armas i de guerra en las Indias le enderezan los reyes católicos al bien de los indios, no a su mal, como lo dice Solórzano por estas palabras: Cum potius, ut diximus, et probavimus, pro eorum commodo, et utilitate catholicorum regum expeditiones ordinarentur.

Luego síguese de aquí que si la esclavitud, que se tomó por medio i por remedio, para la pacificacion i conversion de los indios de Chile, es para su perdicion, para su mayor daño i para eternizar la guerra, como la eterniza, la medicina se ha convertido en veneno, el remedio en desesperacion, i que viene a ser para su mal lo que se ordenó para su bien i su pacificacion. Prudentemente se juzgó que la esclavitud amansaria la fiereza i altivez destos indios; i la esperiencia ha mostrado que ántes los ha hecho mas bravos i mas obstinados.

I no es tanto la causa de eternizarse la guerra la dureza de los indios como la codicia de los españoles, que, como hallan granjeria en la esclavitud, no quieren la paz de los indios, por no perder el interes de venderlos por esclavos. I así es cierto que habrá guerra miéntras hubiere esclavitud.

I luego que vino la cédula de ella profetizaron la duracion de la guerra personas de esperiencia, que dijeron: «¿Esclavitud hai en Chile? Pues guerra habrá para nuestros bisnietos i tataranietos». I asi lo vemos cumplido, que en toda la monarquia de España no tiene su Majestad guerra mas antigua el dia de hoi de 1670. Porque con todas las naciones enemigas ha asentado paces i en Chile dura la guerra desde los principios de su conquista, i durará miéntras su Majestad no quitare la esclavitud de los indios.

Muchas veces han querido la paz los indios i no se la han admitido, por tener a quien maloquear, i de quien sacar provecho vendiendo los esclavos. I otras veces se la han admitido, pero dejando algunas provincias a quienes poder guerrear, por tener de donde sacar el interes de los esclavos, coloreándolo con título de que es necesario que haya guerra en alguna parte para que los soldados tengan provecho i ocupacion, i la ociosidad no los haga viciosos, i para que los amigos, divertidos en guerrear contra los de la tierra adentro, no crien malos pensamientos contra nosotros; razones verdaderamente politicas i de estado, que no se ajustan con la conciencia ni con lo que su Majestad tiene ordenado por diferentes cédulas, de que siempre que los indios dieren la paz se la admitan. Pero, como estas razones les rascan donde les come el interes, les son sabrosas, i no atienden a las pulsadas de la conciencia. I si un señor gobernador es desinteresado, i quiere hacer el servicio de Dios i del rei, hai muchos ministros que le hablan al oido, i le dicen que a qué vino sino a buscar plata, i que a tal gobecnador le dieron los cincuenta mil pesos de piezas, i a otros los sesenta mil, que a él tambien se los darán, que conserve la guerra i no pierda la ocasion de aprovechar. I con estas dulzuras, no solo la conservan sino que, para que dure para siempre i se eternice, la embalsaman.

I el mal es que ha llegado a tanto que, no habiendo enemigos a quienes maloquear, o estando mui distantes, han hecho algunos ministros diferentes malocas a los indios de paz i a los amigos por causas mui leves, haciendo injustamente

esclavos a los libres; i han ocasionado a que las provincias vecinas se escandalicen i pongan en arma, temiendo justa mente que irá mañana sobre ellos el golpe que hoi vieron dar a sus vecinos. I, como tienen esperiencia de la insaciable codicia de los españoles, i que nunca se ven hartos de piezas, justamente se recelan, i prudentemente se ponen en arma para su justa defensa, i los que de simples o de temerosos no lo han hecho lo han pagado, quedando destruidos. I, como los ministros de guerra no se quieren otra cosa para para motejarlos de rebelados, que verlos con las armas en las manos, sin hacer diferencia si las toman para su justa defensa o para alzarse, les hacen igualmente la guerra. Con que nunca durará la paz; porque la codicia de las piezas hace guerra igualmente a los amigos i a los enemigos, a los que se quieren defender de sus injustas invasiones i a los que se rebelan para hacérselas.

Bien han podido algunos señores gobernadores de Chile acabar con la guerra; pero no han querido, por haberse saboreado en el interes de los esclavos, dejándose llevar de la codicia de sus ministros, i ni unos ni otros han logrado la hacienda que han sacado, que es sangre de pobres, i no quiere Dios que se logre, i es hacienda de duendes que se vuelve en carbon. Bastante desengaño para no apetecerla. Ninguno viene a gobernar que con su buen celo i nobles obligaciones no prometa poner a Chile de paz; i, en encontrando con esta encantadora i sabia Circe del interes i codicia de las piezas, mudan de rumbo i procuran llevar qué gastar, i dejan a Chile como le hallaron, jugando al sopla vivo te le doi. I así durará viva la llama, i crecerá cada dia mas miéntras no se quita la esclavitud.

El señor gobernador Alonso Garcia Ramon prometió a su Majestad de acabar la guerra de Chile en tres años el año de 1600, que no le pareció dificultoso con la grande esperiencia que de ella tuvo, por haber milita lo ántes de ser gobernador muchos años en esta guerra, i tenido varios puestos en ella, hasta el de maestre de campo jeneral, i pidió para eso a su Majestad el situado de doscientos i doce mil duca-

dos para pagar la jente de guerra. Concedióse su Majestad por los tres años, i vino la merced el año de tres, i háse continuado por sesenta i siete años, hasta éste de 1670. I ha gastado su Majestad mas de treinta i siete millones, i ha consumido esta guerra cuarenta i dos mil españoles, soldados pagados, sin otros muchos ofrecidos, i todavía dura la guerra, i hai guerra para muchos años si se hace la guerra dando por esclavos a los indios, que cuando no hai indios enemigos la codicia de las piezas i el interes de tener esclavos que vender hace guerra a los amigos, i los obliga a que se rebelen, como veremos en el capítulo siguiente las veces que la ha hecho, encendiendo mas el fuego i eternizándola en mayor daño i mal de los indios, habiéndose principiado para su mayor bien i pacificacion.

CAPÍTULO III

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD QUE POR ELLA HACEN GUERRA A LOS DE PAZ I ESCLAVOS A LOS INDIOS AMIGOS

El mas grave daño que causa la esclavitud es el mal uso de ella, i, por tener esclavos que vender, no hacer guerra a los enemigos, que estan prevenidos i con las armas en las manos, sino a los amigos, que estan descuidados i confiados con la paz; i haberse convertido una guerra justa a los principios en una guerra injusta. Porque, habiendo dado la paz jeneralmente todos los indios, deseando vivir en ella, i recibir la fe cristiana, i habiendo dado paso franco a los predicadores del evanjelio, estando sujetos al rei i a sus ministros para cuanto los mandaban, sin causa ninguna, i sin probarles traicion ni hostilidad, los maloqueaban, vendiéndolos por esclavos, i robándoles sus haciendas i ganados, por el interes de los esclavos, sin reparar en el pecado tan grave que cometian contra Dios, en la descomunion en que incurrian, reservada a su Santidad, en la obligacion a la satisfaccion, ni en el daño de tantas almas como miserablemente se conde-

naban muriendo infieles, cuya sangre i cuyas almas claman por la venganza, i publican estos agravios.

Bastaba decir esto asi, por mayor i en monton, para mover los ánimos piadosos a quitar tan mala esclavitud, causadora de tantos daños; pero no hace tanto peso como particularizándolo i poniendo algunos casos singulares, que sirvan de prueba. I sea la primera i la mas calificada la prueba que hizo de seis malocas injustas i a indios que estaban de paz, que se hicieron en el gobierno del señor gobernador don Francisco Meneses, el visitador don Lope Antonio Munive, que vino a visitar por mandado de la reina, nuestra señora, los procedimientos de dicho señor gobernador. Una de las cuales malocas fué a las provincias de Cayucupil, Paicavi, i Tucapel, donde se cautivaron cuatrocientas piezas, estando de paz, i las hicieron esclavas, i las vendieron por tales. I, viniendo veinte indios, muchos de ellos principales, a alcanzar a los ministros de guerra al camino, i representarles cómo estaban de paz, i que sin causa les llevaban cautivas sus mujeres i hijos, pidiendo que se los volviesen, la respuesta fué pasarlos a todos a cuchillo, i matarlos atrozmente i a sangre fria. I, como esta maloca se hizo a indios de paz, se hicieron otras cinco averiguadas en este gobierno, sin las que no entraron en exámen por el dicho juez, que conoció i vió bien claro el daño que de la esclavitud se seguia i los males que acarreaba; de que determinó informar mui en particular a su Majestad, para que quitase la esclavitud, i me pidió algunos puntos concernientes a eso. Lo que destas malocas se siguió fué que estos indios maloqueados, que estaban de paz, viéndose provocados de nuestra codicia, se rebelaron, i otros confinantes que tambien estaban de paz, que temiendo prudentemente el mismo daño se pusieron en arma. I, bien mirado, esto no fué rebelarse sino cautelarse; no fué hacerse enemigos sino defenderse de los que sin causa los acometian injustamente; i no debe ser culpable la justa defensa. Pero siempre la del indio ha de ser injusta i no oida.

Vino otro gobierno a remediar estos daños del pasado, i,

en lugar de aquerenciar i satisfacer a los indios agraviados, i a las provincias provocadas i por nuestra causa rebeladas, por haber rompido nosotros primero i sin causa la guerra, prosiguió con la misma guerra mala i mal justificada. Porque los indios estaban (aunque ofendidos) deseosos de dar la paz, i, esperando a otro gobernador para representar sus agravios i darle la paz, vinieron algunos con Lincopichon i el señor gobernador les recibió la paz; pero púsole a Lincopichon por condicion, para admitirle de paz, una cosa injusta i imposible de cumplir, i fué que le habia de traer dentro de veinte dias la cabeza del cacique Aillacuriche, que aun no habia venido a dar la paz, porque esperaba a ver como recebia el señor gobernador a los otros caciques. Volvió a sus tierras Lincopichon, i, diciendo cómo el señor gobernador le habia recebido mui bien, enviaron siete caciques sus mensajeros, i el cacique Aillacuriche a un sobrino suyo, hijo de Tinaqueupu, con seis indios i un español cautivo de Mendoza, que compró en doce pagas por presentársele al señor gobernador, a quien se le presentó, enviándole a decir cómo él queria dar las paces, i que se vendria adonde le mandase con toda la jente, i le pondria de paz toda la tierra, como lo hizo la otra vez en tiempo del señor don Martin de Mojica, i que en señal de su buen corazon le enviaba aquel español cautivo. No pudo hacer mayor demostracion de su buen ánimo, ni a mejor tiempo, porque a los diez dias de los veinte que llevó Lincopichon envió a dar la paz.

La respuesta que tuvo él i los demas caciques a sus mensajes fué prender a todos los embajadores en la guardia, i tenerlos en ella dos años, consumidos de trabajos i miserias, de suerte que murió en ella el sobrino i otros veinte i cinco mensajeros. I demas de esto, porque a los veinte dias no trajo Lincopichon la cabeza de Aillacuriche, le maloquearon al Lincopichon, no estando obligado a la condicion por haber enviado a dar la paz Aillacuriche a los diez dias, i siendo imposible i injusta semejante condicion: injusta, por ser contra las condiciones que su Majestad les pide a los que dan la paz; i imposible, porque no hai cacique que pueda quitar la

cabeza a otro, i mas siendo poderoso, como éste lo es. I tras esto se siguió el maloquear a Aillacuriche i prender a cuantos mensajeros venian, porque no querian paces sin piezas, obligando a los mismos mensajeros a que guiasen a las malocas; i a los que se venian de paz, haciéndoles tan buen agasajo, que a unos yanaconas, que se venian con sus mujeres i familias, los degollaron en el camino, i llevaron sus mujeres a vender a Valdivia por esclavas.

En este tiempo estaba el visitador don Lope Antonio Munive en la Concepcion haciendo las informaciones de las malocas injustas que hizo el señor gobernador don Francisco Meneses a los indios de paz, i, viendo que se proseguia la misma guerra, i que se hacian malocas tan injustas i tan malas, decia: «¿A qué venimos? ¿Esto es remediar los males pasados, hacer otros tan malos i peores? ¿Para qué hago yo estas informaciones de malocas injustas si se hacen ahora otras tan malas como ellas?» I lo mismo decia el comun de la jente, porque decian: «¡En qué razon cabe maloquear a un cacique porque no cumple una condicion injusta e imposible, i darle solo veinte dias de término para ella, que para cualquiera pleito ordinario se dan sesenta dias! I mas sabiendo que no se conciertan tan aprisa los indios, que son necesarios muchos llamamientos i mucha chicha, conforme a su modo, a que nos debemos acomodar, i esto no se hace en tan breve tiempo. Ni cabe en razon darles mate ahogado cuando se les debia satisfaccion de los agravios, malocas i pérdidas antecedentes que comenzaron de nuestra parte. La cual satisfaccion se dan cada dia los reyes unos a otros, pidiendo uno i dos millones por los daños i gastos que se ocasionaron con la guerra injusta que principiaron.»

En este medio tiempo cautivaron los indios de guerra al padre Pedro de Sotomayor, de la Compañia de Jesus, yendo a su mision de Puren, i, deseando sacarle de cautiverio, le enviaron de parte del gobierno a decir que tratase de paces con los indios, i bien poca gana mostraron de ellas, pues justamente trataron de dos malocas, i enviaron soldados de Paicaví i de Tolten. Tratóles el padre de las paces en una

junta que para ello hicieron los indios, i vió que los mas querian dar la paz, i todos decian que a otro gobernador se la darian, pero nó al presente, que los habia maloqueado ofreciéndole la paz, preso a sus mensajeros, muértoselos en la prision de la guardia, de hambre i de trabajos, i hécholes otros agravios, que el padre no pudo negar. I si como son bárbaros fuera jente política que supiera escribirlos, como otras naciones, hicieran manifiestos que nos sacaran las colores al rostro, como se las sacaron al padre, que, aunque es gran lenguaraz, no supo qué responderles. I ellos propios dijeron: «veis cómo el padre se ve convencido, i no sabe qué responder en favor de los españoles». I dijo despues que se vió acá, que así fué, que a los indios les sobraba la razon, i no se hartaba de decir cuántos daños hacia la esclavitud, i cuántas injusticias hacian a los indios por tener esclavos que vender, i de cuánto estorbo era para la paz deste reino i para la conversion de los infieles.

Vése esto claro en otros gobiernos pasados. Porque, habiendo asentado las paces jenerales el señor marques de Baides, un mal ministro maloqueó sin órden suya en la Imperial, estando de paz, i cautivó trescientas piezas; i viénenle a alcanzar al camino nueve caciques a darle una queja amorosa, i decirle que porqué los maloqueaba, estando de paz. La respuesta fué atarlos a todos en collera i degollarlos allí cruelmente. I, sin ésta, se hicieron otras malocas semejantes, que alborotaron muchas provincias.

Vino el señor don Martin de Mojica, compuso todos los indios reduciéndolos a la paz; i ministros poco ajustados a la conciencia, aunque el señor gobernador lo era mucho, hicieron muchas malocas a los puelches, por tener piezas que vender. I al cacique Mutunpillan, estando de paz, le hicieron otra maloca, sin órden del gobierno, en que le cautivaron trescientas piezas. I porque dió voces, i dijo que se habia de ir a quejar al señor gobernador de sus malos ministros, por que no fuese ni hablase entraron aquella noche cuatro enmascarados en su rancho i le degollaron. Otra maloca hicieron de quinientas al cacique Paillaguapi, de jente de

paz; i haciendo su señoria la averiguacion de la injusticia desta maloca, mandó con bando que, so pena de la vida, se pusiesen en libertad todas las piezas, i que se les restituyesen los daños a los indios. Pero, de quinientas que fueron no se les volvieron cincuenta, aunque lo solicité harto.

Las malocas que ántes i despues se hicieron a los puelches desde Boroa, manifiestamente fueron injustas, por habérselas hecho estando de paz; conque los obligaron a tomar las armas, no siendo jente que jamas habia tratado de guerra contra españoles. I vióse bien claro, porque, ofreciéndome yo al señor gobernador a ponérselos de paz todos, fui por su órden con dos soldados no mas, i los dejé de paz; alegando ellos que nunca habian hecho mal a los españoles, que ellos habian malequeádoles primero, sin causa i estando de paz, i que, si despues habian tomado las armas, habia sido para su justa defensa i provocados primero.

Bien sonada fué la maloca de Osorno i Cunco, en que un cabo de Boroa cautivó cuatrocientas piezas, i hizo otros muchos daños en casas i ganados, sin órden del gobierno, solo por su codicia i mala concienacia. Porque, acabando de asentar la paz con ellos el jeneral que gobernaba a Chiloé, don Ignacio de Carrera, i enviando veinte caciques con cartas suyas al señor gobernador don Antonio de Acuña i Cabrera, para que los conociese i tuviese por de paz, en medio del camino los atajó a el paso el dicho cabo de Boroa, i sin dejarlos ir a ver al señor gobernador, los llevó presos a que le guiasen a una maloca a sus propias tierras, donde hizo el destrozo dicho, por cojerlos descuidados con el seguro de la paz, i de que sus caciques habian ido a dársela a su gobernador. La cual maloca fué causa de que todas aquellas provincias se alzasen, i de que matasen a algunos de los veinte caciques, por juzgar que habian guiado la maloca de su voluntad, habiéndolos enviado a dar la paz al señor gobernador, i no saber que en el camino los habian preso i obligado a guiar a sus propias tierras. Conque se confirma bien, con estos i otros ejemplares, que he visto por mis ojos, que son muchas las malocas que estos años se han hecho a indios

de paz, las cuales han sido causa de que los indios tomen las armas contra su voluntad, provocados de nuestras armas i de injustas invasiones a los de paz, por la codicia de las piezas.

En este tiempo le vino el gobierno, por los primeros meses del año de 1670, al señor don Diego Gonzalez Montero, caballero desinteresado, de buen celo i deseoso del bien de la patria i de la pacificacion destos indios; i, con la larga esperiencia i alto conocimiento que tenia destas injusticias de la guerra antecedente i esclavitudes injustas, mandó que no se hiciese maloca ninguna, sino que se tratase de desagraviar al enemigo i de procurar reducirle a la paz, que habia deseado dar i esperaba otro gobierno para ofrecerla i ajustar las condiciones. I para eso envió por maestre de campo jeneral i gobernador de las armas a su hijo don Antonio Montero del Aguila, maestre de campo que era del batallon Santiago, para que con su prudencia i buen agrado redujese a la paz a los que la querian dar, enviándoles mensajes i abriéndoles la puerta, porque de temor no se atrevian a entrar, por haber visto que en el gobierno antecedente, por no querer paz sino piezas, les habian preso cuantos embajadores habian enviado, contra el derecho de las jentes.

Luego que llegó a la ciudad de Concepcion, el maestre de campo i gobernador de armas hizo una junta de todos los consejeros de guerra i personas de ciencia i esperiencia; i, habiendo propuesto el caso de las malocas que se le habian hecho al enemigo ofreciendo la paz, de los mensajeros presos, de la poca justificacion de la guerra, si era bien proseguirla, o convidar a los enemigos con la paz, pues la querian, i tenian acá tantos mensajeros i recelosos no se atrevian a enviar mas, dijeron todos de comun consentimiento que para asegurar las conciencias se debia primero justificar la guerra i satisfacer al enemigo, que estaba agraviado, i, habiendo mostrado tantos deseos de dar la paz, no se cumplia con lo que su Majestad manda de que se le admitan siempre, sin poner las condiciones imposibles i duras; i que, por cuanto se les tenian presos los mensajeros contra el derecho de las

jentes, se debian enviar algunos aceptándoles la paz, i convidando de nuestra parte con ella, que no era contra la presuncion de las armas cuando se les debia mucha satisfaccion; i que, si los enemigos no quisiesen sino guerra, que entónces se les podia hacer con mas seguridad de la conciencia, que, conociendo el buen celo del señor gobernador, i que no se dejaba llevar del interes de las piezas, no dejarian de venirle a dar la paz, pues ellos mismos la deseaban, i solo las piezas les habian hecho la guerra. I, en esta conformidad, despachó el maestre de campo tres mensajeros al enemigo, de los suyos que estaban presos. I tuvo tan buen efecto que, llegando al reino a gobernarle el señor don Juan Henriquez, le dieron todos la paz, i su señoria se la admitió.

CAPÍTULO IV

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD. QUE, POR HACER ESCLAVOS QUE VENDER, ENGAÑAN A LOS INDIOS CON LA PALABRA REAL, I LA HACEN DESPRECIABLE.

No solamente les han faltado a estos indios algunos malos ministros a la fe i juramento de las paces, por la codicia de los esclavos, sino a la lealtad i fe de la palabra real, que entre los españoles es un sacramento de gran veneracion; i, habiéndoles dicho a los indios la veneracion, observancia i firmeza que a ella se debe, para que con la palabra real se aseguren de lo que se les promete, i que primero faltarán los españoles a cuanto hai que faltar a ella, la han tomado en muchas ocasiones por cebo para asegurarlos, i por caña de pescar para cojerlos i hacerlos esclavos.

Buen ejemplar es lo que le sucedió al cacique Llancagueno, que, estando de paz, le fueron a maloquear, sin causa ninguna; i, como tuviese aviso de que la jente venia cerca, i por asegurarse metiese toda la suya en un malar, cuando llegaron los maloqueros i los hallaron puestos en salvo, ya que no los pudieron cojer descuidados, trataron de cojerlos

por engaño, i les dijeron que no los venian a maloquear a ellos, que ya sabian que eran amigos, que saliesen, que les daban la palabra del rei de no hacerles mal, creyéronse, i luego que salieron los fueron atando a todos, que eran ducientos, i los trajeron a vender por esclavos. Aunque no les valió, que hice descubrir la maraña, i que el señor gobernador don Martin de Mojica los diese por libres; pero escondieron muchos i los vendieron por esclavos, sin Dios ni conciencia.

Lo mismo hicieron de la otra banda de la Cordillera con el cacique Guinulvilu que, estando de paz, le fueron a maloquear; i, sintiendo el ruido de la caballeria, se subió con su jente a unas peñas tajadas, para asegurarse en la cumbre. I, viendo el ministro de guerra que era dificultoso el conquistarlos por armas, trató de vencerlos con engaños, como a jente simple, i díjoles que cómo, siendo de paz, huian de ellos, que les venian a traer presentes de parte del señor gobernador, que bajasen, que no les harian mal, que les daban la palabra real, i con ese seguro podian bajar. Hiciéronlo, i, como fueron bajando, los fueron atando, i los trajeron i vendieron por esclavos, sin haberse rebelado ni hecho mal ninguno.

Mas lastimoso i atroz fué el caso del cacique Mencuante, que, habiéndole recibido de paz, i dádole la palabra real de no hacerle mal, a él ni a su familia, i mostrándole, para que mas se asegurase, un papel, diciéndole que en él estaba la palabra real (i era un órden del señor gobernador don Antonio de Acuña i Cabrera que dió para que en aquella entrada a Osorno recibiesen la paz a cualquiera que la diese, i que solo castigasen a los rebeldes); pues, habiéndose venido este cacique a los nuestros de paz con toda su familia, que era de treinta i seis personas, el cumplimiento de la palabra real i del órden del señor gobernador fué repartir entre sí estos buenos ministros las piezas por esclavas, i al cacique traerle atado en una cabalgadura. I, porque el enemigo le salió al camino a quitarles la presa que habian hecho en otras partes, donde habian maloqueado, mataron de un arcabuzazo

al cacique, o porque no pidiese sus piezas, o porque no les sirviese de embarazo. I éste fué el pago que le dieron por haberse venido de paz. ¡Muerte atroz i lastimosa! Pero lo que mas lástima causó fué que habia enviado este cacique a llamar a dos hijos que tenia ausentes, i a decir cómo él se iba a estar de paz con los españoles, que le viniesen a alcanzar con sus familias. Obedecieron los hijos a su padre, i al segundo dia vinieron con sus mujeres i hijos, de paz, en alcance de su padre; i cuando pensaron tener mucho gusto con su vista, i con la paz de los españoles, encuentran a su padre desnudo, i tendido en el camino, muerto de un balazo que le dieron los españoles, a quienes habia dado la paz, i saben que toda su jente se la llevan cautiva. Con cuya vista i trájico suceso estuvieron llorando amargamente por mucho tiempo, i diciendo: «¿Esto es dar la paz a los españoles? ¿Esta es la palabra real? ¿Esta su codicia de esclavos? ¿I ésta su cristiandad?» ¡Estos daños causa la esclavitud! Estas injusticias, estas atrocidades i estos escándalos a una jente nueva! ¡Cómo recebirán la fe divina, que es de cosas que no se ven, si les dan tan mal ejemplo en las cosas visibles i de fe humana, como es la fe a la palabra real!

No es pequeño daño de la esclavitud i del mal uso de ella causar en las naciones tan grande escándalo, i con eso haberla hecho tan despreciable a la palabra real, que ya la tienen por la mayor mentira i por señuelo para cojerlos. I, al paso que ántes la habian cobrado respeto, por cosa de tanta veneracion, la desprecian ahora i hacen burla de ella. De tal suerte que los indios de Osorno i Cunco, que son fronterizos de los españoles de Chiloé, viendo que ni juramento ni palabra real se les cumplia, i que si daban la paz, luego los maloqueaban con cualquier pretesto, tomaron por medio pedir el sello real; porque algunos españoles cautivos les habian dicho el respeto que se tenia al sello real. I, enviando sus mensajeros a tratar de paz, dijeron los caciques que la vinieron a concertar que la palabra real era una mentira i un embuste con que muchas veces les habian engañado, que para la firmeza de aquellas paces les diesen el sello

real. I se le dieron, i con todo eso, con poca causa, les maloquearon; i desesperados se hicieron enemigos, teniendo por mejor seguro el de su lanza que el de la palabra real i sello real, siendo así que, deseosos de la paz i de recibir nuestra santa fe, habian pedido estos indios un sacerdote. I, habiendo ido un clérigo de Chiloé, le hicieron grandes fiestas i agazajos, i le hicieron una iglesia, donde ofrecia a Dios el divino sacrificio i doctrinaba aquellos jentiles, i bautizó mas de quinientos niños. I todo este fruto, i otro mucho que se pudiera cojer de la conversion de estos jentiles, se malogra i le perturba el enemigo del linaje humano con esta codicia de los esclavos, haciendo a los españoles faltar a la fe del juramento, a la fidelidad de la palabra real i de su sello, haciéndolo todo despreciable entre las naciones bárbaras.

CAPÍTULO V

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD. QUE POR HACER ESCLAVOS SE HACEN MUERTES INJUSTAS I ATROCIDADES CRUELES

No se contenta la codicia de hacer esclavos con hartarse con la sangre de los pobres indios de paz, sino que, por apresarlos, la derrama cruelmente, como lo vimos en los capítulos pasados, en las muertes de los veinte indios de Cayucupil, i de los nueve caciques de la Imperial, que venian a representar cómo los habian maloqueado estando de paz, i a pedir sus hijos i mujeres. I la respuesta fué degollarlos. I la del cacique Mutunpillan, que le cortaron la cabeza cuatro enmascarados, porque no pidiese las piezas que le habian maloqueado, estando de paz. Con la del cacique Mencuante, que, porque no pidiese su jente, viniéndose de paz, le dejaron muerto en el camino de un balazo, sin otros casos que han sucedido semejantes, que fuera largo el referirlos.

El que ahora está corriendo sangre es el del cacique Panguinamon, de que hizo plenaria averiguacion el visitador don Lope Antonio Munive, que, estando de paz, llegó a su casa

un capitan, i dijo: «¿qué es de tu jente, que me dicen que la has echado al monte, para irte al enemigo?» I, como él dijese que ni por el pensamiento le habia pasado, mandóle llamar a su familia, i, saliendo todos de los ranchos, como era eso lo que él queria para cojerlos mas a su salvo, sacó la espada ancha i mató al cacique i cautivó toda la jente, estando de paz; i sin haber hecho cosa por donde se les probase que se querian ir al enemigo, ni haber otra causa mas de el querer llevar piezas que vender, hizo esta atrocidad i este robo. Lo mismo hizo un teniente en la Villarrica, que, viniendo de una maloca, sin haber cojido pieza esclava que vender, por no irse vacio, pasó por el rancho de un cacique amigo, i, pidiéndole que le diese algo para el camino, que se le habia acabado el matalotaje, llamó a dos mujeres suyas, que le diesen algo para el camino, i viéndolas dió un balazo al cacique, i le dejó muerto, i se llevó las dos mujeres i las vendió por esclavas.

Pasaron dos soldados el rio de la Imperial en una canoa, i ofrecióse a gobernarla un indio, que iba camino con su mujer i dos hijas, i, pareciéndoles buena ocasion a los soldados para tener esclavas que vender, dan la muerte atrozmente al indio amigo i échanle en el rio, i llévanse las indias, i véndenlas por esclavas.

Otras muchas muertes lastimosas causó la codicia de los esclavos de indios de paz; i de las mas tristes fueron las de unos indios que, viviendo junto a la cordillera nevada, fueron unos soldados i cojieron de repente algunas piezas, i las demas con el espanto se metieron entre la nieve, en una quebrada profunda, para esconderse, i allí se helaron todas i quedaron muertas. No fué ménos dañoso el ardid que el demonio i la codicia inventaron, que fué decirles los soldados a los indios que estaban de paz que les buscasen piezas a la usanza para vender. I, cuando no las hallaban, les decian que matasen a los hechiceros, i que les vendiesen sus mujeres i hijos. Parecióles bien, como bárbaros, i con eso a cualquier indio pobre, sin mas informacion que su codicia i su malicia, le achacaban que era hechicero, i le quemaban dentro

de su casa, i vendian a los españoles sus mujeres i hijos, i por el delito que su padre no habia cometido los daban por esclavos. De donde provenia el hacerse muchas atroces e injustas muertes de indios inocentes, i se orijinaban guerras civiles i venganzas, porque los parientes de los muertos i vendidos por esclavos, ofendidos, salian a la venganza, i, como entre ellos no hai justicia, sino que cada uno se la hace, se encendia gravísimo fuego entre las familias, i habia muertes, odios i bandos. I últimamente, sin éstas, habia otras lastimosas muertes; porque las indias, como mujeres flacas i de poco corazon, viendo que las llevaban a vender a tierras estrañas por esclavas, siendo libres, desesperaban i se ahorcaban con sus propias fajas, cosa usada entre estas indias en dándolas alguna pesadumbre sus maridos; que, como son compradas en usanza, por que el marido pierda la hacienda que dió por ellas, pierden bárbaramente las vidas i se ahorcan. I lo mismo hacen cuando las venden por esclavas, siendo libres, que se ahorcan, i pierden la vida, por que el comprador pierda la hacienda.

Otras se echan desesperadamente a los rios, i otras matan las criaturas, asi las ya nacidas como las que tienen en las entrañas. I de todo esto es causa la esclavitud, i el mal uso de ella. Porque ocasiona tantas muertes atroces; i tanta desesperacion en la jente flaca que elije ciegamente la muerte desesperada ántes que la vida en esclavitud injusta.

CAPÍTULO VI

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD, POR HACER ESCLAVOS A LOS QUE PASAN LA RAYA

La esclavitud de los indios de Chile no es por derecho civil, ni de las jentes, sino por derecho real, i mandato particular del rei, nuestro señor, en la cédula de esclavitud del año de 1608, donde dice asi: «Sean esclavos todos los que fueren tomados i captivados en la guerra». Conque solo los que

fueren apresados *iure belli* pueden ser esclavos, cuando la guerra se hiciere justamente.

Tambien es menester asentar otro principio, que es de todos los doctores: que, como solo el rei puede mandar hacer la guerra, solo él puede poner las condiciones de ella, i hacer raya, para que los que pasaren de ella sean castigados o dados por esclavos. I ninguno puede hacer a alguno esclavo por pasar la raya si el rei no la pone, i lo manda espresamente, que sean esclavos.

De aquí se sigue cuán injustamente se han hecho esclavos a muchos, por solo pasar la raya. Porque, habiendo puesto por raya el rio de Biobio, para que los enemigos estuviesen de la otra banda, i de ésta los amigos, al abrigo de los fuertes, acontecia pasar algunos indios a la otra banda i luego darlos por esclavos; lo cual no se puede hacer por no ser cojidos *iure belli*, i por no haber puesto su Majestad esa raya, ni tal pena a los que la pasaren.

Coloreábanlo con decir que se iban al enemigo i que los castigaban como a traidores, dándoles esa pena de esclavitud; lo cual es injusto i contra derecho, porque, aunque es así que muchos se iban a las tierras de los enemigos, por tener allá sus parientes, o por maltratarlos acá, pero no pueden ser castigados, aunque sean traidores, con pena de esclavitud, sino con pena de muerte, que es la que el derecho pone. I, como a ningun español fujitivo se le da pena de esclavitud, cuando le cojen, sino de muerte, como a traidor, o otra mas benigna, tampoco se le puede dar al indio amigo pena de esclavitud sino de muerte, pues es como el español vasallo de su Majestad, i sino o otra mas pia, atendiendo a que estan en sus tierras i que no saben de puntos de traicion, ya que muchas veces con los agravios i malos tratamientos los obligamos a que se vayan adonde vivan con descanso.

Mayores injusticias se hicieron en el rio de Banegue, que, habiéndose retirado desta banda muchos indios con sus familias, que se vinieron de paz, les armaron los ministros de guerra de Boroa un lazo para cojerlos fácilmente i venderlos por esclavos; i fué señalar por raya el rio de Banegue, i po-

ner pena de esclavitud al que pasase de la otra banda, i esto con autoridad propia, como si fuesen unos reyes i pudieran hacer esclavos por sus leyes. Sucedió que los indios, como se habian pasado a tierras nuevas, perecian de hambre, i en las tierras que habian dejado de la otra banda del rio nacian naturalmente unas papas que eran de mucho sustento, i muchos habian dejado allá parte de sus sementeras, i, apretados del hambre i de la estrema necesidad, i obligados de la lei natural, pasaban el rio i iban con sus canastos a cojer papas i traer algun sustento, para reparar la estrema necesidad; i al punto que los oian en la otra banda iban volando como halcones hambrientos a la caza, i los apresaban i vendian por esclavos, sin atender a que la estrema necesidad les daba facultad para pasar la raya, i traspasar cualquiera lei, aunque el rei la hubiese puesto, pues no les daba de comer. I aquellos que pasaban no se iban al enemigo, pues cojian a los mujeres i a los niños, cargados con sus canastos de comida; porque, como solo les movia la codicia, cerraban los ojos a la razon, i querian preferir sus leyes a las naturales i divinas. Vi por mis ojos muchas destas esclavitudes injustas, e, informando de ellas al señor gobernador don Martin de Mojica, mandó luego quitar la raya; mas no castigó a los que pasaron de raya, ni los esclavos se pusieron en libertad, que fueron mas de ochocientos.

I, si algun curioso dijere que los tránsfugas que se pasan a los moros, i los ayudan a pelear contra cristianos, presos en la batalla, son esclavos, respondo que asi es porque entónces no se han de juzgar por cristianos sino por infieles, segun un elegante testo en la lei tercera. Pero no corre la misma paridad en estos indios, asi porque no se van a los moros enemigos declarados de la fe, como porque esta guerra no se hace como a los moros, segun queda dicho, para su daño i destruicion, sino para su bien i pacificacion. I lo principal, porque esta esclavitud no es de derecho comun, como la otra, sino de derecho real particular, i que en lo odioso no se ha de estender mas de a lo en ella espresado, i no lo está que tenga pena de esclavitud el que pasare de la raya,

ni el que se huyere al enemigo, aunque por lei incurra en la pena de muerte, señalada a los traidores i fujitivos. I les podrán dar ésa los ministros, o otra arbitraria mas benigna, pero nó la de esclavitud, que es la mas rigurosa, i que no se puede dar sin autoridad real. Conque queda probado ser in justa la esclavitud de la raya; pasemos a la de la usanza.

CAPÍTULO VII

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD, POR EL MAL USO DE ELLA I POR EL DE LA USANZA

La usanza, que en este reino tiene este nombre, es un uso que en sí no incluye malicia alguna ni cosa contra las buenas costumbres entre estos indios: ántes dél se seguian muchos bienes. I era que los españoles que necesitaban de servicio aquerenciaban un indio o una india, que de su voluntad les sirviese; i, para que sus padres se le dejasen, les contentaban dándoles algunas pagas a su gusto, al uso que ellos tienen de comprar las mujeres i pagárselas a los padres. Pero siempre se quedaban en su libertad i con potestad de volverse a los suyos, como muchos lo hacian, i volvian parte de las pagas si con el servicio no las habian devengado. I asimismo otros se quedaban con los españoles, sin volver mas a sus tierras; de lo cual se granjeaba que los indios fuesen cobrando amor a los españoles, que éstos recibiesen nuestra fe, i se bautizasen i criasen con las costumbres cristianas, que saliesen de sus usos jentílicos, que los españoles se hiciesen de servicio voluntario, i nó forzado, como el del esclavo, i que se les quitasen a los indios estos hijos, que pudieran ser contra nosotros en algun tiempo estando entre ellos, sin otros muchos bienes que tenia la usanza. Usóse siempre una cosa mui debida i mui justa, que fué no vender ni enajenar jamas a ningun indio o india de la usanza, sino tenerlos en su servicio, o dejarlos libres, para que se fuesen donde quisiesen.

Pues sucedió que toda la tierra llegó a estar de paz desde el año de 40, i, como no habia donde cojer esclavos en guerra, i por tenerlos, i qué vender, dió la codicia en una traza diabólica, que fué comprar de los indios piezas a la usanza, i venderlas, siendo libres i de jente de paz, por esclavas, usando mal de la usanza no solo en eso sino en llevarlas de unas partes en otras, contra su voluntad i de sus padres, i en sacarlas del reino, cosa prohibida por cédula de su Majestad, aun para los esclavos cojidos en la guerra.

Fué creciendo la malicia con la codicia, i lo que ántes era usanza se fué convirtiendo en robo; porque, no hallando piezas de usanza que comprar entre los indios, que ya no las querian vender por ver el mal uso de ellas, les hurtaban los hijos i las hijas que les estaban guardando sus ganados i cultivando las chácaras. I por los caminos cojian las indias i los muchachos de las reducciones de paz, i los llevaban a vender a otras partes, haciendo armadillas de ellos, como de negros.

Todo esto era ocasion de gravísimos escándalos i sentimientos para los indios, viendo que les vendian como a esclavos sus hijos i hijas, que ellos daban de su voluntad a los españoles, para que les sirviesen; i de grande desesperacion en las indias, que como flacas i ciegas se ahorcaban muchas con sus fajas, i en la Mariquina se precipitó una desesperadamente de una altísima barranca a la profundidad del rio, donde se ahogó.

Llegaron a oidos de su Majestad estos abusos de la usanza i los daños de ella, i mandóla quitar de todo punto, por cédula de 664, i despues por otra. Porque, aunque algunos juzgaban ser conveniente la usanza i de muchos provechos, i que, como a los principios se usaba, no tenia en sí cosa ilícita i que no la hubiesen usado otras naciones, como los hebreos, que en tiempo de necesidad vendian los hijos i las hijas, i el hijo del rei de Siquen, que por Dina ofreció a su padre i hermanos las pagas i el dote que quisiesen, diciéndoles *augete dotem*, que es el uso de estos indios, que el marido da el dote i paga la mujer; i que, quitando los abusos i desórde-

nes, i poniendo forma en las compras de la usanza, podía proseguir, todavia pareció a su Majestad que era mejor i mas fácil quitar de todo punto la usanza, que consentir una cosa de que se habia usado tan mal, i de que podrian usar contra la libertad de sus vasallos. I se tuvo por mejor i por mas eficaz remedio quitar de raiz el uso que reformar el abuso, i contener con leyes la codicia i licencia de los soldados i de otros que no lo eran, que entraban en el uso del abuso de la usanza.

CAPÍTULO VIII

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD. QUE A LOS QUE DAN LA PAZ NO SE LA ADMITEN, POR TENER DONDE COJER PIEZAS; O LES PONEN CONDICIONES INJUSTAS O IMPOSIBLES, PARA QUE SE QUEDEN ENEMIGOS.

En muchas ocasiones han ofrecido los indios la paz, i algunas provincias en particular, i por conservar los españoles i ministros de la guerra el granillo de los esclavos, no se las han querido admitir, como lo he visto, coloreándolo con vanos pretestos; i otras veces, recibiendo la paz a unas provincias, han dejado otras sin admitírsela, por tener dónde aprovecharse. Sin esto, viniendo algunos caciques a dar la paz, les han puesto a veces condiciones tan imposibles de cumplir para ellos i tan injustas que mas ha sido poner en qué tropezar i lazo en que caigan que deseo de recibirlos de paz, siendo tan injusto el no admitirlos la paz, siempre que la ofrecen, por ser contra la voluntad i mandato de su Majestad en diversas cédulas, como el ponerles condiciones imposibles, duras, injustas i contra la voluntad de su Majestad. I mas injusto el hacerles guerra i darlos por esclavos por no cumplirlas, no estando obligados a ellas. I asimismo el hacérsela ofreciéndose ellos de paz; porque espresamente dice su Majestad en la cédula de esclavitud del año de 1608: «Mas es mi voluntad, i mando, que si los indios de guerra de dicho reino de Chile volvieren a la iglesia i se redujeren a ella, ce-

se el ser esclavos, ni poderse tomar, ni tener por tales». Luego, en ofreciendo la paz, no se les puede pedir mas, i debe cesar la guerra i la esclavitud.

Allégase a esto que todos los doctores asientan por cosa cierta que solo el rei puede mandar que se haga la guerra o que no se haga; que, como es sentencia en cosa tan grave, solo es el juez, i como tal la puede dar, diciendo que se haga o que cese, i lo mismo es de la esclavitud i de las condiciones de la paz o de la guerra. Pues, si su Majestad no pone condiciones para que cese la guerra i la esclavitud, i se les admita la paz, mas que la obediencia a la iglesia, no se les pueden poner otras, i debe cesar la guerra i la esclavitud, siempre que dieren la dicha obediencia. Luego hacerles guerra habiendo ofrecido la paz i obediencia a la iglesia, es hacerles guerra injusta, i contra la voluntad i mandato de su Majestad, que dice *ordeno i mando*. Luego la esclavitud de esa guerra será tambien injusta, pues dice su Majestad *cese* el *ser esclavos*, i, por consiguiente, el ponerles otras condiciones fuera de la obediencia de la iglesia i de su Majestad, o cosas concernientes a eso.

En algunas ocasiones les han puesto por condicion que han de ser encomendados. I, viniendo los indios a dar la paz, llanos para todo lo que es servicio de Dios i del rei, como es que darán paso franco a los predicadores, que oirán su doctrina, que harán iglesias, i darán sus hijos para que los bauticen; que a todo cuanto fuere del servicio del rei acudirán, como a la guerra, a las escoltas, a los edificios de los fuertes i otras faenas, les han puesto sobre eso el mayor tropiezo, que es el del servicio personal, que en este reino las encomiendas se reducen a eso, i que si no lo admiten no les quieren recebir la paz Esta es injusticia gravísima, porque el servicio personal está condenado por malo e injusto por todos los doctores, reprobado por su Majestad i mandado quitar por muchas cédulas, i él fué la causa de los alzamientos antiguos, por el mal tratamiento que recibian de los encomenderos, así por el servicio personal como por las encomiendas. Por lo cual les prometió su Majestad a estos indios,

empeñándoles su palabra real, de no encomendarlos, como lo dice por estas palabras en la cédula del año de 1612: «Asimismo, porque he entendido cuánto deseais escusaros de las vejaciones que recebisteis de vuestros encomenderos i primeros dueños, declaro que todos los indios que asistiéredes en las reducciones de paz, que estan fundadas desde la frontera que he mandado hacer a la guerra hácia el sur, en el abrigo de los fuertes de ambas partes del rio Biobio, i todos los que asimismo dando la paz os viniéredes a reducir a los dichos sitios, o otros que por mis gobernadores os fueren señalados, quedais por mis vasallos, i os doi mi fe i palabra real de conservaros i no enajenaros de mi real corona para encomendaros a otro ningun encomendero». De donde se saca que no se les puede poner por condicion que hayan de ser encomendados, i que ningun gobernador puede encomendar a indio ninguno que está de paz, o se viene a reducir a las fronteras de Biobio, ni a los que dan la paz i se reducen adonde los mandan. Ni aunque ande por acá se puede encomendar, porque este es privilejio personal i sigue siempre a la persona. I quien quisiere ver cuán dura es esta condicion para los indios lea las historias i verá cuán duramente los trataron los encomenderos antiguos, los agravios que les hicieron i los alzamientos que causaron sus malos tratamientos.

Otras veces les han puesto por condicion que han de dejar sus tierras i venirse a las nuestras, no queriéndoles admitir la paz en las suyas. I esta condicion es dura, injusta i contra la voluntad i mandato de su Majestad, que dice en el capítulo antecedente: «Tengo por bien dejaros en vuestras tierras, para que las goceis libremente, sin que en ellas os haga daño, ni inquiete ministro ninguno mio». Que los saquen de los montes, sin desnaturalizarlos, i que los obliguen a que se pueblen en los llanos, i hagan ciudades donde vivan en policía, i tenga su cura i correjidor, santa cosa; i que se debe hacer para su buen gobierno, espiritual i temporal, obligándolos a que no vivan como fieras en los montes, i como brutos cada uno en su quebrada, sino en un buen come-

dio, útil i provechoso para todos, sin desnaturalizarlos de sus tierras.

Porque tambien es dura cosa a unos indios tan altivos i valerosos, a quienes en tantos años no han podido los españoles, con todo su esfuerzo i poder, ganarles sus tierras a fuerza de armas, quererselas quitar porque ellos sujetan de su voluntad las suyas, i tiénenlo por caso de desprecio i menos valor el que les den otros por baldon que les han ganado sus tierras los españoles, habiéndolas conservado i defendido por tantos años a costa de su sangre i vidas. I tienen por mala correspondencia i peor agasajo el que les quiten sus tierras por ofrecerse de paz, cuando se les debian hacer buenos partidos para conservarlos, i particulares agasajos. I, como el amor de la patria es tan dulce i tan connatural, sienten mucho el dejarla, i mucho mas el mal recibimiento que hallan en los dueños de las tierras ajenas, que ya les quitan las mujeres, ya las hijas, i les obligan a rozar los montes por escojer para si los mejores valles.

Colorean el quererlos desnaturalizar con dos razones. La una, que es bien sacarlos de sus tierras i que se vengan a las nuestras, para que salgan de sus bárbaras costumbres i reciban el santo evanjelio. I ésa no es razon que convence; porque el evanjelio no obliga a ninguno a dejar sus tierras para oirle. Antes obliga Cristo, señor nuestro, a los apóstoles i predicadores dél a que vayan por todo el mundo a predicarle. Euntes in mundum universum praedicate evangelium omni creaturae. I, por esta causa, cuando quiso el gobernador don Luis Fernandez de Córdoba sacar los indios de la isla de la Mocha i llevarlos a Coquimbo a las minas, con color de que fuesen a ser cristianos i enseñados en la lei evanjélica, lo contradijo el ilustrísimo señor obispo de la Imperial don frai Jerónimo de Ore, i todos los hombres doctos i de letras, diciendo que, si su señoría tenia tan buen celo de que fuesen cristianos, que les enviase predicadores a sus tierras que les llevasen el santo evanjelio, que no estaban obligados a desnaturalizarse por venirle a oir. I su Majestad,

como vicario de las indias, i sus gobernadores, en su nombre, estan obligados a dar predicadores evanjélicos a todos los indios que se reducen a su corona. I se han visto estos años i hoi se ven muchas provincias que estan de paz, i no se les dan doctrineros, con pérdida de muchas almas que estaban dispuestas para poderse salvar.

La otra razon mas apretante es que salgan de sus tierras porque en ellas se alzan mas fácilmente i cuando quieren. Esta fuera mui buena razon para obligarlos a venir a nuestras tierras, si en ellas fueran confirmados en la gracia de estar de paz, i santificados en nuestra amistad, que no pudieran rebelarse jamas, como en sus tierras; pero acá se alzan como allá, i con la misma facilidad i mayor daño nuestro. I mas fácilmente se alzan donde no tienen raices, donde estan violentos i sin querencia alguna, suspirando por el humo de la patria. I estos últimos años los alzamientos han sido de los indios que estaban con nosotros, de los mas domésticos, los yanaconas de los amigos antiguos, los de Arauco, San Cristóbal i Talcamávida. I el que todo lo movió fué un cacique llamado Leuvupillan, que el marques de Baides le hizo venir a Tomeco por asegurarle, i fué meter el enemigo dentro de casa; que por ese recelo no quiso traer a muchos, cuando le dieron la paz, i los mas esperimentados le dieron ese consejo, que los amigos reconciliados mejor estaban mas léjos, i que, como se vian violentamente en tierra ajena, siempre estaban trazando cómo recobrar la propia, aunque fuese a costa nuestra.

Hágaseles buen tratamiento en sus tierras, que ni en ellas ni en las nuestras se alzaran. Que si se les hacen agravios, tan fácilmente se alzan acá como allá, i con mayor daño nuestro, como se ha visto en estos años, i se vió en los pasados: en el cacique Lientur, que de amigo se hizo enemigo, i se llevó una rancheria i con ella nos hizo grande guerra; i en el cacique de Maquegua, que, por haber cojido a su capitan con su mujer, le mató i alzó toda su jente; i otros muchos casos que han sucedido de alzamientos de amigos por agravios. De modo que no está el que no se alcen en traer-

los a nuestras tierras, sino en tratarlos bien en ellas o en las ajenas.

Otra condicion les han puesto en varias ocasiones, viniendo a dar la paz, injusta e imposible, i que por tal nunca la han cumplido, i es de que traigan una cabeza de un cacique principal de su tierra, el que les señalan, i con eso les admitirán la paz, i si no nó. Esta condicion le pusieron el año pasado de 1668 al cacique Lincopichon, señalándole la cabeza del cacique Aillacuriche, i eso dentro de veinte dias, i si nó le tratarian como a enemigo. El fué a su tierra, i, teniendo por imposible quitar la cabeza a un cacique mas poderoso que él, i que, si lo intentaba o se sabia, le podia consumir a él i a toda su jente, trató conciliarlos a todos a la paz, diciéndoles los agasajos que el gobernador le habia hecho; con que los demas, que de recelosos no se habian atrevido a entrar, enviaron sus mensajes al gobernador. Los de Pileo, Molchen i otras partes enviaron siete embajadores, ofreciendo la paz; i el principal Aillacuriche i sus caciques enviaron otros siete, i, para mostrar su buen corazon, envió el cacique Aillacuriche con un sobrino suyo un español, que le costó doce pagas, con un mensaje al señor gobernador, diciendo cómo él queria dar la paz, i que le traeria de paz todos los caciques, como lo habia hecho en tiempo del señor don Martin de Mojica, i se vendria a sitiar donde le mandase acá en nuestras tierras, i que, para que conociese su buen corazon, le enviaba aquel español cautivo. I es mui para advertir que este mensaje le envió a los diez dias de los veinte que le dieron a Lincopichon para que trajese su cabeza. Conque ya por esta parte estaba desobligado de traerla, pues él venia de paz.

La respuesta que se dió al cacique Aillacuriche fué no oir a los mensajeros, porque supieron que traian mensajes de paz, meterlos presos en el calabozo de la guardia, hacerlos trabajar i pasar desdichas dos años, i morir veinte i cinco mensajeros en el calabozo. Demas de eso, pasados los veinte dias que llevó de término Lincopichon para traer la cabeza de Aillacuriche, le maloquearon, i lo mismo hicieron al caci-

que Aillacuriche, estando acá sus mensajeros, i llevando a las malocas indios de los embajadores por guias, obligándolos a serlo a sus propias tierras. El ver estas cosas i estas malocas tan injustas fué lo que le obligó a decir al visitador don Lope Antonio Munive, estando en la Concepcion: «¿Qué es esto que veo? ¿Que estoi haciendo informaciones de las malocas injustas que hizo el gobernador don Francisco Meneses, i veo hacer otras tan malas como ellas? ¿Que venimos a remediar los daños, i cada dia se van empeorando mas? ¿Que nos enviaron a desagraviar a los indios, i se les añaden nuevos agravios?» Ya que se vió manifiestamente que por las piezas no querian paces, i que los esclavos son los que eternizan la guerra, i cómo les ponen condiciones que les sirvan de tropiezos i que no las puedan cumplir, para no verse obligados a recibir la paz i perder el provecho de los esclavos.

Por esta causa, habiéndole venido el gobierno a don Diego Gonzalez Montero, viendo la poca justificacion de la guerra, i reconociendo los agravios que a los indios se les habian hecho en los años antecedentes, i que ellos habian deseado la paz, i nosotros no la habiamos querido, i que el calabozo estaba lleno de mensajeros de paz, como tan cristiano i desinteresado, dijo que no queria piezas con tanto cargo de conciencia, ordenó que no se hiciesen malocas, i envió por maestre de campo i gobernador de las armas a su hijo don Antonio Gonzalez Montero, con órden de que descargase la conciencia de su Majestad i la suya, i procurase satisfacer a los indios enemigos i abrirles la puerta para que viniesen a tratar de paces, que luego los admitiria i haria todos los buenos partidos que quisiesen. I que, en órden a esto, hiciesen un consejo de guerra en llegando a la Concepcion. El cual hizo: i en él convinieron todos, unánimes i conformes, en que guerra tan mal justificada no se debia proseguir; que se debia dar satisfaccion a los enemigos, porque, habiendo ellos querido ser amigos, no los habian recibido, los habian maloqueado, i les tenian presos a sus embajadores contra el derecho de las jentes; que los indios, recelosos no les prendiesen

sus mensajeros, no enviaban mas, i que debíamos quitarles el recelo, abrirles la puerta, admitirles la paz, i enviar tres de los mensajeros que acá tenian. I así se ejecutó.

Porque es doctrina asentada de todos los doctores que el que hace guerra está obligado en conciencia a desistir de ella cuando el contrario le ofrece i da satisfaccion debida, i no querérsela admitir sino proseguir con la guerra, i demas de eso hacerle esclavo, es injusticia manifiesta. Pues, si estos indios, aun estando agraviados, i pudiendo pedir satisfaccion de sus agravios, no la piden, sino que ántes ofrecen satisfaccion suficiente a los que nos han hecho ¿qué razon hai, i qué justicia habrá para no admitírsela i para hacerles guerra?

I que nos ofrezcan satisfaccion suficiente, i aun sobrada, ofreciendo la paz, es claro i manifiesto; porque su Majestad no quiere de ellos, ni les pide mas satisfaccion que la obediencia a la iglesia i el vasallaje a su Majestad, como consta de su cédula real, i por ella les perdona todos los delitos i daños que hubieren hecho en el alzamiento, i manda que todos los procesos, causas i sentencias dadas contra ellos por los jueces, cesen i sean nulas i de ningun valor. I, demas de eso, dan mayor satisfaccion, porque dan sus tierras i sus caminos francos para el comercio, i para que su Majestad haga fuertes donde quisiere, i a sus soldados para que sirvan en todas las facciones de guerra, sin sueldo ni racion, i en todas las fortificaciones, sin pedir paga, siendo ellos soldados i gastadores. I asimismo dan todos los cautivos, i dejan volver a sus tierras a todos los indios retirados, que les ayudaban a hacer la guerra, con otros muchos partidos para nosotros ventajosos. I que los relijiosos entren i salgan i prediquen el santo evanjelio, hagan iglesias i bauticen los que recibieren la fe. Luego es injusto pedirles otras condiciones gravosas, imposibles i malas, cuando su Majestad no las pide i ellos dan mas satisfaccion de la que deben.

CAPITULO IX

Daños de la esclavitud, porque con ocasion de ella se hacen esclavos a muchos inocentes contra derecho

Es cosa asentada entre los doctores que a los inocentes no se les puede hacer esclavos, aun en guerra justa; i llámanse inocentes los que no pelean ni ayudan a pelear. I asi se tienen por inocentes los infantes, las mujeres, los labradores, los legados, los peregrinos i los mercaderes. I en esta guerra se hacen esclavos a todos indiscretamente, menos a los niños, como diré, por esceptuarlos la real cédula de su Majestad de esclavitud, siendo tambien por derecho esceptuados todos los inocentes arriba dichos. I así Suarez i Granado, con otros muchos doctores, dicen que aun en guerra justa no se pueden hacer esclavos los referidos. Pondré aquí las palabras de Hurtado: illi autem sunt innocentes qui non repugnant nec auxilium prestant repugnantibus, ut contigit omnibus infantibus, et non paucis de populo, et praeter infantes, qui ex natura rei, seu iure naturali, sunt innocentes, iure possitivo praesumuntur innocentes. Primo infantes, secundo presbiteri, tercio religiosi, cuarto rustici, ad agriculturam euntes et in agro laborantes, et inde redeuntes, quando oppositum non constat. Luego, ni a las mujeres, ni a los labradores por inocentes, ni a los demas que de derecho natural lo son, i por el derecho positivo se presume serlo, no pueden hacerse esclavos.

Véase esto claro, porque no quiso su Majestad que fuesen esclavos los niños de diez años i medio abajo, ni las niñas de nueve i medio, por ser inocentes; i así dice la cédula real de la esclavitud del año de 1608: «He acordado declarar, como por la presente declaro i mando, que todos los indios, así hombres como mujeres de las provincias rebeladas de dicho reino de Chile, siendo los hombres mayores de diez años i medio i las mujeres de nueve i medio, etc., sean habidos por esclavos.» I, habiendo su Majestad dado por esclavos a los

niños infantes de los moriscos de Granada, luego con mejor acuerdo, lo revocó, i mandó que sirviesen hasta edad de veinte años, i fuesen entregados a personas que los doctrinasen e instruyesen en las cosas de nuestra santa fe católica, i que lo mismo se hiciese con éstos de Chile, i con las mismas condiciones que aquéllos. Sus palabras son éstas: «Conque los menores de dichas edades abajo no puedan ser esclavos, empero puedan ser sacados de las dichas provincias rebeldes i llevados a las otras que estan de paz, i dados i entregados a personas a quien sirvan, hasta tener edad de veinte años, para que sean doctrinados e industriados en las cosas de nuestra santa fe católica, como se hizo con los moriscos del reino de Granada, i las demas condiciones que ellos.» Luego síguese que, si su Majestad no quiso que los niños de esas edades fueren esclavos, por reputarse i presumirse que hasta esa edad son inocentes i no ayudan a la guerra, que tampoco querrá que sean esclavos los que por derecho natural i por presuncion del derecho positivo son inocentes i no ayudan a la guerra, como los labradores, de que se hacen en Chile muchos esclavos, i de propósito los van a buscar a las sementeras, porque de ordinario las hacen las mujeres en esta tierra, i los indios viejos que no tratan de guerra i estan sin armas.

Lo mismo se debe entender de las mujeres, que son inocentes, miéntras no se les prueba que ayudan con el consejo o con las armas. Aquí replicarán algunos que a las mujeres de los moriscos de Granada las dió el rei por esclavas i a éstas de Chile tambien, diciendo la cédula *hombres i mujeres*. A que se responde que las mujeres de los moriscos fueron culpadas en la conjuracion, i convencidas, i demas de eso lo fueron en la apostasía. Pero las indias de Chile, ni son formalmente apóstatas, como despues se probará, ni se hallan en las conjuraciones; porque, cuando estos indios se han de conjurar, lo primero que hacen es guardarse de las mujeres, porque naturalmente son habladoras i no saben guardar secreto, i sienten que los indios se rebelen, porque ellas son las que mas padecen i las que quedan mas espues-

tas a la esclavitud, por estar siempre en casa, donde las hallan sin defensa los maloqueros. I así los indios se van a los montes mas retirados para hacer sus juntas i conjuraciones.

Fuera de eso, estas indias no pelean ni dan ayuda a los indios, i, si el servirles en sus casas de hacerles de comer i la chicha que han de beber dicen que es ayudarles, eso es mui latamente i no ayudar a pelear. Demas que estas indias son compradas como esclavas, segun su uso i costumbre, que no pueden dejar de servir a sus maridos en esos oficios, que de suyo son indiferentes. I, cuando concurrieran en eso a la guerra, era como el remar el forzado en la galera, que ayuda a pelear sin poder escusarlo, por el temor, i así no es culpado. De donde se sigue que las mujeres, por no ser culpadas, no pueden ser esclavas. I, aunque su Majestad dice *así los hombres como las mujeres*, como en los hombres se debe entender los culpados i nó los inocentes, como los niños i los labradores, los mercaderes, peregrinos, legados i otros, así en las mujeres, las culpadas i nó las inocentes, que así lo entienden i esplican los doctores, como Bañez, Lorca i Hurtado, que dice así: jura autem tam civilia quam ecclesiastica, quibus supponuntur captos in bello iusto, posse in servitutem redigi, tantum intelliguntur de nocentibus, non de innocentibus. I de la piedad cristiana de nuestros reyes no se puede entender que quisiesen en esta cédula comprehender a los inocentes, que todos los derechos esceptúan.

I, aunque es verdad que en algun caso se puede matar al inocente en guerra justa, como es cuando la bala se endereza a los culpados, i se abrasa un fuerte, donde hai tambien inocentes i niños con los culpados i enemigos, esto es matarlos *indirectamente*, i por conseguir la victoria, nó *directamente*. Pero, despues de alcanzada i pasada la necesidad, no se puede hacer daño, ni matar al inocente, porque eso fuera matarle *directamente*. Luego, pasada la victoria, no se puede hacer esclavo al inocente que por derecho lo es, como a las mujeres, labradores, etc. India hubo en Chile que por vengar la muerte de su marido, un gran cacique, levantó jente, capitaneaba a los soldados i peleaba la primera, como una

amazona a caballo. Indias semejantes bien podran ser esclavas, pero nó otras que no lo son, sino inocentes. I todas van sin distincion en la red de la esclavitud, como los demas inocentes que se cojen, labradores, mercaderes, peregrinos i mensajeros, a quienes esceptúa el derecho.

CAPÍTULO X

Daños de la esclavitud, porque hacen esclavos a los hijos de las esclavas contra derecho particular

No se contenta la codicia con hacer esclavas a cuantas indias cojen en sus ranchos en las malocas, sino que, despues de traidas a nuestras tierras, hacen esclavos a los vientres, que allá se concibieron, i a los demas hijos que acá conciben i paren; debiendo ser libres los unos i los otros: los que allá en sus tierras concibieron, porque, al tiempo de concebirlos, fueron libres, i el niño que una vez fué libre no puede ser esclavo, porque el derecho le esceptúa, i todos los doctores, i les favorece el derecho particular de su Majestad que no quiere que lo sean, sino los de diez años i medio arriba; i lo mismo es de los que acá en nuestras tierras se conciben i nacen. I el quererlos hacer esclavos es injusticia manifiesta, porque, aunque quieran engañar sus conciencias con decir que *partus sequitur ventrem*, que el hijo sigue la condicion de la madre, i que si ella es esclava él lo ha de ser, es mala intelijencia de la codicia, porque esa lei es de derecho comun, pero la esclavitud de los indios de Chile no es de derecho comun, sino de derecho particular real, en que quiso su Majestad i mandó espresamente que los niños inocentes no fuesen esclavos, cuyas palabras quedan referidas en el capítulo pasado, en que dice que ningun niño que no sea de diez años i medio arriba sea esclavo. Luego, si aun los de diez no quiere que sean esclavos, i esto aunque los cautiven entre los enemigos, por ser inocentes, ¿cómo ha de querer que sean esclavos los infantes que nacen entre nosotros, en tie-

rra de paz i de cristianos? Demas de esto manda su Majestad que con estos niños se guarde lo que con los moriscos de Granada, i con las mismas condiciones. I los hijos de las moriscas no eran esclavos, ni seguian la condicion de la madre, ni el derecho comun de que el parto siga la condicion de la madre. Luego, ni estos niños que nacen de indias esclavas pueden ser esclavos, pues en todo se deben conformar con las condiciones de la esclavitud de los moros de Granada.

Fuera de esto, la costumbre introducida por muchos años hace lei, i ha mas de cincuenta años que se practicó en este reino que no se tengan ni den por esclavos los hijos de las indias; i no se hallará certificacion alguna de ningun gobernador de aquellos tiempos que haya dado por esclavos a los semejantes, ni aun de estos tiempos, que, observando la lei de su Majestad, en que manda que los niños no sean esclavos, como los niños de los moriscos, nunca han dado a alguno por esclavo. I una lei observada por tanto tiempo, con la costumbre es irrevocable, i ninguna otra costumbre la puede derogar. I, siendo la costumbre contra el derecho natural, no puede hacer lei; aunque mas la quieran introducir, que esa no puede ser lei, sino corruptela de la lei, como dicen los doctores. De pocos años a esta parte han introducido algunos, porque siendo ya grandes no se les vayan a servir a otros, el retenerlos como a esclavos, con parecer de letrados, quitándoles el uso de su libertad, teniendo ya prescripcion i mandato de su Majestad para no serlo, i favoreciéndoles tan manifiestamente la lei, porque, aunque no habla espresamente de los que nacen entre nosotros de las esclavas, los esceptúa con mandar que no sean esclavos los de poca edad cojidos en tierras del enemigo, i con decir que en todo se sigan las mismas condiciones que con los moriscos de Granada, cuyos hijos de las moriscas esclavas no eran esclavos. I miéntras su Majestad no esplica lo contrario deben ser libres. I de este parecer son muchos téologos i juristas pios i desinteresados; el cual no quiere seguir la codicia.

CAPITULO XI

Daños de la esclavitud, porque hacen esclavos a los que nos cautivó el enemigo i a sus hijos

Como la guerra es recíproca i nosotros les cautivamos muchos indios i indias, así ellos nos cautivan muchos españoles, españolas, i indios amigos, i indias. Pues, acontece en las malocas que hacen los españoles a las rancherias de los enemigos apresar a muchos de los que nos habian llevado cautivos de nuestras tierras, i, debiéndolos dar libertad, por la lei de postliminio, es tal la libertad de los soldados que los venden por esclavos I, si dicen que son de los nuestros, los atemorizan i los hacen callar con amenazas, porque el comprador no entre en escrúpulo. I de esta suerte han vendido muchísimas piezas, sin conciencia ni temor de Dios, callando de simples i atemorizadas las piezas. I de ordinario encaminan estas piezas mal habidas i libres al Perú, porque acá, en haciéndose ladinas, i advirtiendo en el engaño, no reclamen i pidan su libertad.

Demas de esto, a las españolas i a las indias que cautivan los indios enemigos las reciben por mujeres, i, aunque sea contra su voluntad, las obligan a cohabitar con ellos, usando de ellas como de las demas mujeres. I, siendo por toda razon los partos de estas cautivas libres, como ellas, para con nosotros, es un sinnúmero las piezas que se han cojido i dado por esclavas, así hijos i hijas de españolas cautivas como de indias; siendo los españoles de esta parte mas inhumanos que los indios i mas codiciosos, porque ellos no tienen allá en su tierra por esclavos a los partos de éstas sus esclavas, sino que los tratan como a libres, i los españoles los venden por esclavos.

CAPITULO XII

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD, POR NO ESTAR ESTOS AÑOS TAN JUSTIFICADA LA GUERRA, I HABER FALTADO LAS CAUSAS I MOTIVOS DE LA ESCLAVITUD.

Rebeláronse estos indios oprimidos de los agravios i malos tratamientos de sus encomenderos el año de 1599. Destruyeron siete ciudades, hicieron grandes daños en los templos i en las casas, mataron relijiosos i españoles, i sobre todo, estuvieron pertinaces i rebeldes en no quererse reducir, aunque se les ofrecieron buenos partidos. Hace mencion de todos estos motivos la cédula real para darlos por esclavos, i del principal que movió a su Majestad, que fué el haberse rebelado contra la fe i negado la obediencia a la iglesia, con que justificó la guerra i la esclavitud, con parecer de muchas personas doctas.

Cansados los indios de la guerra i apurados de nuestras armas, despues de cuarenta años, dieron la obediencia a la iglesia, el debido vasallaje a su Majestad i la paz a su gobernador el marques de Baides. I, aunque hubo algunas intercadencias i guerrillas en algunas partes, ocasionadas, lo mas, de nuestra codicia, como se ha visto en las malocas hechas a los de paz, i, lo ménos, de su inconstancia i natural belicoso, no hubo alzamiento jeneral ni rebelion de todas las provincias en mas de veinte años, hasta el de 1655, que, acabándoseles el sufrimiento de tantos malos tratamientos, trataron de repelerlos. Porque, viéndose los indios acosados de malocas hechas a los amigos, tan oprimidos de agravios, tan acosados de trabajos, de dos ministros, cuñados del gobernador, i que, habiéndole pedido a su señoria muchas veces los caciques que lo remediase, diciéndole claramente que la jente mal contenta estaba para rebelarse, i que ellos hacian cuanto podian por sosegarlos, esperando el remedio de su piedad i justicia, no le puso en nada. Antes dijo: «Alcense,

tendremos mas cerca las piezas i los esclavos.» I, faltándoles el sufrimiento, por la falta de justicia i sobra de agravios, pusieron en ejecucion este último alzamiento jeneral. Siendo los amigos antiguos de Arauco, San Cristóbal i Talcamávida, junto con los yanaconas domésticos (como mas ofendidos), los que movieron los ánimos de los indios de la tierra adentro, que estaban contentos i abundantes con la paz, i sentian semejantes pláticas, i de que dieron parte al gobernador, para que lo remediase con el buen tratamiento de los unos i los otros, diciéndole claramente cómo de los domésticos i de los amigos antiguos se levantaba el juego, i que a todos los habia de emprender si le dejaba tomar fuerza, i que, aunque no quisiesen, se habian de alzar, que eran estopa junto al fuego, i como las olas de la mar, que mas rempujan a las otras i las obligan a embravecerse.

Viendo que siempre iba a mas el daño, dijeron que no se rebelaban contra la iglesia ni contra el rei, que no les hacian mal ninguno, sino contra los malos ministros i españoles, que les hacian tantos agravios, i requeridos no querian cesar de ellos, i para que supiesen que los habian menester i los habian de tratar bien, i que, si no habia justicia que lo remediase, ellos tenian manos i brios para ello. Que el rebelion no le hacian sino por cuatro años, miéntras los españoles trabajados cobraban escarmiento i aprendian a tratarlos bien; que luego volverian a dar la paz i a ser sus amigos. I así lo hicieron, que a los cuatro años pidieron todos jeneralmente la paz al gobernador don Anjel de Peredo, que no quiso malocas ni intereses de esclavos, sino hacer derechamente el servicio del rei, i procurar el bien i aumento del reino, conociendo que los indios amaban la paz, i no quedaba por ellos. Siendo buena prueba que siempre encubrian los rebeliones ántes de hacerlos, señal de que de corazon los querian ejecutar; pero éste ellos mismos le descubrieron al gobernador i a muchas personas, para que lo remediasen, diciendo claramente que no se querian rebelar, pero que seria fuerza si no se remediaban los males i malocas injustas.

I asi en los dos años que gobernó procuró su buen tratamiento, i no hubo indio que se menease a hacer mal.

Entró a gobernar don Francisco Meneses. Halló toda la tierra de paz. Viniéronle a dar la obediencia los caciques de todas las provincias a la ciudad de la Concepcion. Pídeles para la seguridad de su paz que le den en rehenes los hijos de los caciques. Envíanle ochenta. I, estando toda la tierra quieta i los indios contentos con la paz, pidiendo predicadores del evanjelio i recibiéndolos con mucho gusto i agasajo, por la codicia de tener esclavos que vender, hizo seis malocas a indios de paz, probadas i averiguadas por el visitador don Lope Antonio Munive, i una de cuatrocientas piezas en Cayucupil, Paicaví i Tucapel, que se vendieron todas por esclavas, siendo de paz. Conque les ocasionó a que se rebelasen algunas provincias, i a que todas estuviesen con temor de que no les sucediese lo mismo, i los maloqueasen estando de paz, como lo hacian a los vecinos.

¡Véase ahora la justificacion de esta guerra, si hai alguna de nuestra parte, habiéndoles provocado nosotros primero, i rompido la guerra, i hécholes un agravio i una injusticia tan grande, como maloquearlos estando de paz, quemándoles sus casas, destruyéndoles sus ganados, i haciéndoles esclavos sus hijos i mujeres! ¡I si en conciencia se puede proseguir esta guerra, sino que se debe cesar, i que está el gobernador que entra obligado a satisfacer a los indios en nombre de su Majestad (como lo estuvo el que salió), i a volverlos a reducir a la paz i a no consentir que se vendan por esclavos, pues faltan todos los motivos que su Majestad requiere para la esclavitud, aun en los que se rebelaron, que en los cojidos en estas malocas injustas, i a indios de paz, no tiene dificultad ni pide probanza, como en los otros de que tratará el capítulo siguiente!

CAPITULO XIII

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD, PORQUE, HABIENDO YA CESADO LA CÉDULA REAL EN QUE SE ORDENABA, HACEN ESCLAVOS TODAVIA, SIN ÓRDEN NI AUTORIDAD DE SU MAJESTAD.

Demas de la poca justificacion del capitulo pasado para la esclavitud, i de los demas, que todos ayudan a la fuerza desta verdad, no puede ya haber esclavitud en Chile, no habiendo nuevo órden de su Majestad para ella. Dejo ahora el que ha venido nueva cédula en contrario, para que sean libres i no haya esclavitud, de que se ha suplicado, i hablo en los términos de la cédula antigua de esclavitud, en cuya virtud prosigue el hacerse esclavos los cautivos en esta guerra. De la cual digo que ya cesó, i que en virtud de ella no se puede, ni se ha podido desde el último alzamiento acá del año de 655, hacer esclavo a ningun indio. I es injusta cual quiera esclavitud que se ha hecho, i con obligacion de ponerlos en su libertad. I fúndolo en las palabras de la misma cédula, que dice así: «Mas es mi voluntad, i mando que, si dichos indios de guerra del reino de Chile volvieren a la iglesia, i se redujeren a ella, cese la esclavitud i el ser esclavos i poderlos prender». Luego, ya por mandado de su Majestad cesó la esclavitud de Chile desde el año de 1640, en que dieron todos universalmente la paz al marques de Baides, la obediencia a la iglesia i el vasallaje a su Majestad. I, demas de eso, han vuelto a darla otras dos veces despues del último alzamiento, a don Anjel de Peredo i a don Francisco Meneses, i asimismo han dado la obediencia a la iglesia, de que no se han apartado en estos rebeliones. Porque no los han hecho en odio de la fe, ni por apostatar, ni negar la obediencia a la iglesia, sino por repeler los agravios de los ministros, i reprimir sus demasias, ya que la justicia no lo hacia, ni los contenia en la moderacion debida.

Luego, si estos indios despues del alzamiento antiguo de-

jaron su protervia i obstinacion, dieron la obediencia a la iglesia i al rei, recibieron la fe i el santo bautismo, i tenian sacerdotes en sus tierras, ya cesó la esclavitud, que su Majestad manda que cese en dando la obediencia a la iglesia. Luego, en virtud de esa cédula de esclavitud no se ha podido hacer ningun esclavo en estos años, ni ménos en virtud de mandato de los gobernadores; porque ninguno, si no es su Majestad, puede ordenar la esclavitud. Luego las hechas en estos años han sido injustas. Es consecuencia evidente, i, asi por esa como por otras razones, quitó su Majestad la esclavitud, i justamente dió por libres los esclavos hechos en estos años desde el alzamiento último, que luego que sucedió mandó el gobernador don Antonio de Acuña i Cabrera que se diesen por esclavos los que se cojiesen en la guerra, i esto con autoridad propia, i sin consulta de la Real Audiencia, que los señores de ella sentian que solo su Majestad podia ordenar la esclavitud, con conocimiento de la causa i de los motivos del alzamiento.

Hanse ido los señores gobernadores con lo que hallaron dispuesto por el señor don Antonio de Acuña i Cabrera, i que la cédula de esclavitud del primer alzamiento se alargue i estienda a éste. I esto no puede ser; porque, como la esclavitud es sentencia, es necesario conocimiento de causa, prueba del delito, i que de los méritos de la causa conste que merece pena de esclavitud, que no cualquier alzamiento la merece. I, si en este último alzamiento no hubo los delitos que en el otro, ni los motivos para darlos por esclavos, no lo pueden ser. I, asi vistas en el real consejo las causas de este alzamiento, i que les ocasionaron a los indios con tantos agravios, no los quiso dar por esclavos, sino que mandó que todos los cautivados en este tiempo se pusiesen en libertad. Porque, si se ponderan las causas i motivos que ahora hubo, se hallará que no hubo ninguno de los antiguos, ántes muchos para favorecer la causa de los indios en este alzamiento. I, atendiendo a eso i a su acostumbrada piedad, les envió su Majestad perdon jeneral de todos sus delitos en este rebelion cometidos, mandando a las justicias que por ninguno de ellos

los castigasen, i dando por nulas todas las sentencias. Luego, si no les pueden castigar los señores gobernadores por este último rebelion, ni por ningun delito dél, no les pueden dar en pena del rebelion ningun castigo, i mucho ménos la mayor pena que hai, que es la de la esclavitad. Luego la sentencia que dió el señor don Antonio de Acuña i Cabrera de esclavitud a los rebelados fué nula, i no la pudo dar con autoridad propia; i todas las demas esclavitudes que han hecho los señores gobernadores que le han sucedido han sido asimismo nulas, por haber su Majestad anulado aquella sentencia.

I, cuando este delito no estuviera perdonado por su Majestad, no se le podia aplicar la cédula del alzamiento antiguo, por no concurrir en éste los motivos i causas del otro, que obligaron a su Majestad a darlos por esclavos, que son las que la misma cédula refiere por estas palabras: «Don Felipe, por la gracia de Dios, etc. Por cuanto habiendo los indios que estan alterados i de guerra en las provincias de Chile reducidose a los principios de aquel descubrimiento al gremio de la Iglesia i obediencia de mi real corona, se alzaron i rebelaron sin tener lejitima causa para ello, a lo ménos sin que de parte de los señores reyes mis progenitores se les diese ninguna, porque su intencion i la mia siempre ha sido i es que fuesen doctrinados i enseñados en las cosas de nuestra santa fe católica, i bien tratados como vasallos mios, i que no se les hiciesen molestias ni vejaciones, para lo cual se les diesen ministros de justicia i doctrina que los mantuviesen en justicia i amparasen, ordenándolo asi por diferentes cédulas i provisiones; i, aunque se ha procurado i deseado siempre traerlos por bien de paz i ellos la han dado i convidado con ella, i se les admitió muchas i diversas veces ofreciéndoles su buen tratamiento i alivio, siempre han dado esta paz finjida i no han perseverado en ella mas de cuanto les ha estado bien, quebrantándola cuando les ha parecido, i, negando la obediencia a la iglesia, se han rebelado, tomando las armas contra los españoles i indios amigos, asolando los templos, matando muchos relijiosos, i al gobernador Mar-

tin Garcia de Loyola, i a muchos vasallos mios, i cautivando la jente que han podido haber, permaneciendo de muchos años a esta parte en su obstinacion i pertinacia, por la cual han merecido cualquiera castigo i rigor que en ellos se use, hasta ser dados por esclavos, como a personas de letras i mui doctas les ha parecido que deben ser dados por tales, como jente perseguidora de la iglesia i relijion cristiana, i que han negado la obediencia, etc.» Conque acaba mandando se den por esclavos los que se cojieren en la guerra.

Entren aquí las personas doctas i de letras, juzguen si podran dar el mismo castigo a los que hicieron diferente delito. Porque en el rebelion antiguo del año de 1599 concurrieron gravísimas causas i motivos superiores para darlos por esclavos, como lo refiere la cédula real, los cuales no hubo en este último alzamiento. I así no los dió su Majestad por esclavos, aunque se rebelaron, que ese motivo no era bastante para darlos por tales, ni a los antiguos los dió por esclavos por haberse rebelado solo, sino porque se alteraron sin causa para ello, i los demas motivos, que se ponderarán. I en este alzamiento hubo muchas causas para que se alterasen, de malocas injustas a los de paz, robos de ganados, muertes atroces i agravios arriba referidos.

Allá, en el otro alzamiento, rompieron primero la paz i nos hicieron guerra; acá, en este alzamiento les hicimos nosotros primero la guerra, estando ellos de paz. Allá (dice la cédula) precedieron buenos tratamientos i el tener ministros de justicia i doctrina que les mantuviesen i amparasen; acá precedieron malos tratamientos, i el pedir a la justicia que los amparase i no hacerlo, i ser las mismas justicias los que mas agravios les hacian, como el maestre de campo i sarjento mayor, i otros ministros. Allá los ministros de doctrina tenian mano para ampararlos; acá, si lo hacíamos, éramos odiados, i sobre defenderlos i avisar al señor gobernador como se querian alzar por el mal tratamiento nos mandaron en Boroa salir de la doctrina, aunque no tuvo efecto.

Allá (dice mas la cédula real), ofreciéndoles buen tratamiento i alivio, siempre dieron la paz fingida, i no perseve-

rando en ella mas de cuando les estuvo bien, quebrantándola cuando les ha parecido. Acá con malos tratamientos duró la paz unos veinte años, desde que el señor marques de Baides la asentó hasta el tiempo del señor don Antonio de Acuña i Cabrera, en que se rebelaron. I, no pudiendo sufrir el grave peso, avisaron que se le quitasen, que no se querian alzar, pero que seria forzoso si no les aliviaban. I no se puede decir que su paz fué finjida, i que se alzaron cuando quisieron i les estuvo bien; porque los amigos antiguos, cuya paz fué verdadera i de mas de ochenta años, los provocaron a los de la tierra adentro, i los obligaron, aunque lo tenian a mal, porque se hallaban bien con la paz.

Allá se rebelaron negando la obediencia a la iglesia i contra el rei, i personas doctas juzgaron ser ésta la principal causa para darlos por esclavos, como a jente perseguidora de la fe i relijion cristiana. I acá no se rebelaron contra la fe, ni la relijion cristiana, ni contra la iglesia, ni el rei, sino contra los malos ministros, que los hacian malos tratamientos i agravios, i que requeridos no querian cesar de ellos. No hai indio destos que niegue la fe, ni que reniegue de Dios ni de Jesucristo, ni que haga renegar a algun cautivo, o le estorbe que rece i traiga rosario o medallas, que impida que se bauticen los niños, o sea formalmente hereje o apóstata. Antes daban sus hijos a los españoles cautivos, i las imájenes i medallas que cojian en los sacos, i, reconociendo la Providencia de Dios, i su justicia, cuando se vian victoriosos, decian que, como Dios conocia su causa i su inocencia, aunque eran muchos sus pecados en otras materias, les favorecia a ellos i castigaba a los españoles; porque se daba por mas ofendido de los escándalos de los cristianos i de los malos tratamientos que hacian a los indios. Los daños que hicieron en las iglesias, imájenes i cosas sagradas no fueron como herejes formales sino materiales, i como a cosas i casas de españoles, contra quienes se rebelaron, lo destruyeron todo con el furor de la guerra, i porque no se hicieran fuertes los españoles en las iglesias. I de esto hemos visto mucho en los mui católicos i que tienen mas conocimiento de Dios i de las co-

sas sagradas, i no fué mucho que se viese algo en estos bárbaros ignorantes.

Es mui para ponderar que dice la cédula real que allá tomaron las armas contra los españoles o indios amigos. I los mismos indios amigos fueron los que ahora tomaron las armas i movieron a los demas a que las tomasen contra sus amigos los españoles, no pudiendo sufrir ya mas sus agravios, i no queriendo ya ser mas amigos de los que los trataban como enemigos; rebelándose los mas domésticos, los yanaconas, mas sentidos i mas agraviados, i vinieron a dejar tan solos a los españoles que, siendo así que solian sacar a campaña dos o tres mil indios amigos en su compañía, cuando hubieron de ir a sacar el fuerte de Boroa apénas tuvieron treinta indios amigos.

Sea la última ponderacion que lo que últimamente movió a su Majestad a darlos por esclavos en el otro alzamiento, fué no haberse querido reducir convidándolos con buenos medios, permaneciendo de muchos años a esta parte en su obstinacion i pertinacia, en que estuvieron rebeldes por espacio de cuarenta años. Pero en este alzamiento anduvieron reducibles, que a los cuatro años volvieron a dar la paz a los españoles, cumpliendo lo que dijeron al rebelarse, que a los cuatro años volverian a dar, que querian bien a los españoles con quienes se habian criado, pero que se alzaban para enseñarlos a tratarlos bien, para que conociesen que los habian menester, para repeler sus agravios vim vi repellentes, i para hacerse justicia, pues la justicia no se la hacia, habiéndola pedido tantas veces, i avisado del alzamiento, fineza que nunca habian hecho i muestra de que no se querian rebelar.

Luego, síguese claramente que, no habiendo halládose en este alzamiento los delitos que en el otro, i los que movieron a su Majestad a darles por esclavos, i a las personas doctas a darle ese parecer, que ni su Majestad diera por esclavos a los indios de este alzamiento, ni ningun hombre docto le diera tal parecer. I síguese que con mal consejo han aprovechádose de la cédula de esclavitud antigua i estirádola para

acomodársela a los indios de este último alzamiento, no pudiéndolo hacer siendo los motivos tan diferentes i las causas tan diversas, i no siendo justicia medir a todos con una medida, i, mucho ménos, por no poder con autoridad propia hacer esclavos. I el mayor argumento es el del efecto; pues, aunque los unos i los otros se rebelaron, a los primeros dió su Majestad por esclavos, atendiendo a los méritos de la causa, i a éstos, con el atencion debido a la suya, no los dió por esclavos, sino que manda que se pongan en libertad, que solo el rebelarse i con tanta causa no es bastante causa para la esclavitud.

CAPITULO XIV

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD; PORQUE HACEN ESCLAVOS A LOS INDIOS DE ESTE ÚLTIMO ALZAMIENTO, NO PUDIENDO POR SER NUESTROS AMIGOS I NO COMPRENDIDOS EN LA CÉDULA DE ESCLAVITUD.

En los indios amigos de Arauco, San Cristóbal i Talcamávida se hallan razones mui particulares para no darlos por esclavos, aunque se hayan rebelado; porque, demas de las referidas, de la ocasion que les dieron i de no haberlos mandado su Majestad dar por esclavos, han sido fidelísimos por mas de ochenta años, ayudándonos a hacer la guerra contra los de su propia nacion, de soldados i de gastadores, sin sueldo. I, con el amor que nos tenian, sufrieron hasta mas no poder el peso de los agravios, faenas i trabajos que no eran del servicio del rei, sino de particulares, de que por soldados debian ser exentos. I, habiendo pedido al señor gobernador les aliviase de tantas cargas, i no haciéndolo, sacudieron el yugo pesado. I, no habiendo cédula real en cuya virtud pudieren darse por esclavos los amigos antiguos, no se les pudo aplicar la cédula antigua, que no se espidió para ellos, sino para sus enemigos i nuestros. Dice bien claro la real cédula por estas palabras: «que se han rebelado i toma-

do las armas contra los españoles e indios amigos». Luego, si siempre fueron amigos i nunca enemigos, no les comprehendió esta cédula, que se espidió para sus enemigos. Ni ahora se les puede aplicar, por haberse hecho enemigos, sin órden de su Majestad i sin vista de la causa, que no tuvo los motivos que se hallaron en el rebelion antiguo, i así no los dió su Majestad por esclavos.

De donde se infiere por consecuencia clara que todos los indios, indias i muchachos que se han dado por esclavos en todo este tiempo, desde el alzamiento último acá, se deben poner en libertad, i que injustamente son tenidos por esclavos i vendidos por tales; i que su Majestad debe siempre mandarlos restituir a su libertad, i los señores gobernadores lo deben ejecutar, i los que los maloquearon en conciencia estan obligados a ello a su costa.

I ninguno puede escusarse con la ignorancia o la buena fe, que no la hubo. Porque al señor don Anjel de Peredo le vino cédula de su Majestad para que consultase si se darian o nó por esclavos los indios amigos i de la tierra adentro cojidos en la guerra. I resolvieron todos los mas de la junta, en que me hallé por uno de los prelados, que debian ser libres, por no hallarse en este alzamiento los motivos que en el otro, i por otras muchas causas. I, mandando su Majestad en la misma cédula que se ejecutase lo que la mayor parte determinase, habiendo sido la mayor parte de parecer que no podian ni debian darse por esclavos los que se apresasen de los amigos antiguos, ni de los de la tierra adentro, se debió ejecutar, i obligaba en conciencia. I, no obstante, se suspendia, por haber suplicado de la cédula, nó de que fuesen esclavos, sino de otro artículo, en que mandaba su Majestad que se trajesen del Perú i otras partes todos los llevados i vendidos, en que se hallaron dificultades e inconvenientes. I, habiendo venido segunda cédula en respuesta de esa súplica al señor virrei conde de Lémus, en que de todo punto quita la esclavitud para en adelante, i manda su Majestad lo mismo, que se pongan en libertad los vendidos desde el alzamiento acá, dejando el derecho a salvo a los compradores

para que cobren de los vendedores, esta cédula se publicó en Lima a 22 de enero de 1670 años. I, aunque habia venido a Chile año i medio antes, la ocultaron i suprimieron, por no darse por entendidos i aprovecharse de las piezas, i venderlos por esclavos.

No pudiéndolo hacer, porque en la cédula antecedente, que fué la que vino al señor don Anjel de Peredo, año de 1666, dice su Majestad i manda espresamente que no se vendan ni puedan vender por esclavos los indios prisioneros. Dice, pues, así la real cédula: «I, entretanto, ejecuten lo que pareciere a dicha junta, o a la mayor parte de ella». Esto manda su Majestad que se haga, miéntras le dan parte de lo resuelto i de lo que allá determina: «Pero es mi voluntad que los indios, indias i niños prisioneros no se puedan vender por esclavos.» Luego, todos los que en este tiempo se han vendido por esclavos, ha sido injusto i contra la voluntad de su Majestad i su espreso mandato. Que, aunque la junta de acá hubiese sido de parecer que fuesen esclavos no se podian vender, por mandarlo su Majestad, hasta que allá determinase lo que se debia hacer, pues dice: «Pero es mi voluntad que no se vendan, ni se puedan vender por esclavos», que los que se cojiesen en la guerra se debian tener por prisioneros, hasta que su Majestad determinase lo que de ellos se debia hacer.

Luego con mala fé se vendieron, i se deben volver a su libertad, i mas habiendo venido la resolucion de su Majestad, en que manda que sean libres. I de aquí se sigue que el no haberse acabado esta guerra en todo este tiempo ha sido culpa de los que han puesto en ejecucion las reales cédulas, que no habiendo esclavitud ya se hubiera acabado la guerra. Que, cuando hubiese otros puntos de que poder suplicar en ella, se pudo hacer de ellos, sin suspender su ejecucion del punto de que se quitase la esclavitud, pues para eso no hai razon ninguna que cuadre en conciencia, ni motivo que llene, ni fin que se ajuste, causando tantos daños como causa la esclavitud, i siendo por tantas razones injusta i contra todo derecho. Porque, si no le hai para proseguir una guerra

tan injusta, o tan dudosa, ménos para hacer los cojidos en ella esclavos, aun cuando el rei no los hubiese mandado dar por libres. I, cuando la guerra fuese mui justa (que bien puede serlo i no hacer los prisioneros en ella esclavos), si para ello no hai razon ni mandato del rei, no se pueden dar por esclavos, ni venderse, sino solo tenerse por prisioneros.

CAPITULO XV

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD, POR HABER HECHO ESCLAVOS A LOS INDIOS DESTE ÚLTIMO ALZAMIENTO, NO PUDIENDO HACERLO POR SER YA CRISTIANOS.

Es cosa asentada entre los doctores i decision de muchas leyes que entre los cristianos no hai derecho de esclavitud, sino que solo sirve de prenda el apresado en la guerra, hasta que llegue su justo rescate, i en el entretanto es prisionero, i aunque por derecho de las jentes son esclavos todos los cojidos en la guerra, segun aquella lei del derecho que trae la Instituta que dice: «quœ ab hostibus capiuntur iure gentium nostra fiunt, adeo, ut liberi homines in servitutem nostram reducantur.» Por la misma razon de ser ese derecho de las jentes, tienen los cristianos derecho para no ser esclavos, por ser tan privilejiada la excelencia de la relijion i la alteza del carácter.

De aqui se inferirá el daño que causa la esclavitud i el mal uso de ella en Chile, que hasta a los cristianos los hacen esclavos. I desde este alzamiento acá se han hecho un sinnúmero contra toda razon i justicia. Porque los yanaconas que se alzaron eran todos cristianos; los indios de San Cristóbal, de Arauco i Talcamávida, tambien. I, si habia algunos que no habian recibido el santo bautismo, era porque los relijiosos de la Compañia que los doctrinaban les dilataban el bautismo por convenir así, para que se dispusiesen mejor, i dejasen los impedimentos de las muchas mujeres. Sin eso, entre los indios de la tierra adentro habia un sinnúmero de

cristianos; porque, aun siendo enemigos antiguamente, bautizaban sus hijos, i se los traian a los cautivos españoles para que los bautizasen. I despues que dieron las paces bautizaron muchos millares los relijiosos del seráfico padre San Francisco i los de la Compañia de Jesus; misioneros de Valdivia, Boroa i Rangulgue. Pues ¿con qué razon i con qué conciencia se les deniega a estos indios este privilejio concedido a toda la cristiandad, i no se guardan con ellos las leyes establecidas en favor de los cristianos?

Dirán que no son cristianos, porque no hacen obras de tales, que tienen muchos vicios i son nuestros enemigos de los cristianos. I todas estas razones no tienen sustancia, ni fuerza alguna, que no son mas de para engañarse a si misma la codicia, i para divertir las pulsadas i los golpes de la conciencia. Porque peores cristianos son los herejes i peores obras hacen ellos i muchos de los católicos, i mas enemigos son, porque lo son nuestros i de nuestra relijion; i, por ser cristianos, bautizados i tener crisma, aunque tengamos guerra con los herejes, no los tenemos por esclavos sino por prisioneros. I esto, aunque nos destruyan los templos, aunque nos maltraten las imájenes i profanen los sagrados en odio formal de la fé. Porque, como dicen los doctores, los herejes en alguna manera siguen a Cristo, por estar bautizados. «Haereses aliquomodo secuntur Christum». Luego, lo mismo debemos decir de los indios de Chile, que, aunque sean malos cristianos, ya son cristianos, i no tan malos como los herejes, que no tienen ninguna herejia formal, ni obstinacion, sino ignorancia, como jente nueva, que no ha tenido suficiente enseñanza, ni la guerra ha dado lugar a plantar la fé como se debe en ellos.

I, como a los holandeses se les hace guerra por rebelados, i por ser cristianos (aunque herejes) no se les hace esclavos, así se debe hacer con estos indios, que pues se les hace guerra por rebelados, por cristianos no se les debe hacer esclavos, sino solo prisioneros.

La mayor instancia es que a los moriscos de Granada los hicieron esclavos i eran bautizados, i así que lo mismo se

puede hacer con estos indios de Chile, aunque sean bautizados. Respondo que no pueden ser esclavos como los moriscos; porque contra aquéllos se procedió con sentencia i se les mandó hacer la guerra para su daño, por enemigos de la fe i apóstatas, i a éstos se les mandó hacer la guerra para su bien i pacificacion, i que fueran esclavos *iure belli*, nó por sentencia. I lo segundo, que los moriscos fueron apóstatas i convencidos de la apostasía, i estos indios, por lo ménos en este segundo alzamiento, no fueron apóstatas, ni han sido convencidos de ese delito. Porque no se declararon por enemigos de la fe, ni la hicieron guerra, ni ha habido indio que haya renegado de la fe, ni hecho renegar a otro; sino a los españoles, que los maltrataban, hicieron guerra. I de esto fué manifiesta señal el haber pedido, cuando se rebelaron, las cabezas del maestre de campo i del sarjento mayor, i dicho que con eso no habria rebelion, i se quietarian con castigar a los autores de sus ofensas, ya que el señor gobernador no los castigaba. I, llegando al barco de San Rosendo, que iba cargado de jente, retirándose del furor de los rebelados, dijeron que les diesen al sarjento mayor, si le llevaban allí, que no harian mal ninguno a los españoles, que no se rebelaban por ellos sino por él. I, diciéndoles que no iba allí, entraron con todo eso en el barco para rejistrarle, i, como no le hallasen en él, dejaron a toda la jente española que iba en el barco que se fuese a la Concepcion, sin hacerles mal ninguno, ni quitarles nada. Luego, éstos no fueron enemigos de la fe, ni apóstatas, ni se rebelaron contra la relijion, sino contra el mal gobierno i los malos tratamientos, i no pueden ser dados por esclavos como los moriscos, pues, ni fueron apóstatas, ni han sido convencidos por tales, ni el rei los ha dado por esclavos, que solo lo pudiera hacer.

CAPÍTULO XVI.

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD, POR HACER ESCLAVOS A LOS HIJOS DE LOS CRISTIANOS, ASÍ ESPAÑOLES COMO INDIOS.

Otro abuso de la esclavitud de estos indios es hacer esclavos a los hijos de los cristianos, no solo de los indios, sino tambien de los españoles i españolas, que llamamos mestizos i mestizas. De los cuales se han dado por esclavos un sinnúmero injustamente; porque, dado caso que en los hijos de los indios hubiese alguna duda, en los hijos de los españoles i de las españolas cautivas no la hai. Porque, siendo sus padres cristianos, gozan del privilejio de los padres, i cesan en ellos todas las razones i causas de la esclavitud. I, cuando les quieran arrimar que, estando entre los enemigos, les dan ayuda, si se prueba que se la dieron, podran ser prisioneros i no mas, como lo son los demas cristianos que se cautivan entre cristianos.

No solo deben ser libres los hijos de los españoles sino los hijos de los indios cristianos, aunque los dichos hijos no se hayan bautizado. I la razon es porque el hijo está sujeto a la patria potestad, i en todo ha de seguir al padre, aun en la relijion i culto divino. Luego, como el padre no puede ser esclavo, por ser cristiano, en guerra entre cristianos, tampoco el hijo, aunque no haya recibido el bautismo (que si le habia recibido no necesita de prueba), porque debe seguir la relijion de su padre i debe reputarse por del mismo culto. I pruébase aun en el culto de los dioses falsos (que es prueba mas fuerte en el culto del verdadero), porque en una de las doce tablas de Roma se dice que el hijo, por estar debajo de la patria potestad, debe seguir al padre en el culto. Ne filii familias aliam religionem, alia ve sacra colerent, quam eorum parentes. I es uno de los efectos de la patria potestad el no poder bautizar al hijo si lo contradice el padre. Parentum reluctatio. Si no es que tenga ya edad para obrar

por su propia voluntad. I, miéntras no da señales de que sigue lo contrario, siempre se entiende que sigue la relijion del padre, i siempre goza del privilejio de no poder ser esclavo, como su padre.

I esto es en tanto grado que, aunque el padre sea apóstata, no puede el hijo ser esclavo (para que ninguno se quiera valer de que estos indios son herejes, o que son apóstatas, que mal se lo probaran). Porque el hijo segun los doctores sigue el carácter del padre, que no le ha perdido, aunque sea hereje o apóstata, como lo dice doctamente Hurtado. *Nec in hoc fit inuria infanti quia hoc ipso, quod ex christianis nascitur, ipso iure nativitatis est subditus ecclesiae, sicut filius ancillae est servus, et filius hispani est subditus regis Hispaniae.* Porque, así como el que nace de esclava es esclavo, iure nativitatis, como el que nace de negra o mora, i el que nace de español es súbdito del rei de España; así el que nace de cristiano goza del privilejio de cristiano, i no puede ser esclavo. De donde se concluye que las esclavitudes que en estos tiempos se han hecho de los hijos de los cristianos, así españoles como indios, son injustas i nulas, i que se deben restituir a su libertad.

CAPITULO XVII.

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD. QUE LOS DELITOS DE LOS INDIOS NO SE CASTIGAN CONFORME A LAS LEYES, SINO CON GUERRA, POR HACERLOS ESCLAVOS.

En todas las repúblicas bien ordenadas se castigan los delitos, como las muertes, hurtos i robos, con las penas del derecho, i nó haciendo guerra a los pueblos por los delitos de los particulares; pero a estos indios de Chile todos los castigos de sus delitos son haciéndoles guerra, por hacerlos esclavos i tener piezas que vender, que, si no hubiera esclavitud, de otro modo se castigaran, i segun las leyes. I, con haber hecho los españoles a los indios muertes atroces, ro-

bos i hurtos, i otros daños gravísimos, o se les han disimulado, o castigado levemente, i por cumplir en la apariencia con los indios. Pero, si ellos delinquen en algo, luego les echan toda la lei encima. I no tan malo si les echaran la lei, i les castigaran conforme a ella, sino que, sin lei i sin razon ni justicia, les hacen la guerra traspasando la justicia. I el delito de uno o dos le han de pagar todos los inocentes, i lo que uno cometió todos los de la provincia, i los de las provincias vecinas, que es suma injusticia.

Así ha acontecido varias veces, i asi le sucedió a la provincia de Cayucupil. Que, porque un indio delincuente i revoltoso, llamado Caniulevi, se fué a favorecer de un cacique, pudiendo castigarle al delincuente, o al cacique, si tuvo culpa en recebirle en su casa, que quizá no la tuvo, i, por via de justicia, dar al uno o al otro la pena merecida, no se hizo así, sino que, estando de paz la provincia de Cayucupil, la maloquearon, sin haber tomado las armas, ni hecho mas que haberse ido a favorecer el delincuente de un cacique, como si, por entrar un delincuente en la iglesia, o irse a favorecer a otro pueblo, se pudiera abrasar la iglesia i al pueblo, i hacer esclavos a todos los de él. I no paró ahí el celo desta justicia, sino que a tres provincias cercanas, que estaban de paz, i tan inocentes como estotra, las maloquearon, robaron i abrasaron, i cautivaron cuatrocientas piezas, vendiéndolas todas por esclavas, sin que bastasen requerimientos a detener la codicia del que hizo una justicia tan injusta. I con eso rompió la guerra, con escándalo i perturbacion de otras provincias, que temieron prudentemente que otro dia iria sobre ellos el furor de la codicia. I esta maloca fué causa de que muchos se pusiesen en arma para su justa defensa, i aun de que se alterasen, escandalizados de la injusta invasion, los que estaban de paz i debajo del seguro de nuestra amistad.

Los indios de Cunco hicieron un gravísimo delito: que, habiéndose perdido en su playa un navio que traia el socorro a Valdivia, para aprovecharse de la ropa i de las cosas que habian salido a la orilla del mar, mataron a la jente que se

escapó del furor de la tormenta. Este delito se pudo castigar por via de justicia, como a ladrones i homicidas, pues estaban de paz en esta ocasion, i comunicaban con los indios de paz i españoles que estaban en Osorno, juzgando encubrirlo i que ninguno lo llegaria a saber. I, como llegase a noticia del jeneral don Ignacio de Carrera, gobernador i cabo que era de Chiloé, por ser aquellos indios sus confinantes i de su jurisdiccion, se puso en campaña, i, juntando todos los caciques, les dijo cómo habia llegado a su noticia la crueldad que los unos habian usado con aquellos españoles del navío, siendo para con ellos mas fieros que el mar embravecido, que él los perdonó las vidas i ellos no se las quisieron perdonar; i que venia como justicia a castigar los culpados; pero que, usando de la piedad cristiana, perdonaba a la plebe, i que solo queria hacer justicia en los tres caciques mas principales, porque tan grave delito no se quedase sin castigo; que se los nombrasen ellos i se los entregasen. I, mostrándose fieles i deseosos del castigo, lo hicieron luego, nombrando allí los autores. I, habiéndolos entregado, i mandándoles dar garrote, i puestos los cuartos en los caminos para escarmiento, quedaron todos contentos i de paz, como ántes se estaban, sin tratar de castigar aquel delito haciendo guerra a aquellas provincias. I envió veinte caciques al señor gobernador con sus cartas, dándole cuenta de cómo ya quedaban los delincuentes castigados en las cabezas mas principales, i cómo habia perdonado a la plebe, i que todas aquellas provincias de Cunco, Osorno, Ranco i otras quedaban quietas i de paz, i habian andado fieles en entregar los tres caciques i querer que se hiciese justicia de los delitos; i que, en señal de su firmeza en nuestra amistad, le enviaba aquellos veinte caciques, que iban de ochenta leguas a darle la obediencia, i que los conociese como amigos.

Llegaron estos veinte caciques a Boroa, que está en medio del camino, i el cabo de aquel fuerte traza luego una maloca, con voz de castigar a los cuncos por el delito referido, que ya estaba bien castigado por via de justicia, i como los señores de la Real Audiencia habian aconsejado al señor go-

bernador don Antonio de Acuña i Cabrera que lo hiciese, no haciéndoles la guerra, sino castigando a algunos como a ladrones i homicidas, i perdonando a los demas. Pues, este ministro, no celoso de la justicia sino codicioso de piezas, sin órden del señor gobernador, o con alguno subrepticio, junta la jente para la maloca, prende los veinte caciques que iban a su gobernador con cartas, i llévalos presos, i obligalos a que le vayan a guiar para maloquear sus propias tierras, como lo hizo. I, hallándolos a todos descuidados, debajo del seguro de la paz, i en fe de que sus caciques habian ido a la Concepcion a ver a su gobernador, corrió toda la tierra, quemando las casas, robando los ganados i cautivando cuatrocientas piezas. Conque, abrió la guerra i levantó todas aquellas provincias. I lo peor fué que a la culpada no la hizo nada, ni la dió castigo ninguno, por estar mas adentro i ser tierra fragosa, i maloqueó i castigó a los que no habian tenido parte en el delito i estaban inocentes, ¡que así hace justicia la codicia!, i intenta castigar segunda vez, i lo que ya estaba castigado por via de justicia lo quiere castigar haciendo guerra!

Destas malocas se han hecho muchas, que fuera largo el referirlas. Bastan las dichas para que se vea cuán sin justicia proceden algunos ministros, i cómo, debiéndose castigar los delitos por via de justicia, los castigan haciendo la guerra, nó por hacer justicia, que ésa no lo es, sino por plata de las piezas, haciendo esclavos a los libres, con tan grande cargo de sus conciencias i daño del reino, porque desde esta maloca no han querido dar mas la paz los de Osorno i Cunco, escarmentados de esta traicion i ofensa que se les hizo, de maloquearlos estando de paz, i de llevar sus caciques por guias; de los cuales mataron a muchos con el primer furor, entendiendo que sus caciques les habian sido traidores, i guiados de su propia voluntad. I despues, cuando supieron la verdad, i que los españoles los habian llevado presos por guias, tuvieron mayor sentimiento de haberlos muerto.

CAPITULO XVIII

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD. QUE OCASIONA A QUE LOS INDIOS TOMEN LAS ARMAS EN SU JUSTA DEFENSA, I POR ESO LOS HAGAN ESCLAVOS. LO MUCHO QUE SE DEBE ATENDER PARA ABRIR LA GUERRA I HACER ESCLAVOS.

En muchas ocasiones ha sucedido, como dijimos en el capítulo pasado, rebelarse los indios, i por castigarles los delitos haciéndoles la guerra, i comenzándola los españoles, por causas que no lo pedian; i siempre quedan los indios motejados i cargados de rebeldes, no abriendo ellos la guerra, ni comenzándola. Que no comienza la guerra quien hizo el delito, que no es propiamente rebelion, sino quien tomó primero las armas sin causa justa, como no lo es querer castigar un delito que tiene otros remedios i penas señaladas en el derecho. Otras veces condenan por rebelados a estos indios i los acometen haciéndoles guerra solo porque los ven prevenirse con las armas, porque saben que les quieren maloquear. Que, como han visto muchas veces maloquear a los españoles sin causa ninguna, i ven que va llegando el golpe a sus vecinos, no es mucho que se prevengan para que no les hagan daño; pues es derecho natural repeler el mal, i permitida la defensa. Vim vi repellendo. I, si los hallan con armas i que se defienden, ya los confirman por rebeldes i enemigos, i queda justificada la guerra, sin haberles probado hostilidad ni traicion alguna que hubiesen hecho, ni haber intentado mas que defenderse de las traiciones de la codicia. Cum moderamine inculpatæ defensionis et tutelæ.

Otras veces acontece hacer un indio un delito, i, como ya tienen esperiencia del modo de hacer justicia los españoles en Chile, que es, nó castigando los culpados con las penas del derecho, sino haciendo la guerra, por todos i cualesquier delitos, a las provincias de los delincuentes i a las cercanas, por tener esclavos que vender (que, si no hubiera

esclavitud, de otro modo hicieran la justicia), se ponen en arma, por si vienen a ejecutar la justicia, o porque ya tienen noticia de que se apercibe maloca para irlos a castigar. Conque, viéndose los indios acometidos, se defienden; i, considerando que ya los españoles han abierto la guerra, i que los tratan como a enemigos, tiénense por tales, i vuelve a encenderse la guerra, ocasionada por las piezas i comenzada por nosotros, sin justicia, por tomar por pretesto el hacer una justicia injusta.

Bien se vió esto en la última guerra que se encendió entre los españoles i los indios de Glol, i Duguiguala, que, estando estos indios de paz i bebiendo en una borrachera, sin haber tratado de alzamiento ni de guerra, llegaron allí cuatro o seis soldados españoles a quienes recibieron con amistad i cariño. I el uno de ellos, el capitan Nicolas Ponce, sobre que le trajesen unos caballos, dió a un indio de palos, i, derribándole en el suelo, le dió muchas patadas. Llegó a él Duguiguala, hermano de Chicaguala, indio de estimacion i buen soldado, i díjole cómo maltrataba a aquel indio delante de todos los caciques, i en aquella fiesta, que parecia mal. A que le respondió con soberbia que a él tambien le daria con el palo. El Duguiguala, que es indio valenton i altivo, i que se preciaba de soldado, i a su padre, del Ponce, que lo fué mucho, le habia traido a mal traer, i dado algunas heridas en una batalla, en que pelearon los dos, hombre a hombre, no pudiendo sufrir la altivez del hijo, sacó la espada, i, cerrando con él, le mató allí luego. I no faltan muchos que dicen que el matarle fué porque supo que el Ponce iba a matar a Chicaguala, su hermano, a traicion o con veneno, porque le habia prometido al señor gobernador don Francisco Meneses traerle su cabeza, i habia ido a eso dos veces, i contradichoselo los indios de Puren. Ahora lo iba a ejecutar, siendo así que estaba de paz Chicaguala, i que, por desfavorecido del señor gobernador, no queria ir a la Concepcion a verle, i por solo eso le habia mandado matar.

Pues, con esta pendencia i muerte de Nicolas Ponce (que le castigó Dios en que pagase, haciendo con él Duguiguala

lo que él queria hacer con su hermano), se alborotaron los indios i los soldados que lo acompañaban, i hubo una pendencia en que quedaron muertos los soldados. Este delito de estas muertes bien se ve que no fué rebelion contra el rei, contra la iglesia ni contra los españoles, i que estos indios no trataron de alzamiento, ni le intentaron, porque, mui ajenos de eso, se estaban holgando en sus fiestas; i que se pudo i debió castigar como delito de homicidas, i como las muertes que cada dia suceden en las ciudades, por trabarse alguna pendencia, i no con guerra i esclavitud. Que, como los indios supieron que se apercibian los españoles para irlos a maloquear i hacer guerra, pusiéronse en armas para su justa defensa. I con eso los hubieron por enemigos, i a todos los que cojieron en aquella maloca los vendieron por esclavos.

¿Quién podrá decir que estos indios se rebelaron, o que se hicieron enemigos, o persiguieron la iglesia? Que pudieran ser causas justas para hacerlos la guerra i darlos por esclavos, lo cual solo podia hacerlo su Majestad? Pues, si no fueron mas que unos homicidas, i que les minoraba mucho el delito el saber que iban a matar a traicion a su cacique Chicaguala, i a perturbar i alborotar la tierra ¿qué razon hai para abrir la guerra i hacerlos esclavos? No hubiera esclavitud, que de otro modo se castigaran los delitos, i ni los españoles hicieran la guerra, ni los indios se defendieran. I, si supieran que los habian de gobernar i conservar en justicia, castigando los delitos conforme a las leyes, no se vieran ellos obligados a tomar las armas, i esperar a la justicia, nó como justicia, sino como a enemigos de la paz; nó como a quienes vienen como conservadores de la República, sino como destruidores de ella.

No habian de consentir los señores gobernadores que se abriese la guerra, ni se hiciesen las malocas al arbitrio de los ministros, ni sin mucha consulta de las causas i motivos que hai para ello, tomando parecer de hombres sabios i temerosos de Dios; porque el abrir la guerra con una provincia que ha dado la paz es una de las mas graves i rigurosas sentencias que se pueden dar, pues es sentencia de tantas

muertes, incendios, talas, i demas daños i castigos que traen consigo las malocas i campeadas. Pues, para sentencia tan grave i tan rigurosa (dejo la de la esclavitud, que no es ménos rigurosa, porque esa ninguno la puede dar sino el rei) es menester que el delito la pida, que sea justa en derecho, que la causa sea mas clara que la luz del dia; que para cualquier sentencia de muerte, dicen los doctores, que son necesarias pruebas mas claras que la luz del dia. *Luce clariora.* I, sin comparacion, son menester màs claras para la sentencia de guerra, que no bastan pruebas i causas dudosas, ni en duda se puede hacer la guerra con justificacion. I la que estos años, hasta el de 1670, se ha hecho i se prosigue (si no es injusta por todas las causas referidas, a lo ménos) es dudosa. Pero en la esclavitud que se ha hecho en estos años no hai duda ninguna, sino que ha sido injusta, por no ser ordenada por su Majestad, por haber faltado los motivos de la esclavitud, i por haber mandado su Majestad de nuevo que no la haya, ni se vendan los indios por esclavos. Que, aunque se haya suplicado de la cédula, no quita la injusticia, la súplica, del hecho de la esclavitud injusta contra el derecho natural i mandato real. I bien puede haber guerra, i ser la guerra justa, si las causas la piden, i ser injusta la esclavitud, que para ella son necesarias mayores causas, i mandato de su Majestad, que no basta el de los señores gobernadores. I en muchas partes de las Indias hai guerra con los indios, i será justa, i no por eso son esclavos los apresados, por no haber las causas necesarias para la esclavitud, ni el especial mandato de su Majestad que se requiere. I así, en Chile, como en las demas partes de las Indias, seran los apresados prisioneros i nó esclavos.

CAPÍTULO XIX.

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD, QUE DESPUEBLA EL REINO; I SE SACAN DÉL LOS INDIOS CONTRA ÓRDEN DE SU MAJESTAD; I QUE, SIENDO PRISIONEROS, HABRÁ SERVICIO.

Gravísimo daño se le hace al reino de Chile en tantos indios i indias como cada dia se sacan i embarcan para el Perú i otras partes, a causa de que por allá se venden mas caros los esclavos. Conque el reino de Chile se va desangrando i desustanciando de jente, que pudiera ayudar a la labor de los campos, a la crianza de los ganados, i otras utilidades, que una tierra tan pingüe pudiera dar a los españoles, que por falta de servicio estan mui atrasados en sus haciendas. I cada dia se van sintiendo mas los menoscabos por la falta de jente. Aquí se junta los que han consumido las pestes, la guerra, la embriaguez, el estar acabados los pueblos, i no venir negros por Buenos Aires. Conque el reino va perdiendo el trato i contrato por esta falta de servicio. I, pudiéndole tener en los que se apresan en la guerra, se deshace dél llevándolos al Perú, perdiendo por una pequeña ganancia mayores granjerias i intereses.

I, aunque su Majestad tiene ordenado por diferentes cédulas que no se saquen del reino los indios, la codicia atropella las leyes, i los que las han de hacer guardar suelen ser los primeros que las quebrantan. I, habiendo su Majestad mandado por dos cédulas que se traigan del Perú i de cualesquiera otras partes los indios i indias que se hubieren sacado deste reino i vendido por esclavos desde el alzamiento acá, por haber sido mal vendidos, a causa de ser libres, han suplicado, por la repugnancia que los dueños hacen, no debiendo ser oidos, por importar mas la libertad de los hechos esclavos injustamente que sus comodidades, i por ser justo que los que los llevaron al Perú, contra cédulas de su Majestad i en daño del reino, los paguen, i los vuelvan a él i a su libertad.

Nunca dejará de haber guerra en Chile, ya por la inconstancia de los indios, i ya por las ocasiones que la codicia de los españoles les han de dar, i por los maltratamientos que su dominio les ha de hacer. Pero no es fuerza que los apresados en la guerra sean esclavos, como no lo son en las demas partes de las Indias, ni en las guerras entre cristianos, ni con herejes; sino que los prisioneros se reduzcan a una parte donde no hagan guerra, como trajo el gobernador de Buenos Aires cuatrocientas familias, que conquistó por vía de armas, a sitiarlas junto a Buenos Aires. O que sirvan como prisioneros diez años a los que los apresaren, i luego queden libres para servir a los mismos o a quien mejor les tratare, i nó libres para volverse a sus tierras, sino servir en tierras de cristianos. Lo segundo, que haya i se ponga por la justicia punto fijo i tasa en el precio de los tales prisioneros, porque los soldados, ni los indios que los cojen en la guerra, no los quieren para servirse de ellos sino para venderlos. I el servicio de diez años estaba bien vendido en cincuenta pesos. I, en no poniendo tasa fija, cada dia andarán subiendo los precios, i creciendo la codicia de los prisioneros, que vendrá a causar los mismos daños que la de los esclavos.

Lo tercero, que no se puedan encomendar, que si se encomiendan habrá mayor codicia que si fueran esclavos, que he visto vender indio de encomienda en trescientos i cuatrocientos pesos, mas que un esclavo, i mejor es tener servicio voluntario para si i para sus descendientes que nó forzado. Que los de encomienda, en la segunda vida se acaban, i se queda uno sin quien le dé un jarro de agua. I estotros servirán para siempre, i si no sirvieren a unos servirán a otros, que es bien de la República.

Demas de que el encomendarle a un indio es condenarle a mayor servidumbre que a la de la esclavitud, porque la esclavitud no pasa del varon a los hijos i la servidumbre de la encomienda pasa del varon a los hijos hasta el fin del mundo. I en Chile es la servidumbre del encomendado como la del esclavo, por tenerlos sujetos los vecinos al servicio per-

sonal i a trabajar de dia a dia i de sol a sol, sin que tantas cédulas de su Majestad hayan podido quitar esta injusta servidumbre, escusándose los vecinos con la falta de servicio que hai para las labores. De donde nace el encarecer las encomiendas, i ofrecer en competencia grandes sumas por alcanzarlas, no siendo oficios vendibles, ni pudiéndose recebir nada por la distribucion de ellos, sino debiéndose dar segun el órden de la justicia distributiva a los mas beneméritos, que lo han ganado a costa de su sudor i sangre. Que, cuando se ponen en precio, siempre se los lleva el que mas plata tiene que dar, no el que mas méritos tiene que representar.

CAPITULO XX.

DAÑOS DE LA ESCLAVITUD. QUE POR SU CAUSA QUITAN A LOS INDIOS AMIGOS LOS ESCLAVOS QUE COJEN, CON GRAVE SENTIMIENTO SUYO, I QUEBRANTAMIENTO DE LA LEI DIVINA, NATURAL I POSITIVA REAL.

La codicia de los esclavos es ocasion de muchas injusticias en los ministros mayores, i el interes los ciega para que hagan muchos agravios a los soldados i a los indios amigos. Porque quieren para si todo el provecho de los esclavos, i que ninguno otro los pueda haber ni vender, sino ellos solos. Unas veces, echando una voz falsa de que las piezas son del rei, no pidiendo su Majestad mas de los quintos. Otras, coloreándolo con que son del señor gobernador, a quien pertenecen todas, por ganarle la voluntad con algunas i aprovecharse de las demas. I asi se las quitan todas a los indios amigos, contentándose con darles diez o veinte pesos por piezas que venden luego en trescientos pesos. I, si saben que algun indio vendió alguna pieza a algun soldado español, se la quitan i lo castigan. I muchas veces por solo presuncion, i sin prueba bastante, quitan a los soldados españoles las piezas que ellos mismos apresaron, diciendo que no las cojieron ellos sino los indios.

Estas son manifiestas injusticias i agravios que se hacen a los soldados españoles i a los indios. Porque las piezas que se cojen en las malocas, ni son de los señores gobernadores, ni de los demas ministros, ni de su Majestad, sino de los que las cojen, sean españoles o indios amigos, por mandato espreso de su Majestad, que en la cédula real de la esclavitud, cuando la instituyó, dispuso lo que se debia de hacer de los esclavos, i dice que puedan los que los cojieren, así españoles como indios amigos, venderlos o servirse de ellos, o hacer de ellos lo que quisieren, como de esclavos suyos, dándoles tambien a los indios el entero dominio de sus esclavos, por estas palabras: «I los que fueren tomados i cautivados en la guerra por los capitanes i jente de guerra, i indios amigos nuestros, i otras cualesquier personas que entendieren en aquella guerra i pacificacion, sean habidos por esclavos suyos, i como de tales se puedan servir de ellos, i venderlos, darlos i disponer de ellos a su voluntad». Luego, si su Majestad ordena i manda que los esclavos que cautivaron los indios amigos nuestros sean suyos, i que como de tales puedan hacer lo que quisieren, a su voluntad, o vendiéndolos, o sirviéndose de ellos ¿en qué razon, o en qué justicia, cabe el quitárselos contra su voluntad? I que si un indio quiere vender su esclavo a quien le parece, o se lo paga bien, no se le haya de vender, sino que se le han de quitar i i darle dos botijas de vino? I que, si le vendió a quien le pareció, pudiéndolo hacer, se le quiten al que le compró?

I es mui de ponderar que estos indios sirven al rei en la guerra a su costa, sin sueldo ni racion, como se ve en los de Arauco, Tucapel i los de la tierra adentro. I, para comprar un caballo bueno para servir al rei, venden una hija; i, para hacerse de armas i caballos i de lo necesario para la guerra, han menester ayudarse del pillaje i destas presas. I darles solo el trabajo, el costo, i nó las utilidades de los esclavos, es agravio i sentimiento mui grande para ellos. I, como el enemigo les hace a ellos en las entradas grandísimos daños en las casas, en los ganados, en los caballos, hijos i mujeres, quieren vender a su gusto un esclavo que cojen, para restau-

rar sus pérdidas, que ni el rei ni los ministros se las restauran; i piden justicia.

Alegan los ministros en su favor que ha sido costumbre que las piezas que cojen los amigos sean del señor gobernador i demas ministros; i es un grande engaño i error manifiesto. Porque no hai tal costumbre, ni la puede haber, que haga lei, i, si la costumbre no hace lei, no favorece al que a ella se acoje. Verdad es que en algunos gobiernos se ha hecho; pero mal hecho i contra justicia, i un hecho malo no es ejemplar que se ha de seguir. Que tambien otros hurtan i matan, i no hace lei esa mala costumbre, ni es ejemplar para los de adelante que se ha de seguir, sino que se debe huir.

La razon es porque, como enseñan los doctores, la costumbre no puede hacer lei cuando es contra la lei natural i divina. I es contra la lei natural quitarle a uno lo que es suyo contra su voluntad, i contra la divina. I, habiendo adquirido el indio amigo el esclavo con su trabajo, i arriesgando su vida, i héchole suyo, es contra justicia quitársele, i pagársele a ménos precio i contra su voluntad. I no puede haber costumbre de eso que sea justa, ni haga lei.

I, *cuando esa costumbre no fuera contra la lei natural i* divina, bastaba para no hacer lei el ser contra una lei positiva i real, cual es la cédula de la esclavitud, i todas las disposiciones i mandatos de ella, que quiere su Majestad i manda que lo proveido i ordenado en ella sirva de lei i se guarde como tal, que es bien particular en esta cédula, cuyas palabras dicen asi: «I quiero i mando que esta mi provision valga i tenga fuerza de lei». I mas, fundada en la lei natural i divina, no hai costumbre que pueda prevalecer, ni hacer lei, como enseña el doctísimo padre Francisco Suarez; i la costumbre contra la lei, como enseñan los doctores, no se ha de llamar costumbre sino *corruptela*, que es lo mismo que corrupcion de la lei i quebrantamiento de ella

Lo otro pregunto, o esta lei que hizo la costumbre fué despues de la cédula real, o ántes. Despues, no pudo hacer lei contra la lei. Antes, mucho ménos, porque no habia esclavi-

tud, i cuando hubiese costumbre de quitar a los amigos las piezas que apresaban, aunque no eran esclavas. Despues, por la cédula que las hizo esclavas, i mandó por lei que fuesen de los que las cojiesen, quedó abrogada la costumbre en contrario; que, como dice Granado, si la costumbre ha hecho lei, queda abrogada por la lei que se promulga en contrario.

Fuera de esto, alegan mal en decir que así se ha acostumbrado; porque, si en unos gobiernos se ha hecho, en otros nó. Porque el señor Martin de Mojica, considerando la injusticia que se les hacia a los amigos en quitarles las piezas, i que ántes se les debia alentar con el provecho de ellas, mandó por bando que ninguna persona se las quitase, sino que vendiesen los cautivos a quien quisiesen i como quisiesen. El señor don Antonio de Acuña i Cabrera hizo lo mismo, i uno de los agravios que motivaron el alzamiento de los indios en su tiempo fué que sus cuñados el maestre de campo i el sarjento mayor, contra el mandato de su señoría, les quitaban a los amigos las piezas por fuerza, i se las pagaban como querian, i, si ellos vendian alguna a otra persona, se la quitaban al comprador. Despues del alzamiento jeneral entró a gobernar el señor don Pedro Porter Casanate, i dejó a los indios amigos que vendiesen las piezas libremente, a quien querian i como querian. I para sí no quitó una pieza tan sola, ni quiso que se la comprasen, ni la tuvo en todo su gobierno, que en esto, como en lo demas, fué mui desinteresado i amador de la justicia. I sucedióle con el maestre de campo que entónces era, que, queriendo quitar las piezas a los indios, se lo reprendió agriamente; i, diciendo el maestre de campo que si no habia de tener aprovechamientos que dejaria el baston, que le diese su señoría a quien fuese servido, le dijo el señor gobernador: «deje el baston; que de tronchos de coles haré yo maestres de campo; que no he de consentir que tengan aprovechamiento haciendo injusticias i agravios a los indios; el que quisiese piezas, cójalas en la guerra, que a quien las coje no se las ha de quitar ninguno siendo suyas.» El señor gobernador don Diego Gonzalez Montero se siguió luego, i, aunque gobernó poco tiempo, en

él mostró su gran desinteres, no queriendo pieza ninguna. I, sobre todo, el señor don Anjel de Peredo, que, aunque le ofrecieron muchos intereses de piezas, ni las quiso, ni consintió que se cojiesen, ni hiciesen maloca ninguna en su gobierno; porque verdaderamente conoció la brújula de las malocas i la codicia de ellas, i que no se hacia el servicio del rei, ni se procuraba el bien del reino con ellas, sino el de dos o tres ministros en particular. I así procuró conservar en paz la tierra, i toda ella le dió la paz. Vinieron el señor don Francisco de Meneses i el señor don Diego de Avila i Coello, marques de Navamorquende, dejáronse llevar del gusto de las piezas; i los ministros se las quitaban a los indios violentamente, dándoles diez o veinte pesos, porque con ellas se congraciaban, se conservaban i se aprovechaban. Sabiendo que estos intereses de piezas son hacienda de duendes, que se vuelve carbon, i que los señores gobernadores i demas ministros mayores que han tenido sus granjerias en esto, no las han logrado, que no pueden tener buen logro de sangre de inocentes de guerra tan mala, o tan dudosa en su justificacion, i de esclavitud tan claramente injusta, como la que estos últimos años se ha hecho despues del alzamiento.

Causando tantos i tan graves daños, como son de tener ligadas las conciencias con descomunion reservada al sumo pontífice, i de que no pueden ser absueltos sino en artículo de la muerte, i esto con obligacion de satisfacer los daños, i volver a su libertad a los esclavos que han vendido, a costa de sus haciendas; de ser causa de tantas almas de infieles como se condenan en guerra tan prolongada; de hacer que se eternice la guerra por su codicia, con tanto gasto de la hacienda real i consumo de sus vasallos; de que la guerra se haga a los amigos, i las esclavitudes a los de paz; de tantas muertes atroces i esclavitudes a la usanza, a los cristianos, a sus hijos, a los inocentes, a los que el derecho esceptúa, a los partos de las indias, a los mestizos, a los hijos de los cautivos españoles i indios, a los amigos antiguos, i a otros, sin conocimiento de la causa, sin sentencia lejítima, ni órden, ni cédula de su Majestad, que solo puede ordenar

la esclavitud; de ofensas i agravíos a los indios amigos, quitándoles sus esclavos violentamente, i pagándoselos a ménos precio; daños todos que obligan a que se quite la esclavitud, como tan injuriosa a la majestad divina, tan ofensiva a la humana, tan dañosa a las conciencias, tan gravosa a la libertad, tan perniciosa a los indios, tan escandalosa a los infieles, tan enemiga de la paz, tan odiosa a las naciones, tan infructuosa a la guerra, i tan dañosa a la paz.

V

Dictámen del padre Diego de Rosales, de la Compañia de Jesus, sobre la esclavitud de los indíjenas chilenos, dirijido a l amajestad de Cárlos II, en el año 1672.

(Archivo particular de don José Toribio Medina).

Señor:

Por cédula de 9 de noviembre de 1662 manda V. M. al gobernador de Chile que haga una junta del obispo de Santiago i la Concepcion, con los prelados de las relijiones, para ver i conferir si los indios de Chile despues del alzamiento del año de 1655 sean esclavos, i que entretanto que informan a V. M. se ejecute lo que la junta, o la mejor parte de ella, determinare. Pero que es voluntad de V. M. que los indios apresados en la guerra, en el entretanto, no se puedan vender por esclavos, ni sacar fuera del reino, i que los sacados se vuelvan.

I por otra cédula de 22 de setiembre de 1667 manda V. M. que se reconozcan en la misma junta dos cartas del conde

de Santistéban en que informó a V. M. de lo que sentia en razon de la esclavitud. I, habiendo hecho la dicha junta el gobernador de Chile, i mandado que en ella se viesen i reconociesen las dos cartas del conde de Santistéban, i las razones en que fundaba la esclavitud de los indios, me dió parte de la resolucion de la junta, i me mandó reconocer las dos cartas, i que informase a V. M. de mi parecer, aparte, por no haberme hallado en la junta, a causa de estar cien leguas distante en la frontera de la Concepcion, i estar para entrar a predicar a una nueva tierra de infieles llamada la Mocha, i por haber sido dos veces provincial de la Compañia de Jesus, dado mi parecer en otra junta semejante; por haber cuarenta años que estoi predicando a estos indios, penetrado toda la tierra de infieles i de guerra, i tener mas esperiencia que ninguno de sus ritos i costumbres. I, para que este mi parecer fuere con mas aprobacion, se lo di a ver, i para que le remitiese al doctor don Gaspar de Cuba, presidente de la sala de la Real Audiencia de este reino, ministro mui entero, docto i legal, que, habiendo venido a la frontera de la guerra, por órden de V. M., a visitar las cajas reales, ha tenido buena ocasion de hacerse mui señor de estas materias, i añadir a sus muchas letras el esmalte de las esperiencias, para que con su aprobacion vaya mas autorizado. I, por cuanto he reconocido, así en el parecer de los de la junta como en las dos cartas del conde de Santistéban, que a unos i a otros les faltan las noticias del hecho, tan necesarias para el derecho, el conocimiento de estos indios, que no han esperimentado, i que de los derechos particulares que les asisten muestran tener pocas noticias, he querido con alguna mas distincion informar a V. M. i dilatándome algo mas, por si trabajo en ser breve daré trabajo en hacerme oscuro.

I así dividiré este parecer en capítulos.

CAPITULO PRIMERO.

QUE LOS INDIOS AMIGOS DE ESTE ALZAMIENTO NO PUEDEN SER ESCLAVOS.

En la primera carta trae algunas razones, en jeneral, para todos los indios el conde de Santistéban, i resuelve que todos, asi varones como mujeres, caigan en servidumbre, i se vendan i saquen del reino.

I, hablando en la segunda mas en particular, distingue tres suertes de indios: unos, yanaconas encomendados; otros, de guerra; i otros, amigos i nó encomendados, de los cuales dice: «Hai otro jénero de indios, que son los amigos de las fronteras de Arauco, San Cristóbal, Talcamávida i Santa Juana, que nos ayudan a hacer la guerra, i no han sido encomendados, i parece que no hai razon para que a éstos los declaren por libres si los cojieron en guerra justa, cuando se conspiraron, i, no declarándoles por esclavos, serian de mejor condicion que los que no se rebelaron i han quedado sujetos a las encomiendas, quedando ellos con el manejo de las armas.» Este parecer siguieron los de la junta. I en este parecer se muestra las pocas noticias que tuvieron del hecho, porque es cosa manifiesta, i de que ha tenido V. M. diferentes relaciones, que el año de 1655 salieron los dos campos de Arauco i de Yumbel con los soldados españoles mas escojidos, i la flor de los indios amigos de Arauco, San Cristóbal, Talcamávida i Santa Juana, marchando en un cuerpo al Rio Bueno, distancia de ciento i mas leguas, i, llegado cerca de Valdivia, se rebelaron contra el ejército los indios de guerra, que habian quedado atras, i estaban de paz. I, habiéndose acojido los soldados españoles i los indios amigos a Valdivia, volvieron despues de cuatro meses por mar a Concepcion. De donde se prueba con evidencia que los indios amigos de Arauco, San Cristóbal, Talcamávida i Santa Juana no se rebelaron;

sino que, como fieles i leales, acompañaron al ejército de V. M. i con él se retiraron por mar. I, si no se rebelaron ¿qué razon habrá para que sean esclavos?

Lo segundo, que, miéntras estos amigos leales acompañaron al ejército, vinieron los indios de guerra a Arauco, San Cristóbal, Talcamávida i Santa Juana, i se llevaron las mujeres, los hijos de los amigos, i pudiéronlo hacer con facilidad por no haber indios soldados que las defendiesen, ni españoles en los tercios, que todas las fuerzas habian ido a la jornada. Pues ¿quién dará por esclavos a unas indias i unos niños que los indios de guerra nos llevan por fuerza, en ausencia de sus padres? Vueltos por mar los indios amigos con el ejército, hallaron sus casas quemadas, muertos sus ganados, i sus mujeres e hijos llevados a tierra de guerra. Aquí, el dolor de la falta de las mujeres e hijos, les obligó a irlos a buscar i a recobrar; i el ver que era imposible sustentarse quinientos indios sin un hijo, ni una mujer, siendo ellas las que les hacen la comida i la chicha, su ordinario sustento.

Fuerónse a los indios de guerra en busca de sus familias. Este fué su delito; recobráronlas, i al cabo de cuatro años se volvieron a sus tierras, dieron la paz, disculpáronse de la fuga, i han perseverado i perseveran hasta hoi fieles i leales.

En estos cuatro años que estuvieron entre los de guerra, para recobrar sus familias, hicieron las hostilidades que los de guerra. I en las malocas i batallas que los españoles tuvieron con ellos, apresaron a muchos de estos amigos, i los dieron por esclavos i los vendieron.

I en la justificacion de este esclavitud hallo grandes dificultades, i que a su libertad les asisten grandes derechos, en que no repararon el conde de Santistéban i los de la junta.

Sea el primero, el que se refiere en el hecho: que estos amigos no se alzaron, sino que leales acompañaron a los españoles; que ántes por nosotros padecieron, pues contra ellos se rebelaron los de guerra, llegando a Valdivia; i a sus mujeres i a sus hijos se los llevaron de sus tierras, dejándolas abrasadas; i ellos usaron del derecho natural de irlos a recobrar, del mejor modo que pudieron.

Lo segundo, que estas mujeres e hijos, habiéndolos llevado el enemigo de nuestras fronteras, no pudimos nosotros hacerlos esclavos i ser cautivos dos veces.

Lo tercero, que el delito de los amigos en haberse ido en busca de sus familias fué mui tolerable, i no digno de esclavitud; i mas, habiéndose vuelto a los cuatro años, en que los de guerra les dieron suelta.

Lo cuarto, que, cuando mereciesen por su delito pena de esclavitud, no pudo el gobernador de Chile dársela, porque solo V. M. puede dar semejante pena, i es regalia suya, que, como solos los reyes pueden ordenar la guerra, solos los reyes pueden ordenar la esclavitud.

I así la esclavitud que el gobernador de Chile ordenó de estos indios amigos, fué mala por falta de jurisdiccion.

Lo quinto, porque, habiendo sabido V. M. del alzamiento i de los motivos de él, despachó con su acostumbrada piedad una cédula de perdon, en que les perdona a los indios rebelados todos los delitos; i ordena i manda a todos los ministros i justicias que cesen de cualesquiera causas hechas contra ellos, i que den por nulas todas las sentencias. Luego la causa que el gobernador hizo a estos indios amigos i la sentencia que les dió de esclavitud es nula, i quedó anulada por V. M.

Lo sesto, porque los pretendieron dar por esclavos en virtud de la cédula de V. M. del año de 8, dada en Ventosilla, i de la del año de 25, que contiene lo mismo; lo cual en ninguna manera lo pudieron hacer. Porque aquellas cédulas se espidieron contra los indios de guerra, nó contra los amigos; i no hablaron con ellos, porque ha mas de ochenta años ya son leales amigos, i la primera cédula de esclavitud no ha mas de sesenta i cuatro años que se publicó, i se despachó en castigo de los de guerra, porque tomaron las armas contra los españoles i los indios amigos, luego no es castigo de los amigos. Ni con ella se les puede castigar con pena de esclavitud. Ni ahora se les puede aplicar la misma pena sin conocimiento de la causa. I, habiendo tenido diferentes circunstancias este alzamiento del antiguo que ocasionó la cédula de esclavitud, el conocimiento de ellas i la sentencia solo

pertenece a V. M.; i sin nueva cédula que hable con los amigos no se ha podido hacer esclavos.

Lo sétimo, porque dicha cédula de esclavitud dice V. M., al fin de ella: *Mas es mi voluntad, i mando, que si dichos indios de guerra del reino de Chile volviesen a la iglesia, i se redujeren a ella, cese la esclavitud, i el ser esclavos, i poderlos vender.* Luego ya cesó el hacer esclavos en Chile, pues el año de 1660 dieron todos los indios de guerra la obediencia a la iglesia i a V. M., gobernando el marques de Baides, i despues han vuelto otras veces a ratificar las paces. Luego, si cesó la esclavitud para los de guerra, tambien, mejor para los amigos, i sin nueva cédula no puede haber eselavitud, ni en los de guerra, ni en los amigos antiguos, aunque cometan algun delito.

Lo octavo, que la cédula de esclavitud la espidió V. M. por gravísimos motivos, que en ella espresa, i despues de muchas consultas. I en este delito de los amigos faltaron todos esos motivos, i no se hizo consulta ninguna para hacerlos esclavos. I el último i mas fuerte motivo que en la dicha cédula se refiere es su rebeldia, i no haberse querido reducir, convidándolos con buenos medios, permaneciendo de muchos años a esta parte en su obstinacion i pertinacia, en que estuvieron por espacio de cuarenta años; i que la paz que daban la daban finjida, i la quebrantaban cuando les parecia. Nada de lo cual se halló en los amigos, porque su paz no fué finjida, ni la quebrantaron fácilmente, pues permanecieron en nuestra amistad por mas de ochenta años, guerreando en compañia de los españoles contra sus naturales, i perdiendo muchas vidas, i derramando mucha sangre. I esta vez, que se fueron al enemigo por sus mujeres i hijos, tuvieron grande escusa, i no se vió en ellos obstinacion ni pertinacia, pues a los cuatro años se redujeron, i perseveran leales hasta hoi, sin ficcion de paz.

Lo nono, que todos estos indios amigos son cristianos, i tienen sus doctrinas, padres de la Compañia de Jesus, que los han convertido i sustentado en la fidelidad i lealtad a los españoles; i entre cristianos está prohibida la esclavitud. I,

habiendo quedado algunos pocos amigos en San Cristóbal i Talcamávida, i los padres de la Compañía con ellos, doctrinando i amparando a sus ovejas, i mandándoles el gobernador que se retirasen i los dejasen por ser pocos, i esto por via de acuerdo, avisado V. M., reprobó el acuerdo, i mandó que, aunque fuesen pocos, prosiguiesen en apacentarlas con la doctrina; i ha poco tiempo se redujeron todas i otras muchas con su buen agasajo.

Lo décimo, que el rebelion solo no es bastante para hacer esclavos a los indios, como lo determinó el señor emperador Cárlos V. I, sobre todo, el haber V. M. resuelto en la cédula arriba dicha, en que manda se forme esta junta, que no se vendan por esclavos, i declarada su real voluntad, diciendo: *pero es mi voluntad que los indios i indias, i niños prisioneros, no se puedan vender por esclavos*; luego, injustamente, i contra la voluntad espresa de V. M., se han vendido por esclavos estos indios amigos, i contra tantos derechos como les asisten.

CAPITULO II

QUE LOS INDIOS DE GUERRA DEL REINO DE CHILE NO PUEDEN SER ESCLAVOS

El conde de Santistéban i los de la junta son de parecer que los indios de guerra del reino de Chile que en estos años pasados se han apresado, deben ser dados por esclavos; i asimismo los que en adelante se cojieren en guerra justa.

En la segunda carta habla el conde de Santistéban mas en particular de estos indios, i dice: Hai otros indios, que son los de guerra, que no estan bautizados, i en todos militan las mismas razones para que sean esclavos, i con mayor razon en éstos, i ha corrido la esclavitud de todos estos sin limitacion alguna. I en la primera carta da las razones, que son que el enemigo cautiva a los españoles, i los mata en sus juntas i borracheras, i, si los reserva, los reserva para esclavos,

i no parece equidad que el derecho de la guerra no sea igual, i mas con jente tan vil. 2.° haberlo declarado así V. M. por diferentes cédulas. 3.° que parece conveniente que los que una vez se han rebelado queden sujetos a la esclavitud. 4.° que, no teniendo castigo, serán fáciles en rebelarse. 5.° que será importante que se vayan disminuyendo. I último, que, si los indios de guerra que no han sido encomendados, los encomiendan como a los yanaconas, tomarán las armas, i que será bien sacarlos para el Perú, para las galeras i azogues de Guancavélica.

En este parecer del conde de Santistéban i de la junta, i en su resolucion acerca de los indios de guerra, hallo la misma falta de noticia del hecho i del derecho. I reconozco la suma prudencia, cristiandad i sabiduría de V. M. en mandar hacer tantas juntas, en procurar tantos informes, i en no resolverse en materia tan grave hasta hallar la verdad, certificarse del hecho i reconocer el derecho.

El conde i los demas hablan de oidas i mui de léjos, i no pueden estar en el hecho. Yo, señor, me hallé dentro de la tierra de guerra; estuve quince años entre los indios, doctrinándolos, bautizándolos i viendo cuanto pasó; i así mi informe en el hecho es el mas cierto i el mas ajustado a la verdad, i tengo escrita la historia jeneral de este reino, i dedicada a V. M., i para escribirla dilijencié mayores noticias demas de las que yo tenia, donde se hallará difuso lo que aquí diré en breve. Este jénero de indios que llaman de guerra, no se llaman de guerra porque actualmente esten de guerra, ni lo hayan estado de treinta i dos años a esta parte, sino porque antiguamente se rebelaron el año de 1599, i estuvieron 40 años de guerra, rebeldes i protervos, que, aunque de parte de V. M. se les ofrecieron buenos medios, no quisieron sujetarse; i así para su castigo, i, para obligarlos por ese medio a que se rindiesen, mandó V. M. por sus reales cédulas que los cojidos en la guerra fuesen esclavos.

Esto se ejecutó, i bien, por haber sido esta guerra justa conocidamente, por haberlo merecido los indios rebelados, por los delitos i motivos que la cédula espresa; i a ello se resol-

vió V. M. despues de haber hecho muchas consultas, i despues de haber detenido cuatro años la cédula, i deseando justificar i ajustar con la conciencia la esclavitud.

Estos mismos indios de guerra, cansados de ella, dieron todos la paz, sin quedar ninguno (el año de 1640, gobernando el marques de Baides), que hace treinta i dos años. Estuvieron de paz catorce años, mui contentos con ella, recibieron sacerdotes, oyeron la palabra divina; no habia indio que repugnase la fe; bauticé mas de doce mil almas; habia mas de otras tantas que eran catecúmenos i se iban disponiendo para el bautismo. Estos son los que llaman indios de guerra, solo porque lo fueron, i a distincion de los amigos, que los amigos estaban junto a los tercios de los españoles, i a éstos les admitió el gobernador la paz, dejándolos en sus tierras naturales, donde habian estado de guerra, i allí les puso fuertes de españoles i sacerdotes, i la fe iba en prosperidad. Pero fueron tantos los malos tratamientos, los agravios que les hacian los españoles, las malocas injustas a los que estaban de paz, vendiéndoles por esclavos; tantos los hijos i mujeres que les compraban a la usanza, que ellos llaman, en que los venden como libres, i la codicia de los españoles los revendia i estraia del reino, vendiéndolos a precios excesivos; tantas las muertes atroces de indios, por quitarse las mujeres i los hijos; tantos los malos tratamientos que unos ministros mayores, hermanos del gobernador, les hicieron, que, habiendo pedido justicia i remedio de tantos males i agravios al gobernador, i no queriéndolo remediar, puestos en la última desesperacion, trataron de sublevarse, de sacudir tan duro yugo, i de repeler una fuerza con otra. Diciendo como me lo dijeron a mi varias veces: no nos alzamos por dejar la fe, ni contra las cosas de Dios, sino contra los malos tratamientos de los españoles, i porque el gobernador no nos hace justicia; rebelámonos para que sepan los españoles que tenemos manos para defendernos, i que sepan que nos han de tratar de bien, como el rei se lo manda, que de aquí a cuatro años, en habiendo otro gobernador bueno, i otros ministros que nos hagan buen tratamiento, daremos la paz. I así lo

hicieron, que a los cuatro años se redujeron estos mismos que llaman de guerra, i ha otros catorce años que estan de paz. I en estos catorce años se les han vuelto a hacer muchas malocas a los de paz, i los han vendido por esclavos. I hasta hoi dura este mal uso de la guerra, i este modo de esclavitud que se hace en los de paz injustamente.

Este es el hecho, i sobre este hecho se fundará bien el derecho. I sobre éste se fundó mui bien el parecer del conde de Santistéban; que en la primera carta dice que las razones que hai para que estos indios no se den ni se vendan por esclavos son....

Lo primero, porque muchas veces sirven para rescate de españoles cautivos, que se truecan unos por otros.

Lo segundo, que no parece proporcionado castigo a los indios cristianos, por ser rebelados, como no se ha dado en castigo a los vasallos de las provincias de Europa; a que se debe añadir que, no solo a los vasallos, pero ni aun a los enemigos estranjeros, ni a los reyes, por ser cristianos.

Lo tercero, la falta que hacen en Chile para las labranzas.

Lo cuarto, el mal uso de la guerra, pues, por la codicia de piezas, no la hacen los soldados como deben, perdiendo a veces muchas victorias i dando al enemigo muchos triunfos, atendiendo mas al interes de los esclavos que a rechazar al enemigo.

Lo quinto, los agravios que se han hecho a los indios, que, segun el sentir de muchos, han sido causa justa de su conspiracion, i no se pueden, segun eso, hacer esclavos, por estar la justicia de la guerra de su parte.

Lo sesto, que ántes del alzamiento se hicieron esclavos a muchos estando de paz, maloqueándolos injustamente, i haciéndolos injustamente esclavos.

Hasta aquí el conde de Santistéban. I no parece que se puede decir mas en defensa de la libertad de los indios que llaman de guerra, ni pudiera yo traer mayor abono en confirmacion de lo que he referido del hecho, pues lo confirma todo con decir, como dice, que los de guerra dieron la paz,

que recibieron la fe, que se bautizaron muchos, que los maloquearon injustamente, que los agravios que les hicieron estando de paz fueron causa justa de su conspiracion, que hicieron a muchos esclavos estando de paz, injustamente, i que, siendo la guerra justa de su parte, no puede ser justa la esclavitud. No parece que se puede decir mas.

Pero tengo que añadir dos razones, i son: que el conde de Santistéban donde da parecer de que los indios de guerra sean esclavos dice: que lo sean los indios cojidos en guerra justa, juzgando que basta el ser de guerra justa para justificar la esclavitud; engaño grande de muchos, como despues probaré. Pero, vengo en su dictámen, i saco de él la consecuencia en contrario. Para ser esclavos han de ser cojidos en guerra justa; luego los cojidos en guerra injusta no pueden ser esclavos. Luego, si estos indios que llaman de guerra los cojieron en guerra injusta, no pueden ser esclavos. I, que se hayan cojido en guerra injusta, el mismo conde lo dice, la voz comun lo clama, i yo así lo afirmo, porque los agravios que a estos indios se les hicieron estando de paz, segun el parecer de muchos, fueron causa justa de su conspiracion, i, comenzando nosotros la guerra sin causa justa, i maloqueándolos estando de paz, i haciéndolos esclavos, hace la guerra injusta de nuestra parte. Luego no pueden ser esclavos.

Para hacer V. M. esclavos antiguamente a los indios tuvo grandes motivos, que refiere la real cédula, i precedieron muchas i mui graves consultas de teólogos i juristas para examinar las causas que entónces dieron los indios, i ver si eran bastantes para componer la esclavitud con la conciencia. I al presente está haciendo V. M. tantas juntas i consultas para lo mismo, i aun no se ha resuelto, por ser materia tan grave i ser diferentes los motivos i las causas de este alzamiento, que piden conocimiento. Pues, para que se vea cuán injustamente se han hecho esclavos los indios de este alzamiento, por falta de conocimiento de la causa i de potestad en el que dió la sentencia de esclavitud, se ha de presuponer que al otro dia que el gobernador llegó a la Concepcion, que fué el segundo del alzamiento, hizo publicar su

bando en que daba por esclavos a todos los que cojiesen, por haberse conspirado, sin examinar si la causa fué justa, sin atender a las causas que se les habian dado, sin consultar a ningun teólogo ni letrado, ni tomar parecer de una Real Audiencia que tenia en Santiago. Lo segundo que se ha de presuponer es que ninguno sino V. M. puede hacer esclavos, ni dar sentencia de esclavitud. Porque, como es solo de la potestad real el mandar hacer la guerra, sola su potestad puede ordenar la esclavitud, i esto es regalía tan suya que a ninguno otro le compete. I, estando, como está, prohibida la esclavitud en las Indias, ninguno con propia autoridad puede ordenarla sin que cometa estelionato. Luego la esclavitud que el gobernader ordenó fué nula i de ningun efecto, por falta de conocimiento de causa, por no ser suya, ni tener autoridad, ni potestad para ello.

I no pudo el gobernador valerse de la cédula de esclavitud antigua, porque ésta la expidió V. M. para otro alzamiento, que tuvo diferentes circunstancias. I a fin de que se pacificasen los indios. I asi, luego que se pacificaron, cesó la lei i el poderse hacerse a ninguno esclavo en virtud de esa cédula, porque, demas de que, cesando el fin de la lei, cesa la lei, fué espreso mandato de V. M. en la misma cédula, en que dice: *Ordeno i mando que, si los indios de guerra del reino de Chile volviesen a dar la obediencia a la iglesia, i se redujeran, cese el hacerlos esclavos i poderlos vender.* Luego, si ya se redujeron treinta años ha, otro tanto ha que cesó el hacerlos esclavos, i la lei de poderlos vender, habiendo cesado el fin de la lei, i habiéndolo ordenado i mandado asi V. M. Luego, siendo las causas de este alzamiento diferentes, i siendo forzoso nuevo conocimiento i nueva sentencia, no se les puede aplicar la antigua, ni la misma de esclavitud, sin nueva cédula i nueva sentencia.

I, dado caso que los delitos hubiesen sido los mismos (que no lo fueron), no se les pudo dar por ningun juez esa ni otra sentencia, i la que se dió fué nula. Porque V. M. con su gran piedad les envió una cédula de perdon luego que supo del alzamiento, mandando a las justicias que cesasen de cuales

quiera causa i procesos, i que no ejecutasen sentencia ninguna, porque desde luego las anulaba i daba por ningunas i de ningun valor. Luego la sentencia que el gobernador dió a los indios fué nula i de ningun valor, i quedó anulada por V. M.

Ni basta decir que fueron los indios unos traidores que sin causa se conspiraron, i que siempre lo estan intentando, i son nuestros enemigos, i que justamente les haremos la guerra, porque, aunque se la hagamos justamente, injustamente los hacemos esclavos, i no hai causa ninguna que pueda justificar la esclavitud, por estar prohibida en todas las Indias por los Sumos Pontífices, i singularmente a los gobernadores i demas cristianos que se ocupan en sus conquistas. Las palabras de Paulo 3.º son éstas: *Nos igitur, qui cuisdem Domini Nostri Jesuchristi vicem gerimus, volentes super his congruis remedis providere, predictos Indos, et omnes alias gentes ad notitiam Christianorum perventuras, licet fidem Christianam resitant, sua libertate, ad rerum suarum dominio nullus modi, uti, ac potiri, et gaudere debere ac licite posse, nec in servitutem redigi debere, ac quidquid secus fieri contigerit irritio net innane.* Donde da por irritas i por nulas las esclavitudes en las Indias por cualquiera causa, por justa que sea. Conque, ni por sus delitos de la jentilidad, ni porque se rebeien, ni porque no quieran recurrir la fe, i, lo que mas es, ni porque la resistan, ni estorben a los predicadores, *Licet fidem Christianam resistant.* Aunque se les pueda hacer guerra justa por esas causas, o por otras, por ninguna de ellas se les puede hacer esclavos. I esto lo prohibe con escomunion reservada a su Santidad, i que ni a la hora de la muerte lo pueda ningun confesor absolver; sino es satisfaciendo suficientemente, que es poniendo en libertad los esclavos, i restituyendo los daños, que no hai quien lo haga, i estan con esa carga i escomulgados todos los que hacen estas esclavitudes injustas, irritados i anulados por Su Santidad i por V. M., por su real cédula, en cuya ejecucion el conde de Lémus, virrei de el Perú, dió por nulas todas las esclavitudes de los indios en Chile el año de 1670. I con todo eso pro-

siguen las esclavitudes en Chile, i con súplicas frívolas se entretiene la ejecucion, por gozar del interes, i por el parecer de los de la junta, poco fundado en el hecho i ménos en el derecho, con que hai guerra para una eternidad.

CAPITULO III

QUE LA ESCLAVITUD ES LA CAUSA DE QUE SE ETERNICE LA GUERRA DE CHILE

Ciento i treinta años ha que dura la guerra de Chile, i es de las mas antiguas que tiene la monarquia, i se va perpetuando de suerte que se ha de eternizar si V. M. no quita de raiz la esclavitud, que es la causa principal de la guerra. I la razon es: ¿por qué los españoles no quieren la paz? Por no perder el provecho que la guerra les da en los esclavos. I, si alguna vez admiten la paz a los indios, quieren que quede alguna provincia de guerra, para tener en ella el interes que pierden en las otras. I, si todos las indios dan la paz, porque todos ellos la desean, con pequeña ocasion, i al primer desliz de los indios, les vuelven a hacer la guerra, i prosigue la esclavitud. I, como es fuerza que en todas las repúblicas haya delito, i que se castiguen, es fuerza que los indios tambien cometan algunos delitos, que no son santos sino bárbaros. I, en cometiendo delito cualquiera que sea, ha de ser castigado haciéndoles la guerra a sangre i fuego, i dándolos por esclavos. I no se ha de dar a ningun delito pena ninguna de las que señalan las leyes, sino la de la guerra i esclavitud. I, aunque el delito sea de un particular, lo ha de pagar toda la provincia con guerra i esclavitud. I con este gobierno tan tiránico i este modo de hacer justicia tan injusto, nunca puede haber paz ni durar mucho, nó porque los indios no la quieran, sino porque los españoles no la conservan, i a cada paso i por cualquiera causa rompen la guerra, por tener esclavos que vender.

I a los indios, como saben que por cualquier delito que cometa un particular han de ser castigados todos los de aquella provincia con guerra i esclavitud, toman a veces las armas para su justa defensa. I, en sabiendo que las toman, aunque no hagan hostilidad (que de ordinario esperan que empiece el español, porque no les digan que son traidores i fáciles en quebrantar la paz), luego la maloquean i hacen esclavos, aunque no hayan hecho acometimiento ninguno.

Pidió el gobernador de Chile Alonso Garcia Ramon a su abuelo de V. M., el señor Felipe tercero, que le concediese el situado de trescientos i doce mil patacones para este ejército de Chile, i que mandase que los indios cojidos en la guerra fuesen esclavos, que él acabaria la guerra en tres años. Concediósele el situado por los tres años; fuese prolongando la concesion hasta hoi, por sesenta i nueve años, i ha gastado V. M. mas de treinta millones, i no se ha acabado la guerra. Ha consumido mas de cuarenta i dos mil soldados pagados, sin otros ofrecidos, i dura la guerra, i el consumo de hacienda de V. M. i de sus vasallos. I hanse consumido indios sin número i muerto en su infidelidad, pudiendo haber muerto cristianos; i estos daños i condenacion de tantas almas acarrea la guerra. I quieren que haya guerra, i que dure por materia de estado i por su conveniencia. Porque, si hai paces, mandara V. M. que cese la concesion de los trescientos i doce mil patacones, i que no se sustenten tantas plazas de soldados; i este recelo les obliga a los españoles a conservar la guerra. I, si un gobernador viene con buen celo de conservar las paces, luego le informan de las grandes conveniencias e intereses que él i los soldados tienen en el situado, i de los que pierde en los esclavos, pues cada año le pueden valer cuarenta i cincuenta mil pesos, con que le vuelven de otro tinte, i se aconseja con los que le aconsejan que haga malocas, i sigue el parecer que le aconseja a su deseo i a su interes, i, como éste va cada dia a mas, cada dia ha de ir a mas esta guerra, si V. M. no quita la esclavitud.

Por medicina ordenó su Majestad esta esclavitud, porque le informaron i juzgó que con ella se sujetarian los indios i

domaria sus rebeldes naturales. I, que fuese el fin su pacificacion, lo dicen las cédulas reales de esclavitud del año de 8 i de 12. I todo el estrépito de guerra le ordena V. M. a fin de la pacificacion de los indios, nó a fin de la destruccion. *Pre eorum commodo, et utilitate catholicorum Regum expeditione ordinantur* (dice Solórzano). Luego, si para el bien, utilidad i pacificacion de los indios se ordena la guerra, i se ordenó la esclavitud siguiese, que si la esclavitud eterniza la guerra, la medicina se ha convertido en veneno, pues no se consigue con la esclavitud la pacificacion. Antes vemos que con ella se perpetúa la guerra; i síguese que lo que se ordenó para su fin se ha convertido en su mal. I sucede que, como estas malocas repentinas a los de paz, sin dar ocasion para ellas, son tan continuas, los indios andan recelosos, i temiendo cada uno que venga sobre él el golpe que sin causa vino sobre su vecino; i toman las armas para su justa defensa de malocas i guerra tan tiránica, conque nunca puede haber paz habiendo esclavos, ni porque los indios se rebelen, sino porque la codicia de los esclavos les obliga a defenderse justamente. I para su defensa es fuerza que unos se valgan de otros, i les ayuden con sus armas, i son como las olas de la mar, que unas rempujan a las otras, i las mueven a levantarse orgullosas.

De estas malocas i esclavitudes injustas se orijina un odio mortal que los indios tienen a los españoles, que, vendiéndoles muchas bulas de que los vienen a gobernar en paz i en policía, i que para su bien ocupan sus tierras, el bien es hacerlos éstos i otros males. Los mismos indios amigos, que ayudan a los españoles a hacer la guerra i las esclavitudes, viendo la injusticia de ellos, sienten mal de semejante tiranía. I estan notablemente disgustados i ofendidos de que, mandando V. M. en la cédula de esclavitud que las piezas que cojan los amigos, sean suyas i se sirvan de ellas o las vendan a quienes quisieren, siendo este derecho natural i mandato i lei espresa de V. M., no se las dejan tener, ni vender a quien quieren, ni en lo que quieren, sino que se las quitan por fuerza los que gobiernan, i les dan diez o veinte

pesos, nó mas, i las venden ellos a doscientos i trescientos patacones.

Esta codicia de los esclavos es la causa de que los soldados, por venderlos, cojan en los caminos a muchos, i sin ser cojidos en la guerra los venden. Es causa de que, entrando muchos por embajadores, i a otros mensajes de rescate, los cojan en los caminos i los vendan. Es causa de que, si algunos se vienen tras sus mujeres que les cojieron en los malones, a ellos tambien los venden. I es causa de que, si algunos vienen a pedir justicia, i a representar cómo estaban de paz, i que los maloquearon injustamente, pidiendo que les vuelvan sus piezas, los degüellan en el camino, como lo han hecho con muchos, ántes que lleguen a quejarse al jeneral. Es causa de muchas muertes atroces, como la que dieron a un cacique que, habiéndole maloqueado trescientas piezas, estando de paz, porque dijo que habia de ir a quejarse al gobernador, por que no pudiese ir, le degollaron en su cama aquella noche cuatro embozados. I, habiendo en otra maloca cojido cuatrocientas piezas de paz en la Imperial, porque vinieron nueve caciques a alcanzar al capitan i a darle la queja amorosa de que los hubiesen maloqueado estando de paz, los degolló allí a todos, i mandó matarlos a mochazos, con algunos prisioneros que traia, matándolos a sangre fria, i sin darles lugar para que se bautizasen. ¡Cómo, con estas injusticias i atrocidades, no se ha de eternizar esta guerra!

Ha sucedido en muchas ocasiones tener noticias los indios de que los van a maloquear, estando de paz, i con el justo recelo meterse en las cuevas de las peñas, o favorecerse en sus eminencias, i allí hacerse fuertes. I llegar los españoles, i obligarlos a salir con engaño, i dándoles la palabra real de no hacerles mal, sino tratarlos como amigos. I, despues de muí encarecido el respeto que los españoles tienen a la palabra real, i el seguro que ella pueda tener en ellos, en saliendo, les han echado la soga al cuello, i los han vendido por esclavos. I así no hai quien se fie de la palabra real, que la esclavitud la ha hecho contemptible. I, prometiéndoles a unos indios la palabra real, respondieron: la palabra real es

un embuste i una caña de pescar. Dadnos el sello real. Diéronles el sello, i sucedióles lo mismo; conque dijeron que todo era mentira i invencion de los españoles para cojerlos debajo de seguro.

Suelen hacer los capitanes raya de un rio, para que los que estan de esta banda se tengan por amigos, i los de la otra por enemigos. I si un indio o india pasa de esta banda a la otra, por cualquiera causa que sea, le han de tener por traidor i darle pena de esclavitud. I estas rayas no son mas que redes o liga para cojer pajaritos simples. En una raya de éstas cojieron mas de mil piezas, i las hicieron esclavas injustamente en el rio de Banegue. Porque los indios amigos se pasaron de esta banda del rio, dejando en la otra sus sementeras. Como no hallaron de esta banda del rio qué comer, perecian de hambre, i llevados de la estrema necesidad, pasaban a la otra banda del rio a acarrear sus cosechas. I, cargadas las mujeres i los muchachos de los canastos de comida, que los traian para su sustento, los prendian i hacian esclavos, sin atender que estaban en estrema necesidad, ni a que no se iban al enemigo sino por su sustento, i a sus propias sementeras, i sin armas, i solo con canastos. Pero la codicia no mira sino al interes i cierra los ojos a otras razones. I aqui querian que sus leyes de la raya, que sin autoridad del gobierno no pudieron hacer, prefiriesen a naturales de conservar la vida. I llega a tanta la demasia que cualquier capitan hace leyes i pone pena de esclavitud a los que las quebrantan, como la puso éste a los que pasasen el rio de Banegue, con cualquiera ocasion, aunque licita.

I, dado caso que el traidor que se va al enemigo tenga pena de muerte, no la tiene de esclavitud, i asi fuera injusta la esclavitud en cualquiera indio, aunque se le probase que se iba al enemigo. I, aunque hai lei que el que se va a los moros sea dado por esclavo, aunque sea cristiano, la razon del testo, que les alegan, es porque el que tal hace, no se ha de reputar por cristiano, porque se va a los enemigos de la fe. Pero éstos no son enemigos de la fe, ni se les hace la guerra como a los moros, para su destruccion, sino para su

pacificacion. I el que se va al enemigo, se va al enemigo del español, nó de la iglesia; al que le defiende de sus agravios, nó al que los solicita. I esta esclavitud no era *iure gentium*, sino ordenada por V. M., que solo a los cojidos en guerra ordenaba que fueran esclavos, i como lei penal no se podia estender a los fujitivos. I ya esa lei cesó.

CAPÍTULO IV

ÚLTIMO PARECER EN TODAS LAS DIFERENCIAS DE INDIOS DE CHILE

Hai varias diferencias de indios en Chile, i la variedad ha embarazado la resolucion; i, para quitar todo embarazo, se ha de servir V. M. de asentar que dos jéneros de indios, que son los de usanza i los yanaconas, estan ya fuera de duda, i de ellos no hai que disputar ni conferir. Porque está asentado i puesto en ejecucion por cédula de V. M. que los de usanza, que de suyo son libres, se tratan como tales, i ninguno en adelante los compre de sus padres, ni los venda, so pena de la vida. De los yanaconas, ordenó V. M. por su real cédula que se entregasen a sus encomenderos para que cultivasen la tierra, i así se ejecutó, i es en grande bien suyo i de la república española. I esto mismo puede V. M. mandar que así prosiga i asi se ejecute.

De las otras dos diferencias que hai, de indios amigos i de guerra, ya no hai diferencia, por haber muchos años que todos son amigos, i todos han dado la paz, i todos estan dispuestos para recibir sacerdotes en sus tierras i la fe de Jesucristo en sus almas. Si algunos hai de guerra, la codicia de los esclavos los han hecho de guerra, que ellos gustosos estan con la paz i deseosos de conservarse en ella. I como va referido, los españoles les han hecho muchas veces la guerra injusta; i la que al presente les hacen, lo es. I asimismo la esclavitud. I así está V. M. obligado en conciencia a quitarla i prohibirla, ordenando que no se suplique mas, sino que se ejecute en Chile, como lo ha ejecutado el virrei en el

Perú. I que no, porque los indios e indias que desde el alzamiento acá se han hechos esclavos i quedan libres, se les ha de consentir que se vuelvan a sus tierras, sino que se queden entre los españoles, pero con libertad de servir a quien quisieren. I que, si en adelante los indios comenzaren la guerra, o, requeridos por dos meses, i perdonados de lo pasado, no quisieran desistir de hacerla, se les puede hacer guerra, justificándola primero. Pero que ninguno cojido en la guerra sea esclavo, sino *prisionero*, miéntras se rescata; i si no tiene con qué rescatarse, sirva a su amo por diez años, i luego quede libre, i sirva entre los españoles i cristianos a quien quisiere.

Con esto, quitada la esclavitud, se acabará la guerra, se pondrá término a infinitos agravios e injusticias, se reduducirán los indios a la fe, se les podrá predicar, se evitará la condenacion de muchas almas de infieles, se asegurará i pondrá en buen estado las de los fieles, que con las esclavitudes injustas estan sobremanera grabadas i miserablemente enlazadas en las excomuniones *ipso facto incurrendas*, que tienen puestas los buenos pontífices Alejandro i Paulo tercero, contra los que hacen esclavos a los indios *etiam si fiden christianum resistant*, o los desposeen de sus bienes por cualquiera causa. I a V. M. le toca sacar del lazo tantas almas ciegamente enlazadas, que ni a la hora de la muerte manda su Santidad que se absuelvan sin satisfacer los daños hechos a los indios; que no hai quien lo haga, ni las restituya a su libertad, si no es que V. M., con su gran piedad, o su mucha justicia i cristiandad lo haga.

Guarde Dios la real i católica persona de V. M.

Concepcion i marzo 20 de 1672.

Capellan i criado de V. M.

DIEGO DE ROSALES.